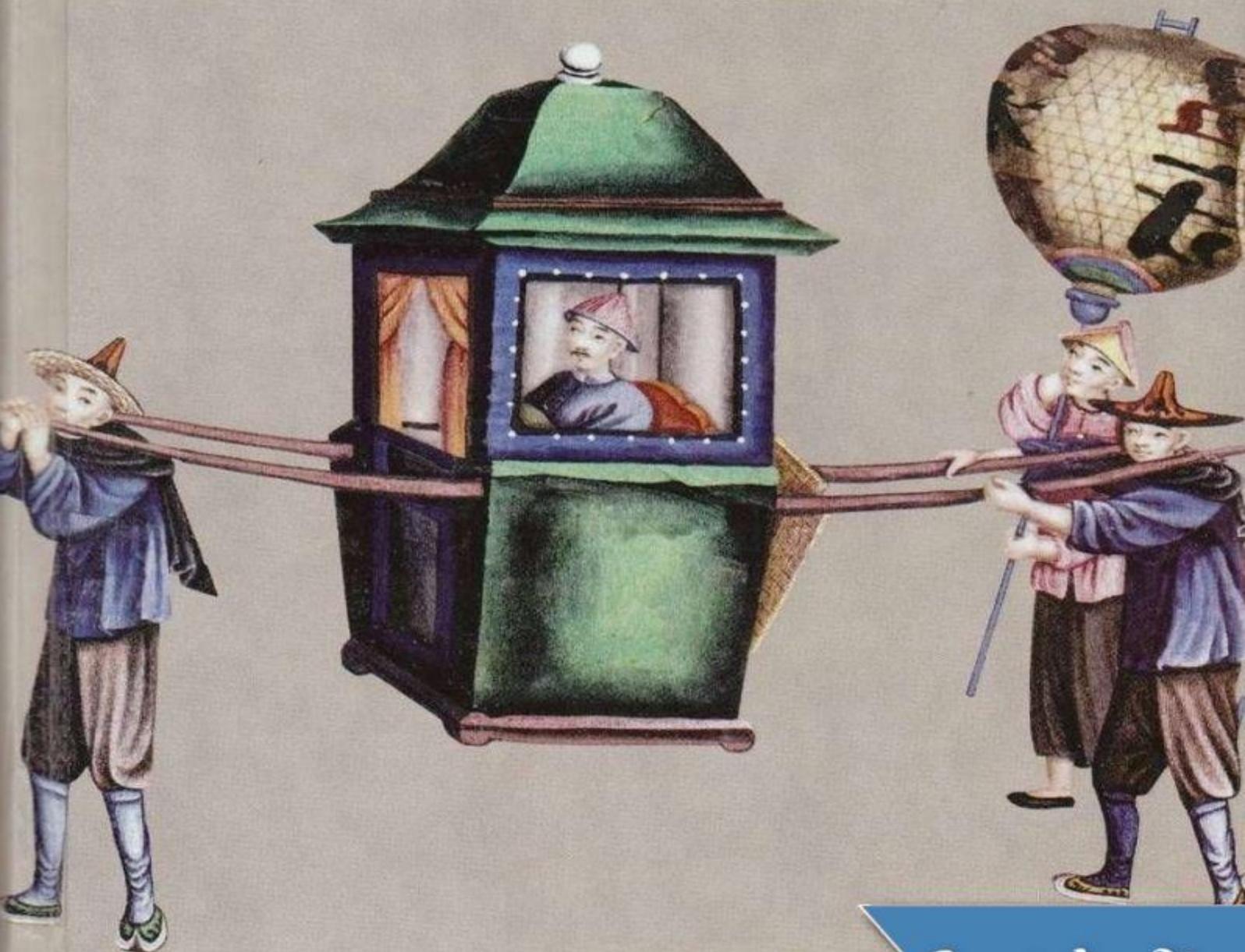


ISAIA IANNACCONI

El amigo de  
**GALILEO**

NOVELA

Un *thriller* científico  
en la China del siglo XVII



Lectulandia

Roma, principios del siglo XVII. La Ciencia moderna se debate por nacer en un permanente enfrentamiento con la Iglesia y su Inquisición, deseosas de detener aquella revolución imparable. Persecuciones, procesos y condenas —a veces a muerte— aguardan a quienes se esfuerzan en estudiar el universo y la naturaleza, atreviéndose a poner en duda las leyes divinas.

El palacio del príncipe Federico Cesi acoge las reuniones clandestinas de la Academia de los Lincei, frecuentadas por el astrónomo Galileo Galilei, que escruta el cielo con su *diabólico* telescopio, o el médico alemán Johann Schreck “Terrentius”, que efectúa en secreto autopsias para ahondar en los secretos del cuerpo humano, según las enseñanzas del maestro Vesalio: “Palpad, sentid con vuestras manos, y confiad en ellas”. En el curso de una estas autopsias, escapa de una emboscada, y hasta el propio Galileo se verá obligado a refugiarse en la campiña de la Toscana.

Tendrán entonces noticias de un país lejano, China, donde el poder está precisamente en manos de los sabios. Y la decisión de Terrentius de viajar hasta allí ni siquiera se verá frenada por la necesidad de integrarse en una misión de los jesuitas, únicos occidentales que han entrado en aquel remoto país. Terrentius toma los votos y se embarca pertrechado con sus instrumentos quirúrgicos, un gran herbolario y muchos libros. Y Galileo, que envidia su audaz decisión, promete enviarle los nuevos descubrimientos, para que pueda mostrárselos al emperador.

Entre tempestades y epidemias, la expedición pone rumbo a China. Pero lo que turba a Terrentius no son los peligros del viaje, sino la sospecha de que entre sus compañeros jesuitas está escondido un emisario de la Inquisición, quizás dispuesto a matar con tal de detenerlo...

Una novela épica y emocionante, construida como un thriller y con un final sorprendente, es el debut literario de un nuevo talento italiano.

# Lectulandia

Isaia Iannaccone

## El amigo de Galileo

ePUB v1.0

LeoLuegoExisto 22.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título de la edición original (2006): *L'Ami de Galilée*

© Isaia Iannaccone, 2006

Traducción del francés: M. P. V. (Algaida Editores), 2009

A la bella persona Wu Pi-Chung,  
y a su *poliédrico* talento.

# Prólogo

Temblaba como una hoja de un árbol tras el paso de un huracán, cuando fueron a recogerlo a su celda. Sin fuerzas, se dejó caer entre los brazos de los soldados, que se santiguaron antes de obligarle a ponerse sobre la túnica el escapulario con la cruz de san Andrés. Un fraile dominicano acompañaba al pelotón. Sus funestos ojos parpadeaban mientras esparcía salpicaduras de agua bendita. Sumergía con un movimiento lento e hierático el hisopo en un cubo que sujetaba un niño, y rociaba a todos con un golpe seco, emitiendo el breve, pero espeluznante grito «*¡Misericordia et Iustitia!*». En cada grito el niño bajaba un instante las cejas y respiraba profundamente, luego fijaba de nuevo la mirada insolente sobre el prisionero; sus labios murmuraban sin tregua quién sabe qué oración.

Al hombre lo arrastraron hasta el patio, donde le esperaba una carreta arrastrada por dos mulos. Cuando llegó hasta ella parecía ya muerto, había dejado de temblar y puede que también de respirar. Lo levantaron y permaneció tumbado sobre los ejes del vehículo, inmóvil como un saco de patatas. Un golpe de látigo se escuchó en el aire y las bestias comenzaron su antiguo y metódico trabajo de arrastre. La carreta se movió, salió por la puerta del palacio de la Inquisición de la calle Ripetta y se perdió entre la niebla que provenía del Tíber. Atenuada, llegaron, lúgubres, las campanadas de las tres de la mañana.

No fue el movimiento descompuesto del carro, ni la humedad que se condensaba materializándose como una máscara de grandes gotas por el rostro, ni tampoco el fragor de las ruedas labradas en hierro sobre los adoquines de la calle, o el vocerío de la soldadesca que acompañaba el transporte con obscenidad y risas, lo que contribuyó a reanimar al prisionero. Fue más bien la apertura de las llagas provocadas por el «examen riguroso», la tortura, lo que le despertó dolorosamente y lo abandonó a la pesadilla de los recuerdos y al horror del presente. Diez días antes lo habían desnudado y colgado durante media hora de una cuerda con los brazos atados detrás de la espalda. Luego, ya que no abjuraba, durante una hora le hirieron los talones con una varilla y le golpearon con bastones de caña en las falanges de las manos y los pies hasta rompérselas. Siguieron con el látigo y el hierro al rojo vivo, muy poco utilizados en Roma, pero que se habían transformado en algo necesario para demostrar rigor e intransigencia al Gran Inquisidor de España, que en aquellos días estaba visitando al Santo Pontífice.

El prisionero primero abrió los ojos todavía cegados por el desfallecimiento, luego movió los dedos de las manos como garras en busca de presa y poco a poco la vida volvió a los miembros de su cuerpo. Se incorporó y se apoyó sobre un codo contrayendo el rostro en un gesto de dolor por la punzada que sentía, miró a su alrededor y se desplomó de nuevo sobre el carro, derrotado por el sufrimiento físico y

obsesionado por la angustia que ya no le abandonaría desde la última convocación de lo que todos llamaban el Tribunal de la Santa Inquisición.

—¡La herejía es un error del intelecto, porque no es solo la adhesión del pensamiento a una teoría contraria a la verdad de la fe, sino que implica también la intención, la firme intención, de favorecer con la voluntad y sin reticencias dicha falsa doctrina! ¡Vos sois obstinado e incorregible, no habéis abjurado ni siquiera en el examen riguroso, que sin embargo podía encauzaros por el camino de la verdad! —le vomitó en la cara el *cardenalis antiquior*, cardenal decano que hablaba en nombre del pontífice.

El papa estaba sentado en la cátedra con los pies apoyados en un cojín de terciopelo rojo, pensativo, atormentado por la gota, el corazón enloquecido que latía irregular en el pecho, la cara gris, erosionada por una densa telaraña de arrugas que hacían que se pareciera a un árbol quemado por un rayo. Era la sesión del jueves de la Congregación del Santo Oficio, la que se realizaba en el Palacio del Quirinale, con los cardenales sentados en sillones cubiertos por el mismo terciopelo rojo sobre el que el papa apoyaba los pies, en señal de sumisión. Detrás de los altos prelados estaban los consultores, entre los que se encontraba el comisario encargado de informar al pontífice de los asuntos que se tratarían durante la sesión.

—¿Seguís afirmando que el mundo es infinito?, ¿vacío? había gritado el cardenal decano—. ¿Que la Tierra, sede del hombre, primera criatura del Creador, se encuentra entre otros cuerpos en el cielo, y no en el centro del universo? —ante el silencio del prisionero, arrodillado con la cabeza agachada, continuó señalando con el dedo el precioso crucifijo de marfil y piedras raras situado sobre una pequeña mesa recubierta también esta con terciopelo rojo—. ¿Queréis repetir vuestras ideas en presencia del hijo de Dios, que ha donado su vida para salvarnos de los pecados?

—Eminencia, estaréis de acuerdo conmigo que un mundo infinito, infinitamente rico, infinitamente extenso, perennemente mutable, eterno y sin límites en el que las esferas cristalinas podrían mortificarlo, es la señal de su perfección, no de la falta de la misma.

—¿El universo infinito? ¿Seguís afirmándolo?

—Un universo inmutable, inmóvil y finito no puede pertenecer al grandioso proyecto divino.

—Si es sin límites, ¿quiere decir que nuestro Sol no puede iluminar y calentar todos los cuerpos celestes existentes! ¿Quiere decir que existirán más soles que se reflejan en los planetas y en las estrellas que vemos?

—Creo que es así, son innumerables los astros que brillan. Pero el mundo, aunque sea infinito, no es más que un punto pequeñísimo en relación con el Creador.

El pontífice se estremeció cuando el cardenal se puso en pie de pronto.

—¡El concepto de infinito se puede aplicar solo a Dios, es decir, a un ser

incorpóreo y espiritual! Podríais al menos abandonar la presunción y la arrogancia. Adaptaos a la prudencia mostrada hace dos siglos por el cardenal Nicola da Cusa y explicad el universo como «indeterminado» o «indefinido». Muchos han tenido tiempo para tomar las precauciones necesarias y digerirlas. Me parece que vos preferís repetir de forma ciega e irracional las enseñanzas de vuestro maestro.

El prisionero permaneció mudo, sentía resurgir en él una fuerza grandísima, sobrehumana, inatacable, vencedora: la fuerza de la razón, pero al mismo tiempo comenzaba a insinuarse en su pecho un sentimiento de miedo frío.

—¿Habéis dejado de hablar? —le exhortó el cardenal. El otro seguía callado—. ¿Nada que decir tampoco sobre la acusación de haber participado en reuniones secretas en casa del joven patricio, el príncipe Federico Cesi?

—Lo he dicho otras veces, eminencia, no conozco al príncipe Cesi.

—Peor para vos, ¡él al menos tiene un tío que es cardenal! —rugió el inquisidor—. Se reúne con otros que se han alejado del camino recto y lo están pervirtiendo, embaucando, le hacen leer una obra publicada hace cinco meses con el título *Sidereus nuncius*, del matemático Galileo. ¿La conocéis?

—Por lo que yo sé, no está prohibida por la Sagrada Congregación del índice.

El cardenal levantó el tono de su voz.

—Todavía no, pero estará prohibida muy pronto. Un libro que intenta modificar en su totalidad lo que en las Escrituras es evidente y que otorga movimiento a la Tierra para que gire alrededor del Sol, no puede permanecer impune —hizo una larga pausa, en la que fue a coger algunos papeles de la mano de un secretario, y continuó—. Ya que habéis recuperado la palabra, os exhorto a rebatir por fin las acusaciones de herejía que promueven vuestros enemigos y, sobre todo, vuestros amigos franciscanos —luego le mostró las cartas golpeándolas contra la palma de su mano—. Es la última posibilidad que os ofrece este tribunal.

—Eminencia, el *De iusta hæreticorum punitione* de fray Alfonso de Castro no menciona entre las proposiciones herejes lo que yo defiendo. La infinidad del universo no es una doctrina diabólica, y yo no he puesto nunca en discusión el hecho de que la Santa Iglesia tenga que tener siempre la última palabra en la interpretación de las Escrituras. Los míos son solamente simples razonamientos.

—Razonamientos necios y peligrosos que han reducido ya a un puñado de cenizas a quien os los ha infundido.

—El fuego elimina los cuerpos, pero no las ideas, eminencia. Yo estoy dispuesto, como lo estuvo mi maestro, a reconocer como hereje la doctrina sobre la infinidad del universo, solo si esta viene declarada así por el Sumo Pontífice —el prisionero se maravilló él mismo por el valor que había tenido al pronunciar aquellas palabras. Decidió entonces que serían las últimas. Desde ese momento dejó de hablar.

El cardenal decano se dirigió al papa que con la cabeza entre las manos miraba un

punto invisible en el suelo.

—¿Vuestra Santidad ha escuchado qué descarado se manifiesta en este hombre? ¿Pero se trata de un hombre o de una criatura del infierno que viene a provocarnos de esta manera?

Pablo V asintió sin hablar y sin dejar de mirar fijamente un punto que le tenía hipnotizado. Desde hacía meses la República de Venecia había prohibido la institución de monasterios en el propio territorio y los legados de bienes inmuebles a los eclesiásticos sin el permiso del Senado, así mismo se negaba a conceder la extradición a dos sacerdotes que tenían que ser juzgados en Roma por delitos comunes. El interdicto contra la ciudad lagunar no había conseguido establecer la autoridad del papa, y la afrenta quemaba como un hierro ardiente. A esto se sumaban las preocupaciones financieras del Banco del Santo Espíritu —una creación propia para evitar las intromisiones de los banqueros privados en las obras de la cámara pontificia— y los desvelos que le ocasionaba la fundación de la galería de cuadros y esculturas antiguas y modernas en la que había invertido casi toda la fortuna de su linaje, el de la familia Borghese, y los gastos de su espléndida casa en el Pincio. Era por tanto una voz cansada y temblorosa, la que salió de su boca tan cerrada, que parecía que estuviese hablando un ventrílocuo.

—Como nuestro predecesor, Clemente VIII que ha marcado el camino con su santidad, solo podemos afirmar que el carácter hereje de la proposición del acusado es tan manifiesta que no tenemos necesidad de declarar nada más a propósito. —Después de aquel breve gesto de vitalidad, el heredero de san Pedro quedó nuevamente absorbido por sí mismo y cerró los ojos con la vana esperanza de encontrar la solución a todos los problemas que se le amontonaban en su mente.

Con un simple movimiento del índice, el cardenal decano ordenó a un hombre que se acercara. Era este el notario del Tribunal de la Santa Inquisición, un hombrecillo vestido de negro, con un largo collar de organza blanca, la cabeza descubierta, el aire grave y escrupuloso. Apretaba entre sus manos una hoja larga y gruesa. Comenzó a leer con afectación.

—*Sanctissimus Dominus Noster Paulus V, auditis votis corundem Illustrissimorum, decrevit ut procedatur in causa ad ulteriora servatis servandis, ac proferatur sententia, et dictus frater Fulgentius...* —el prisionero volvió a sentir un zumbido en los oídos y temió comenzar a temblar o perder el conocimiento de nuevo. La sentencia definitiva le llegó como retazos placenteros—. Nosotros Domingo de Ostia Pinello, fray Jerónimo Bernerio obispo de Ponto apodado Ascoli, Pedro del título de los santísimos Juan y Pablo Aldobrandino... llamados a la misericordia de Dios por la Santa Romana Iglesia sacerdotes cardenales... Generales Inquisidores de la Santa Sede Apostólica especialmente delegados... Invocamos el nombre de nuestro Señor Jesucristo y de la Gloriosísima, su madre siempre virgen María...

Como vos, fraile Fulgencio hijo de Loffredo... juzgado vehementemente como hereje negativo y sin arrepentimiento, que entre todos los delitos no hay ninguno que comporte mayor infamia... En el día 5 del mes de julio del año del Señor 1610, serás colgado por el cuello en la plaza Campo de Fiori hasta que tu alma y tu cuerpo se separen, y para concluir la justicia, tu cadáver será arrojado a la hoguera a una pira de madera que se construirá para tal fin... La salvación de tu alma se entrega a la Hermandad de San Juan Decollado que te acompañará hasta el suplicio... —la última frase que el prisionero consiguió retener fue la firma del notario, Andreas de Pettinis Sanctæ Romanæ et universalis Inquisitionis notarius.

El eco de estas palabras, o su recuerdo, se perdió con el ruido de los cascos de los mulos que recorrían los adoquines y el chirrido del freno accionado por el cochero. La carreta se detuvo. Habían llegado al lugar de la ejecución.

El prisionero fue arrastrado hasta el pequeño escenario de madera ubicado en el centro de la plaza. Sus piernas y sus pies estaban como sin vida, y los brazos de los soldados transportaban un cuerpo inerte, en el que ni siquiera el sonido forzado y lleno de dificultad que debía ser la respiración se podía reconocer como una señal de vida humana. Cuando fue colgado del poste, una voz aguda y penetrante le atravesó el cerebro: era la del fraile encargado de administrarle el último sacramento.

—El rosario es oración perfecta —tartamudeaba histérico el dominicano, acercándole un cordón lleno de cuentas de madera—. ¡Recita el Pater, el Ave María, y el Gloria Patri! Es la última ocasión que tienes para contemplar el misterio de Cristo, para penetrar en la intimidad de María, para curar tu alma inmunda ahogándola en la grandeza de Dios.

La sangre se le había retirado de las manos por el terror, y estas colgaban diáfanas como dos gigantescos copos de nieve que se derriten. Nunca, ni siquiera queriéndolo, el condenado habría podido sujetar ese rosario que el fraile intentaba ponerle en la palma de la mano. También los ojos, ahogados entre las lágrimas y el humo de las antorchas que tenían que incendiar la pira, habían perdido la capacidad de focalizar, de ser conscientes de la profundidad, de las formas y de los espacios.

—¡El rosario es un regalo de María! —gritaba cada vez más alto el fraile, en el intento inútil de dejarse escuchar—. Se lo dio la propia Virgen a santo Domingo, su predilecto. ¡Reza! ¡Reza como hacía el santo! ¡El rosario es un arma poderosísima contra el infierno! ¡Cancela los vicios! ¡Destruye el pecado! ¡Extirpa las herejías!

Solo cuando el cuello del prisionero quedó dentro del nudo corredizo, el fraile dejó de gritar. Extrañamente, su repentino mutismo, hizo de contrapunto a un repentino ondear en el cielo; los estorninos habían iniciado sus vueltas alrededor de la Ciudad Santa.

Las de los pájaros fueron las últimas voces que perforaron la conciencia del prisionero, antes de que el silencio y la oscuridad sustituyeran sus sentidos.

Una hora más tarde, las cenizas de Fulgencio de Loffredo fueron esparcidas en Campo de Fiori por la brisa matutina. De él no quedaron más que pocos huesos calcinados sobre las mismas lastras de piedra, donde diez años, cuatro meses y dieciocho días antes había ardido su maestro, Giordano Bruno.

# Capítulo 1

Según el alemán Johann Schreck, alias Terrentius, la joven desnuda tumbada ante él era de esas que se sienten invencibles y eternas incluso en condiciones adversas. Sobre todo por la postura del tronco, tenso como un bastón de roble, y por los hombros anchos, una forma poco corriente para una mujer. También por las caderas estrechas y el vientre plano que giraba alrededor del ombligo perfectamente oval, los glúteos eran firmes y las piernas, largas y lisas, se encontraban en un agraciado y raro remolino oscuro, el pecho pequeño, muy lejos de los cánones de belleza, y el rostro... ¿Cómo se podía describir tanta belleza? Schreck la admiraba ahogándose ni esos ojos con un corte oblicuo, negros como el carbón, que le miraban severamente, en profundidad, sin temor. La nariz, ligeramente chata, se asomaba sobre una boca carnosa, medio cerrada sin querer mostrar unos dientes blanquísimos.

La joven pareció darse cuenta de su interés, pero aquel ligero temblor que le había animado la mejilla era debido solo a una de las muchas moscas que paseaban por encima del cuerpo. Los rasgos somáticos eran probablemente propios de una de las razas orientales de las que se escuchaba hablar cada vez más. Quizás hindú, o siamesa, o china. La tez amarillenta y la piel lisa contribuían a que fuera deseable. No debía de tener más de dieciséis años y seguramente formaba parte del pequeño ejército de esclavos todavía presente en Roma. En aquel mes de abril del año de gracia de 1611, habían sido censados setecientos treinta y tres, de los que ochenta y ocho eran mujeres. Algunos pertenecían a extranjeros que estaban de paso, otros a familias romanas y otros seguían siendo propiedad inalienable de una decena de eclesiásticos. Eran pocos los esclavos del Estado que pertenecían a la Cámara Apostólica o trabajaban en la Marina Papal. «La joven —imaginó Schreck—, debe provenir de un palacio patricio».

—Es hora de comenzar —suspiró. En sus ojos se encendió una luz metálica, velada por la tristeza.

Abrió un estuche de madera, embellecido con refuerzos en cuero. Brillantes, estaban ordenados todos sus instrumentos. Eligió con cuidado un cuchillo con la hoja corta, dos separadores con la empuñadura de madera, una larga sonda de plata, una pinza y un garfio. Justo antes de incidir en el vientre le sobrevino un doloroso sentimiento de culpabilidad, como si estuviera a punto de cometer una profanación. Duró un instante, como siempre. Y, como siempre, clavó el bisturí con mano firme. Del corte neto salieron primero unas pocas gotas de sangre negruzca, otras brotaron cuando apoyó los separadores, luego a borbotones de un color rojo oscuro.

Schreck había aprendido a seccionar cadáveres cuando todavía era un estudiante en Padua. En aquellos tiempos, aún rondaba el aire que había respirado Andrea Vesalio.

—Palpad, sentid con vuestras manos y fiaos de ellas —contaban que bramaba a sus discípulos. En 1543 su *De humani corporis fabrica*, ilustrado por un alumno de Tiziano, había transformado huesos, músculos, tendones, esqueletos y cuerpos sin piel, en ciencia para los experimentalistas. Maestro de Schreck fue el cirujano Girolamo Fabrici de Acquapendente, que había mandado construir en Padua el primer teatro anatómico y que presumía de haber tenido entre sus estudiantes a William Harvey.

«¿Qué diría William de esta sangre tan negra? —pensó Schreck—. ¿Quién sabe cuándo podré ir a verle de nuevo a Londres?».

Le hubiera gustado presenciar sus experimentos sobre la circulación de la sangre. Harvey conjeturaba que el corazón era una bomba, y para estudiarlo abría el pecho a los perros todavía vivos y observaba su funcionamiento. Los galénicos decían que había matado de este modo a tantos animales que había que sorprenderse de que todavía hubiera perros por las calles.

El sudor hacía que el pelo rubio de Schreck se pegara y su color se oscureciera, gotas calientes comenzaron a caerle en el cuello plisado de organza blanca. Se secó la frente con la manga del jubón. Que la joven había muerto como consecuencia de un mal funcionamiento del hígado, estaba claro desde que Gerardo, el guardián del Hospital de los Huérfanos, le había traído el cadáver, pero no había imaginado que encontraría dos gemelos apenas insinuados en el vientre ya frío. «Dios es despiadado con algunos», se le ocurrió pensar. Quizás la joven había padecido la violencia de su dueño y luego había sido abandonada a su propio destino. O quizás, había escapado con el hatillo humano para evitar lo peor. De cualquier modo no había sido afortunada.

El tiempo discurría lento. En la pequeña celda subterránea el calor estaba, empezado a ser insoportable. Repentino y furioso, se sintió el estallido de la tormenta. Casi al mismo tiempo entró Gerardo. El rostro estaba marcado por las cicatrices, un ojo cubierto por una venda. Parecía una montaña en movimiento.

—Es la hora excelencia —dijo a Schreck—. Voy arriba a esperarle.

Este asintió sin girarse. Las dos piedras verdes que tenía en lugar de los ojos miraban fijamente la carne magullada de la joven y guiaban sus instrumentos y sus manos.

—Qué tipo tan raro es el doctor Terrentius —rumió por enésima vez Gerardo, dirigiéndose hacia el tétrico pasillo que llevaba hasta la escalera. Chasqueó con la lengua y comenzó a subir cojeando. El guardián no era el único que lo consideraba raro. Muchos en Roma juzgaban como excéntrico y misterioso a ese alemán de treinta y cinco años, y desde que frecuentaba el círculo del príncipe Federico Cesi, había quien lo consideraba peligroso.

Mientras manipulaba con cuidado la pinza por las extremidades finas, Schreck

intentaba eliminar una larga lista de preocupaciones que se le acumulaban en la cabeza. Los últimos días habían sido difíciles y todavía se maravillaba de haber conseguido salir indemne. La reciente investidura como cardenal de Scipione Caffarelli, sobrino del papa Pablo V, en el siglo Camilo Borghese, y la entrada anual de ciento cuarenta mil escudos que se le había garantizado, habían desencadenado a Pasquino, y por las paredes de la ciudad habían aparecido hojas con versos que decían: «Después de los Carafa, los Medici y los Farnese, ahora se tiene que enriquecer la casa de los Borghese». A tal hallazgo le siguió una persecución enorme y todos los extranjeros censados habían sido convocados o arrastrados hasta la sede del Santo Oficio para un control. También él había tenido que padecer la irritante invitación y había conseguido ingeniárselas con un interrogatorio feroz, demostrando que tenía suficientes medios de sustento o además alguna que otra amistad influyente, pero sobre todo porque los inquisidores no tenían pruebas contra él.

—¿Corresponde a la verdad la noticia según la cual vos practicáis actividades que coinciden de forma innegable con las declaradas herejes? —le preguntó un dominicano con una sonrisa ambigua.

—No tengo ni idea de las actividades a las que os referís, monseñor —le contestó Schreck, intentando entender adonde quería llegar el otro.

—Ah, ¿negáis ser un hematita? —insistió el dominicano.

El alemán hizo un razonamiento veloz que duró el tiempo de un respiro y que le aconsejó la respuesta apropiada. Le acusaban de pertenecer a la secta de los hematitas, es decir, de los que se nutren de carne animal cuya sangre ha sido vaciada; habían sido condenados por el Concilio de Jerusalén en el año 50, que pretendía sobre todo atacar a los hebreos. Aquello demostraba que detrás de su convocación había ya una intención clara de arrestarle, puesto que difícilmente los que pertenecían a la religión hebraica escapaban de los rigores de la Inquisición. Era necesario negarlo, pero permaneciendo en el terreno elegido por el dominicano y rebatirlo de forma eficaz. Lentamente y con voz estentórea, Schreck se defendió.

—En el capítulo XVII del *Levítico*, sobre las normas para la inmolación de los animales destinados a los sacrificios, Dios amonesta: «Cualquier israelita o forastero... que coma sangre... me enfrentaré con él y lo extirparé de su pueblo. Porque la vida de la carne es la sangre...». Yo no soy israelita y no estoy sujeto a este comportamiento. Soy cristiano y no estoy circunciso.

El inquisidor se quedó sorprendido por la respuesta, porque a todos los demás a los que les había realizado dicha acusación habían negado sin argumentar. Contrariado, exclamó con la esperanza de hacer tambalear la seguridad de Schreck encontrándole fallos doctrinales.

—Conocéis bien el *Levítico*, ¡qué raro para un cristiano estar al tanto de las reglas a las que se adhieren los asesinos de Cristo, los hebreos!

—Si es por esto —intervino inmediatamente Schreck—, además del *Mitzvot*, que impone el consumo de carne de animales desangrados, conozco también los otros seiscientos doce mandamientos de los israelitas y no los sigo.

—¡Finalmente! ¡No negáis conocerlos!

—No, monseñor, pero no niego conocer además del hebreo, también otras cinco lenguas que han caído en desuso y siete en uso. Pero niego ser un hematita. No tengo prejuicios sobre la sangre. Para mí es válida la indicación de Cristo, que nos transmite con amor san Juan en el capítulo VI de su Evangelio: «Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» —dijo mirando fijamente a los ojos del dominicano—. Yo recibo el cuerpo y la sangre de Cristo con la Eucaristía. Participo regularmente, como vos, de este sublime acto de canibalismo.

El otro reaccionó zarandeando la cabeza de izquierda a derecha, como si hubiera recibido una bofetada en toda la cara, y había temido durante unos instantes perder el sentido. En aquel momento, con un ruido seco y repentino, se abrió la puerta de par en par y apareció otro inquisidor, también este dominicano, que parecía haber resucitado por su palidez. En pocos pasos había llegado a la cátedra, situada bajo un crucifijo que llegaba hasta el techo, y se había sentado. Evidentemente había estado hasta entonces escuchando. Cuando hablaba miraba hacia arriba, por encima de la cabeza de Schreck, como si recibiese inspiración de una identidad invisible que flotaba en el aire.

—Hagamos referencia, por favor, a cuerpos y sangre profana, doctor Terrentius, porque parece que a los primeros causáis desastres y que de la segunda dejáis correr ríos. ¿Creéis en la resurrección de la carne? —e inmediatamente después—: ¿Conocéis los dictámenes del Concilio de Trento? —y sin dejar tiempo para responder—. Me han dicho que practicáis la cirugía y que mantenéis relaciones epistolares con médicos protestantes. ¿Es verdad? —y luego—: si un hombre muere en un accidente que le provoca también la amputación del pie, ¿qué hay que hacer? Y si, mientras muere, el mismo hombre se rompe la cabeza y medio cerebro sale fuera, ¿cómo hay que comportarse en ese caso?

«¡El cerebro!», exclamó Schreck para sí, alejando los recuerdos de aquel infernal interrogatorio. Sacó fuera de la cajita una sierra, un escalpelo y un taladro con la empuñadura de marfil. Durante un tiempo indeterminado el chirrido de la hoja sobre el cráneo cubría el eco lejano de la tormenta. Mientras procedía lentamente, dejando al descubierto la masa cerebral en parte gris amarillenta en parte blanca, los elementos del reciente interrogatorio se difuminaban para dejar espacio a la sorpresa.

—Fabrici de Acquapendente tenía razón, las *ostiola* dificultan el flujo de sangre para impedir que las paredes de las venas se rompan —susurró. Hacía referencia a los

pequeños dobleces membranosos dentro de un gran conducto venoso del que salía un chorro negruzco. Luego de repente, con excitación—. ¡En el hueso esfenoideos no hay ningún agujero para la caída de la flema!

Esta vez había hablado en voz alta, como si se dirigiera a un improbable espectador. Apartó un trozo de tejido con un pequeño arpón y sonrió con aire victorioso. Los galénicos suponían que en la base craneal había unos agujeritos como los de una esponja o un colador, a través de los cuales la flema, el humor frío proveniente del cerebro, se debía versar en el hueso nasal y en las cavidades nasales.

—¡Ignorantes, no hay ningún hueco bajo la glándula pituitaria! —casi gritó por la excitación. Sobrecogido por el frenesí, extrajo los siete pares de nervios craneales—. ¡No son huecos de ningún modo! —fue en ese momento cuando Gerardo entró en la celda con su paso tambaleante.

—Excelencia, todavía no se ve a nadie.

—¿Le habrá ocurrido algo? —gruñó Schreck. Pero movió inmediatamente la cabeza—. En su situación social nada puede ocurrirle.

Luego pensó: «Quizás le han seguido». También esta hipótesis le pareció inverosímil ya que habían acordado que dejaría la carroza y al cochero lejos del Hospital de los Huérfanos, precisamente para comprobar que nadie le siguiera. Tranquilizó por lo tanto al guardia.

—Vuelve arriba, estará a punto de llegar, la tormenta habrá inundado el camino y solo Dios sabe las vueltas que estará dando.

El hombre movió los hombros resignado y desapareció de nuevo en la oscuridad.

Schreck retomó sus instrumentos y empezó con el corazón. «Quién sabe cómo latiría en vida —se le ocurrió pensar mientras realizaba dos incisiones cruzadas—, tuvo que ser una pasional, esta pobrecilla».

Con delicadeza, dejó al descubierto los ventrículos. Quería constatar algo que pocos días antes le había revelado Harvey en una carta: del mismo modo que los planetas giran alrededor del Sol, fuente de calor y de vida, así la sangre tenía una circulación concentrada en el corazón más que en el hígado. Y según Harvey era el corazón el motor que empujaba la sangre desde el ventrículo derecho a los pulmones y al ventrículo izquierdo, mientras las válvulas impedían que volviera hacia atrás. «Las válvulas vigilan la entrada en el corazón como lo hacen los guardias delante de las puertas —le había escrito su amigo—, espasmo tras espasmo, una cantidad de sangre sigue a la otra».

Pero el órgano inerte de la joven no podía revelarle nada. El fracaso no fue algo inesperado.

«Es necesario que yo también me decida a destripar animales que están todavía vivos, así podré observar el corazón en movimiento hasta la última contracción — reflexionó—. ¿Animales? Y por qué no directamente hombres de carne y hueso,

vivos y coleando —el pensamiento casi lo hizo sonreír—. Así acabaré como Vesalio».

Acusado de seccionar personas todavía con vida, el cirujano flamenco había sido condenado a muerte por la Inquisición para luego recibir la gracia por parte del emperador. Pero las ganas de sonreír desaparecieron y la opresión que se escondía en su estómago comenzó a aflorar. Schreck apoyó los instrumentos sobre la mesa y miró sus manos manchadas de sangre. Le hubiera gustado estar lejos de allí cien mil millas, sentirse libre, respirar aire fresco en vez de la humedad del subterráneo, vivir en un mundo donde los secretos de la naturaleza se podían buscar porque no asustaban a nadie y donde nadie pretendía poseerlos sin conocerlos. Suspiró profundamente y vio de forma diferente aquel cuerpo desmembrado sobre el que se había encarnizado. Una bella y pobre jovencita, ahora reducida a una masa irreconocible y sangrienta, ya sin expresión alguna. Incluso los ojos, que no había tocado, habían casi desaparecido de su órbitas, como si se quisieran retirar ante tanto horror.

—¡Dios mío qué es lo que he hecho!

Pero el sentimiento de vergüenza duró solo un instante. Lo conocía ya y sabía de qué forma sobreponerse. Con la sensación de acabar de despertarse de un largo sueño, se acercó de nuevo a los instrumentos para continuar con su trabajo. Tenía que hacerlo, tenía que conocer, tenía que aprender. Como decía el príncipe Cesi, estudiar la naturaleza era un deber hacia la humanidad y los nuevos conocimientos tenían que divulgarse a todos y de manera pacífica. Esto solo podía llamarse progreso, y seguro que Dios no podía ser contrario a ello. Tensó los músculos, respiró profundamente y, seguro de querer confirmar su hipótesis sobre la causa de la muerte de la joven, decidió seccionar el hígado para observar de una vez por todas qué tenía que ver este órgano con el ir y venir de la sangre.

Fue en ese momento cuando escuchó un ruido de chatarra y el eco de unos pasos. Gerardo entró otra vez, estaba enojado.

—Excelencia, todavía nada. Yo vuelvo a la puerta principal, si alguien me busca...

—¿Quién te puede buscar?

—No lo sé.

—Los niños están encerrados y duermen, el director viene solo por la mañana, así que no veo ninguna necesidad de que te muevas. No hay ningún motivo para preocuparse. Vuelve arriba y verás que llegará dentro de poco tiempo.

Era la primera vez que Schreck veía a Gerardo inquieto. Ya al principio de la noche, el guardia le había dicho que tenía un presentimiento, pero en su simplicidad no se había explicado, ni el alemán había conseguido sonsacarle nada más.

Pacientemente el hombre se dirigió de nuevo hacia arriba. Durante un largo

tiempo los pasos retumbaron. Schreck lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista, sintiendo cómo se formaba en su pecho un sentimiento de angustia. El eco lejano de los pasos no llegó a detenerse por completo. Como el sonido de un tambor, permaneció en el aire húmedo y rancio del subterráneo, confundiéndose en los oídos de Schreck con las terribles y temibles frases del inquisidor, punzadas dolorosas para la conciencia.

—Atención doctor Terrentius —le había dicho antes de dejarle marchar—, estáis en una situación de *levis suspicio*. También la plebe sabe que una ligera sospecha se encuentra al límite de la inexistencia del crimen de herejía. Así que no os retenemos más. Pero en el caso de que consigamos recoger testimonios concretos sobre vuestra actividad no autorizada de anatomista, entonces vos entraréis en el caso de *vehemens suspicio*, y ¡la fuerte sospecha justifica el examen riguroso! —el cardenal inquisidor había hecho luego un gesto al soldado de guardia para ordenar que dejaran libre al interrogado y había concluido—. Por desgracia para vos, no sois pobre, ni simple, ni ignorante, así que, cuando tengamos las pruebas no os daremos la posibilidad de confesar vuestra mala credulidad como atenuante. Vuestra culpa, si queda probada, podrá ser enmendada solo con la abjuración... ¡O con el fuego!

En alto se escuchó lejano el chirrido de los goznes e inmediatamente después el golpe seco tras el cierre de una puerta. Gerardo había abierto la mirilla para ver bien fuera, no había novedad. La persona que aguardaban seguía haciéndose esperar.

## Capítulo 2

Johan Faber, alemán de nacimiento y romano de adopción, formaba parte de aquellos que pensaban que un fuerte temporal no era la expresión de la cólera divina, sino un fenómeno natural. Era iluminado a trechos por la luz de los relámpagos que entraba a través de la pequeña ventana. Los resplandores azulados se perseguían por el cielo sin tregua y rompían la noche en fragmentos con bordes chispeantes. También los truenos eran incesantes. Tenían el fragor de los cañones y su sonido se expandía en el aire haciendo que todo se tambaleara. Los cristales vibraban en el marco estropeado de madera; tras los estruendos más potentes también el agua de la botella apoyada en la mesa fluctuaba.

—¿Enciendo la vela, excelencia? —preguntó la joven, perezosa, desde la cama.

—No —contestó Faber, pasándose automáticamente una mano por la peluca. Era alto y enjuto, y por eso estaba acostumbrado a mirar a los demás de arriba abajo.

Ella se estiró sin gracia. Sacó fuera primero el brazo derecho, luego el izquierdo y los empujó hacia delante como si quisiera deshacerse de ellos. De entre las sábanas salió el busto: el tórax no muy entrado en carnes, dos pechos pequeños y flácidos, a pesar de su joven edad, y unos pezones puntiagudos de una longitud desproporcionada y siempre rígidos. Por eso los clientes la llamaban «Teresina la de los clavos». A medida que se fue descubriendo, el movimiento de los rayos la iluminaba, momentos intensos de luz como cuando en el teatro encienden todos los candelabros. Justo debajo del ombligo, iniciaba un sendero negro que llegaba hasta un mechón espeso y triangular que le cubría casi todo el vientre. Teresina siguió estirándose obscenamente y se dio la vuelta. Las nalgas musculosas brillaban.

Faber intentó tragar, pero las mucosidades parecían pegadas a la garganta. Se levantó de la silla, se sirvió un abundante vaso de agua y bebió con avidez. Medio cerró los ojos.

—Has necesitado bastante tiempo para despertarte. Llevo aquí media hora —le pareció que ella sonreía entre los dientes marchitos, pero no estaba completamente seguro—. Tengo poco tiempo.

Esta vez ella soltó una carcajada.

—Decís siempre eso, excelencia, y luego en cambio...

—Hoy tengo de verdad prisa.

—Seguro que estáis haciendo algo grande.

Faber se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—¿Grande decís? ¡Si tú supieras! —le acarició la espalda, luego la giró y comenzó a recorrer nerviosamente su pecho, sin detenerse más en uno que en otro. La boca volvió a secársele.

—¡Vuestra excelencia sí que tiene prisa!

El se situó encima. Se movía con golpes secos y, en cada movimiento, la peluca dejaba caer algo de polvo. Cualquier otra mujer habría pensado que moriría sofocada por el peso del hombre y por el talco, pero no Teresina. Regularmente, desde hacía casi dos años, una vez a la semana, el tipo con acento extranjero venía a verla. Era educado, dejaba buenas propinas y no la golpeaba. Por lo tanto, lo conocía y sabía que lo único que tenía que hacer era tener paciencia y soportar su peso y su peluca.

Fue mientras se vestía cuando a Faber empezó a temblarle el ojo izquierdo. Los últimos días habían sido muy duros, llenos de tensión, y había dormido poco. Las veladas en casa del príncipe Cesi terminarían dentro de poco y también los estudios y los paseos naturalistas. En el último, por el monte Gennaro, encontraron un lince herido que el príncipe había enviado a su casa de Acquasparta.

—Me hará compañía durante mi exilio —le había dicho con lágrimas en los ojos. Y ahora, mientras sus amigos se apresuraban en marcharse, la ciudad estaba repleta de espías. Faber intentó apartarse de aquellos pensamientos y se encomendó al pequeño crucifijo de coral que le había regalado el Santo Padre. Metió una mano en el bolsillo y lo apretó con fuerza. Teresina se había vuelto a dormir y roncaba con la boca abierta. El ojo comenzó a vibrarle con fuerza.

Fuera fue recibido por una lluvia fragorosa. La carroza le esperaba a poca distancia, si hubiera hecho un simple gesto, habría evitado mojarse. En cambio se sometió al baño salvífico.

—¿Vamos a Prima Porta, excelencia? —le preguntó el cochero adelantándose para abrirle la puerta.

—No, llévame al Foro, te diré yo cuándo te tienes que detener —esta vez no tenía tiempo para ir y confesarse con el cura de la pequeña iglesia situada en el campo. Un viejo bonachón, lo recibía en cualquier momento y cualquier día de la semana sin saber ni siquiera quién era. Lo absolvía siempre y se metía en el bolsillo prebendas murmurando la bendición.

La carroza se marchó. El trayecto no fue muy largo y la pared de agua no daba tregua. Los caballos procedían despacio. Se cruzaron solo con otro vehículo a la altura del Coliseo, pero de este apenas se distinguieron las grandes ruedas y el látigo del conductor que surcaba la lluvia relampagueando. Faber golpeó con el bastón la pared de la carroza y esta se detuvo. Bajó con la capa sobre la cabeza.

—Espérame aquí —dijo sin dar explicaciones y desapareció en la oscuridad.

Caminó al menos cinco minutos, maldiciendo esta vez las gotas de agua una a una y todos los adoquines resbaladizos. Llegaba con mucho retraso. El portón estaba atrancado, se dirigió hacia un callejón ciego sobre el que se asomaba una puerta lateral. Golpeó las dos veces pactadas y esta se abrió. Un par de ojos lo examinaron de arriba abajo, primero a él y luego el callejón.

—Excelencia no estéis ahí mojándoos. Os espera.

Faber no había visto nunca hasta entonces al hombre que había hablado. Notó que era todavía más alto que él y casi el doble de ancho. Cuando encendió la mecha de la lámpara apareció en toda su monstruosidad. El rostro estaba marcado por cicatrices y tenía un ojo cubierto.

—Yo soy Gerardo, excelencia —se presentó esbozando una sonrisa. Hizo un chasquido con la lengua y comenzó a bajar por las estrechas escaleras—. Prestad atención a dónde ponéis los pies, excelencia, hay ratones por todas partes.

A Faber el vientre negro del edificio le recordó a Teresina. Llegaron a una especie de pasillo con la bóveda que goteaba. Allá abajo, el ruido de la lluvia había disminuido y se escuchaba el repiqueteo constante de las gotas al caer amplificado por el eco. El otro lo empujó a un antro.

—Esperadme aquí, excelencia. Voy a avisarle de que habéis llegado.

Gerardo desapareció con la linterna, dejándolo en la oscuridad más total. Faber sentía un olor dulce, nauseabundo. Un calambre le devastó el estómago. Se apoyó en la pared y con la mano tocó un bastón en un círculo de hierro. Lo recorrió con los dedos. Era una antorcha. Rebuscó en sus bolsillos y cogió una cerilla. Cuando la luz iluminó el local, poco faltó para que gritara del susto, sobre una mesa a poca distancia, había un cadáver de un hombre con los ojos todavía abiertos. Enloquecidos y rabiosos tres ratones en el suelo se estaban comiendo una pierna que colgaba de la mesa. Faber dio un brinco y salió hacia el pasillo. Al horror se sumaba la ira incontenible por dejarse involucrar en una situación tan peligrosa. Ser el director de los jardines papales no le ayudaría seguramente si le descubrían allí abajo. Es más, empeoraría las cosas. El ojo temblaba, ingobernable. Apretó fuerte el pequeño crucifijo de coral hasta dejarse los dedos marcados.

La linterna y su acompañante volvían.

—Excelencia, puede pasar. Es allí abajo —le indicó más adelante—. Ahora voy yo —y el hombre desapareció por la curva de las escaleras.

Faber comenzó a avanzar lentamente, receloso, analizando el suelo. En un lugar preciso el pasillo se ensanchaba y formaba una pequeña sala a la que se asomaban diferentes puertas de hierro. Solo una estaba entornada, y desde allí se percibía una luz y se escuchaba un ruido siniestro. Entró abriendo con firmeza la puerta, que emitió un ruido infernal y oxidado.

El cuarto apenas contaba con muebles, solo una mesa, un armario y algunas estanterías sobre las que estaban a la vista numerosos volúmenes. Con las manos llenas de sangre Schreck se dio la vuelta y le miró.

—¡Por fin! Has tardado.

Ante la vista de la sangre e, inmediatamente después, del cadáver, Faber se echó hacia atrás moviendo los ojos sin parar, casi le faltó la respiración.

—¡Entonces es verdad! ¿Pero te has vuelto loco?

—Pero qué te ocurre, ¿no podemos saludarnos de forma normal?

Faber se quedó sin palabras, agitaba el dedo índice en el aire, y a Schreck pareció que indicaba los libros que estaban en las estanterías.

—No te agites, Vesalio no está prohibido.

Cogió de una de ellas el *De humani corporis fabrica* y empezó a hojearlo como si lo acariciara.

—Y está en buena compañía, no tendrás nada que objetar sobre el *De re anatómica* de Realdo Colombo o sobre esta bella edición véneta de *Anatomiaë, sive de resolutione corporis humani* que Costanzo Varolio dedicó a su cardenal protector.

—¡Y a mí qué me importan los libros! —gritó con voz ronca Faber—. ¡Pero no te ves, pareces un carnicero! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Para qué me has citado aquí? Sabes que si nos encuentran...

Un ruido imprevisto en la puerta lo sobresaltó. Se dio la vuelta. Era Gerardo que se dirigió a Schreck.

—¿Me lo llevo, excelencia?

El alemán asintió.

—Hace calor, es mejor.

El hombre envolvió el cadáver de la joven en una sábana gruesa y, sin tener en cuenta la sangre que goteaba, salió.

Schreck lo siguió con la mirada.

—Hace unos años le salvé de la viruela y evité que un cirujano de dos reales le sacara también el otro ojo —dejó la frase abierta—. Me consigue cadáveres para mis estudios. Los coge en el Tíber o por la calle, y cuando termino, los lleva a escondidas a las fosas comunes. Me ha jurado fidelidad hasta la muerte.

El guardián volvió.

—¿Queréis el otro, excelencia?

—No —dijo Schreck, apoyando una mano sobre el hombro—. Te llamaré dentro de unos minutos, ahora déjame hablar con mi amigo.

El tuerto desapareció sin rechistar.

Ahora que se había llevado el cuerpo, Faber comenzó a respirar normal.

—¿Te das cuenta Johann? Si nos descubren aquí, estamos acabados —un ojo comenzó de repente a abrirse y cerrarse sin control, y tras un instante, el corazón aceleró los batidos como un tambor de guerra—. ¡Descuartizar cadáveres sin permiso! ¡Tú estás loco! —levantó la voz y repitió—. ¡Tú estás loco!

La advertencia parecía que le resbalaba a Schreck como el aceite en un plato, pero las palabras de Faber le hirieron. Asumió un aire indiferente, arrugó el jubón negro entre sus dedos y soltó.

—¡Piensa qué ridículo sería si llevara puesto un traje rojo, como quería Sicillo Araldo en su *Tratado de los colores!*—sonrió.

—¿Qué? —le preguntó Faber. El cambio de tono le había paralizado.

—¿Sicillo no afirmaba que el rojo ennoblece y trae suerte en la medicina?

Faber no entendía.

—¿Pero de qué estás hablando?

Schreck continuó impertérrito.

—Y no era el único. En las *Historias de un Vallombrosano enfermo*, de Pietro Lorenzetti, el médico que visita al enfermo lleva un batín rojo sobre un vestido rojizo. Es más, en el código de *Chirurgia magistri Rolandi*, es el mismo Hipócrates quien es representado vestido de rojo. Los santos Cosme y Damián, patronos de nosotros los médicos, y médicos ellos mismos, ¿no vienen representados por tradición con indumentos de color rojo?

Faber estaba enmudecido. El parloteo de Schreck, así tan repentino y fuera de lugar, demostraba que el amigo había enloquecido de verdad. Este continuó.

—A pesar de todo, yo uso el negro porque el vestido de color negro me parece más serio. No es una casualidad que los magistrados y los abogados vayan de negro. En *Venecia ciudad nobilísima y singular* Francesco Sansovino afirma que desde 1360 los médicos tienen el permiso de llevar vestidos parecidos a los de los magistrados y los nobles. Por eso por todas partes los médicos aparecen con el color negro. Quizás con alguna diferencia... La toga de los médicos de la región Lombarda y de la Vénetica se diferencian porque la primera tiene las mangas abiertas, pero las dos son negras. Y sus gorros ya no mantienen esa forma de pan aplastado, que utilizaban los médicos representados en la cubierta de *Isagogæ breves* de Berengario de Capri, o como el sombrero que el anatomista Alejandro Achilli lleva altivamente en el retrato que le hizo hace un siglo aquel pintor extravagante que se hacía llamar el Francia. ¿Sabes de quién hablo?

Faber explotó.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Te lo ruego, vuelve a ser tú mismo!

Schreck enmudeció y comenzó a lavar los hierros en un barreño, después de secarlos meticulosamente, los frotó con un paño mojado en aceite y, mientras los colocaba en orden en el estuche, volvió a hablar, esta vez sin sonreír.

—No estoy loco, Johann, y en cambio como ves puedo estarlo. Mantén la calma y escúchame sin juzgar antes de haberme oído. Yo te necesito, necesito tu amistad, tu confianza y tus consejos. Te he hecho venir al Hospital de los Huérfanos porque es el sitio en el que me siento más al seguro. Todos saben que aquí ejerzo benévolo mi obra de médico para los niños abandonados, pero nadie —menos Gerardo y ahora tú— sabe sobre mis estudios de anatomía. Los realizo en secreto y nunca he hablado de ellos ni siquiera con el príncipe Cesi —después de una breve pausa repitió para calmarlo—. Nadie lo sabe.

—Eso es lo que tú te crees —explotó de nuevo Faber—. El otro día escuché al

secretario de la Cámara Pontificia dictar la lista de los sospechosos al cardenal camarlengo. Dijo también tu nombre, añadiendo que habían llegado cartas anónimas que te acusaban de practicar la disección de cadáveres, a despecho de los decretos del Concilio de Trento. Y dijo también muchas otras cosas sobre ti.

—¿Por ejemplo?

—Que tú no dejas enterrar junto al cuerpo las partes y los órganos que extraes, despreciando la unidad corpórea necesaria el día del Juicio, cuando llegará la resurrección de la carne.

Schreck movió enfurecido la cabeza.

—Te he pedido que vengas porque tengo que hablarte de una cosa de máxima importancia, no para escuchar lo que se dice por san Juan. Y además, qué te crees que puede importarle a Dios misericordioso si uno es enterrado por entero o no. Quizás no le importa ni siquiera si uno es enterrado. Piensa en las personas que se ahogan, ¿no son dignas de la resurrección?

Sus palabras tuvieron el mismo efecto que un bofetón en el rostro de Faber que se quedó blanco.

—Johann, a aquellos no les importa nada de los trozos de los cadáveres o de los que se ahogan, quieren solo que no se ponga en discusión su autoridad. Y si tienen la sospecha de que tú puedes amenazar el estado de las cosas con nuevas teorías, o sembrar la duda, entonces vas dado —el ojo comenzó a temblar como si se hubiera vuelto loco—. ¡En Roma la duda está prohibida y es castigada con la muerte! —hizo una pequeña pausa, para darle aliento a los pulmones de nuevo empobrecidos de aire y siguió—. También el príncipe Cesi se ha dado cuenta y ha decidido suspender las sesiones de la Academia. Y él tiene un tío cardenal que le protege y dice de él, en la Curia, que es un joven ingenuo rodeado de amigos que son poco recomendables. Imagínate lo que pueden decir de ti, que eres extranjero y estás en la lista negra del Santo Oficio.

—¿Ya no habrá más sesiones de la Academia de los Lincei? —Faber se le acercó hasta cogerle las manos. Estaban lisas por el aceite que había utilizado.

—La de mañana será la última, al menos durante un cierto tiempo. El príncipe me encargó que te diera un escrito en nuestro lenguaje cifrado. Quiere que dejes la ciudad después del experimento que haremos precisamente mañana por la noche con el señor Galileo —le puso en las manos una nota que Schreck leyó con avidez. En vez de letras estaban los signos astrológicos del zodiaco, su alfabeto secreto.

—Es verdad, quiere que me marche, pero después del gran acontecimiento.

Faber le apretó las manos.

—El príncipe, algún que otro riesgo se lo puede permitir. Pero no sé hasta cuándo. Tú en cambio, no puedes arriesgarte. Deja inmediatamente este sitio lúgubre y peligroso y mañana vete de Roma, Johann, es la única solución.

—No, me quedo. Tengo que hablarte de una cosa importantísima. Verás que no has venido hasta aquí en vano.

Un grito agudo proveniente de arriba y amplificado por las bóvedas de las mazmorras lo interrumpió secamente. Parecía que estaban escuchando a un animal herido. Luego otro lamento más inteligible a gritos.

—¡Excelencia!... Aquí están... Ah, dejadme... dejadme... Por piedad de Dios... ¡Excelencia!... ¡Excelencia!...

La voz potente de Gerardo se apagó en un quejido y se escuchó una caída seca, junto a un vocerío agitado y al ruido de pasos veloces y de metal. Faber se puso blanco y ni siquiera el contacto con el pequeño crucifijo de coral consiguió que su respiración fuera regular. Schreck dio un salto y corrió fuera. Subió los escalones de dos en dos pero se detuvo de golpe cuando escuchó una voz que intimidaba más arriba.

—Cerdo asqueroso, si no es suficiente, te quito también la otra. ¿Dónde está tu dueño? Nos han indicado su presencia en este edificio. ¡Habla inmediatamente!

El silencio que siguió quedó roto por un gruñido vago. Gerardo articulaba con dificultad las palabras, que al final brotaron después de numerosos golpes de tos.

—No hay nadie, señor oficial. Este lugar es un orfanato y no tengo ningún dueño.

Schreck subió lentamente otros dos escalones y se asomó al rellano. Al final del pasillo, encogido en el suelo como si fuera una gavilla, rodeado por una decena de soldados, Gerardo yacía, en un charco de sangre, con ambas manos sobre la cabeza, le habían cortado una oreja. Un soldado le apuntaba el vientre con la pica, mientras el oficial daba vueltas con la mano a una espada que brillaba con el resplandor de las antorchas.

—¿Y bien? —insistió este último—. ¿No hablas? Entonces la lengua no te sirve. ¿Quieres que te la quitemos antes de que puedas pedir perdón por todos tus pecados? —soltó una carcajada demente—. ¡Así, vas a morir, imbécil!

Gerardo, acurrucado sobre el suelo no se movía. El oficial esperó casi un minuto sin añadir nada más. Luego hizo un gesto al soldado que le dio un golpe seco con la pica. Inmediatamente después Gerardo vomitó espuma rojiza, tuvo una convulsión y expiró.

—¡Registrad por todas partes! —gritó el oficial a sus hombres.

Schreck tuvo apenas el tiempo de bajar las escaleras hasta el subterráneo cuando los soldados habían ya invadido todo el piso de arriba. Abajo encontró a Faber inmóvil, lívido, con la mirada petrificada. Parecía que le habían clavado a la pared. Lo zarandeó arrastrándolo hacia fuera de la sala utilizada para la autopsia y lo empujó por un pasillo oscuro y húmedo.

—¡Los soldados! Seguidme sin protestar —le intimidó en voz baja. Mientras corrían entre las tinieblas, se quitó el jubón que le estorbaba. Se dirigió primero a la

derecha luego a la izquierda, colándose por pasillos cada vez más estrechos. Faber le seguía aterrorizado, intentando captar algún punto de referencia en la oscuridad. Había perdido la peluca y se chocaba continuamente contra las invisibles paredes de roca. De repente le pareció escuchar una multitud de pasos detrás de ellos y por un instante apretó fuertemente en el puño el pequeño crucifijo de coral. Al fin llegaron a una pequeña trampilla de hierro y se detuvieron. Faber sintió que estaba lleno de magulladuras y arañones. Schreck salió el primero y lo sacó como si fuera un saco de patatas. Estaban al aire libre.

Del mismo modo que repentinamente había comenzado, la tormenta se había calmado dejando algún que otro rayo cruzar el horizonte. El cielo se había vuelto raso, primaveral, y se podían ver de nuevo las estrellas. El Hospital de los Huérfanos era solo una masa oscura y lejana y delante de ellos brillaban los adoquines del Foro. Habían salido entre las ruinas. El viento de poniente que soplaba con discreción reanimó a Faber, que condujo a su amigo hasta la carroza, situada no muy lejos. Fue mientras estaban a punto de subirse cuando Schreck se detuvo en seco, dándose una sonora palmada en la frente.

—¡Mi caja! ¡Los instrumentos! —exclamó con dolor—. ¡Con las prisas me he olvidado todo!

—No tenemos tiempo que perder, Johann —le exhortó Faber, invitándole a subirse al habitáculo. Tenemos que marcharnos, y corriendo —dio las órdenes al cochero y se fueron a toda prisa. La noche se tragó el vehículo. La luna brillaba tanto que uno tenía la impresión que respiraba su luz.

## Capítulo 3

A la tarde del día siguiente, era polvo lo que respiraban Schreck y Faber en la misma carroza que corría a gran velocidad hacia la colina llamada Gianicolo, donde estaba situado el palacio Cesi. Durante el breve viaje Schreck rumiaba con tristeza los acontecimientos de la noche anterior. El otro con el aliento maloliente de Teresina, todavía en el cuello, estaba absorto rezando un Ave María que el cura de Prima Porta le había ordenado poco antes de darle la absolución, teniendo en cuenta que por la mañana había acudido a casa de Teresina para atenuar el miedo del día anterior. El balanceo chirriante de la carroza acompañaba las reflexiones de Schreck y el fervor de Faber, y ambos, sin confesárselo el uno al otro, estaban convencidos de que aquel ruido y aquel movimiento eran premonitorios de algo imprevisible. De hecho, algo ocurrió.

Para empezar de repente el vehículo se detuvo produciendo un ruido fuera de lo común. Un brazo y un farol se colaron por la ventanilla, luego tras una barba negra apareció una cara desaliñada, con dos ojos caprichosos que miraban en dilecciones inconciliables.

—Ah, sois vos excelencia. Perdonadme, os lo ruego —el hombre, un soldado, se quitó torpemente el sombrero y retiró con un gesto el farol. Luego, dirigiéndose a alguien que estaba en la calle—. ¡Dejadles pasar! Es el señor Faber, el director de los jardines de Su Santidad.

Del mismo modo que se había detenido bruscamente, la carroza reanudó sus movimientos llenos de sobresaltos, con un chirrido infernal. Mientras se alejaba, se oyó todavía durante unos instantes el vocerío de los soldados del puesto de guardia, y luego solo el ruido mecánico del vehículo y el golpear de los cascos de los caballos.

—Si supieran adonde vamos y qué es lo que vamos a hacer, no nos habrían dejado pasar —soltó Faber con el pañuelo en la nariz para protegerse del polvo—. Todos estos controles me irritan los nervios.

Schreck prefirió permanecer callado, para evitar encontrarse la boca todavía más llena de polvo. Los dos volvieron a mirar fijamente hacia afuera. A través del telón de la nube blanca habían admirado hasta entonces el campo ya decorado como si fuera primavera. En el recuadro de la ventanilla apareció en aquel preciso momento una escena apocalíptica cuyo clamor superaba el del vehículo. Algunos criadores de cerdos arrastraban a las bestias, pero estas, gritando con todas sus fuerzas, mantenían rígidas sus piernas contra el suelo ofreciendo resistencia. En el hórrido *tableau vivant* había también un niño de no más de diez años, harapiento y descalzo, que colaboraba en el traslado tirándoles piedras a los cerdos. Schreck miró al niño que a su vez había interrumpido sus lanzamientos y miraba encantado la carroza. De repente, el hombre que se ocupaba del cerdo más grande tropezó en una franja del terreno, soltó la

cuerda, de forma que el animal, aprovechando la libertad inesperada, escapó inmediatamente. Los otros criadores comenzaron a gritarle obscenidades imposibles de repetir, sujetando cada uno los cerdos que le habían confiado, intentaban perseguir con dificultad al fugitivo. A ellos les siguieron los campesinos que trabajaban, allí cerca y temían la devastación del campo. La confusión había llegado al máximo: gritos humanos, gruñidos porcinos, imprecaciones, blasfemias, pataletas, ruidos. Mientras tanto el enorme cerdo fugado, acorralado y enloquecido, se abalanzó sobre el pequeño lanzador de piedras. Lo tiró al suelo y lo arrastró hasta unos matorrales, donde empezó a clavarle los dientes con un frenesí que dejaba la sangre helada.

—¡Detente! ¡Detente! —ordenó Schreck al cochero, dando unos golpes fuertes en la puerta—. ¡Párate por Dios!

La carroza se detuvo al instante en un paroxismo de polvo. Los dos viajeros bajaron lanzándose a la maraña infernal de bestias y hombres. En un charco de sangre el cuerpo del niño yacía inmóvil. Dos criadores permanecían enmudecidos a su lado, mientras tanto los otros villanos habían conseguido detener al animal, lo habían atado junto a los otros animales con fuertes cuerdas a un carro y corrían hacia el lugar de la tragedia.

Con decisión Schreck se hizo espacio entre los hombres y se arrodilló junto al pequeño. Este tenía los ojos abiertos de par en par y gemía jadeando. La pierna izquierda parecía completamente machacada, desde la nalga hasta la pantorrilla se había convertido en una masa uniforme y sangrienta.

—¡Coge la bolsa, te lo ruego! —dijo a Faber que se había echado a un lado. Los criadores y los campesinos se apartaron con deferencia y él inmediatamente después volvió con una maletita de cuero que entregó al amigo.

—Echaos a un lado, ¿no veis que no puede respirar? —con un gesto del brazo, Schreck alejaba a los hombres asustados—. ¡Trae una antorcha! —le gritó al cochero. Sintió el ruido de la cerilla y la llama temblando llegó hasta donde estaban ellos—. ¡Tú! —ordenó al hombre más grueso, a quien se le había escapado el animal—. Coge la antorcha y quédate a mi lado.

Mientras tanto, de una casa poco distante habían llegado otras personas atraídas por el jaleo. Delante de todos, había dos mujeres. Una de ellas, con las manos en la boca, se lamentaba de forma llamativa. Schreck sacó de la bolsa una cajita de madera, la abrió con precaución, extrajo una raíz parecida a la de la patata pero más carnosa, gruesa, del color de la tierra, con dos ramificaciones enormes de las que brotaban hilos vegetales largos y finos. La raíz tenía en la parte de arriba un cuello corto y robusto del que, presumiblemente, había sido arrancada la planta. Faber sentía curiosidad pero no hizo ninguna pregunta.

—Haz que corten algunas ramas de aquella morera —le dijo Schreck indicándole el árbol poco distante—, y enciende un fuego pero, por amor de Dios, ¡date prisa! —

luego dirigiéndose a la mujer que lloraba—. Tú, tráeme un mortero —esta le preguntó con los ojos—. Sí, un mortero, como el que se usa para moler la sal. ¡Corre!

La mujer se alejó lo más rápido que pudo, manteniendo la falda levantada.

Era ya tarde. A la luz de la antorcha Schreck metió un bastoncito en la raíz y lo acercó a los ramilletes de la morera a los que había prendido fuego. La raíz la situaba un momento sobre la llama e inmediatamente después la retiraba, muchas veces la calentó pero en ningún momento esta se quemó. El alemán miró a su alrededor y distinguió a la mujer que había vuelto con el mortero entre las manos, con gesto autoritario mandó que se lo entregaran y empezó a golpear la raíz con movimientos precisos y expertos. Una vez que esta quedó transformada en trocitos, comenzó a extenderla por las heridas del niño. Pero se detuvo casi inmediatamente porque los harapos de los pantalones impedían la operación. Entonces dirigiéndose a la mujer.

—¡Agua, inmediatamente! ¡Agua para beber!

La mujer desapareció en la oscuridad. Volvió a los pocos minutos junto a un mozo que transportaba un barreño lleno. El niño, tumbado en el charco de sangre, no dejaba de quejarse en voz baja. Sin decir una palabra Schreck lo desnudó con delicadeza, eliminando los restos de los pantalones, con pequeños golpes de agua limpió las heridas y completó la limpieza con un paño mojado. A la luz de la antorcha las laceraciones se mostraron menos profundas de lo que había parecido en un principio.

Ahora que el cuerpecito quedaba limpio de tierra y sangre, Schreck distribuyó los gránulos por encima de la carne magullada. Al terminar esta operación se levantó y se dirigió al criador grueso que había seguido todos sus movimientos con preocupación.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Santino, excelencia, soy el tío del joven y ella —indicó a una mujer llorando—, es su madre.

—Escuchadme bien, los dos. Meted al niño en casa, durante diez días dadle de comer solo riñones de cordero y de beber caldo de arroz. Durante quince días lavad las heridas con agua y luego aplicad la medicina que está aquí —y les mostró el mortero—. Se recuperará.

Dicho esto, hizo un gesto a los asistentes, recogió la bolsa y se marchó seguido por Faber, sin prestar atención a los gestos de agradecimiento y a las reverencias. La carroza se marchó, desapareciendo en mitad de la noche y del polvo.

La oscuridad parecía que atenuaba el sonio de los mecanismos y el ruido de los caballos. Faber había borrado cualquier pensamiento y callaba, consumido en miles de preguntas. A su lado, Schreck —ocupando gran parte del asiento con los ojos cerrados—, parecía estar medio dormido. Pero de repente se levantó.

—Proviene de China —dijo de pronto.

Faber se sobresaltó.

—¿El qué?

—La raíz que he utilizado para curar las heridas del niño, viene de China, es un fármaco portentoso.

—¡Ah! He leído algo sobre las hierbas chinas en *Historia de las boticas* de García del Huerto. Hace mucho tiempo. Demasiado para acordarme.

—¿Has visto cómo está hecha? Parece un hombrecito con las piernas abiertas, sin cabeza ni brazos. Los chinos la llaman *ren shen*, es decir, esencia de la forma humana.

—¿Te has puesto a estudiar también chino? —preguntó Faber asombrado.

Schreck meneó la cabeza.

—No, lo he leído en algunos documentos...

—¿Qué documentos?

—Quería hablar contigo ayer de eso, cuando viniste al Hospital de los Huérfanos... Pobre Gerardo... ¡Qué final tan horrible!... No he pegado ojo esta noche... Ha muerto por mi culpa.

Faber movió la cabeza.

—¡Vaya noche tan horrorosa! No te culpes por ello, porque no tienes nada que ver. Bueno, la obstinación con la que llevas adelante tus estudios de anatomía es deplorable y peligrosa, pero no has sido tú quien ha matado a Gerardo. La realidad nos obliga a ser prudentes —calló, siguiendo unos instantes el curso de sus pensamientos. Luego arqueando una ceja le preguntó a quemarropa—. ¿Qué querías decirme ayer por la noche?

Schreck respiró profundamente y siguió hablando, primero titubeando, luego cada vez más rápido.

—El año pasado, antes de venir a Roma, pasé un tiempo en la biblioteca del Trinity College en Dublín, para prestar servicio al conservador. Me había pedido que ordenara unos antiguos manuscritos griegos de geometría que estaban en muy malas condiciones. Las hojas estaban recogidas en algunas carpetas de cuero que yacían en un armario polvoriento y desde tiempo inmemorable no se abrían. Buscando en el fondo del armario salió a la luz un pliego con unos documentos con una caligrafía fina. Era muy diferente a los otros, atado con una cinta algo sucia, los documentos estaban escritos en gaélico antiguo.

—¿Y?

—Se trataba del diario de fray Jaime de Irlanda, el compañero de Odorico de Pordenone.

Faber abrió los ojos de par en par, y quizás por la sorpresa, o por un salto de los caballos que habían movido la carroza, dejó caer el bastón y su peluca exhaló una bocanada blanca. Aquellos nombres le llevaban hacia atrás en el tiempo tres siglos: Jaime de Irlanda y Odorico de Pordenone, ambos franciscanos, habían atravesado el

Mediterráneo y Asia y habían llegado hasta China, que entonces se llamaba Catai, tierra que querían convertir. Allí permanecieron desde 1325 hasta 1328.

Schreck seguía hablando.

—De Odorico se sabe que se alojó en la capital del Norte del Imperio chino y fue el artífice de varias conversiones. De Jaime en cambio se perdió su rastro, hasta que yo he encontrado su diario. Cuenta que fundaron numerosos conventos en ciudades maravillosas. Parece que una tenía diez mil puentes y calles empedradas de oro. En otra había torres altas de más de diez pisos. Y el palacio del emperador estaba rodeado por murallas de color púrpura, y solo él, sus cien concubinas y más de cuatro mil eunucos, podían habitarlo. Los literatos y los hombres de cultura gozaban de un prestigio muy alto, tanto que precisamente a ellos les entregaban la administración del Imperio. Y está escrito también que sanaban las enfermedades pinchando agujas en el cuerpo...

—¿Agujas? —preguntó de nuevo Faber con cierta curiosidad.

—Sí, y conocían más de ocho mil especies de plantas que utilizaban para curar todo tipo de mal. Y entre estas el *ren shen*.

—¿*Ren shen*? —repitió Faber.

En ese momento el chirriar de los frenos y el ladrar de los perros les anunció que acababan de llegar al palacio Cesi. La puertecilla se abrió de golpe y a la luz de los faroles aparecieron la peluca y la chaqueta dorada de un paje arrodillado. A Faber y a Schreck no les quedó otra cosa que interrumpir bruscamente la conversación, bajar de la carroza y dirigirse hacia el palacio.

La residencia del príncipe Cesi consistía en un edificio imponente y cuadrado. La puerta de entrada no estaba en posición central, más bien algo movida hacia la izquierda, y encima de ella se veía el escudo de la familia. La fachada era un triunfo de pinturas que representaban alegorías del mundo griego y romano. Animadas por la luz de las antorchas, parecían vivas y escurridizas. A una cierta altura corría un largo friso en el que el artista Polidoro Caldara de Caravaggio había querido representar antiguas poblaciones mediterráneas emigrantes. Y ahí estaba el interminable fresco que narraba el embarque de los enseres, el viaje por mar, una terrible batalla contra la flota enemiga. Se podía reconocer la firma del artista entre dos amorcillos, uno de los cuales llevaba entre las manos regordetas una máscara dorada, la que, unos setenta años antes, había sugerido cambiar el nombre de la calle, de «carretera desde San Simón a la plaza de San Apolinar» a «calle de la Máscara de Oro».

Un instante antes de llegar al portón, Faber cogió el brazo del amigo.

—Dime, ¿y la raíz...?

Mientras el enorme portal se abría sin hacer ruido, Schreck dijo entrando.

—Tiene que ser milagrosa, porque me está haciendo trabajar en un proyecto que resolverá mi problema.

## Capítulo 4

La galería de los antepasados del príncipe Cesi era un antro espectral. Ante el paso de las velas brillaban ojos, batines, sables, tiaras. El viejo servidor Anselmo precedía a los dos alemanes después de haberles liberado de la capa, el sombrero y el bastón. Mientras se acercaban poco a poco a la biblioteca, aparecían amenazadores los rostros de los antepasados más recientes o afines a la familia Cesi. Ahí estaba la cara barbuda y rolliza del condotiero d'Alviano, cuyo pintor no había conseguido corregir la larga nariz que le caía encima de la barbilla. El mismo desgraciado apéndice lo tenía su hija Isabel Liviana, pálida, con una gran espiga de grano en la mano. Al lado, en un cuadro algo más grande, su esposo Gian Giacomo Cesi, tatarabuelo del príncipe, parecía dormir con los ojos abiertos. Frente a estos, el hijo de este, Ángel, y de nuevo la nariz desproporcionada, más a la vista que el pequeño puñal que llevaba en el cinturón. Severos en las vestes cardenalcias, el tío abuelo homónimo del príncipe, su eminencia Federico Cesi, de pie mientras está ocupado en la lectura de los Evangelios, y su tío Pablo Emilio Cesi, con la mirada feroz, el crucifijo dorado en el cuello y un anillo que brillaba sobre el guante violeta de la mano derecha. Y los dos con la nariz enorme que parecía dotada de vida propia, tanto que parecía que empujaban para salir fuera de los lienzos. En los lados opuestos de la galería se reflejaban, el uno en el otro, los retratos de los primos Cesarini, dos jóvenes narigudos en armas que preferían las espadas y los caballos a los libros, ya fueran sagrados o profanos. A su preceptor, Ranuccio Farnese —quizás elegido porque también él tenía con la cara arruinada por una desagradable probóscide—, estaba dedicada la pintura grotesca en la que un hombre venía retratado con las manos aferradas a las riendas de dos caballos desbocados que parecían estar a punto de aplastarlo, de fondo, la bella villa de Parma, donde él había vivido hasta que una patada en el rostro que le había dado un caballo de carne y hueso lo había enviado al Creador, una calurosa mañana de agosto unos años antes.

En ese punto del ancho y largo pasillo se comenzaba a escuchar un vocerío poco distante, no se distinguían nítidamente las palabras sino solo fonemas entrecortados, algún que otro golpe de tos y atenuados ruidos de vasos. Faber y Schreck se estaban acercando a la biblioteca, cuando sintieron un escalofrío. Anselmo, como si hubiera notado el estremecimiento, se dio la vuelta, dedicó a los invitados un gesto de reverencia y alargando el brazo en el que llevaba el candelabro indicó, casi señalándolas con las llamas, dos gigantescas pinturas que presidían un lateral.

—El príncipe Federico padre y su bella mujer, doña Olimpia Orsini —dijo con una reverencia.

Schreck conocía los dos cuadros. Los había visto la primera vez que había entrado en el Palacio Cesi, algunos años antes. Había sido el propio príncipe quien le

había mostrado los retratos de sus padres: la madre, mujer piadosa, sensible y pía, de la que había heredado la educación, el alma sensible, una nobleza natural, la dignidad y, sobre todo, agudeza e ingenio; y su severo padre, homónimo suyo, de quien le habría gustado heredar el título de príncipe del Santo Ángel y San Polo, pero del que por ahora solo podía mostrar la nariz familiar.

Finalmente entraron en la biblioteca. Muy a la vista sobre un soporte metálico, había un largo tubo dotado de lentes en las extremidades. Schreck sintió el corazón latir enloquecido.

—La lente del señor Galileo —murmuró con emoción al oído de Faber.

El instrumento era largo y fino, recubierto de cuero negro labrado, y sus cristales brillaban como si fueran ojos curiosos. Inclinado hacia la parte superior, parecía un dardo listo para ser lanzado al cielo.

—Príncipe, los señores Faber y Terrentius —declaró con un tono solemne Anselmo.

—¡Aquí estáis amigos, por fin! —exclamó Federico Cesi, separándose de un grupo de personas y yendo a su encuentro con los brazos abiertos. Alto, con una larga melena castaña, llevaba puesto un traje negro con bordados en plata, y la capa corta le daba un aire de viajero, como si estuviera allí por casualidad.

—Perdonad el retraso, príncipe —dijo Faber devolviendo el abrazo—. Por el camino hemos tenido una aventura que se ha resuelto bien, gracias a nuestro Terrentius.

—Terrentius, Terrentius —se puso de repente en pie un viejo con un rostro corriente, pero con dos orejas extraordinarias, no por la forma o la medida, sino por la enorme cantidad de vello que salía de los pabellones. Este era César Cremonini, profesor de filosofía natural en la universidad de Padua. Parecía furioso—. ¿Por qué os hacéis llamar así? ¡Cuando erais un estudiante os conocía solo como Schreck! —después de tanta vehemencia, el viejo respiró profundamente como si fuera un quejido, tosió, movió los ojos y se agarró a la mesa. Parecía que estaba a punto de dejarse la piel.

—Han pasado muchos años desde entonces, profesor —se entrometió Faber—, y han cambiado muchas cosas —luego con un tono más educado y disuasivo le explicó que en alemán *schreck* significa fantasma, pesadilla, y *schrecken*, terror—. Así que, dándose el nombre de Terrentius, nuestro amigo Johann ha querido latinizar su apellido alemán.

—¿A quién queréis asombrar? —contestó Cremonini, sorprendiendo a todos por la repentina mejoría—. ¿Creéis que sois original? —esta última pregunta fue sin embargo fatal, porque el rostro pasó repentinamente del blanco al rojo, y viceversa, y la respiración pareció bloquearse en los pulmones durante al menos un minuto. Si Cesi no lo hubiera sujetado, habría caído al suelo.

—¿Pero qué os pasa esta noche, César? —le preguntó el príncipe mientras lo sujetaba—. Antes habéis discutido con el señor Galileo sobre cómo está hecho el cielo, ahora os enfadáis con el señor Terrentius por no sé qué motivo. Venga, relajaos —y le ofreció un vaso de cristal donde bailaba un poco de vino tinto.

Como si no hubiera ocurrido nada, se adelantó un hombre con el pelo cano y una bella sonrisa dibujada en la cara.

—Aquí están, príncipe. Ahora, tendréis la prueba de que tengo razón yo.

Schreck lo observó correspondiendo con un comportamiento cordial. En primer lugar llamó su atención el vestuario algo antiguo con una chaqueta corta con alamares dorados. Luego lo reconoció, era el experimentalista napolitano Giambattista Della Porta.

—Cuánto me alegra veros. No sé sobre lo que queréis tener razón, pero os la doy toda.

Cesi explicó de forma afable.

—Este presuntuoso señor Della Porta, después de atribuirse la paternidad del telescopio, ahora pretende ser el único en saber descifrar el vocabulario botánico de su país, teniendo el valor de afirmar que ni siquiera vos lo conocéis.

—Pues claro —se mezcló Della Porta—, no discuto la sabiduría del señor Terrentius, pero estoy convencido de que no conoce el idioma que se habla en Nápoles. ¿Lo queréis ver?

La provocación de Cremonini ya había pasado y un alegre debate estaba a punto de desatarse.

—Por ejemplo, ¿qué significa *pimpinela* señor Terrentius? —le preguntó a quemarropa Della Porta.

Schreck muy serio contestó.

—Esa que también el señor Faber llama *Poterium sanguisorba*: le da un buen olor a la ensalada y por eso todos la comemos.

Della Porta no dejaba de mover las manos.

—¿Y los *puparuole a cerasiello*?

Todos miraron fijamente a Schreck que, imperturbable, contestó.

—¡Bueno, esta es fácil! Estáis hablando del *Capsicum cerasiforme* o, como dirían vuestros boticarios, príncipe —e hizo una reverencia a Cesi que respondió divertido con un movimiento análogo—, guindilla redonda. Una de esas que inflaman los labios y a menudo los hinchan, y cuyo sabor con frecuencia es utilizado para conquistar a Venus. No hay que confundirla con el *puparuole a carcioffole* o *papaccelle pe' l'acito*, es decir, me reitero al pimiento verde y oloroso, *Capsicum grossum* del que estoy seguro que el profesor Cremonini es todo un goloso.

Los invitados rieron menos Cremonini cuyo rostro iba enrojeciendo por momentos y parecía estar a punto de explotar. Aprovechando la pausa, el príncipe

retomó la palabra.

—Llevamos mucho tiempo sin vernos todos juntos, amigos. Estamos todavía en Roma, quizás por última vez, para participar en esta velada que se anuncia mágica y solo la espera nos llena de alegría. Tenemos que dar las gracias al señor Galileo que a pesar del momento tan poco propicio, ha querido confirmar esta cita. Por eso, le pido con todo el corazón que no nos haga esperar y que empiece con su demostración.

Schreck sintió que se posaba sobre él la mirada grave y profunda de un hombre con una sobria barba rizada, que había estado hasta ahora en un lado, apartado. Era Galileo Galilei, vestido con unos pantalones y un jubón negros, tan estrechos que subrayaban la desproporción entre sus piernas tan delgadas y el tórax aumentado. Con cuarenta y siete años, su rostro, marcado por un cansancio infinito, acogía dos grandes ojos redondos rodeados por arrugas grises que lo envejecían enormemente. Solo el brillo de sus pupilas y su movilidad revelaban el espíritu vital e indomable que había dentro.

—Buenas tardes, señor Terrentius —soltó—. También yo me acuerdo de vos cuando erais un oyente en Padua. Me alegra volver a veros, aunque me dicen que seguís mostrando un poco de reticencia acerca de mis descubrimientos. Creedme, en vez de ofenderme me despierta interés.

La posibilidad de volver a ver al científico después de años en la villa de Cesi había sido una de las principales motivaciones que habían llevado a Schreck, a pesar de los tiempos, a participar en la reunión.

—Estoy muy feliz de estar todavía y una vez más cerca de vos, señor Galileo. Permitidme felicitaros por vuestro nombramiento como primer matemático y filósofo del gran duque de Toscana —el otro le dio las gracias con un imperceptible gesto con la cabeza.

—Sobre vuestros descubrimientos —añadió Schreck—, más que escéptico, me considero cauteloso. Estoy de acuerdo con vos en que el lenguaje de las matemáticas nos permitirá leer el gran libro de la naturaleza, pero antes de abrazar la teoría de Copérnico y abandonar la de Tycho Brahe que deja a la Tierra tranquila e inmóvil en el centro del universo, y hace rotar a los planetas alrededor del Sol y todos juntos, alrededor de la Tierra, me gustaría discutir con vos la cuestión de las mareas y ver con mis ojos las maravillas de las que habláis y escribís. Utilizando vuestro instrumento que el príncipe ha llamado telescopio.

Fue en ese momento cuando Cesi se acercó de forma solemne al largo tubo con las lentes; lo sujetó con firmeza y lo situó a media altura. No se escuchaba ni siquiera el ruido de una mosca pasar cuando, en una pose que hacía que se pareciera a un sacerdote en un acto de sacrificio, dijo gravemente:

—Esta noche realizaremos por primera vez el valiente gesto que el señor Galileo ya ha realizado en solitario —abrazó con la mirada a los allí presentes—. Dirigiéremos

al cielo este instrumento.

Siguieron unos aplausos iniciales que se apagaron en un instante porque un «¡No!», gritado a pleno pulmón, heló el entusiasmo inicial. Todos se dirigieron hacia Cesare Cremonini que había lanzado el grito. Con el rostro casi blanco, la boca que le temblaba y los ojos que parecían casi saltársele de las órbitas, el viejo intentó seguir hablando y refunfuñó.

—¿Queréis negar a la Tierra el privilegio de estar en el centro del mundo? —pero le faltó el aliento para seguir.

Galileo lo miraba con conmiseración.

—No creo que esté en el centro del mundo, pero seguramente es el reino de la corrupción.

Cremonini se dejó caer sobre un sofá. Cesi apoyó el telescopio y se acercó hasta donde estaba, pero este movió la cabeza, se levantó con dificultad, insinuó con sufrimiento una reverencia y se dirigió hacia la puerta. De él quedó solo el susurro de los encajes que en abundancia decoraban su traje. El único que salió detrás de él fue Anselmo.

Galileo se acarició la barba y rompió el silencio que se había creado.

—Ni siquiera en Padua ha querido ver mi instrumento... dice que se aturdiría, y no quiere saber nada.

Cesi hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Le he invitado por su peso en el mundo académico y por el debate que ha desencadenado su original interpretación de Aristóteles. Mantiene que el alma es mortal, como el cuerpo. Ahora se ha ido, quizás sea mejor así —concluyó—. Tenemos que aprender a dirigirnos solo a quien siente la necesidad de ir siempre por delante.

Llegados a ese punto, como empujado por el viento que acababa de entrar por la puerta, se adelantó un hombre con los ojos pequeños muy parecidos a las cabezas de los alfileres y unos dientes negros y podridos. Tenía un vaso de vino en la mano, medio vacío, y no parecía importarle su propio traje rasgado y manchado. Era Johannes van Heeck, un médico holandés con un carácter irascible, de quien se decía que incluso había asesinado a un hombre. Junto a Cesi y otros dos jovencitos estudiosos, había fundado la Academia de los Lincei en 1603. Ahora, después del peligro de la Inquisición, y la enemistad de los protestantes contra quien estaba a punto de publicar un gran volumen, la familia que quería que volviera a su patria y contrajera matrimonio en vez de mendigar por el mundo, un espíritu minado por un carácter inestable y un físico con una salud enfermiza que le causaba frecuentes ataques de asma y de ansia, Van Heeck tenía un único punto de referencia: Federico Cesi. Con veintiséis años había conocido al príncipe que entonces tenía dieciocho y se había quedado deslumbrado por aquel joven patricio que lo sabía todo. Así, había

participado en la fundación de la Academia y con el tiempo la relación de amistad y respeto entre ellos se había fortalecido todavía más. Cuando tomó la palabra el aire era amenazador.

—¡Por san Juan Bautista! Si nos denuncia yo... —dejó caer la frase en el silencio y miró a su alrededor para ver el efecto de sus palabras. Luego añadió para justificarse—. Los adoquines de la plaza Campo de Fiori todavía están calientes, no lo olvidemos.

Cesi respondió inmediatamente.

—No molestéis a vuestro santo preferido, a quien nos habéis casi obligado a dedicar nuestra Academia, señor Van Heeck, no es necesario. Cremonini no es copernicano, pero no es un espía. Es solo un hombre con grandes dificultades, como lo son los tiempos que corren.

El otro no parecía convencido.

—Príncipe, estamos todos bajo la espada de Damocles de la Inquisición. Si Cremonini nos denuncia yo...

—Calmaos amigo, el príncipe lo ha dicho. Todavía no hemos llegado a ese punto —se entrometió Stelluti. Un joven despeinado con aire modesto, pero una gran mente. También él había estado entre los socios fundadores de la Academia. Se dirigió a los allí presentes con aire triste—. ¿Somos realmente unos subversivos?

Schreck decidió entonces intervenir.

—Señores, no arruinemos esta velada por este incidente. Hemos sido invitados para observar de cerca el cielo, todos juntos, y el señor Galileo nos mostrará los montes y los valles de la Luna, los planetas que dan vueltas alrededor de Júpiter, las fases de Venus y lo que podría ser la conclusión de que la Tierra se mueve. Ahora, esto es lo único que tiene que importarnos.

—Muy bien dicho, Terrentius —aprobó Cesi.

Mientras tanto Anselmo había vuelto. El príncipe le hizo un gesto y este cogió con delicadeza el telescopio con el soporte y salió al jardín. Todos le siguieron. De entre la oscuridad salieron cuatro pajes con antorchas, en procesión se dirigieron hacia el camino principal del gran parque rodeado de palmeras y después de unos minutos llegaron a una pendiente que subía hasta el Gianicolo.

—Venga, vamos —dijo el príncipe—. La subida no es difícil, he mandado que la limpien y le quiten los matorrales y las ortigas. Allá arriba, encima de la colina —e indicó a lo lejos—, nos espera monseñor Malvasia que nos ha puesto a disposición su jardín para mirar el firmamento sin la capa temblorosa de humedad que en cambio tenemos aquí junto al Tíber. Venga, es la hora —se dirigió a Anselmo cogiéndole el instrumento de las manos—. Organiza a los hombres de guardia. Ante el mínimo gesto de peligro manda a un paje para que nos avise. Y prepara cuanto hemos organizado —se despidió de él con un gesto. Con una mirada abrazó el pelotón de

amigos que esperaban y se movió el primero.

En silencio todos iniciaron la subida.

La voz era casi un silbido, apenas se escuchaba en el silencio de la noche, pero estaba llena de sacralidad, era hierática y atrayente como una oración con los brazos alzados.

—Príncipe, una vez que pasemos los turbios vapores del horizonte, ocupando el punto medio del cielo e iluminando la esquina oriental, ahí está el esplendor y la magnificencia de Júpiter, ¡inmediatamente después Dios, fuente de todos los bienes! —tenía la mirada todavía perdida en el infinito, Galilei, cuando se echó a un lado para ceder el sitio a los demás, para que pudieran ver la belleza del planeta que había conseguido determinar con el telescopio. Cesi quiso ser el último en mirar por el tubo óptico, y por turnos todos se acercaron hacia el instrumento, mientras el científico pisano seguía hablando—. Lo que supera todavía más cualquier imaginación y que principalmente me ha llevado a publicar el *Sidereus nuncius* para avisar a los astrónomos y filósofos de la gran novedad, hoy vos podéis constatarlo. Mirad bien las cuatro estrellas errantes alrededor de Júpiter. Nadie las conocía antes de hoy.

El príncipe sufrió un imperceptible escalofrío, una emoción violenta le había invadido.

—Este sí que es un excelente argumento para quitar los escrúpulos a todos aquellos que aceptan con el alma tranquila el sistema copernicano, la revolución de los planetas alrededor del Sol, pero sin embargo sienten turbación por la rotación de la Luna sola alrededor de la Tierra. El argumento no es imposible, si las cuatro estrellas que vos habéis descubierto rotan con evidencia alrededor de Júpiter, también la Luna puede moverse alrededor de la Tierra —apoyó entonces el ojo en el ocular y en los minutos que permaneció ante el instrumento, varias veces se escuchó que emitía un profundo y largo suspiro.

Más tarde, mientras estaban observando la rubicunda cura de la Luna, tan señalada por montañas y cráteres, y por lo tanto bien lejana de la perfección que según algunos una creación divina en el cielo debería tener, se escuchó un alboroto en el jardín, que llamó la atención de todos y obligó a Galilei a interrumpir sus explicaciones. Monseñor Malvasia, quien les había invitado, llegaba jadeante, sujetándose el traje con las manos para correr sin que nada le estorbara. Era un sacerdote orondo y lozano, que la memoria del hombre no recordaba nunca que se hubiera quitado el sombrero o la sotana larga. Llegó, bueno más bien rodó, entre los asistentes, agitado.

—Príncipe —dijo antes incluso de detenerse—, un paje vuestro ha llegado a caballo hasta aquí para avisaros de que ha llegado una carroza y que ahora está detenida fuera de vuestro palacio. Lleva el escudo de la familia Colonna.

Federico Cesi se quedó sorprendido.

—Seguramente es el príncipe, padre de la bella Artemisa. Tenemos que discutir un asunto muy importante, pero no esperaba que llegara esta noche... Y tan tarde... —se dirigió a los demás—. Continúa, amigos, no sé si conseguiré acabar pronto porque es un tema muy importante para mí —se despidió con un gesto y se puso en marcha, acompañado por un camarero con la antorcha, desapareciendo muy pronto, junto al rastro de luz.

Mientras Van Heeck se situaba delante del telescopio para retomar la observación, Schreck tuvo el tiempo suficiente para susurrar a Galilei.

—Sin instrumentos, la ciencia no puede hacerse en su totalidad. Son estos los que permiten a nuestros sentidos multiplicarse y conseguir metas en el límite de lo increíble. Felicidades, señor Galileo, habéis ideado un instrumento magnífico.

—No, por caridad —se defendió el otro—. La idea no es mía. Hace tiempo llegó hasta mis oídos que un cierto flamenco había fabricado para los militares, para los marineros y para los cazadores, un antejo mediante el que los objetos visibles, por mucho que estuvieran distantes del ojo del observador, se diferenciaban como si estuvieran muy cercanos. Por eso, me dediqué a buscar los medios para construir un instrumento parecido, invención que conseguí poco después, basándome en la doctrina de las refracciones. Antes de nada me preparé un tubo de plomo, en cuya extremidad aplicaba dos lentes, las dos planas por un lado. En el otro extremo, en cambio, una cóncava y una convexa. Poniendo el ojo en la cóncava descubrí los objetos bastante grandes y cercanos. Inmediatamente después, mejorando las lentes gracias a la habilidad de los maestros vidrieros del Arsenal de Venecia, he construido este telescopio de madera, excelente y práctico.

—Y lo has dirigido al cielo... —concluyó Schreck.

—Así es. Dejando las cosas terrenales, me he dedicado a investigar las cosas celestiales.

—También yo he utilizado los conocimientos de los obreros venecianos para fabricar mis instrumentos quirúrgicos. ¡Qué pena que ya no los tenga conmigo! —y Schreck contó muy brevemente la triste aventura del día anterior.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —se entrometió Faber mientras los veía confabular en la oscuridad.

—Me acaba de decir el señor Terrentius que ya no tiene consigo sus instrumentos de médico.

—Mandaré que me los hagan de nuevo, lo más rápido posible —replicó Schreck—. Conozco a alguien en Roma que puede ayudarme.

No tuvo sin embargo tiempo para terminar lo que quería decir, ya que Van Heeck separando el ojo del tubo del telescopio exclamó:

—Señor Galilei, ¿por qué no nos enseñáis los rebaños de pequeñas estrellas diseminadas de forma admirable, que definís nebulosas?

—Sin dudarlo —se animó Galilei—. Ahora apuntaremos hacia la que se llama Pesebre, y veréis que el telescopio os consentirá contar no menos de cuarenta puntos luminosos —luego, antes de sentarse delante del instrumento, se dirigió rápidamente a Schreck—. Si tenéis dificultad para vuestros instrumentos, decídmelo, conozco artesanos capaces que podrán ayudaros —se situó en posición, el ojo en el ocular, y comenzó a rodar lentamente el telescopio sobre el trípode, hasta exclamar—. ¡Demonios, no me han traicionado! ¡Ahí están, señores, mis estrellitas!

## Capítulo 5

Fue miedo lo que sintió Johann Schreck cuando, al salir de la calle Caprettari, en aquella hora de la madrugada, ya roja de sangre por los carneros matados y colgados de un gancho fuera de los despachos de los carniceros, se dio la vuelta y vio llamaradas altas de fuego parpadear desde una de las ventanas del primer piso de la casa de su amigo, el médico Antonio Carloni. Y en cambio, aquel 3 de mayo de 1611 sí; debería haber dedicado solo a la fiesta, y no a la tragedia. Pero vayamos por orden.

Desde hacía pocos días, es decir desde la velada en la Villa Malvasia pasada alrededor de Galileo y su telescopio, Schreck era un invitado en el palacio Cesi. El príncipe había decidido permanecer en la ciudad y, a pesar de las exhortaciones de Faber para que todos dejaran Roma, había querido que el propio Schreck permaneciera con él.

—Aquí estaréis más seguro, señor Terrentius —le había dicho—, y aprovecharé para ilustraros un proyecto que me interesa mucho. Muy pronto tendremos el honor de teneros de forma estable dentro de nuestra sociedad.

Al día siguiente le había mostrado dos voluminosas carpetas llenas de hojas. Se trataba de apuntes y dibujos de un viejo director de los servicios sanitarios del Reino de Nápoles, Nardo Antonio Recchi, que el príncipe acababa de comprar a un sobrino de este que se había establecido en Roma. Estos papeles eran la copia de un estudio sobre animales y plantas de la Nueva España, que en 1570 el médico Francisco Hernández había hecho en México por cuenta del rey de España, Felipe II. Federico Cesi quería que Schreck rehiciera los dibujos y comentara los capítulos botánicos, para luego publicarlos en una obra a la que quería dar el título de *Thesaurus Mexicanus*. Por lo tanto, en los días siguientes, el alemán había trabajado diariamente en el proyecto, pero con una espina que desde hacía tiempo llevaba en el corazón. Echaba de menos sus estudios de anatomía. En el laboratorio que Cesi había preparado en su palacio había instrumentos de cualquier tipo, incluso las gafas provenientes de Flandes que Galilei buscaba mejorar. Se trataba de un instrumento que aumentaba las cosas más pequeñas y que el príncipe había bautizado con el nombre de microscopio. Por desgracia, entre tantos aparejos preciosos no había instrumentos quirúrgicos y, precisamente aquella mañana, levantado cuando todavía era de noche, Schreck se había acercado a buscar a la única persona que podía ayudarle para obtener otros nuevos: Antonio Carloni.

El también era un médico que había estudiado en la universidad de Lovanio. Había llegado a Roma a principios del siglo siguiendo al embajador de la República de Venecia y nunca había escondido su desprecio hacia la medicina galénica. Algo que siempre le había llevado a disputas y debates a veces violentos con otros colegas romanos. Aunque después de la muerte de su protector, había sido destituido de su

puesto por el nuevo embajador que quería apartarse de una persona incómoda, se había quedado en Roma. Marginado, se mantenía curando a la gente común así como fabricando de vez en cuando instrumentos quirúrgicos que enviaba a todas partes. Schreck se había encontrado con él en varias ocasiones y se había quedado fascinado por su conocimiento, por su habilidad y su modestia.

Aquel día, Carloni le recibió mientras estaba aplicando las sanguijuelas a un grueso mozo de puerto. Estaba muy tenso, habían hablado poco pero se habían entendido inmediatamente. En tres semanas, Schreck tendría sus instrumentos a un precio razonable. El médico, sin embargo, le había rogado que por favor no hablara con nadie de su encuentro, porque le habían convocado los jueces del Santo Oficio por haber presenciado un parto en el que el niño había muerto inmediatamente después. Había sido denunciado porque —según el padre—, no le había dejado bautizar al pequeño. De ese modo, a Carloni le imputaban de ser un catabautista, un seguidor de los herejes hostiles y contrarios al bautismo. Interrogado, el médico se había enredado no pocas veces, y los inquisidores, siguiendo el dictamen *Directorium inquisitorum*, le habían enviado a casa con el deber de rezar asiduamente para transformarse de «supuesto hereje» en «supuesto hereje arrepentido».

Schreck se quedó muy impresionado cuando escuchó aquella historia, y todavía más cuando el amigo le había contado que había recibido cartas anónimas que le acusaban de curar con la magia y le amenazaban diciéndole que acabaría como los brujos.

Una vez que salió al aire libre, para volver al palacio Cesi, el alemán se sintió por un lado aliviado ante la perspectiva de volver a tener muy pronto sus instrumentos y, por otro lado, angustiado por la enésima prueba de la incertidumbre del clima que se respiraba en Roma. Se encontraba inmerso en estos pensamientos cuando un presentimiento le llevó a darse la vuelta. Y vio la casa de Carloni en llamas.

El incendio tenía que haber comenzado después de que él se marchara del edificio y parecía raro que fuera ya tan intenso. Schreck intentó acercarse hasta la calle, pero el caos que se creó en un instante formó una muralla humana que gritaba y estaba en continuo movimiento, y se interpuso entre él y la casa presa de las llamas. Cuando consiguió escabullirse de algunos hombres que corrían de un lado para el otro con pedazos de animales sobre los hombros, esta ya estaba rodeada por el humo, y las lenguas de fuego eran tan espesas que era totalmente imposible acercarse. En lo alto vio asomado al mozo a quien le estaban haciendo la sangría. Los ojos asustados del hombre se cruzaron con los suyos, pero solo un instante porque el edificio se derrumbó arrastrando personas y cosas.

En ese momento comenzaron a arder las casas adyacentes a la de Carloni. Las estructuras de madera y la brisa del alba favorecieron al máximo la expansión del incendio. Cuando vio salir de una de las carnicerías cercanas a un hombre con un

delantal en llamas, que se tiró al suelo rodando sobre él entre gritos fuera de lo normal, Schreck comprendió que había algo que no cuadraba. De la cercana torre de control, no había llegado ningún grito de alarma. Al igual que en todas las torres que rodeaban los barrios romanos, tenía que haber alguien de guardia tanto de día como de noche, precisamente para avisar en el caso de que se produjera un incendio. En cambio, si se miraba hacia arriba, la plataforma estaba vacía.

Schreck intentó correr en ayuda del desgraciado que estaba quemándose vivo, pero se cayó al suelo y corrió el riesgo de que una multitud enloquecida le aplastara. Se refugió bajo una carreta y asistió impotente al final atroz de aquel pobre hombre. Mientras estaba a punto de salir fuera de aquel incómodo escondite, vio con el rabillo del ojo un movimiento extraño. Dos tipos barbudos salían corriendo de un pequeño establo de ladrillos de piedra que estaba situado en la parte baja de la casa de Carloni, ya casi destruida por completo. Antes de empezar a correr realizaron un gesto que se le quedó bien grabado. Tiraron al suelo algo que brillaba. Se trataba del final de dos antorchas.

Schreck consiguió con dificultad alejarse del barrio y, solo cuando apareció la iglesia de San Eustaquio y por detrás la cúpula en construcción de San Ivo en la Sapienza, se detuvo para tomar aire y reflexionar. El incendio era fraudulento, y los enemigos de Carloni habían mantenido la palabra. Siguió anclando, más tranquilo, y cuando llegó a la altura de la plaza de la Rotonda, la luz del día iluminaba casi todo el cielo que totalmente limpio anunciaba el sol. Detuvo una carroza y volvió a palacio Cesi. Le acogió solo Anselmo, el príncipe no estaba. Desde la ventana se veían las complicadas geometrías de una bandada de estorninos.

La única forma para descargar la tensión era volver a trabajar en el *Thesaurus Mexicanus*. Cuando Faber llegó a media tarde, Schreck estaba enfrascado con el carboncillo, los pinceles y las pinturas. Estaba tan absorto que no le escuchó ni siquiera entrar, por lo que se sobresaltó cuando este le dirigió la palabra.

—Dentro de pocos minutos llegarán. ¿Estás listo para la ceremonia? —le preguntó Faber.

Con todo lo que había ocurrido, a Schreck se le había pasado la solemnidad de aquel día, por lo que necesitó unos instantes para darse cuenta. Levantó la cabeza, hizo un gesto en señal de saludo e informó al amigo de lo ocurrido en casa de Carloni. Faber pareció no darle mucha importancia al asunto. Schreck insistió.

—¿Pero te das cuenta? ¡Alguien ha incendiado su casa! ¡Y sin correr riesgos, ya que no había guardias en las torres de control!

—¿De qué te maravillas? Escucho tantas de estas historias en la Curia. Se aprovechan de los rigores de la Inquisición, todos denuncian a todos, y se desencadenan venganzas personales que nada tienen que ver con la religión. Es suficiente una señal mínima exterior para ser denunciados, y los inquisidores están

preparados para acoger cualquier delación. Si uno lleva una túnica blanca con una capa del mismo color, está desahuciado. Si camina descalzo, si come en la calle, si bendice la comida cantando, incluso si canta *Salve Regina*, en vez de recitar, si vive como un mendigo declarando que persigue el estilo de vida de los Apóstoles, vamos que por todo esto o por cualquier cosa se puede acabar en prisión. Tú, además, ¡qué seccionas cadáveres!... Llevo tiempo intentando convencerte de que el momento es de los peores. Y tú te obstinas en seguir aquí.

Schreck no replicó. Quizás Faber tenía razón. Era mejor marcharse. Se sentía cansado y sin fuerzas.

Mientras hablaba, Faber había cogido algunos dibujos y los observaba. Se quedó asombrado.

—¡Qué nombres tan curiosos! —y leyó los pies de foto de cada dibujo—. *Ayotochchtly, Acaltetepon, Aquetzpalibn, Hoatzin...*

Schreck lanzó una mirada sobre las hojas que acababa de terminar.

—Se trata del armadillo, del escorpión, del cocodrilo y de la gallina —explicó lacónico.

Desde el pasillo, se escuchó un ruido constante y ritmado de pasos.

—¡Aquí están! —soltó Faber.

En primer lugar entró Anselmo y anunció pomposamente.

—¡El príncipe y los académicos!

Detrás de Cesi venían en procesión, Van Heeck, Stelluti, Della Porta y Galileo. Provocaba un extraño efecto aquel córtelo, todos vestidos de negro, con un comportamiento solemne, el paso con la cadencia de las grandes ocasiones. Schreck se limpió las manos en el delantal y se fue hacia los recién llegados.

—Hoy es el gran día, señor Terrentius —dijo Cesi tendiéndole la mano. Luego tuvo un momento de asombro—. No me dais la impresión de estar particularmente contento...

—Han incendiado la casa de Carloni, y él ha muerto —dijo sin respirar Schreck. Los otros se quedaron fuertemente impresionados por aquella noticia.

Cesi asumió un aire grave.

—Ahora más que nunca es necesario que seáis uno más de nosotros. Juntos seremos más fuertes. ¿Queréis todavía concedernos el honor de entrar en nuestra Academia, como hizo la semana pasada el señor Galileo?

Schreck asintió. El príncipe realizó un amplio gesto con la mano. Y todos se colocaron alrededor de la mesa. Anselmo trajo un libro enorme y lo apoyó encima de esta. Quizás por el silencio que se había producido, o quizás porque el príncipe había abierto el volumen en una página en blanco, Faber sintió la emoción que desde el estómago le llegaba hasta la garganta. Hoy era la ocasión de Terrentius, dentro de unos meses le tocaría a él.

Cesi cogió del bolsillo un anillo grande con una esmeralda, en la que había grabado un linco. Puso también este encima de la mesa, junto al libro.

—Aquí está señor Terrentius, desde hoy formaréis parte de nuestra sociedad. Firmad el registro de los acontecimientos linceos —una vez dicho todo esto, lanzó una mirada a Anselmo que acercó un enorme tintero con el cuello de oro. Se escuchó el rasgar de la pluma y luego el soplo con el que el camarero quitaba el polvo de secar la tinta. En la página se podían leer las palabras: *Ego Johannes Terrentius alias Schreck Lyncaeus, Sebastiani filius, Costantientis, ætatis anno XXXV, salutis 1611, die Maji 3, Romae manu propria scripsi.*

Despacio el príncipe cogió la mano izquierda de Schreck y le enfiló la joya en el dedo anular.

—Todo aquel que vea este anillo sabrá que en vos hay un hombre que no ocasionará nunca a nadie ofensa con la propia ciencia —hizo una señal a Anselmo que le dio una carpeta de piel donde se podía leer en la portada *Præscriptiones lynceæ*. Sacó algunas hojas con una caligrafía fina y ordenada y se dirigió a los presentes.

—Este es el programa, y está casi completo. Fundaremos otras filiales de nuestra Academia. Después de Nápoles pienso en Viena, Colonia, París, Sevilla, Lisboa, hasta Calcuta en las Indias. Y, por qué no, quizás en el lejano Imperio chino...

Se interrumpió para ver el efecto que sus palabras provocaban en los allí presentes. En los ojos de Schreck se encendió una luz particular. El príncipe retomó su discurso:

—La nuestra no es una de las muchas asociaciones literarias, sino una república de estudios. Clasificaremos a nuestros socios en eméritos, benefactores, estudiosos y novicios, de esta forma no desaprovecharemos las capacidades de ninguno. Regirá la prohibición de ocuparse de teología y de política. Cada uno tendrá que seguir un régimen de vida ascética y honrada. —Mostró un papel sobre el que estaba grabado *Indicatio philosophicorum operum*—. Tengo aquí la lista de las obras, monografías, tratados y memorias de las que tendremos que ocuparnos. Hay un *Coelispicium*, geografía celestial que entregaría de muy buena gana al señor Galilei. Este *Thautomatombria* o *De admirandis pluvis* me gustaría que llegara a ser el más moderno y completo estudio sobre las precipitaciones atmosféricas, que el señor Della Porta podría concluir con la ayuda de esos estudiosos napolitanos, que sabrá conquistar para nuestra causa. El señor Stelluti debería ocuparse de una pequeña enciclopedia que irá desde la literatura hasta la filosofía, desde el arte militar hasta la ética, y para esta obra tengo en mente el título que induce a engaño *De minorum magnitudine*. Para vos, señor Van Heeck, en cambio, os pediría que continuaseis con la investigación sobre los estados físicos en transición. Recordaréis —dijo mirando al interesado que le examinaba más inquieto que nunca—, aquellos fósiles de madera

que descubrimos durante nuestras excursiones por mis campos en Umbría. Bien, sobre esos antiquísimos restos, y sobre todo aquello que sufre transformaciones físicas, me gustaría que vos concluyerais un tratado que llamaríamos *De medis naturis in universum*. En cuanto a mí, como sabéis, estoy concluyendo mis *Tabulæ phytosophicæ* con las que definiré el sistema de clasificación botánica que tanto me mantiene ocupado recientemente. Naturalmente me gustaría que el señor Terrentius acabara el herbario mexicano.

Schreck dio a Cesi uno de sus dibujos que representaba una flor del campo alargada y punteada delicadamente en negro.

—Príncipe, un homenaje de la Nueva España.

Cesi abrió los ojos de par en par y, mostrando la tabla a los demás, preguntó.

—¿Qué es esta maravilla? Nunca antes había visto una flor tan bella y elegante.

—Al parecer en México no es tan rara. La llaman *Coatxonte coxochiti*, yo le he dado el nombre de *Lyncis flos*.

—¿La flor del lince? —preguntó una vez más el príncipe.

—Sí, una orquídea desconocida que quiero dedicar a nuestra Academia. Ahora sabemos que en el Nuevo Mundo hay una nueva especie, así como es nueva la ciencia que estamos haciendo.

Faber comenzó a leer en voz alta el comentario que Schreck había añadido con tinta bajo la figura.

—*Hic elegantissimus flos et colorum varietate et macularum aspersione, quemvis in sua admiratione rapere cum queat, eun Lyncis florem...*

Un imprevisto e indescriptible estruendo proveniente del pasillo los interrumpió.

Todos se sobresaltaron. Anselmo se adelantó hacia la puerta, pero no llegó a tiempo de abrirla cuando un pelotón de soldados irrumpió, abriéndola de par en par. En primer lugar entró con un paso rápido un oficial, detrás de él otro militar que arrastraba a un camarero que lloraba asustado sujetándose una mano que chorreaba de sangre.

—¿Al servicio de quién está este hombre? —exclamó el oficial—. ¡Pretendía detenernos!

Cesi erigió el busto con lentitud exasperante y lo enmudeció con la mirada. Se hizo el silencio, también el herido dejó de lamentarse.

—¿Cómo os atrevéis a entrar aquí, de este modo? —gritó—. ¿Habéis olvidado en casa de quién estáis? —sus palabras parecieron como un sinfín de golpes dados al oficial. Este retrocedió. Mientras su autoridad iba aumentando, el príncipe siguió imperturbable, con los ojos ardientes—. Esta noche, mi tío, el cardenal Bartolomé Cesi, será informado de esta irrupción. ¡La pagaréis cara, señor! —entonces indicando la puerta con la mano firme, ordenó secamente—. ¡Y ahora, fuera!

El tono autoritario creó desde el principio una cierta confusión entre los soldados.

La arrogancia y la descortesía con la que habían entrado cedían su sitio a la inseguridad y al temor, y ahora también el capitán comenzaba a dudar de haber hecho lo apropiado con aquella invasión. Luego cuando el nombre del cardenal se escuchó en el salón, sus ojos se llenaron de pánico y su boca exhaló junto a las palabras un aire nocivo.

—¡Excelencia, perdonadme! —tartamudeó—. Me habían indicado que había unos tipos sospechosos en vuestra casa... Hablaban de un alquimista, un mago que viene de Nápoles...

El rostro del príncipe parecía una máscara de cera, por lo inmóviles que estaban sus cejas.

—¡Fuera! —repitió con un tono que no admitía réplica.

Los soldados se marcharon tan rápidamente como habían entrado, escoltados por Anselmo que sujetaba al herido. Los estudiosos se situaron alrededor de Cesi. Della Porta se sentía turbado por un temblor nervioso.

—Príncipe, es por mi culpa... No imaginaba que me seguirían... Dios mío, ¡qué he hecho!

—No os echéis en cara nada —le tranquilizó Cesi.

Della Porta no conseguía quedarse en paz.

—Me parece que hemos vuelto hacia atrás veinte años. Veréis, el cardenal Aníbal Di Capua me acusará de nuevo de brujería y me veré obligado una vez más a jurar obediencia a la Santa Inquisición.

—Si los tiempos no quieren cambiar, ¡los cambiaremos nosotros! —aseguró con vehemencia el príncipe—. Para empezar, los desgraciados que han organizado esta ocurrencia se arrepentirán.

Galilei estaba más ojeroso que nunca y parecía que las arrugas de su rostro se habían multiplicado. La intensa actividad nocturna con el telescopio que llevaba realizando un par de años le estaba malgastando físicamente. En aquel momento se sentía sin fuerzas ni ánimos.

—Quizás un día nos condenarán por lo que descubrimos en el cielo y que ellos no quieren ver.

En la cara de Van Heeck, desfigurada por una mirada siniestra, se había acentuado el color amarillento.

—En ese caso, como de nosotros quieren solo palabras, podemos siempre abjurar, señor Galileo. Así nos dejarán en paz —ante aquellas palabras, Faber metió la mano en el bolsillo y apretó su pequeño crucifijo de coral hasta hacerse daño en la mano.

De golpe Cesi dio por terminada la conversación.

—Me siento desolado teniendo que disolver esta reunión, señores. Iré personalmente a ver a mi tío... las notas pueden interceptarlas siempre —luego dirigiéndose a Della Porta—. Nos marcharemos juntos. Nadie se ha atrevido nunca a

detener mi carroza con el escudo de mi familia. Por si volvieran, aunque lo dudo, dejaré órdenes a Anselmo para que prepare la farsa de siempre.

Todos se despidieron de Cesi de forma triste. Cuando se marchaba junto a Della Porta, delegó en Stelluti la misión de concluir la velada. Este tímidamente observó que era necesario decidirse sobre cómo dispersarse. En cuanto a sí mismo, confesó que tenía en mente volver a Fabriano. Van Heeck declaró que quería refugiarse en Praga en la corte del emperador Rodolfo II que ya le había ayudado una vez. En ese momento, Galilei que desde que se había marchado el príncipe había permanecido en silencio apartado, exclamó con rabia.

—¡Lo han conseguido! ¡Ahora quién sabe cuándo nos podremos volver a ver! — y con tristeza añadió—. Yo también me marcharé, esta misma noche. Iré a Arcetri. Allí podré permanecer tranquilo y seguro bajo la protección del gran duque y, sobre todo, arropado por el amor que me profesan mis hijas y su madre —hizo una breve reverencia—. Señores, os prometo que allá donde esté, cualesquiera que sean las circunstancias y como vayan las cosas, cultivaré en el jardín secreto de mi alma la flor que el señor Terrentius ha dedicado a nuestra ciencia. Me marcho con la conciencia tranquila de que vosotros haréis lo mismo —se despidió, seguido de Stelluti y Van Heeck.

Cuando se quedó a solas con Faber, Schreck empezó a ordenar los dibujos. Volvió Anselmo que colocó sobre la mesa grande, barajas de cartas, monedas y un par de abanicos. Era la puesta en escena ordenada por el príncipe, como si los amigos se hubieran reunido en su casa para pasar una alegre velada. Durante un rato los únicos ruidos fueron los de las hojas y los gritos de los estorninos que componían en el cielo sus propias coreografías.

—¿Existirá un sitio donde dejen en paz a las personas como nosotros? —se quejó en un momento dado Faber. Se sentía todavía enormemente agitado.

Schreck se detuvo mirando fuera los movimientos de los pájaros.

—Si es para eso, existe.

—Me parece imposible creerlo...

—Te digo que existe.

—¿De verdad?

—Ya te he hablado de él, ¿no te acuerdas? Es un imperio muy antiguo, fundado por un hombre llamado el Emperador Amarillo, que inventó el arte de la medicina. Otro emperador fue el inventor del bronce y estudió sistemáticamente las plantas, se llamaba Shen Nong. Y Yu el Grande consiguió gobernar las aguas para regar los campos y limitar las crecidas. Ellos vivieron miles de años antes que Jesucristo y sus sucesores han tenido siempre en máxima consideración a los hombres de la cultura, sin perseguir nunca a ninguno. Son los literatos quienes dirigen el país.

Un sentimiento de vértigo estaba apoderándose de Faber.

Schreck continuó.

—Se trata de China, Johann. El diario de Jaime de Irlanda la describe con todo detalle.

—¡Oh, ese diario! ¿Pero quién crees que puede marcharse a China? Ni siquiera los mercaderes tienen el permiso de desembarcar. Como mucho consigue entrar algún que otro jesuita desde que han fundado allí su misión —hablando, Faber había cogido uno de los folios en los que estaba trabajando—. ¿Y esta? ¡La reconozco!

Schreck asintió.

—Es la raíz de *ren shen*, esa que utilicé para curar al niño al que había mordido el cerdo.

—¿Así que crece en México?

—No, la he dibujado solo para acordarme bien de ella.

—No me has contado nunca cómo te hiciste con ella.

—No fue fácil. Después del descubrimiento del diario de Jaime de Irlanda, la busqué en todos los boticarios, de Amberes a Génova, de Venecia a Madrid. Por todas partes, pero en vano. Luego, un día, entré por casualidad en contacto con un mercader de especias portuguesas. Me contó que en Malacca dos chinos provenientes de Cantón utilizaban una raíz milagrosa que secaba las heridas, calmaba los dolores y curaba el mal francés, el mal ruso, el mal napolitano, o la sarna española o lo que fuera.

—¡La sífilis!

—Exactamente. Como estaba a punto de marcharse, le pregunté si podía traerme un poco, y tras un par de años, a su vuelta, él me trajo una buena cantidad a un precio muy alto, naturalmente. Fue así como descubrí que la raíz descrita en los documentos de Dublín era la misma que la que me vendió el mercader. He necesitado unos años para entender sus secretos, probándola sin cesar en los enfermos.

Faber se sintió de nuevo intrigado.

—Y de verdad, ¿sus efectos son tan buenos?

—Lo has visto tú también.

Un ruido discreto en la puerta indicó que alguien había llegado. Callaron. Inesperadamente Cesi entró con la capa de viaje todavía puesta. Su mirada era radiante, cruzó la sala a grandes pasos parándose con un taconazo ante los dos. Una sonrisa sutil le iluminaba el rostro, mientras estudiaba sus caras de asombro.

—Señores, he vuelto deprisa y corriendo porque ¡tengo una buena noticia que daros!

## Capítulo 6

Mientras que el príncipe exponía su noticia, el humor de Schreck iba mejorando. Su tío cardenal, además de haber ofrecido a Cesi un salvoconducto para Della Porta, que había conseguido de esta forma volver a Nápoles, le había anticipado una novedad inesperada. El Colegio Romano, donde se instruía a los jesuitas, había pedido y obtenido el permiso de invitar a Galilei para discutir sus descubrimientos. Promotor de esta iniciativa había sido el padre Cristóbal Clavio de la Compañía de Jesús, profesor de matemáticas del Colegio Romano, que desde hacía muchos años se carteaba con Galilei y quería estudiar el cielo junto a sus propios alumnos utilizando el telescopio.

—Pero hay algo más —añadió Cesi—, para esa ocasión está prevista la presencia de al menos un cardenal.

Schreck escuchaba intentando contener la euforia. «¿Por qué no? —pensaba por un lado—. Si Galileo consigue hacerse escuchar sin padecer consecuencias, también nosotros estaremos a salvo».

En el fondo del alma, sin embargo, otra voz le decía: «No hay que fiarse. Quizás es una trampa para que salga al descubierto y nosotros con él».

—Ni siquiera el señor Galileo lo sabe todavía... qué pena que se haya marchado. Es necesario avisarle lo antes posible, antes de la invitación oficial, así podrá prepararse con tiempo suficiente —precisó el príncipe.

Faber estaba entusiasmado.

—La noticia le agradará inmensamente, por fin sonreirá —reflexionó un momento y añadió—. Puedo ir personalmente a decírselo. Si me autorizáis, me marcharé en cuanto me sea posible, quizás incluso mañana por la mañana al alba —la idea parecía excelente, y así, quedó convenido que Faber habría ido a la casa de Galilei en Toscana para informarle sobre la buena noticia y traerlo a Roma.

Los dos días de carroza necesarios para llegar hasta Arcetri fueron empleados por Faber para recuperar un poco de sueño. Cuando llegó, no pasó ni siquiera por la posada para cambiarse de traje y mandó que le llevaran directamente a casa de Galilei, una pequeña morada rural, rodeada por un muro de ladrillos detrás del que asomaban cuatro cipreses altos y un castaño sombrío. Le abrió la puerta su hija mayor, Virginia, una joven de unos once años, con la sonrisa triste.

—¡Oh, el señor Faber! Menos mal. Mi padre está en la biblioteca, y quizás vos podéis ayudarle —dijo mirando al suelo—. Por favor, daos prisa, os lo ruego.

Faber no entendió qué es lo que quería decir la joven, pero la siguió. Cuando abrió la puerta de la biblioteca, el primer libro que vio volar acompañado por una

especie de gritos fue *Epytoma in Almagestum Ptolomei*, de Johannes Regiomontano. Al caer, algunas hojas del capítulo *Tredecimus* se dispersaron por el suelo.

«Qué pena —pensó Faber—, una edición tan bella y tan antigua».

Luego llegó el momento de un librito que por sus pequeñas dimensiones aterrizó sin hacer muchos daños, una traducción muy reciente de *Las mecánicas*, de Erone de Alejandría que, aun siendo muy diminuto, rodó varias veces, sin quedar en equilibrio. Siguieron otros libros entre los que estaban *La nueva ciencia* de Tartaglia y las tablas trigonométricas de Pitiscus. Faber se decidió a intervenir solo cuando le rozó el libro *Las operaciones del compás geométrico y militar* publicado unos años antes por el propio Galilei. «Si comienza a tirar también sus propios escritos —consideró—, entonces hemos llegado al final».

Materializó en el rostro una sonrisa forzada y se enfrentó a la furia del amigo.

—Señor Galileo, calmaos —comenzó—, no es algo propio de vos.

El otro siguió lanzando libros y gritó.

—Haced como si fuera un experimento sobre la caída de sólidos, Faber. ¡Y quitaos de en medio si os importa vuestra cabeza!

Parecía que se había vuelto loco mientras sacaba como una máquina los volúmenes de las estanterías y los arrojaba detrás de él.

—¡Qué más da! Sois solo papel bueno para el fuego, malditos libros —gritó—. ¡Y no seréis vosotros quienes mejoraréis mi situación! —ante aquel grito, detuvo los lanzamientos y empezó a darle patadas a todo aquello que había en el suelo.

Como si la biblioteca fuera el gran teatro de un huracán, rodaban por el suelo tomos enteros, cubiertas arrancadas, hojas sueltas. Fue entonces cuando Faber consideró oportuno que había llegado el final. Agarró a Galilei por los hombros e intentó sentarle a la fuerza en un sillón sin darse cuenta de que, precisamente allí, había encontrado refugio un ser muy querido por el científico: su gato blanco. La fierecilla no consiguió escapar a tiempo y, cuando la cola se quedó aplastada por el trasero de Galilei, emitió un maullido tan agudo, que a los dos se les heló la sangre en las venas y se inmovilizaron inmediatamente. El científico de un salto se puso de nuevo de pie.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho? Pobre criatura, pobre criatura —tartamudeó intentando sujetar al animal para acariciarlo. Pero este se marchó rápidamente por debajo del mueble. Galilei se puso a cuatro patas en el intento inútil de convencer al gato para que saliera.

Faber aprovechó el momento de tregua para hablar velozmente.

—Señor Galilei, he venido a decirle que tenéis que volver a Roma. Padre Clavio os invita al Colegio Romano. Los jesuitas quieren ver los planetas con vuestro telescopio.

Las palabras provocaron el efecto deseado. Galilei se puso de pie y, mirando a

Faber, se sentó en un sillón.

—Queréis repetir, ¿por favor?

—Tal y como he dicho. Os quieren en el Colegio Romano para una discusión sobre el cielo. Y padre Clavio desea un telescopio —observó el rostro del otro y, cuando le pareció que se relajaba, le preguntó—. Decidme, ¿por qué estabais tan enfadado?

Galilei se quedó serio de nuevo.

—Se trata de otra historia desagradable que está a punto de comenzar, señor Faber. Pensaba que este año ya me lo habían dicho todo. ¡Que me ocupo de horóscopos!, ¡pero decidme vos, qué astrónomo no lo hace! Que vivo en concubinato con mi asistenta, se trata de la madre de mis hijas, ¿y yo tendría que echarla? ¡Que mi telescopio es bueno solo para usos militares! ¡Les desafío, con el miedo que tienen de mirar el cielo! Y ahora me han dicho algo nuevo, me han informado de que los aristotélicos de la universidad de Pisa han atacado mi documento escrito sobre la flotación de los cuerpos. Y también los dominicanos están a punto de meterse por en medio, utilizando lo que ese exaltado de Ludovico delle Colombe y el otro lunático Francisco Sizzi han publicado en contra de mis descubrimientos.

Al escuchar nombrar a los dominicanos, Faber sintió un escalofrío, porque eran los representantes de esta orden los que gestionaban la Inquisición. Pero fue un instante.

—Si os reciben los jesuitas, no deberíais temer por el comportamiento problemático de nadie.

—Sería bonito si fuera así, yo lo dudo sin embargo de verdad. Sé que el Santo Oficio está intentando procesar incluso a Cremonini, que es aristotélico convencido y que siempre ha rechazado, las teorías de Copérnico. Imaginaos por lo tanto cómo puedo terminar yo, que además de no ser aristotélico, soy copernicano.

—Cremonini, siguiendo a Aristóteles, enseña que el alma es mortal como el cuerpo. Se trata de su único pecado, pero está muy protegido por la República de Venecia, y no creo que la Inquisición consiga detenerlo. Ahora también vos estáis seguro, con el apoyo de padre Clavio. Venid a Roma conmigo y constataréis personalmente que nadie os molestará.

—Las respuestas de Clavio a mis cartas es lo único que me anima y lo que hasta ahora he recibido de esos señores, que pretenden conocer el cielo solo porque le rezan continuamente.

Mientras tanto había llegado la hora de comer y Galilei quiso invitar a Faber. En la mesa les sirvieron las dos hijas: la más grande que Faber había visto por la mañana, y Livia, un año más pequeña que su hermana. Las dos eran muy cariñosas con su padre y mostraban hacia él una devoción fuera de lo normal. La madre, doña Marina Gamba, no se vio en ningún momento. Se la escuchaba moverse en la cocina, hablar

con las jóvenes, cantar de vez en cuando mientras realizaba sus tareas. Cuando terminaron Galilei y Faber se fueron al jardín para dar una vuelta, algo que el astrónomo solía hacer en el *post prandium*. A lo lejos se veía a las dos jovencitas corriendo una detrás de la otra por el prado. Se escucharon las risas claras.

—Cada vez que las veo tan alegres experimento un sentimiento de culpabilidad —dijo Galilei. La frente se le llenó de nuevo de arrugas—. Todavía desconocen el futuro que estoy preparando para ellas —se detuvo y Faber hizo lo mismo—. He pedido al cardenal Maffeo Barberini, uno de los pocos que en la Curia sigue siendo amigo mío, que me ayude para meterlas en un convento. Está viendo en el de san Mateo, aquí cerca, donde la madre abadesa es la hermana del secretario del gran duque de Toscana, mi protector —Galilei adoptó un aire todavía más arrepentido—. Mis hijas no son afortunadas, no conocerán nunca la alegría de una familia.

Faber estaba asombrado.

—¿Queréis que tomen los hábitos? ¿Y por qué? Me parece que tienen ya pretendientes.

Galilei le sujetó con firmeza el brazo.

—No tengo elección, es necesario que las sacrifique al buen Dios, así quizás me dejarán en paz y podré continuar con mis estudios.

Cuando Faber se despidió, Galileo insistió para que volviera a cenar. Así, una hora antes del atardecer, los dos hombres se volvieron a ver. Antes de marcharse Faber quiso ver el observatorio que Galilei había instalado en la terraza. El telescopio estaba protegido por una cortina negra, de la que sobresalía el único objetivo.

—De esta forma lo puedo dirigir mejor, sin que la luz de las otras estrellas me moleste —explicó Galilei. Y, como había hecho aquella vez en el Gianicolo, le mostró el cielo de cerca.

Cuando Faber volvió a la posada, en sus ojos brillaban todavía los montes y los cráteres de la Luna.

Al día siguiente los dos se marcharon hacia Roma. Galilei se alojó en casa del embajador del gran duque de Toscana y Faber voló a casa de Teresina para descargar la tensión que había acumulado en aquellos días. Se encontraron en el palacio Cesi el día antes de ir al Colegio Romano. Además de Schreck, vieron que Van Heeck también se hospedaba allí, no se había marchado al final a Praga porque le habían indicado la presencia de algunos familiares que querían llevarlo a toda costa a Holanda.

El príncipe llegó algo más tarde, entró saludando a todos con un gesto. Tenía la mirada avergonzada, pero no dijo nada. Después, en la mesa, mientras servían algo de becada con higos, detuvo de repente los cubiertos en el aire.

—Imagino, señores, que cada uno de vosotros tiene su opinión sobre el candor de la juventud —y ya que los demás le miraban asombrados, intentó explicarse—.

Permitidme el juego de palabras, amigos, ¿pero puede alguien alguna vez ser inocente y al mismo tiempo saber que lo es?

Fue Galilei quien rompió el silencio.

—Príncipe, mañana iré al Colegio Romano y es necesario que junto con vos acordemos una línea de comportamiento. En cambio, me parece que navegáis en otros mares. ¿Cuáles? Implicaos por favor.

Era la primera vez que el científico pisano se mostraba tan brusco con el príncipe, y quizás fue esto lo que hizo que Cesi se explicara.

—Tenéis razón, señor Galileo, pero, antes de discutir sobre cualquier otra cosa, quería informaros de una gran novedad que ha llegado a mi vida. Os diré las cosas tal y como están, sin recurrir a artificios, como acabo de hacer hasta ahora. Los padres de Artemisia Colonna han aceptado finalmente mis regalos de compromiso y nos casaremos dentro de poco —ante estas palabras hubo un murmullo que terminó cuando él habló de nuevo—. El acuerdo ha sido redactado esta mañana. De hijos hablaremos dentro de dos años, cuando ella haya cumplido los trece. Es una joven modesta, casta, educada e inocente; no dudo de que vosotros, amigos queridísimos, le gustaréis.

Van Heeck movió la cabeza como si no entendiera. De golpe sus ojeras se habían oscurecido y el aire enfermizo que exhibía se había acentuado.

—Príncipe —dijo casi gritando—, ¿no hace muchos años me prohibisteis casarme! En una carta vuestra definíais el matrimonio como una «unión afeminada», ¡y ahora sois vos quien queréis casaros!

También Faber se sorprendió. De hecho, en más de una ocasión, Cesi había afirmado que aquellos que debían ocuparse de la familia no podían dedicarse al estudio y, por lo tanto, estaban excluidos de la Academia.

El príncipe escuchaba con una sonrisa vaga.

—Es verdad, no reniego de cuanto he dicho y escrito. Será mejor que analice mi posición porque ahora, con veintiséis años, siento que me gustaría participar en el juego de la vida y la necesidad de tener un heredero para continuar nuestra aventura.

Galileo palpitaba.

—Príncipe, le felicito de todo corazón. Pero mañana —repitió—, estaré en el Colegio Romano, y padre Clavio y los demás esperan de mí un discurso que me gustaría acordar con vos y con los académicos.

Cesi asintió.

—Señor Galileo, no dudo de que sabréis encontrar las palabras apropiadas para entrar en sus corazones. El ambiente será favorable —se miró las palmas de las manos y continuó—. Yo estaré a vuestro lado, pero consentidme que esta noche me dedique a otros asuntos. Ha ocurrido todo repentinamente y me siento un poco aturdido. Es necesario que mañana al alba mande el contrato de matrimonio a mi

padre que está en Acquasparta. Por lo tanto, pido permiso a todos vosotros y me retiro para escribir una carta de acompañamiento. Ya sabéis lo difícil que es mi padre —dicho y hecho, se despidió rápidamente y desapareció seguido por Anselmo.

Ninguno de los allí presentes comentó el noviazgo del príncipe, pero todos estaban de acuerdo en que la velada no podía continuar sin él. Así, Galilei, aún más preocupado, volvió a la embajada toscana y Faber a su casa. Schreck y Van Heeck se marcharon inmediatamente a dormir.

Schreck dio muchas vueltas en la cama, pero el sueño no llegaba. La cabeza se le llenaba de imágenes y de pensamientos. El lago de Costanza visto desde el jardín de la casa donde nació, la falda de su madre que se quedaba pillada en la puerta de un confesionario de la catedral, los caballos rodados de la primera carroza que le condujo a un país extranjero, los anteojos de Viète, el matemático del que había sido secretario, la escalera empinada que llevaba a la cátedra de Galileo, el cofre con sus instrumentos quirúrgicos, los ojos del rostro ido de Van Heeck, y así, se vio sofocado por el sentimiento de pequeñez que le había transmitido desde siempre el panorama heredado. Desde el remordimiento por no haber ayudado a su madre para que se liberara de aquel horrible clavo que había rasgado toda su falda, hasta el vértigo por la libertad del primer viaje de verdad, pasando por el asombro de ver las letras sustituirse por números en aquel asombroso y especial modo de calcular que Viète había llamado «lógica aparente», hasta la admiración sin fin por el hombre que se había atrevido a comprobar con el telescopio si el cielo era de verdad lo que se venía contando desde hacía dos mil años, a la ternura amorosa por aquella joven cuyo cuerpo había sido su último ejercicio de anatomía, y la preocupación por ver a Van Heeck volverse loco de un momento al otro. Decidió por lo tanto levantarse e irse a la biblioteca a hacer algo, porque el insomnio daba una tonalidad opresora a aquel conjunto de recuerdos y sentimientos.

Llevaba puesta la bata, cogió un candelabro y recorrió la galería de los antepasados seguido por la propia sombra y por las miradas siniestras que provenían de los cuadros.

En aquel momento no imaginaba que en la biblioteca, otros ojos, los endemoniados de Van Heeck que no le dejaban dormir, estaban observando algo que cambiaría radicalmente su existencia.

## Capítulo 7

En el halo que la luz de la lámpara creaba a su alrededor, la cabeza parecía exactamente la de san Juan Bautista, a quien era muy devoto. Cuando luego Schreck llegó delante de él, descubrió que era como si durmiera con los ojos abiertos, por cuanto estaba absorto sobre algunos libros que tenía delante de él. Quizás era este el motivo por el que Cesi y los demás le llamaban el Iluminado. Se movió solo cuando sintió un ligero golpe de tos y se sobresaltó.

—¡Ah, sois vos Terrentius! No me he dado cuenta de que entrabais.

—Perdonadme, no quería asustaros, señor Van Heeck.

El holandés se encontraba en el centro de un sector de la biblioteca protegido por librerías de nogal que llegaban hasta el techo; estaban llenas de libros y en los estantes más altos numerosos pájaros disecados se erguían como centinelas. Una mesita junto a él estaba inundada por una multitud de conchas de todas las formas y colores, una piel de cocodrilo estaba negligentemente expuesta sobre un caballete, en el suelo una gran tortuga marina con los ojos de cristal. Más allá, contra la pared, un fichero lleno de cajoncitos finos, uno de estos estaba abierto y bajo la luz inquieta aparecían y desaparecían, crucificados, muchos insectos, cada uno con un alfiler clavado.

Van Heeck se mostró educado.

—En absoluto me habéis asustado, es más, me agrada veros. Conocéis muchas lenguas y quizás me podáis ayudar.

—Tampoco vos bromeáis en cuanto a los idiomas. Me ha dicho el príncipe que conocéis al menos ocho. También me ha contado que tenéis una memoria prodigiosa y que habéis conseguido, en un solo día y en una sola noche, memorizar todas las leyes del Estado Pontificio.

En la boca de Van Heeck apareció una fisura, quizás una sonrisa.

—¿Sabéis por qué lo tuve que hacer? Porque si no me habrían mandado a la cárcel —y ante el asombro de Schreck, se explicó brevemente, con cierta presunción—. Ocurrió el mismo año en el que fundamos la Academia, es decir, hace ocho años. Era el 1603. Conocí a un idiota, un farmacéutico de Scandriglia. Se llamaba Ranieri Casolini. Hizo que me tocaran las narices y le maté. Muerto de un solo golpe. Así, para defenderme en el tribunal, me vi obligado a aprender de prisa y corriendo todos los códigos —y viendo la cara cada vez más llena de asombro de Schreck, concluyó con un gruñido divertido—. Pero si no hubiera intervenido el príncipe, creedme, me habrían metido dentro —mientras lo contaba, sus ojos se habían hecho incandescentes.

Schreck sabía que Van Heeck había estudiado en Perugia y luego había estado al servicio de la familia Cesi como médico, pero sobre el episodio de sangre había

escuchado solo rumores. Para eliminar un poco la vergüenza que aquella confesión le había causado, cambió de discurso.

—¿Y en qué podría serle de ayuda?

—Estoy catalogando los libros orientales que el príncipe ha comprado —dijo indicando el volumen que tenía delante—.

Estos están en árabe, y también el príncipe consigue leerlos con soltura —y le mostró algunas obras. En primer lugar extrajo la colección de cuatro de los siete libros de *Las crónicas* de Apolonio de Perga, traducidos del griego al árabe por Thabit Ibn, y le contó que el texto había llegado a Roma en 1578 con el patriarca de Antioquía Ignacio Na'ámah, que lo había donado al cardenal Fernando de Medici. Exhibió luego el tratado de óptica de Mohamed Túsense, también este en árabe, dos libros en persa y se animó indicando un tomo pesado y grueso—. Este no sé en qué idioma está escrito —mientras Schreck lo cogía para observarlo, Van Heeck le preguntó—. ¿Tenéis idea de qué se trata?

El alemán respondió casi sin pensar.

—Está escrito en copto y es un almanaque astrológico con oraciones anejas. El título quiere decir «luces de la noche».

—¿Y este otro? Lo ha donado el viajero Pietro Della Valle —extrajo de debajo de la pila un cuaderno ligero, cerrado con una cinta de seda.

Lo hojeó con negligencia, era de un papel muy fino, casi aire. Centenares de signos extravagantes, en columnas, ordenados como soldados, recubrían la superficie de las páginas.

Schreck observaba fascinado aquel conjunto de trazos, hechos con un pincel fino, que parecían esconder misteriosas revelaciones.

—¿De qué se trata? —preguntó con voz grave.

Van Heeck suspiró.

—No tengo ni idea. Está escrito en chino.

—¡Chino! —repitió Schreck con la boca abierta—. ¿Conseguís descifrarlo?

Van Heeck soltó una carcajada muy ruidosa. Sus ojos se redujeron a la cabeza de un alfiler, la boca abierta mostraba la devastación de los dientes negros. Se dio un golpe en el muslo.

—¿Chino? ¡Esperaba que vos supierais algo!

—¡No! ¿Pero a quién podemos dirigirnos?

—Los únicos que conocen algo de esa lengua son los misioneros de la Compañía de Jesús. Si mañana vais al Colegio Romano con el señor Galileo, quizás podréis encontrar a alguno de ellos que acabe de volver de China y a lo mejor nos puede echar una mano para entender de qué se trata.

—El príncipe me ha desaconsejado que me vean por ahí, e imagino que al Colegio se entra solo por invitación, que yo no tengo. Decidme, ¿hay padres que

hayan vuelto de China?

Van Heeck empezó a retorcerse el labio tirando de él hacia todas partes.

—Sé que uno de ellos debe volver, para luego marcharse de nuevo hacia aquel lejano imperio. Quién sabe si ya está aquí, en Roma...

—¿Y por qué tiene que venir y marcharse?

—¡Bonita pregunta! —exclamó Van Heeck—. En efecto quien se marcha hacia aquellas tierras se queda luego de por vida. Ya sabéis, el peligro del mar, el escorbuto, los piratas, los naufragios... ¡y los chinos, demonios! Al parecer, de vez en cuando, realizan campañas de persecuciones contra los extranjeros. Generalmente, de los misioneros no vuelve ninguno a Europa. Pero imagino que habrá circunstancias...

—¿Qué circunstancias?

—Me da la impresión de que no conocéis mucho de toda esta historia.

—Efectivamente —confesó Schreck.

—Bueno, entonces es el momento de que os la cuente, así como el tío del príncipe —el cardenal—, se la contó a él, y él a mí —Van Heeck se acomodó bien en silla, dio un estornudo sonoro y empezó—. Durante siglos ningún europeo había conseguido entrar en China. El mismo Francisco Javier murió en una isla a las puertas de ese misterioso país, sin poderlo alcanzar. Sin embargo, hace unos treinta años, otro jesuita siguiendo los pasos de Javier, penetró en aquel imperio que definen «celestial». Era el padre Mateo Ricci de Macerata. Después de algunos años pasados en el sur, a principios de siglo consiguió que le recibiera, nada más y nada menos, que el propio emperador en la capital. Fue acogido, no tanto porque fuera el embajador de una religión extranjera, sino más bien porque durante mucho tiempo se había exhibido como un experto en matemáticas y astronomía. Se dice que ha traducido al chino algunos libros de *Elementos* de Euclides —hizo una pausa, alzó todavía más la mirada, y continuó—. Por desgracia, hace un año falleció, pero antes de morir pudo escribir en varias ocasiones al general de la Compañía de Jesús y al papa, para que enviaran a China matemáticos, astrónomos y hombres de ciencia, porque los chinos agradecerían enormemente que alguien les ayudara a corregir su propio calendario. Y, tras la ciencia, aceptarían con más facilidad la verdadera religión. Así, el padre Nicolás Longobardo de Caltagirone, sucesor de Ricci en la misión china, recientemente ha enviado a Europa a un ayudante suyo, con la orden de organizar lo más rápido posible una misión para volver a China con muchos estudiosos jesuitas, instrumentos y libros científicos. Y este es el misionero que está a punto de llegar a Roma, o quizás ya está aquí. Es nativo de Flandes, se llama Nicolás Trigault. El, sí que debería conocer el chino. Al parecer está preparando un diccionario.

A Schreck le hubiera gustado hacer un montón de preguntas, aunque hizo una sola, la primera que se le ocurrió.

—¿Cómo puedo verle?

—Supongo que este Trigault irá a buscar a sus matemáticos y astrónomos que tiene que llevar a China, sobre todo donde esté más seguro que puede encontrarlos, es decir, en el Colegio Romano. Y como tendrá los días contados, no se perderá en asuntos mundanos, así que irá directamente allí. En otras palabras, querido Terrentius, si queréis encontrar a Trigault es necesario que os acerquéis a la casa de los jesuitas.

Schreck alargó la mano.

—¡Bien! Dadme ese libro chino, me encargo yo de que sea traducido.

El holandés se lo entregó. Las cejas se le arquearon con cuidado y la frente parecía fruncida y arrugada.

—¿Qué estáis pensado?

—Todavía no lo sé, pero os tendré al corriente de mis movimientos.

Se despidieron. Con el precioso libro entre las manos, Schreck volvió a su cuarto. Lo hojeó durante bastante tiempo, y cuando decidió apagar la vela para irse a dormir, la caligrafía de ese idioma tan raro bailó en su cabeza durante toda la noche. El resplandor de la mañana le sorprendió sentado en la cama, en un mar de sudor y en un gran estado de nerviosismo. Poco después estaba subido en una carroza y se dirigía rápidamente hacia el Aventino. Aunque la hora no fuera muy apropiada, fue recibido en la embajada de Toscana, donde solicitó ver a Galilei. Para prepararse el encuentro en el Colegio Romano, ni siquiera el científico había pegado ojo y llegó inmediatamente al coloquio. Tenía dos ojeras negras como el carbón, la barba sin afeitar, los hombros curvados como si tuviera que aguantar un peso enorme. En cuanto vio a Schreck sonrió instintivamente, se puso recto y corrió a su encuentro.

—Señor Terrentius, ¿os han sacado de la cama esta mañana?

—Ah, si es por eso, no he dormido.

Galilei meneó la cabeza.

—Entonces somos compañeros de insomnio. Tampoco yo he conseguido dormir, pero tenía mis buenas razones. He pasado la noche organizándome sobre lo que haré hoy delante de los jesuitas. En cuanto a vos, ¿qué os ha impedido dormir?

—En cierto sentido, yo no he dormido por culpa de los jesuitas.

—Están por todas partes, ¡así que es fácil que sean responsables de un gran número de noches en blanco!

—¿Sabéis que tienen misioneros también en China?

—Así me han contado —replicó Galilei—, y que el fundador de la misión, Mateo Ricci de Macerata, fue un alumno del Colegio Romano, precisamente del padre Clavio, que fue su profesor de matemáticas.

—Entonces plantó buenos frutos, me refiero a las enseñanzas de Clavio. Ha traducido incluso al chino algunos libros, como los *Elementos* de Euclides.

—¿Y quién os ha revelado todo esto?

Entonces Schreck sintetizó el encuentro con Van Heeck y le mostró el librito chino, que había obtenido del holandés. Luego, empujado por el deseo de contar más, comenzó a revelar a Galilei lo que ya le había dicho a Faber. En el científico encontró un oyente atento y curioso, en busca de detalles y apasionado de las novedades. Al final, del diario de Jaime de Irlanda, a su deseo de ir a China, hasta la llegada en breve del misionero Trigault, encargado de organizar una expedición científica para corregir el calendario chino, le reveló todo. A Galilei le brillaban los ojos escuchando tantas cosas sorprendentes e insólitas, y quiso darle su opinión.

—Si he entendido bien, no os queda otra cosa que actuar cuando deseéis. Quién sabe, quizás en China podréis fundar una sección de nuestra Academia. Pensad en qué orgulloso estaría el príncipe Cesi.

—La idea es bonita, pero por ahora tiene que permanecer en secreto. Un secreto entre vos y yo. Tengo un plan, de todos modos, antes de llevarlo a cabo, necesito vuestra ayuda y poder obtener alguna información, así como algunos mapas nuevos astronómicos que estáis preparando.

—¿Información? ¿A qué os referís?

—Me refiero a lo que todos llaman «los matemáticos del padre Clavio», sus discípulos más dotados. Me sería útil conocer los nombres de los mejores. Cuando padre Trigault venga a Roma, le podría sugerir estos para que los lleve a China.

—Si veo a Clavio, los sabré sin problemas. Tenéis mi total apoyo y tendréis también mi ayuda, si en alguna ocasión os puede servir. ¿Pero para qué os pueden servir mis almanaques? Necesitaré todavía tiempo para poder terminarlos.

—Vuestros mapas serán indispensables para las revisiones del calendario chino.

—¡Anda! ¿Entonces de verdad que os queréis marchar a China? ¿Y cómo lo pensáis hacer?

Schreck miró a Galilei y sus ojos chispeaban.

—Muy sencillo. A China pueden ir solo jesuitas. ¡Así que me haré jesuita!

Un par de horas más tarde Galilei comenzaba su discurso en el Colegio Romano, delante de un abundante público entre el que se encontraba padre Clavio, el cardenal Cesi y su sobrino el príncipe. Al mismo tiempo, en el otro lado del Tíber, en Burgo del Santo Espíritu, Schreck era llevado a un cuarto enorme, pero vacío, decorado solo con una mesa, dos sillas, un crucifijo de Siena en la pared y una pequeña librería de nogal maciza. Detrás de la mesa, con un traje negro, estaba Claudio Acquaviva, el preósito general de la Compañía de Jesús. Delgado hasta parecer el rostro excavado, los labios finos y demacrados. Estaba con los ojos cerrados y así permaneció durante al menos un minuto. Cuando abrió los ojos, empezó a rebuscar entre sus papeles, y solo después de haber cogido una hoja, levantó la vista hacia el alemán que se encontraba de pie delante, con los ojos mirándole fijamente.

—Ah, así que vos sois el doctor Terrentius. Me han dicho tantas cosas sobre vos... Un extranjero en vuestro campo no pasa inadvertido en nuestra santa ciudad — hizo una larga pausa antes de retomar la palabra—. Mi secretario afirma que queréis verme y ha añadido que no podéis esperar. Os escucho.

Tras treinta años como jefe de los jesuitas, Acquaviva gozaba de una notable fama. Bajo su dirección, los pertenecientes a la Compañía habían más que duplicado el número, pasando de cinco mil a trece mil, repartidos por todo el mundo. Las casas profesas, los noviciados y los colegios se habían casi triplicado, y se contaban quinientos. Acquaviva había tenido que ver con papas, emperadores y reyes. Los esfuerzos espirituales que había emprendido habían catalizado en ardor misionero, y algunos jesuitas muertos durante su generalato estaban ya en olor de santidad. Entre estos, Luis Gonzaga, muerto por la misma enfermedad que curaba con abnegación en los hospicios romanos, y tres sacerdotes japoneses martirizados ferozmente por sus compatriotas.

Schreck, en absoluto asustado, contestó sin dudarlo.

—Vuestra Paternidad, os agradezco haberme concedido esta audiencia. Sé que es muy difícil hablar con vos.

—No si se viene en nombre del cardenal Cesi. La Iglesia debería tener muchos santos hombres como él —suspiró.

Schreck comenzó a dudar de su estrategia. Al presentarse en la Casa de los Jesuitas, había dicho que venía para traer un importante mensaje de parte del cardenal.

—¿Vuestra Paternidad, puedo hablaros con franqueza?

El otro asintió con seriedad.

—Aquí es como si os encontrarais en confesión.

—He mentido, no tengo ningún mensaje de parte del cardenal. Pero tenía que veros.

Acquaviva cerró los ojos y de los labios salió un murmullo que se diluyó después de unos segundos en una larga y ruidosa respiración. Las mejillas se transformaron en una sonrisa.

—Desde hace más de un mes, tengo como un cuchillo en el costado, doctor, un fuego infernal que me atenaza las vísceras y la espalda. De noche el dolor aumenta y no hay ninguna medicina que consiga calmarlo. No tengo otra ayuda que la oración. Me sujeto con dificultad en pie y no como —casi nada, tan grande es el sentimiento de náusea que me invade. Pero todavía tengo la fuerza para llevar a cabo mis deberes y alabar a Dios. Vuestra mentira es bien poco respecto a lo que me dice mi médico. Quiere hacerme creer que mi dolor es algo pasajero —de la garganta salió un quejido, quizás un sollozo sofocado. Continuó—. Os escucho. Ahora tened la cortesía de decirme para lo que habéis venido.

Transformándose en una sonrisa, Schreck le preguntó a su vez.

—¿El dolor se manifiesta en el lado derecho o en el izquierdo?

Acquaviva, como hacen todos los enfermos en presencia de quien sea, y de forma especial ante un médico, aprovechó al vuelo la ocasión para hablar de sus propios sufrimientos, así explicó con lentitud los dolores que tenía, que cada vez se acentuaban más y se repetían con mayor regularidad. Por su parte, Schreck siguió preguntando sobre aspectos relacionados: la dieta que seguía, si tenía dificultad de evacuación, de micción, el tipo de dolor —difundido y atenuado, o circunstancial, o agudo y concentrado, acompañado de calor o de temblores fríos, y más cosas—, y al final realizó sus propias conclusiones. Entonces, asombrándose él mismo de lo que estaba haciendo, se arrodilló y puso una mano encima de la mesa, primero bajó la mirada y luego la levantó, hasta encontrar las fisuras que se abrían bajo las cejas en la cara de Acquaviva.

—Quiero entrar en la Compañía de Jesús y tomar los votos —dijo.

El general se quedó perplejo y sobresaltándose exclamó.

—¿Y eso qué tiene que ver, doctor Terrentius?

Schreck, siempre con la mirada hacia abajo, murmuró.

—El señor me dicta lo que estoy diciendo. ¡Quiero ser jesuita!

El general, retomando su sangre fría y apelando a su gran experiencia de conocedor de hombres, inspiró aire con una lentitud exasperante para concederse unos segundos más, útiles para reflexionar. Luego, siempre para ganar tiempo, dirigió la mirada hacia el cielo y murmuró un Pater escandiendo las sílabas. Asintió más veces, cruzó los brazos y finalmente miró al alemán a sus pies.

—¿Vos, jesuita? Creo que tenéis algún asunto pendiente con el Santo Oficio, ¿por qué debería procurar un problema a mi Compañía?

Schreck levantó la cabeza, clavó sus ojos verdes en aquellos castaños de Acquaviva y sonrió.

—Porque yo sé cómo curaros.

## Capítulo 8

*«La nueva del señor Terrentius me ha entristecido por la gran pérdida que significa para nuestra Compañía. Por otro lado, me alegra para la otra Compañía, la de Jesús, a la que debo tanto, y que ha adquirido un hombre de gran valía. El, que ha sido un lince libre y que por cuenta de nuestra sociedad ha ilustrado de forma tan maravillosa las plantas mexicanas, ahora se encuentra rezándole a Dios. Y aguarda las especulaciones celestiales no ya del firmamento con sus estrellas y sus planetas, sino del Cielo Empíreo donde reside Aquel que solo tiene el conocimiento de lo que se cela en la mente humana».*

Escritas estas últimas palabras, Galilei añadió una forma de saludo. Luego apoyó la pluma, secó la carta con el polvo y sopló con fuerzas para limpiar la hoja. Lo relejó todo y finalmente se dirigió a la persona que estaba sentada ante él.

—Bien, señor Faber, podéis llevarla al príncipe Cesi. Espero que finalmente se resigne ante el hecho de que Terrentius no trabajará más con nosotros.

El otro cogió la misiva, tenía la mirada pensativa. La repentina renuncia de Schreck a la Academia de los Lincei y su entrada inesperada en la Compañía de Jesús, el 1 de noviembre del 1611, apenas cinco meses más tarde desde su investidura, habían creado un cierto desconcierto entre los otros socios. Todos se habían preguntado el porqué, pero como Terrentius se había retirado en el noviciado de san Andrés, nadie había conseguido ponerse en contacto con él y su ausencia había marcado las veladas en el palacio Cesi. Se habían elaborado diferentes hipótesis vagas sobre aquella elección, y una vez Galilei con cierta confianza había afirmado.

—No os preocupéis, el doctor Terrentius sabe lo que hace —y nada más había añadido a pesar de la insistencia de sus amigos.

Antes de despedirse, Faber quiso preguntarle.

—¿Puedo hacer algo más?

—Claro —asintió Galilei—, pero tiene que quedar entre nosotros.

—Estoy a vuestra disposición, decidme.

—Vos tenéis relaciones con altas personas y podéis hacerme un gran favor.

—¿Cuál?

—Ayudadme a tener un encuentro con Terrentius.

Automáticamente Faber puso la mano en el bolsillo y apretó el pequeño crucifijo de coral. Hasta entonces no había sido posible, ni siquiera a él, ver al amigo encerrado en el noviciado, pero no quería negarle ningún favor a Galilei.

—Haré lo posible —contestó en voz baja moviendo la cabeza. Cuando se marchó, dejó un olor perfumado de polvos de talco de la peluca.

Exactamente dos semanas más tarde, un hombre llevó a Galilei una nota escrita en el código secreto de los linceos. Lacónico, Faber invitaba al científico a seguir al enviado para «aquel encuentro que ya sabía». Antes de marcharse, Galilei subió al apartamento, que el embajador de Toscana le había puesto a disposición, y bajó con la levita de las grandes ocasiones y una enorme bolsa de cuero. El trayecto no fue muy largo. La carroza no se detuvo durante media hora, luego llegó a Porta Pórtese y se detuvo cerca de una serie de chabolas que bordeaban el Tíber, en el punto en el que el río confluía con un riachuelo de desperdicios. Por el fuerte olor ácido que allí reinaba, el lugar había sido ahorrado de la sed de tierras de las poderosas familias romanas. Y, por lo tanto, aparecía más bien como un minúsculo pueblecito apartado, prácticamente junto a la ciudad, y los que no eran de allí entraban en contadas ocasiones. El cochero golpeó el habitáculo.

—Ya hemos llegado excelencia, podéis bajar.

En cuanto Galilei estuvo al aire libre, desde el pescante el hombre le indicó una casita de piedra con una escalera en la parte exterior. El científico sintió un escalofrío y abrió bien los ojos para darse cuenta del lugar en donde estaba. Nadie había por los alrededores, pero le pareció ver un rostro detrás de la ventanita del edificio en la parte de arriba. Para contrastar el viento que soplaba se cubrió hasta la nariz y se dirigió hacia la escalera con paso lento. No había ni siquiera llegado a la parte de arriba cuando la puerta se abrió como por encanto, y se vio de repente dentro.

La oscuridad estaba ligeramente perforada por dos velas que ardían sobre una mesa en malas condiciones. Detrás de la puerta se le apareció una figura cuyos contornos le costaron trabajo focalizar. Se trataba de una joven con el rostro demacrado, entristecido por la miseria. Sonreía algo enfermiza y a su manera era acogedora. Capas de telas de un color imposible de definir la cubrían de la cabeza a los pies y, en cambio, no conseguían celar la escasez del busto. Galilei imaginó que se le podrían contar las costillas si la viera sin vestidos. La joven podía tener unos quince años, pero cada vez que guiñaba los ojos con la evidente intención de verla mejor, la espesa telaraña de arrugas alrededor de los párpados le regalaba con perfidia al menos otros diez. La puerta se cerró con un golpe fuerte y seco.

—Señor, excelencia... —dijo la joven algo avergonzada. No sabía cómo continuar. Sonrió solamente y se exhibió en lo que ella pensaba que era una reverencia. Galilei temiendo que se estaba tropezando, la sujetó por un brazo mientras los ojos de la joven enviaron un relámpago obscuro.

—Yo estoy en la parte de abajo, pero no dudéis en llamarme para lo que deseéis.

Esta última frase, pronunciada de forma tan resbaladiza, irritó a Galilei. Mientras la joven se alejaba, hizo de nuevo esa especie de reverencia algo torpe y repitió de forma empalagosa.

—Lo que deseáis, excelencia. Llamadme. Mi nombre es Teresina.

La joven acababa de desaparecer cuando una voz retumbó en el cuarto.

—Os estaréis preguntando cómo puede Faber conocer este sitio. Yo prefiero ignorarlo —siguió el ruido de una silla y de la oscuridad apareció Schreck.

Galilei se retuvo para no saltar.

—¡Terrentius, amigo mío! —exclamó acercándose a su encuentro. Se abrazaron un instante. Se separó y observó al amigo—. Dejadme que os vea. Cuánto habéis cambiado...

Schreck llevaba puesta una larga túnica con el cuello y los puños blancos, sobre los hombros una capa, también esta de color negro. Lo que más le sorprendió al científico, no fue tanto el hábito de jesuita, sino el rostro del alemán. Se le veía sensiblemente delgado, pálido, iluminado por la típica luz de los ojos verdes, pero una cierta dureza se había instaurado en sus rasgos. La entera figura inspiraba la severidad que Galilei no había conocido nunca en aquel hombre.

—Sí, os encuentro cambiado —le repitió.

Schreck le invitó a sentarse.

—Sabéis muy bien cuánto cuesta llegar a ser jesuita.

Comenzaron a hablar de todo un poco. En primer lugar Galilei le contó las últimas novedades de la Academia y de los socios, entre ellas, la terrible enfermedad que estaba acabando con las fuerzas de Della Porta. A su vez Schreck le confió en los mínimos detalles la propia vida de novicio. La severa disciplina, los ejercicios de automortificación, el estudio maníaco de los clásicos latinos y griegos sobre los que él estaba ya fuertemente instruido, las disputas oratorias para afinar el arte de la retórica, además de las matemáticas y de la astronomía según el programa preparado por el padre Clavio.

—¿Sabéis? —intervino Galilei—. Nadie se ha creído nunca de verdad vuestra vocación tardía —Schreck sonrió dejando al descubierto el candor de sus dientes. Galilei continuó—. A mí me confiasteis el porqué de la decisión de haceros jesuita; pero sigo teniendo una fuerte curiosidad. Todavía no sé cómo habéis hecho para que os admitieran en la Compañía.

El otro acentuó un gesto divertido.

—Tengo que darle las gracias a la enfermedad de las piedras.

—¿Qué?

—Cuando me presenté ante el general Acquaviva para pedirle autorización para entrar en la Compañía de Jesús, no tenía ni idea de lo que podía surgir del encuentro. Por suerte, para mí, él estaba enfermo y nadie había conseguido localizar la causa que tanto le afligía. Sufría tanto que pensaba que se encontraba en el final de su vida. Así, me ofrecí a curarle si a cambio me daba el permiso para tomar los votos. La cosa fue simple ya que su enfermedad era debida a las piedras en los riñones, cálculos que

consiguió expulsar en una semana con una bebida caliente a base de pepino y hojas de aquilea en agua destilada. Un remedio banal pero mucho más eficaz que la sangría, del que podéis imaginar bien la procedencia.

—¡Entonces se trata de un método chino!

—Sí, y forma parte de lo que he aprendido en los folios de los que os hablé hace unos meses.

—Me acuerdo muy bien, el diario de Jaime de Irlanda. Pero decidme —le preguntó animadamente Galilei—, ¿habéis conseguido encontrar también a aquel misionero que ha vuelto de China?

—Todavía no ha llegado a Roma, pero el general me ha garantizado que formaré parte de la expedición que Nicolás Trigault organizará para llevar hasta aquel imperio nuestra ciencia.

Galilei golpeó con euforia la mesa.

—Demonios, ¿entonces lo habéis conseguido! —añadió con un aire soñador—. Si no tuviera que arreglar el futuro de mis hijas, también yo habría intentado como vos ir hasta allí, donde los sabios dictan las leyes.

—Os aseguro, que no ha sido nada fácil, no creáis. La voz de la próxima misión en el Imperio chino se ha esparcido. El general ha recibido más de un centenar de peticiones de candidatos. Son tantos que parece que está proyectando la invasión de China. De Roma han propuesto a Gregorio de Saint Vincent, aquel discípulo de padre Clavio que se interesa por el cálculo infinitesimal y que le ha seguido en muchas observaciones por el cielo. El director del colegio de Ingolstadt ha insistido en cambio para que se unan Christopher Scheiner y Johann Cysat.

Galilei asumió un aire feroz.

—Dos imbéciles —rugió—. Scheiner se ha permitido afirmar que ha visto las manchas en el Sol antes que yo. Y el otro, que se divierte desde hace años mirando a Orión, ¡un digno discípulo! Cabezas huecas con la cruz, que se dedican a la ciencia solo para hacer carrera, sin amor ni hacia Dios ni hacia los hombres.

—No os agitéis, de todos modos no irán. Acquaviva está convencido de que no es algo prudente quitar de los colegios de Roma e Ingolstadt a profesores tan importantes como los cabezas huecas, como vos les llamáis, sobre todo cuando nadie puede garantizar que volverán sanos y salvos de China.

Galilei esbozó una medio sonrisa.

—Mejor así para los chinos, pero peor para mí que seguiré teniéndolos por aquí. Sois un pequeño diablillo alemán, ¡bastante cabezota! Cuando me confiasteis vuestro plan de llegar a ser jesuita para ir a China, no habría apostado ni siquiera una moneda falsa por vos. Pero estoy contento de que ahora las cosas vayan por el camino que deseáis.

—Incluso mejor de cuanto hubiera podido esperar —precisó Schreck—. Gracias a

mis conocimientos, el general ha considerado oportuno encargarme personalmente que recoja por Europa ese material indispensable para la misión, sobre todo libros e instrumentos, así como las teorías actualizadas para corregir el calendario chino.

—¿Así que podréis llevar con vosotros el libro de Copérnico? ¿Y también mi *Sidereus nuncius*?

—¿Y luego debería ser yo el diablillo? —Schreck sonrió—. Me gustaría, pero por desgracia por ahora estamos autorizados a llevar con nosotros solo los escritos de Tycho Brahe. Su idea del cielo es menos convincente que la copernicana y que la vuestra, pero, como es mucho más moderna, nuestros superiores piensan que esta es un compromiso entre lo que se ve y lo que se tiene que creer...

Galilei movió los hombros con resignación.

—Quiere decir que me contentaré con enviaros a China los nuevos hallazgos sobre los que estoy ahora trabajando.

—Cuento con ellos, así los cálculos de los planetas serán más exactos. Además tengo conmigo un telescopio refractor como el vuestro, que me ha donado el cardenal Borromeo.

—Sobre las informaciones que me pedisteis, he sabido que los mejores discípulos de padre Clavio son dos jóvenes que encontré en el Colegio Romano. Tienen menos de veinte años, pero están muy bien considerados por todos. Uno es milanés y se llama Jaime Rho, el otro es Johann Adam Schall von Bell, un alemán de Colonia. Ambos tienen una inteligencia enorme.

—Tendré en cuenta estos nombres.

La puerta que se abría los interrumpió, y entró Teresina.

—¿Me habéis llamado, excelencias?

Los dos se miraron el uno al otro y luego miraron con aire interrogativo a la joven. Ella no se descompuso.

—Me parecía que me llamabais —dijo alisándose el vestido en las caderas, o lo que deberían haber sido, y concluyó cerrando la puerta tras ella y apoyándose con la espalda—. Estoy siempre lista para satisfacer vuestros deseos...

Schreck y Galilei se encontraban avergonzadísimos. Comenzaban a entender en qué tipo de madriguera habían ido a parar, y en cierto sentido maldecían a Faber por haberlos llevado a una situación parecida.

—Me encantaría estar a mil leguas de aquí —murmuró Schreck.

—¡Yo a dos mil! —añadió Galilei.

En aquel momento se escuchó un movimiento de caballos que venía de fuera. Estaba llegando una carroza. En un minuto los dos hombres empezaron a mirar al suelo y Teresina a mirarlos a ellos fijamente, la puerta desvencijada se abrió de nuevo y en contraluz apareció una figura familiar.

—Johann, ¡señor Faber! —exclamaron a la vez Schreck y Galilei.

El alemán entró con paso seguro dejando con la peluca densas nubes de polvo. Tenía una mano en el bolsillo, como siempre, empuñando algo.

—Sea alabado Dios, ¡os habéis conseguido encontrar!

Teresina corrió a su encuentro locuaz.

—Qué placer volver a veros, excelencia.

Faber se movió para evitar que se lanzara sobre él.

—Señora —exclamó con un repentino golpe de tos y un suspiro—, mantened la compostura que hay que tener cuando una joven insensata encuentra a dos caballeros.

Teresina arqueó las cejas con aire interrogativo.

—Amigos —continuó Faber evitando mirar a la joven—, ha llegado el momento de concluir esta conversación. Me han informado de que padre Clavio se siente mal y se encuentra en su alojamiento en la Casa Profesa. Sería oportuno que tú, Johann, corriese a visitarlo antes de que llegue cualquier otra persona. Yo te acompañaré. Y vos, señor Galileo, volved a la embajada de Toscana, como si hubierais ido a dar un largo y tranquilo paseo —bajó el tono de la voz—. Os marcharéis antes que nosotros, tenemos que ser siempre muy prudentes.

Con un gran asombro por parte de Teresina, a quien nadie prestó atención, los tres se dirigieron a la parte de abajo. La joven se quedó sin palabras y dolida encima de la escalera.

Galileo acompañó a Schreck a la carroza de Faber.

—Amigo mío, consideradme en el viaje con vos. Os deseo todo el bien posible y que consigáis llevar a cabo vuestros planes —antes de que se subiera al habitáculo extrajo de la bolsa un pequeño saquito de terciopelo con una cierta consistencia y se lo puso entre las manos. Tenía lágrimas en los ojos cuando dijo—: tened, es para nuestra ciencia —cuando se alejaron, salió de detrás de la casona de piedra una carroza que evidentemente estaba a la espera. Galilei se montó, el látigo del cochero sonó y el vehículo se movió.

Mientras el ruido de los cascos de los caballos perforaba la niebla helada para perderse a lo lejos, Schreck abrió el saquito. Extrajo uno por uno una serie de instrumentos quirúrgicos de una factura exquisita: algunos bisturís muy finos con la empuñadura de marfil, una sonda de plata, rascadores y ganchos brillantes como un espejo, un sacasangre, también este de plata y labrado, agujas de todas las dimensiones, pinzas, separadores, pequeñas sierras, recogedores de humores, espéculos de diferentes dimensiones, dagas muy finas dotadas de espejos reclinables y otros instrumentos que más bien parecían haber salido de una gruta de las maravillas.

—Los llevaré a China —dijo Schreck a Faber.

—¿Qué?

—Estos instrumentos los utilizaré en China.

—¿Pensáis de verdad ir hasta allí? ¿Y cuándo?

—Dentro de un año, o quizás dos, tres, diez. No lo sé. Lo único que sé es que iré y estos instrumentos vendrán conmigo.

Faber se sentía consternado, el ojo había comenzado a temblarle y parecía que guiñaba.

—¿Pero cómo conseguiréis marcharos?

—Esta es la parte más sencilla, teniendo en cuenta que ahora soy jesuita. Iré como misionero.

—¿Os habéis vuelto loco?

—Esta vez puede que sí —contestó Schreck alargando los brazos y estirándose con un cierto gozo.

Faber tenía los dedos marcados, por lo fuerte que había apretado el pequeño crucifijo que llevaba en el bolsillo.

—¿Y creéis que el Santo Oficio cancelará todas las sospechas que tiene sobre vos y os dejará marchar tan lejos? ¿Y encima como sacerdote?

—Tengo la protección del prepósito general, Claudio Acquaviva.

—¿Y a qué te dedicarás en China?

—A estudiar, a conocer, a aprender. En el respeto de nuestras reglas. Quiero hacer ciencia y que se beneficien todos pacíficamente —la frente quedó cruzada un momento por unas arrugas que desaparecieron enseguida, haciendo que su rostro apareciera radiante—. Y, naturalmente, en el respeto de las enseñanzas de Dios.

Faber no conseguía contener su nerviosismo.

—Johann, renuncia a este loco proyecto, encontrarán el modo de crearte problemas. Los conozco, verás, se inventarán cualquier cosa para impedirte que te marches. O, si no lo consiguen, instruirán a alguien y te lo meterán entre las costillas con el deber de tenerte bajo control. Lo han hecho otras veces, son capaces de todo —hizo una breve pausa y concluyó—. Serás perseguido para siempre por un inquisidor que te hará la vida difícil... imposible...

—No encontrarán a nadie dispuesto a ir a China, un viaje del que generalmente no se vuelve —replicó Schreck, algo molesto.

—Tienen agentes cualificados, listos para cualquier cosa. Quien se ocupe de ti no será diferente de los demás. Honesto, erudito, prudente, perseverante, virtuoso, perfecto. Para confundirte, no les importará su edad. Podría ser alguien con más de cuarenta años, como indican las disposiciones clementinas, o alguien de treinta años o poco más, como se utiliza en España, esconderá bajo otras cualidades evidentes el hecho de ser doctor en teología, o en derecho canónico o en derecho civil, o en los tres a la vez. Y, ten cuidado, cuando llegues a Goa. ¡Allí cuentan con un tribunal que extiende su jurisdicción hasta el lejanísimo Japón! —el rostro de Faber se había oscurecido durante esta acalorada peroración.

—Johann, razona —intentó tranquilizarle Schreck—. Conmigo, hacia China, no irán dominicanos, solo otros jesuitas. Es difícil pensar que entre estos anide un agente de la Inquisición. De cualquier modo, para evitar problemas, me protegeré citando continuamente a santo Tomás de Aquino, el dominicano más famoso después de santo Domingo y también el seguidor de Aristóteles más convencido. ¿No fue su prestigio lo que convenció a la Iglesia de que con los herejes no había que tener piedad alguna? Como mucho dos advertencias, dijo, para demostrar el amor de Dios a aquellos que se oponen, pero luego solo los sufrimientos más crueles y la muerte se merecen quienes insisten en el error.

Faber sonrió con amargura.

—También Jordano Bruno era dominico, ¡no lo olvidéis!... El traje no dice nada... Han pasado apenas trece años desde que Luis de Páramo afirmó que Nuestro Señor, expulsando a Adán y Eva del Paraíso Terrestre, fue el primer Inquisidor —su tono se hizo más profético—. Hay tantos exaltados, bajo una túnica cualquiera, declarados o escondidos que, apoyándose en las conclusiones de Páramo, se sienten legitimados en su obsesión antihereje. Presta atención, querido amigo mío, durante el viaje no tendrás que menospreciar a nadie, estarás obligado a estar siempre atento a todo.

No obteniendo contestación alguna, Faber alargó los brazos y rodeó los hombros del amigo. Permanecieron así, uno contra el otro, durante varios minutos, sin pronunciar una sola palabra, perturbados ambos por una violenta emoción. En el alma de Schreck comenzaron a caer las primeras gotas llenas de angustia.

# Seis años más tarde

## Capítulo 9

En la playa de Belén centenares de personas se habían reunido desde la noche anterior con la única finalidad de ver las tres carracas zarpar el ancla. Nadie olvidaría aquel 17 de abril de 1618. Cuando los bonitos veleros con la popa alta se fueron alejando de la costa portuguesa hasta llegar a ser un punto en medio del mar, la gente empezó a retirarse y comenzó un murmullo que se esparció como una mancha de aceite aumentando desmedidamente los hechos. Fue así como la historia de la marcha de los misioneros hacia China inició su peregrinar de boca en boca, hasta llegar a ser como un sueño.

Las naves llevaban el nombre de *San Carlos*, *San Mauro* y *Buen Jesús*. La primera, una inmensa con tres mástiles de madera de teca indiana, con tres puentes de cinco pies de altura, uno sobre el otro, de cuyas paredes se asomaban veinticuatro cañones, ejercía de almiranta. Hacia el viento ondeaban las banderas del palo mayor, de popa y del bauprés y, las más altas de todas, las banderolas sobre los mástiles. Los aparejos y las jarcias estaban fijadas en los cofas, y sobre ellas procedían rápidas las idas y venidas de los marineros adeptos a las maniobras de las velas. El viento no demasiado fresco había aconsejado la utilización de las arrastraderas que, fijadas en los botalones, hacían una bella muestra de ellos y aumentaban la superficie de las velas principales dándoles una majestuosa apariencia.

En el castillo de popa se encontraban la santabárbara, el timón, la toldilla y estaban montados, además de la cabina del almirante, otros cuatro locales destinados a acoger a los jesuitas.

La decoración era completamente inexistente. Para dormir se utilizaban las prácticas hamacas de cuerda según el uso de los pueblos amerindios, y a excepción de un baúl, que servía tanto de despensa como de mesa, y de algunos taburetes, no había nada más en aquellos cuartitos minúsculos donde tendrían que vivir durante los próximos seis meses.

Todos los demás habitantes de la carraca tenían alojamiento entre el segundo y el tercer puente con las hamacas ubicadas contra los costados de las naves. Tampoco el piloto, que tenía el cargo de segundo oficial y una paga doble respecto a la de los marineros, gozaba de particulares privilegios y colocaba su equipaje así como su persona cerca de la escotilla principal. Los siervos de los pasajeros eran los que sufrían en los sitios más inaccesibles. Allá donde los nichos se hacían más angostos, los espacios disminuían, la oscuridad aumentaba, la humedad se intensificaba y el aire parecía faltarle. Precisamente allí habían ubicado a aquellos hombres que tenían el deber de hacer a sus dueños la navegación lo más cómoda y fácil posible.

En el fondo de la bodega, entre la quilla y el primer puente, el más cercano al agua, habían sido apiladas de forma ordenada las cajas de los misioneros. Muchas

contenían libros, por lo que habían sido recubiertas de sebo para evitar que la carcoma pudiera agredirlos. Aquellos que guardaban en su interior instrumentos como las esferas armilares, relojes, sextantes, cuadrantes y telescopios habían sido en cambio embalados con una cubierta de crines de caballos alquitranadas. Poco distantes estaban los toneles con carne de buey y de cerdo en salmuera, barriles de pescado salado, galletas y harina, igualmente saladas para desanimar a los ratones y los insectos. También había ajo, cebolla, guisantes, judías, garbanzos, patatas dulces, mandioca y fruta seca. Otros barriles contenían agua para beber que llegaría a pudrirse en muy poco tiempo, razón por lo que, según el uso de las naves árabes que surcaban el océano Indiano, sobre el puente habían sido colocadas grandes cisternas de madera para recoger el agua pluvial. En una esquina de la bodega centenares de gallinas, asustadas en la oscuridad húmeda, por el gélido ruido del agua que corría debajo de sus patas, por los ruidos sordos de las olas contra los costados, por el oxidado chillido de las cuerdas y el espeluznante gruñido de las ratas. Vivían en un perenne estado de silenciosa ansiedad que ni siquiera las raras atenciones de tres gallos negros conseguían atenuar. El hedor que emanaban era insoportable.

Los jesuitas, todos embarcados en la nave *San Carlos*, eran en total veintidós: diez portugueses, cinco de los Países Bajos, tres italianos, tres alemanes y un polaco. Sobre esta misma carraca, había otros pasajeros, en general soldados y mercaderes con sus servidores, vivían en total trescientas treinta y seis almas, no todas propensas a las asperezas de la navegación. El comandante en jefe de la expedición, el almirante Cristóbal de Noronha era un hombre extremadamente delicado para ser un marinero, de estatura y complexión contenidas, no llevaba ni barba ni el pelo demasiado largo: hablaba, además del portugués, español e italiano, y no decía blasfemias ni solía emborracharse. Antes de llegar al puente de la *San Carlos* y silbar para que aflojaran las gúmenas para iniciar la aventura, por educación, se había acercado al cuadro de popa para mostrar al procurador Nicolás Trigault y a quien parecía el hermano más importante, un alemán llamado Terrentius, los mapas del itinerario. Seguirían la ruta portuguesa, así definida por un decreto pontificio de 1498, para diferenciarla de aquella controlada por los españoles, que pasaba por la zona de América meridional, el Océano Pacífico y las Filipinas. En otras palabras, las pesadas embarcaciones se dirigirían hacia el sur, bordearían África hasta el paralelo 30, luego virarían en dirección del minúsculo archipiélago Tristan da Cunha, rodearían casi por completo las islas, luego girarían hacia el este doblando el cabo de Buena Esperanza. El resto lo harían los monzones que, siempre y cuando quisiera Dios, a finales del mes de septiembre empujarían las carracas hasta Goa, en India, la tierra del deseo. Desde allí, en un segundo momento, se marcharían hacia China, con destino Macao.

A las once, dos solícitos criados y dos marineros encendieron el fuego en la proa, sobre una enorme bandeja de hierro que constituía el fogón al abierto. Se preparaba la

siguiente comida del día para los oficiales y los misioneros. Johann Schreck estaba acomodado sobre una silla con el respaldo alto que habían mandado que le colocaran en el centro del puente, con los ojos en los mapas de las mareas, sin prestar atención al movimiento que se estaba creando a su alrededor. Exhibía un aire alegre y el buen humor hacía que su mirada fuera luminosa. Desde el momento en el que la carraca había comenzado a surcar las olas de forma grave y majestuosa, una alegría desmesurada se había apoderado de él y todas las preocupaciones y las fatigas que habían constelado el pasado se habían disuelto en la nada.

También Trigault, ahora que por fin el viaje había iniciado, se sentía más tranquilo. Los años que habían servido para preparar la expedición no le habían dejado buenos recuerdos.

Se había enfrentado a impedimentos de todo tipo: dificultades para recoger los fondos y el material, celos no solo por parte de las otras órdenes religiosas, sino también en el seno de la Compañía de Jesús, y Pablo V que oscilaba entre el fervor por la operación y el temor por transformar a los jesuitas en una orden demasiado poderosa en Oriente, y que, sin embargo, no había podido eximirse de entregarles oro para comprar los libros y los instrumentos necesarios para que la misión se llevara a cabo. ¡Los libros! Habían representado la dificultad más dura de superar, por la que toda la expedición casi había corrido el riesgo de naufragar.

—La religión católica es una fortaleza asediada por enemigos y los libros constituyen un peligro para su estabilidad —le había explicado Julio Antonio Santori, el secretario de la Congregación del Índice, un dominicano alto y con poca gracia, con una voz sutil y meliflua.

Desde que, en 1572, Gregorio XIII había instituido oficialmente la Congregación con las siguientes palabras *Ut pestiferarum opinionum*, para actualizar el *Index librorum prohibitorum* ya publicado en 1564 por Pío IV después del Concilio de Trento, el secretario de esta institución era, y tenía que serlo, un representante de la Dominicana Religione, que trabajaba codo con codo con el Santo Oficio. Y Santori, como buen dominico, en el respeto de las disposiciones inquisitorias, había enviado una serie de agentes para controlar cada página de los textos que los misioneros llevarían a China. «¡Qué pesadilla!», pensaba Trigault, cuando se acordaba de todo lo que había ocurrido con el *Discurso alrededor de las cosas que están en el agua*, del astrónomo Galilei. Se encontraba regularmente en comercio en Florencia desde 1612, ya que había sido revisado antes por el canónico Francisco Nori quien había dado su parecer favorable; luego el vicario episcopal Pietro Piccolini había firmado el permiso de publicación, sucesivamente Agustín Figiani había efectuado una segunda revisión y, según su parecer positivo, el inquisidor Cornelio Priatoni había concedido el *imprimatur*. Bien, a pesar de todos estos controles que tantos años antes lo habían juzgado como publicable, el libro había sido retirado de las cajas ya embarcadas en la

carraca y requisado por un agente de la Congregación del Índice. ¿Y por qué? Por el simple hecho de que en aquel libro el señor Galilei rechazaba y ridiculizaba la doctrina aristotélica, según la cual la flotación o el hundimiento de los cuerpos dependen de su forma, en cambio había mantenido el principio de Arquímedes, declarando así una guerra abierta a los seguidores de Aristóteles. Todo aquello se sumaba al precepto de 1616, que imponía al señor Galilei abandonar las ideas copernicanas en cuanto contrarias a las Santas Escrituras. De esa forma, se explicaba la arrogancia con la que el agente de la Congregación había ejercido su derecho de requisar el libro.

«¡Por suerte, todo esto se ha terminado, para nosotros!», suspiraba Trigault, gozando de la humedad salobre sobre el rostro.

Sobre el alto castillo de popa, junto al procurador, estaban los otros jesuitas: Adam Schall von Bell, Jaime Rho y Wenceslas Pantaleón Kirwitzer. El primero era un alemán alto, rubio y con la mirada penetrante; el segundo un italiano, que era su antítesis: bajo, con poco pelo y ojos apacibles. El tercero era un polaco de unos treinta años, sólido, con el vicio de rascarse a menudo la barbilla algo prominente. Trigault dirigió la palabra a este último.

—Entonces, padre Pantaleón, ¿no echáis de menos Perú?

El interrogado movió la cabeza.

—No sé por qué el general había pensado destinarme inicialmente a la misión peruana.

—¡Quizás porque el español es el único idioma que habláis además del polaco! —hizo un eco Schall von Bell con un tono que nadie consiguió descifrar, si era bromista o más bien ácido.

—Mi español es pésimo como el vuestro —contestó Kirwitzer—. Más bien, creo que en Perú servía un médico y yo, en este campo, soy un inútil.

—Entonces podrían haber enviado a Terrentius —contestó Schall von Bell, con un tono ahora sí, evidentemente venenoso.

Trigault intervino paciente.

—No habría cedido padre Terrentius a nadie y él no quiere ir a otro sitio que no sea China.

Schall von Bell levantó los hombros.

—¡Y vos lo queréis llevar! ¡Peor será para todos nosotros! No será fácil convivir con un erastiano.

Trigault se sobresaltó y movió la cabeza.

—¡No se os ocurra decirlo de nuevo, ni siquiera en broma, Adam!

El alemán insistió, frunciendo el ceño.

—No tengo pruebas, pero la sospecha es fuerte. Padre Terrentius se comporta como un discípulo de Erasto, aquel médico hereje, como el tal Thomas Lieber. Este

murió hace pocos años, pero su pensamiento contrario a la legitimidad de la Iglesia para promulgar leyes sigue todavía vivo, ¡basta ver cuántos seguidores mantiene en el reino de Inglaterra!

Kirwitzer explotó en una fuerte carcajada.

—Estoy seguro de que lo que acabáis de decir es solo una broma para alegrarnos el día, Adam. Me habéis asustado. ¡Ya veis, Terrentius erastiano!

Schall von Bell pareció que no había escuchado.

—Parece que no hay nada que le vaya bien, cuando discutimos. Y, como Lieber, es polémico y es médico.

—¡No es solo un médico! —Kirwitzer contó que casi un año antes, en junio, cuando estaban en Lisboa para los preparativos de la misión, habían pasado una noche entera con el telescopio para observar un fenómeno extraño. Venus parecía estar a caballo sobre la Luna. A la mañana siguiente Terrentius había escrito una carta a un amigo, el matemático Remo Ruderauf, para que describiera al famoso Kepler de Praga cuanto habían visto.

—¿Y Kepler? —preguntó Trigault.

—Le contestó, siempre a través del señor Remo, y le hizo saber que le consideraba un verdadero astrónomo, uno a su nivel. Le prometió enviarle a China, en cuanto estuvieran impresas, sus nuevas tablas astronómicas.

—Me parece a mí, que este Kepler, lleva algo de agua a la teoría de Copérnico —intervino Schall von Bell—. Evidentemente no teme acabar como ese amigo de Terrentius, un tal Galileo Galilei hace un par de años, me refiero a ese hereje.

Kirwitzer esta vez no río y lo fulminó con una mirada rascándose la barbilla.

—Veis herejes por todas partes, Adam. Todavía no está demostrado que Galilei lo sea. Es más, era muy estimado por vuestro profesor, el difunto padre Clavio, y la sentencia que ha padecido es bastante rara, ya que ha propuesto de nuevo una teoría vieja al menos setenta años, jamás impugnada antes por las autoridades.

—¡Pero si ha tenido que abjurar! —insistía Schall von Bell.

—Estáis equivocado —se acaloró Kirwitzer—. Únicamente le han comunicado que no tiene que divulgar más la teoría astronómica de Copérnico, porque ha sido declarada incompatible con la fe católica y, por lo tanto, en suspense hasta la corrección.

Rho consideró oportuno completar la información.

—Hay un documento del cardenal Roberto Bellarmino, de mayo de 1616, según el cual Galilei no ha abjurado y no es necesario calumniarlo, porque no ha recibido ninguna penitencia. Bellarmino es una persona seria, no le han elegido por casualidad en el Santo Oficio, como consultor. ¡Y además es un jesuita!

—Es un hombre equilibrado, el cardenal Bellarmino —confirmó Trigault—. Había sugerido declarar la teoría copernicana una simple hipótesis matemática, pero

aquel Galilei se puso cabezota pretendiendo proclamarla verdadera. ¡Y no quiere ni oír hablar de llegar a un compromiso, ese astrónomo cabezota!

Kirwitzer movió la cabeza.

—Y también Kepler es de la misma pasta.

Trigault asintió.

—Se dice que precisamente Kepler está a punto de publicar una obra con el título *Harmonices mundi*, en la que se introduce una nueva ley astronómica, la tercera me parece, que pondría en relación los períodos de revolución de los planetas con sus distancias respecto del Sol. Pero os confieso que no sé mucho de ello.

Kirwitzer se rascó una vez más debajo de la boca.

—Es interesante cómo Kepler explica la revolución de los planetas alrededor del Sol. En práctica, sería el propio Sol quien posee un *anima motrix*, un *effluvium magneticum* capaz de arrastrar a los planetas, obligándoles a una circulación ordenada y regular alrededor de él mismo.

En ese momento se acercó Julio Tolentino, un jesuita italiano de unos treinta y cinco años, ni alto ni bajo, con el rostro fino rodeado por un inicio de barba negra que contrastaba con un principio de calvicie, dos ojos oscuros que miraban fijamente con ingenuidad y unos labios carnosos. Tímido y educado, demostraba gran disponibilidad ocupándose de cualquier cosa que Trigault, u otra persona, le pidiera. Parecía animado por un sentimiento de culpabilidad porque llevaba a cabo, casi como una expiación, cualquier orden. Se le había asignado la organización de las cosas pequeñas, si bien no por ello privadas de responsabilidad, como ocuparse de los criados durante las preparaciones de las comidas o controlar de vez en cuando que la preciosa carga estuviera en orden e indemne en la bodega. Su timidez se disipaba solo con Schreck, por el que mostraba un respeto que llegaba a los límites de la veneración. El alemán casi le había adoptado y se servía a menudo de él para que le ayudara a transportar papeles y libros cuando estaba ocupado en algún que otro estudio. A cambio, le entretenía durante horas con el cálculo matemático y con la fisiología de los vegetales y de los animales.

En más de una ocasión, observando a Tolentino, Trigault se había preguntado cómo el padre general Muzio Vitelleschi había dado la orden a ese insignificante sacerdote italiano de marchar hacia el Oriente. No era un hombre de ciencia, no resultaba que tuviera amistades bien situadas, no parecía que tuviera un sentimiento enorme por evangelizar los pueblos y las razas, antes de entonces no le habían escuchado expresarse casi nunca. Y en cambio su rostro emanaba una jocundidad gozosa, unas ganas enormes de vivir y un fuerte sentimiento de franqueza. Quizás el nuevo general había querido premiar a un fiel y honesto servidor, o quizás, se había liberado de un incapaz. Viéndolo llegar, le preguntó.

—¿La comida está lista?

—Todavía unos minutos, señor procurador. Voy a avisar también al padre Terrentius, que dentro de unos instantes comeremos.

—¡Estáis siempre confabulando con él! Pero de qué —se quejó Schall von Bell.

—De la naturaleza, padre, y de la grandeza de Dios que la ha creado.

—Así que habláis de metafísica.

—Y también de física y de matemáticas —completó el interrogado.

Kirwitzer, que no había escondido nunca una gran simpatía hacia Tolentino, se dirigió hacia él con cordialidad.

—Espero que habléis de metafísica, física y matemáticas en el respeto jerárquico: las matemáticas ofrecen los principios a las otras dos ciencias, la segunda se los ofrece a la tercera, y la tercera solo a ella misma.

—En verdad —contestó con ingenuidad el italiano—, padre Terrentius se ha alejado un poco de este esquema.

—¿Qué significa eso? —preguntó algo brusco Schall von Bell.

—Que tiene un punto de vista diferente. Por ejemplo, cuando se estudia un ente natural, todos lo explican como dice Aristóteles, *per causas*, es decir, buscando la causa que lo ha determinado.

—Es obvio —soltó el alemán—. Si un acontecimiento se manifiesta antes que otro que queremos analizar, entonces este es condición necesaria y a la vez suficiente, para reconocerlo como la causa de aquel en examen.

Tolentino titubeó un momento, pero no se dejó llevar.

—Según el padre Terrentius, este procedimiento que identifica de forma unidireccional la causa que genera un efecto no se acepta cuando se trata de entes matemáticos —era la primera vez que hablaba así con ellos y durante tanto tiempo.

—Explicaos mejor Julio —dijo Kirwitzer mostrando mucho interés.

—Bien, por ejemplo, tomad el teorema atribuido a Pitágoras. Podemos afirmar que se tiene un triángulo rectángulo cuando la suma de los cuadrados de las longitudes de los catetos es igual al cuadrado de la longitud de la hipotenusa, pero podemos razonar también de forma inversa. Si entre los cuadrados de tres segmentos que forman una línea rota cerrada rige esta particular relación, entonces estos forman un triángulo rectángulo. Vamos, no hay un nexo unidireccional entre la causa y el efecto.

—Es un punto de vista que despierta en mí curiosidad —se entrometió Trigault—. Todos nosotros hemos fundado nuestros estudios filosóficos y científicos sobre la secuencia ordenada de los libros de Aristóteles. Convenimos todos que están organizados también estos *per causas*.

—Sí —subrayó Schall von Bell—. En primer lugar los principios comunes a toda la naturaleza, luego los entes físicos simples e incorruptibles, luego aquellos simples y corruptibles, los mixtos corruptibles inanimados, y por último, los mixtos

corruptibles animados. Una construcción genial, inexpugnable.

—¿Genial? —contestó Trigault—. Quizás para aquel momento. Imaginad en cambio que, tomando nota de lo que ahora acaba de decir el padre Julio, intentáramos incluir en este esquema ordenado elementos nuevos, no previstos.

—Los descubrimientos de aquel Galilei, por ejemplo —se entrometió Tolentino—, o los de Vesalio que tienen que ver con los detalles internos de nuestro cuerpo.

—Sí, precisamente así —afirmó Trigault—. No es difícil llegar a la conclusión de que todo el castillo de las *quæstiones* propuestas por Aristóteles se tendría, quizás, que actualizar.

Tolentino intervino entonces.

—Según el padre Terrentius, uno tiene que adherirse al aristotelismo con un punto de vista crítico, y estamos autorizados a disentir, cada vez que Aristóteles no consigue explicar los fenómenos de la naturaleza.

Aunque con algunas dudas, Trigault estaba de acuerdo.

—Sería necesario volver a pensar sobre la naturaleza con un realismo mayor.

Kirwitzer escuchaba el intercambio de comentarios sin dejar de tocarse la barbilla. Cuando enseñaba matemáticas en el colegio de Graz, en más de una ocasión, se había encontrado ante la dificultad de dar a sus estudiantes argumentos convincentes acerca de las novedades astronómicas que habían salido a la luz en los últimos años.

—Perdonadme, padre Nicolás —se entrometió—, pero yo corro el peligro de perderme en este laberinto de razonamientos. Si he comprendido bien, podríamos decir que la naturaleza es el espacio físico, y los cuerpos, las fuerzas que actúan sobre estos, una entidad, aunque no está dotada de personalidad.

Schall von Bell exclamó.

—Pues entonces, vos os atrevéis a suponer que entre Dios y las criaturas que pueblan la Tierra hay un nivel intermedio, ¡la naturaleza! —sus ojos arrojaban miradas fulminantes—. ¡Esta es una afirmación que huele a herejía!

Fue como un cubo de agua helada sobre la conversación. El silencio descendió entre los misioneros.

En aquel instante llegó Schreck. Una vez concluidos los cálculos sobre las mareas, se había acercado a curiosear los preparativos de la comida, y luego, se había interesado por las conversaciones de los hermanos que discutían en la popa, hasta donde se había acercado silenciosamente y había escuchado las últimas palabras de Kirwitzer. Se consideraba un poco responsable del avispero en el que se había dejado llevar el polaco, por lo que intervino.

—Para santo Tomás de Aquino, una proposición se considera hereje si se opone a un dogma de fe, por ejemplo el de la Trinidad, o si no, si es contraria a una afirmación que la Iglesia ha declarado artículo de fe. Yo qué sé, por ejemplo, la usura

es pecado..., o todavía más si se opone al contenido de las Sagradas Escrituras —los otros se habían girado bruscamente y le escuchaban con atención—. No concuerdo con vos, Adam, ni con las conclusiones de algunos procesos del Santo Oficio, sobre el hecho de que afirmar que entre Dios y los hombres está la naturaleza entendida como unidad, haya que considerarlo herejía. Es una cuestión de interpretación. Es más, la afirmación de la que hablábamos puede considerarse equivocada: si cada herejía es un error, cada error no es una herejía. Y si cada hereje se equivoca, todos los que se equivocan no son necesariamente herejes.

Schall von Bell replicó seriamente.

—Quizás se os escapa la simplicidad del axioma según el cual, en el campo de la fe, error y herejía son sinónimos. Y si tenéis en cuenta a Santo Tomás, entonces tenéis que compartir su lógica despiadada. El crimen de herejía es el delito más feroz que existe ya que separa al hombre de Dios y por lo tanto es aquel que tiene que ser castigado con más severidad —cruzó su mirada con la de Schreck y su mandíbula se endureció—. Nuestra regla más importante, Terrentius, es la obediencia. Estéis de acuerdo o no, las sentencias de los tribunales, sobre todo los que preside el Santo Padre, son como las leyes e imponen una obediencia. Por lo tanto, afirmar que entre Dios y el hombre hay una entidad intermedia es un claro apoyo a un pensamiento no ortodoxo, es más, ¡herético!

Jaime Rho había escuchado con interés el intercambio entre los dos alemanes y sintió que había llegado el momento de intervenir. Se puso derecho, respiró profundamente y con calma olímpica dijo lo que pensaba.

—Efectivamente fue Santo Tomás quien demostró que resistir a la autoridad de la Iglesia es un crimen de herejía.

Tolentino replicó con cierta decepción.

—Si es por esto, para Santo Tomás también la astrología aplicada a la adivinación de los actos futuros que dependen del libre arbitrio del hombre es ilícita, porque se sirve de la cooperación con el demonio. Pero no entiendo por qué hemos llegado a este punto. ¿No estábamos hablando de la relación causa-efecto?, ¿de ciencia?, ¿de naturaleza?

—Venga, venga, hermanos —se echó hacia adelante Trigault con el intento de domar aquella discusión—. Estamos razonando por el placer de razonar. Habéis nombrado a Santo Tomás, ahora recordad una de las más grandes afirmaciones que nos ha dejado. A pesar de la superioridad de la fe sobre la razón, la filosofía está capacitada para ofrecer servicios preciosos al conocimiento de las verdades de la fe, es decir, a la teología.

Schreck movió la cabeza, incrédulo.

—¡No imaginaba que todos estuvierais tan aferrados al pensamiento de santo Tomás de Aquino!

Rho le miró a su vez asombrado.

—¿Y por qué no deberíamos? —exclamó—. Es un doctor de la Iglesia.

Kirwitzer era el único que había conservado la sonrisa.

—Espero que nadie me quiera mandar a la hoguera por haber dado a la naturaleza la clasificación, del todo hipotética, de entidad.

—Es una hipótesis atrevida, Pantaleón —dijo Schall von Bell—, y también peligrosa. Admitidlo.

Antes de que el otro pudiera replicar, Schreck tomó la palabra.

—Intentad imaginar que la naturaleza es un ente y las matemáticas una lengua a través de la que uno se expresa, como ha afirmado el señor Galilei. Adam, vos sois un matemático de grandes cualidades, el mejor entre nosotros, por lo que gozáis del privilegio de poder escuchar y comprender todo esto mejor que todos. Y quien escucha la naturaleza, a fin de cuentas, siente que Dios la ha creado así.

Trigault intervino desviando con garbo pero de forma autoritaria el argumento.

—Hermanos, ¡pasemos a cosas más concretas! Espero que después de este torneo oratorio quede en vosotros curiosidad y fuerzas para observar las bellezas nuevas de este mar.

Schreck tomó nota inmediatamente de la invitación a hablar de otro asunto.

—He leído que está habitado por peces voladores, seres extraordinarios que pasan con agilidad y naturaleza del agua al aire.

—Así es, yo los vi por primera vez durante mi primer viaje a China, hace once años. Cayeron de repente sobre el puente. Tienen el dorso rojizo con manchas azules, el vientre es blanco y azul, y los lados están recubiertos con escamas de color rojo oscuro. Sus alas son oscuras, con manchas verdes como el mar. ¡Bellísimos!

Se vio interrumpido por el sonido de la campana que anunciaba la comida. No hubo por lo tanto réplicas y todos se dirigieron a la proa, hacia el fuego, donde los criados estaban ya sirviendo los cuencos.

Schall von Bell se quedó de los últimos junto a Rho, le cogió por un brazo y le murmuró entre dientes.

—¿No piensas que el procurador le da demasiado espacio?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo puede el padre Nicolás fiarse de Terrentius?, un hombre que se divierte desmontando a Aristóteles. Se cree un filósofo y, si sigue así, destruirá también la teoría de Santo Tomás, interpretándolo como quiere.

—Padre Trigault nos ha recordado hace unos instantes que para Santo Tomás *philosophia ancilla theologiae*. Pienso que Terrentius no hace ningún mal a nadie si ama razonar para llegar hasta el conocimiento.

—¿Pero estás ciego? ¿Estáis todos ciegos? ¿Sabes que se asoció a la misma secta hereje romana de la que formaba parte aquel blasfemo de Galilei? ¿Y sabes qué es lo

que decían de él en Roma? ¡Que hacía autopsias! Créeme, ¡es un hombre peligroso!

—No le he escuchado nunca poner en discusión la fe, al menos hasta ahora —a Rho le habría gustado añadir más cosas pero Trigault los llamó a voz en grito. Se dirigieron hacia el centro del puente.

Schall von Bell exhibía una cara de preocupación.

—Perdonadme si me retiro a mi cabina —dijo haciendo a todos un gesto de despedida con la cabeza.

Se giró de repente ante el asombro de los demás, pero luego se dio la vuelta un instante, rizó los labios y mirando a Schreck de forma insolente añadió.

—Tengo ligeras náuseas —y desapareció por el castillo de popa.

## Capítulo 10

Encerrado en su cabina, el almirante De Noronha tenía sus buenas razones para estar de pésimo humor. Pero no era a causa de la terrible tempestad que se estaba abatiendo ahora sobre el mar, en los alrededores de la isla de San Lorenzo y Madagascar. Había visto situaciones peores. Los motivos de su angustia había que buscarlos entre las novedades que los jesuitas habían aportado sobre los modos de vida en la *San Carlos*, y que él había tenido que acatar contra su voluntad. En primer lugar, habían instituido la regla de que las blasfemias había que castigarlas con una multa. De esta forma se había constituido un fondo, ya abundante que, decían, se utilizaría en beneficio de los que sufrían y de los pobres, una vez que desembarcaran en Goa. Luego los padres habían ido a la caza de los dados y las cartas y los habían tirado todos por la borda, con gran enfado de toda la tripulación. Lo mismo habían hecho con los libros que habían juzgado obscenos. En los días dedicados a los santos importantes o en los que se celebraban aniversarios devocionales, los misioneros se vestían de ceremonia y suministraban hostias consagradas. En los casi cuatro meses que habían transcurrido de viaje, también habían revolucionado los trabajos a bordo y obligado a los hombres de la tripulación a una serie de actividades especiales. Por ejemplo, cada día, por turnos, los jesuitas desarrollaban obras de piedad y cuidados hacia los enfermos, y hasta aquí, nada que decir. Pero esto no era todo. Entre las dos y las cuatro de la tarde del lunes y del jueves, el padre Quentin Cousin, un sacerdote maduro procedente de Flandes que vivía recluso y salía solo de la cabina en ese momento, se ocupaba de los casos de conciencia. Iba por el puente preguntando a los hombres, ¡distrayéndolos durante su trabajo!, intentando que le confiaran a él las penas, para luego prodigarse en explicaciones, consejos, oraciones y lecturas de los *Ejercicios espirituales* o de las *Loas* de Jacopone de Todi.

Durante los primeros días, los marineros y los pasajeros habían permanecido bastante fríos ante estos contactos, pero luego, mientras la nave descendía hacia el sur y los vientos llevaban perfumes cálidos y noches que parecían durar infinitamente, los hombres habían comenzado a apreciar estas conversaciones con el misionero por lo que, en los días establecidos, se veían diferentes personas de rodillas sobre el puente, con las manos juntas y la cabeza inclinada, absortas y ausentes de cualquier obligación laboral. Tales manifestaciones de devoción se habían intensificado de manera particular en proximidad al cabo de Buena Esperanza, cuando la nave, destrozada por los huracanes, parecía estar a punto de desaparecer entre las olas.

Luego, el miércoles y el sábado, durante toda la tarde, Nicolás Trigault enseñaba el chino a sus hermanos. Se sentaban al abierto sobre el puente principal, generalmente bajo el mástil maestro, donde más acumulaciones había de cuerdas que utilizaban como asientos, y allí daban inicio las clases, dotadas de escritura con

pinceles en grandes hojas de papel siempre arrugadas por el viento. De vez en cuando Trigault pronunciaba y escribía un símbolo de aquella lengua extraña, la hoja daba la vuelta entre las manos de los jesuitas, mientras cada uno de ellos intentaba repetir la pronunciación y copiarla como mejor podía. Cuando la hoja volvía hasta el procurador, este explicaba a cada uno de ellos los posibles errores. La actividad didáctica, que se desarrollaba precisamente en el centro del puente, provocaba gran curiosidad entre la tripulación y eran siempre muchos los marineros que se detenían en los parajes para escuchar, ver y, cada vez con más frecuencia, repetir los fonemas junto a los misioneros.

Cuanto más pensaba en los motivos de su malestar, menos De Noronha sabía cómo hacerles frente. Era necesario hablar con Trigault para proponer que los jesuitas desarrollaran sus actividades con una mayor discreción, quizás bajo la cubierta. ¿Pero cómo podía decírselo? Los misioneros no eran comunes pasajeros, la expedición que debería conducirles hasta China se encontraba bajo la protección del papa. Por no hablar del rey de Portugal que había desembolsado oro para armar las naves.

La llama débil de la vela que ardía en el jarrón de cristal en el centro de la mesa no conseguía penetrar en la oscuridad que invadía la cabina. Eran las cuatro de la tarde, fuera el cielo era completamente negro y vomitaba una pared de agua contra la nave produciendo un ruido infernal. Fue en ese momento cuando la puerta se abrió de par en par y entró precisamente Trigault. Excitado y pálido, se secaba la frente con la manga de la túnica que olía a podrido, sus ojos se habían reducido a unas pequeñas fisuras.

—Almirante, vengo a comunicarle una horrible noticia. A bordo se ha desencadenado una enfermedad contagiosa.

El comandante, que habría preferido hablar de otras cosas con el jesuita, no pareció sorprenderse tanto. En efecto, desde hacía un par de días al menos una veintena de la tripulación y diez jesuitas estaban con fiebres violentas, disentería, crisis de vómito y una tos convulsiva. Pero este no estaba excesivamente preocupado; según a su experiencia y por lo que el doctor Juan Rozado, el médico de a bordo, iba repitiendo, debía de tratarse de escorbuto.

Trigault pareció leerle el pensamiento.

—El padre Terrentius dice que no se trata de escorbuto. Hay tos y las expectoraciones son sangrientas. Desde ayer también él tiene fiebre y teme que la enfermedad se pueda expandir por toda la nave, si no tomamos precauciones.

—¿Precauciones? ¿Y de qué tipo?

—Se refiere a ciertas medidas higiénicas que considera indispensables. Le gustaría que todos los hombres, tanto los sanos como los enfermos, se lavaran con agua de mar al menos dos veces al día. También la ropa tiene que lavarse escrupulosamente. Luego propone que los baldes que están colgados en la batayola

de la borda, donde tanto los marineros como los pasajeros suelen defecar, se arrojen inmediatamente al mar. Para sustituirlos propone que en las pasarelas se dispongan unos parapetos con un agujero central, suspendidos sobre el agua en la popa, de forma que quien tenga la necesidad de evacuar descargue directamente al mar los excrementos, lejos de la nave. Después de estas operaciones, aconseja que nos lavemos bien, siempre con agua de mar, tanto el trasero como las manos.

—¡Y luego!

—Sí, almirante. El padre Terrentius os pide también que ordenéis que no se siga acumulando la basura en las sentinas para ser utilizada como lastre. Es más, quería que fuese arrojada al mar y que toda la nave se lavara con vinagre. Luego, a pesar de que no goza de buena salud, está dispuesto a visitar a todos aquellos que viven en esta carraca para poder descubrir aquellas personas que están a punto de enfermar pero que todavía no lo saben, y así curarles a tiempo.

—A bordo ya hay un médico, se puede ocupar él.

—El doctor Rozado, se encuentra desde esta noche preso de fiebres violentas y no se mueve de su hamaca.

La frase se quedó en el aire ya que una poderosa ola impuso a la nave una inclinación tan fuerte que todos los objetos que no estaban anclados cayeron y rodaron por el suelo. Trigault se agarró a la mesa, para no acabar por el suelo y el mismo De Noronha habría rodado si no se hubiera puesto de pie en seguida para agarrarse a un travesaño de la parte baja del techo. También la lámpara había caído haciéndose añicos los cristales y cualquier atisbo de luz desapareció por unos instantes. El almirante abrió la puerta y los dos salieron al cuadrado de popa. Fueron atacados por una dolorosa cascada de agua que los clavó durante un instante en el mamparo. Luego De Noronha desapareció en la nube líquida gritando órdenes a los fantasmas huidizos que poblaban el puente, mientras el jesuita se refugió en su propia cabina.

El interior, mal iluminado por un par de lámparas enganchadas en el techo, servía como antecámara del infierno. Sobre una hamaca yacía, exhausto, Terrentius, en otra Jaime Rho, que había perdido su aire bromista. Ambos con el rostro cubierto por una miríada de gotitas de sudor, respiraban con dificultad y de vez en cuando se asomaban a un lado para escupir en un recipiente catarro y vómito, cuyo hedor se mezclaba nauseabundo con el de los excrementos. En una esquina, sentado en un taburete, Julio Tolentino trajinaba con algo. Trigault, después de haber echado un vistazo a los dos enfermos, se dirigió hacia él en voz alta para contrarrestar el jaleo del temporal.

—¿Novedades?

—Bueno, señor procurador... —se dio la vuelta mostrando en el regazo una bolsita de cuero en la que estaba rebuscando.

—¿Qué estáis haciendo?

—Es la bolsa del padre Terrentius. Me ha pedido que haga una serie de operaciones con unas hierbas.

—¿De qué se trata?

Tolentino le mostró una extraña raíz.

—Esta es una raíz china que él tiene en gran consideración y que parece que cura muchos males.

Trigault se acercó para que se la entregara. Cuando la tuvo en sus manos la fue girando para observarla desde todos los puntos de vista. Era gruesa, carnosa, con una bifurcación en la extremidad. Adentrándose entre los ruidos de la borrasca, una voz muy débil llegó proveniente de la hamaca de Schreck.

—Acordaos, Julio, es necesario que la cortéis en trozos muy finos, junto...

—Junto al *aconitum*, agalla y jengibre —repitió diligentemente Tolentino—. Me acuerdo de todo, no os preocupéis. Prepararé la bebida caliente con la justa concentración.

Schreck, con los ojos cerrados, asintió.

Tolentino miró a Trigault.

—El padre quiere que todos bebamos esta bebida caliente al menos tres veces al día, también nosotros que no estamos enfermos.

Los elementos desencadenados seguían moviendo de forma furibunda la nave y la inseguridad era en aquel frente el único sentimiento que permanecía en el corazón de Trigault. No sabiendo qué más podía hacer, se arrodilló y comenzó a silabear la oración de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

—Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame...

Tolentino se postró a su vez con las manos unidas y murmuró con gran devoción.

—Venid en nuestra ayuda, Buenísimo Padre, venid en nuestra ayuda, Clementísimo, os lo rogamos, a mi alma pecadora privada de gracia y de virtud, cargada de miserias, envuelta por el vicio y el pecado, socorredla... —se santiguó y, mientras se ponía de pie, se dio cuenta de que Schreck le miraba con los ojos medio cerrados. Le hizo un gesto al alemán y salió de la estancia.

Volvió un poco más tarde con una botella de agua humeante, envuelta en un paño, llenó tres tazas, le dio una al procurador y ayudó a los enfermos a beber el contenido de las otras. Schreck opuso algo de resistencia, pero luego, extenuado, cedió ante la insistencia y bebió a sorbos la poción. Inmediatamente más tarde, el italiano se ausentó de nuevo durante pocos instantes y volvió con una escoba, un cubo y un trapo. Mostrando un insospechado sentido del equilibrio, se puso a limpiar escrupulosamente la cabina, siguiendo los movimientos de la nave. Sin el temor de mancharse, fue a vaciar los recipientes situados debajo de las hamacas y con

delicadeza ayudó a los enfermos a desvestirse, lavarse y cambiarse. Los acomodó luego en unas hamacas limpias, tras acumular toda la ropa sucia, salió de nuevo para ir a lavar todo. Volvió para darles de comer.

Repitió las mismas operaciones por la noche. Y continuó tres veces al día, también al día siguiente, al otro y al otro, durante toda una semana. Lo mismo hizo en la cabina de al lado, donde yacían otros misioneros afectados por el mismo mal, impidiendo a los criados que le ayudaran porque el padre Terrentius, afirmaba:

—Ha dicho que la enfermedad se propaga de un individuo al otro. Así que cuantas menos personas entren en contacto con los enfermos, menores serán las probabilidades de contagio —continuó con los trabajos de socorro hasta que Schreck se restableció y se intercambiaron.

Poco a poco, volvieron en Trigault las fuerzas, así como el ánimo y el entusiasmo que le habían abandonado en los días anteriores. La bebida caliente que, en primer lugar Tolentino y luego Schreck le habían administrado metódicamente, parecía obtener el efecto deseado. La fiebre y el malestar iban pasando, y el color había vuelto a su rostro, el apetito a su estómago y la respiración no le dolía. No todos, sin embargo, se iban curando. Cinco misioneros que heroicamente habían resistido durante nueve días antes de ceder ante el mal, se encontraban ahora en muy malas condiciones. En la tripulación habían muerto ya treinta y dos marineros y otros ocho estaban al final de sus vidas. Por consejo de Terrentius, el comandante había impedido a las otras dos naves acercarse y la *San Carlos* había navegado en cuarentena.

Tras doce días desde el inicio de la epidemia, los cinco jesuitas todavía enfermos habían sido reunidos en una cabina, donde Schreck los atendía con la ayuda de Kirwitzer. La enfermedad que tan velozmente había agredido la nave, después de haber acabado con cuarenta marineros, ahora se había concentrado solo en aquellos pobres cuerpos consumidos.

—Es una verdadera lástima que las raíces chinas con las que nos habéis curado se hayan terminado —observó Kirwitzer mientras Tolentino recogía del suelo un montón de ropa sucia. Schreck, mientras tanto, examinaba el rostro de un joven misionero italiano que respondía al nombre de Pablo Cavallina. Le abría los ojos medio cerrados, le olía el aliento, le pellizcaba las orejas, observaba las venas del brazo y del cuello.

—¿Me escucháis?

El enfermo asintió con un gesto de la cabeza. Luego sonrió con dulzura y murmuró:

—*Jesu, dulcis memoria...* —un suspiro muy débil marcó su fin terrenal. Schreck le cerró los ojos y, como Kirwitzer y Tolentino, se arrodilló.

—En la hora de mi muerte llámame y ordéname que venga a Ti, para alabarte con

tus santos... —dijeron a la vez, concluyendo con un amén.

Tolentino fue el último que se levantó, se acercó al cuerpo exánime de Cavallina, agachó la cabeza para recogerse todavía una vez más y murmuró.

—Venid por lo tanto en mi ayuda, os lo suplico, venid en ayuda de todos mis seres queridos —se santiguó.

En las dos horas sucesivas también los otros cuatro jesuitas todavía enfermos murieron y sus nombres, junto al del italiano, fueron inscritos en el libro de las defunciones del diario de a bordo. En vida habían sido Johann Alberich y los flamencos Quentin Cousin, Hubert de Saint Laurent y Jean Decelles. Las exequias en el mar se realizaron al final de aquella mañana del 8 de agosto de 1618. Los cuerpos de los misioneros fueron envueltos encela, bendecidos por Trigault y después de una triste celebración, arrojados al agua del Mare Indicum. La nave fue lavada de arriba abajo a fondo con vinagre y todos los locales quedaron expuestos a fumigaciones de carbón e incienso. Al caer la tarde, cuando la proa había sido situada hacia el noroeste en dirección a las islas Mauricio, el almirante De Noronha decretó oficialmente el fin de la epidemia y mandó que las medidas higiénicas adoptadas durante algo más de una semana, permanecieran en vigor durante toda la duración de la navegación y que se extendieran también a las otras naves de la expedición. En obsequio a los difuntos, las carracas realizaron la maniobra de saludo: se situaron a sotavento, amainaron la bandera, descargaron a salve las baterías, bajaron las velas gavia y maestra. Y retomaron después la ruta y la navegación.

Por la noche Johann Schreck se retiró en una esquina del castillo de popa. Asomado sobre la amplia extensión de agua, parecía que se había perdido en ella. Trigault se le acercó y le puso una mano en el hombro. El alemán, desesperado, movió la cabeza diciendo.

—No hemos sido capaces de salvar a nuestros hermanos... —y en lo más hondo le hervía la sangre solo de pensar que no había tenido la posibilidad de practicar las autopsias para establecer las causas del mal y, quizás, también las indicaciones para evitarlo en el futuro.

—Como jefe de la misión, asumo todas las responsabilidades por las pérdidas que hemos tenido y siento mucho no haber desaparecido junto a los demás —replicó Trigault.

—Vos no podéis recordarlo, pero habéis estado muy cerca de realizar este deseo. En cuatro días habéis tenido más de cincuenta subidas de fiebre. Dios ha querido salvaros, parecíais un muerto.

—El doctor Rozado ha afirmado que vuestra medicina es la antigua triaca sobre la que escribió Galeno.

—Rozado debe agradecer mi admiración hacia Hipócrates y a la medicina china,

si se encuentra todavía entre los vivos. La triaca no sirve para nada y es también de difícil preparación. Según la fórmula originaria de Andrómaco, médico del emperador Nerón, debería comprender cincuenta y siete sustancias. Han pasado más de mil trescientos años desde que Galeno escribió la carta *De theriaca ad Pisonem*, elevando esta inútil medicina a la panacea de todos los males, y hay todavía imbéciles como Rozado que creen en su infalibilidad.

Trigault respiraba a pleno pulmón la brisa marina.

—Propongo ir a descansar. Ambos tenemos que recuperar sueño y energía. El viaje es todavía largo —Schreck estaba absolutamente de acuerdo.

Los dos se dirigieron hacia el interior del castillo de popa. Se accedía a través de una puerta que daba a un pasillo estrecho donde estaban los cuatro locales destinados a los jesuitas. Entrando en la minúscula antecámara pudo con ellos la oscuridad y el fuerte olor a vinagre. Se introdujeron en sus cabinas. Ondulando en una esquina del techo, una vela debajo de un cristal se consumía despacio, emanando una luz débil. Sobre las hamacas se intuían, símiles a los hatillos de ropa, los cuerpos de Jaime Rho y de Kirwitzer que dormían profundamente. Un detalle, sin embargo, parecía fuera de lugar: la gran caja que hacía las veces de armario estaba abierta. La tapa estaba levantada y el mueble parecía una macabra boca abierta. Schreck quitó la lámpara del techo y la acercó para ver mejor: todos los paños aparecían revueltos, todas sus hierbas medicinales, que cuidadosamente conservaba en sus diferentes saquitos dentro de la bolsa, habían sido ahora esparcidas y desmenuzadas en las prisas sobre las prendas. Hojas, tallos, flores secadas, polvos amarillos, marrones y negros, se confundían entre las ropas. También las ampollas, que contenían los compuestos líquidos, las habían vaciado. Hizo una señal a Trigault quien se acercó a él y pareció no darse cuenta inmediatamente de la situación.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es esta confusión?

—A alguien no le gusta mi equipaje —se quejó Terrentius—. Tenía razón mi amigo Faber. ¡Me han puesto un espía en las costillas!

—¡Cielo! —exclamó el procurador. Luego frunció el ceño y preguntó—. ¿Espía? ¿De qué tipo de espía estáis hablando?

Schreck lo miró fijamente a los ojos.

—Vos estáis al mando de la misión y, por lo tanto, no podéis ignorar que cuando me pusieron a vuestro lado para organizarla, hace muchos años yo fui convocado por el Santo Oficio debido a mis estudios.

Trigault cortó por lo sano.

—¡Lo sé, lo sé! Pero respondió por vos el general Acquaviva y, cuando sintió que el final de sus días se acercaba, entre las disposiciones que dejó a su sucesor Vitelleschi, dejó una que tiene que ver con vos, donde le indicaba que sois indispensable para esta misión. Por lo tanto, para mí la cuestión nunca ha existido.

Inmediatamente después, la pasión con la que me ayudasteis a poner en pie esta empresa y los casi seis años que hemos pasado trabajando uno al lado del otro, han sido suficientes para probar vuestro buen hacer para el bien de la Compañía y la divulgación de la fe.

—Evidentemente otros no tienen la misma opinión. Estoy convencido de que a bordo hay alguien que tiene el deber de vigilarme e impedirme cualquier tipo de actividad.

—¿Y quién puede tener interés en espiaros? —contestó Trigault en el colmo del asombro.

—La Inquisición.

—¡Venga! Si estuviera en medio el Santo Oficio, al menos me habrían avisado.

—¿Entonces quién me ha hecho esta broma? —y le indicó su colección de vegetales destrozada.

—Yo también me lo pregunto —coincidió Trigault con las manos en la cara—. Despertemos a los otros padres, pueden haber visto algo.

Schreck lo pensaba de forma diferente.

—No dormirían si hubieran sido testigos de esta gamberrada. Y, además, ¿si se tratase de uno de ellos? —luego sin tener en cuenta la mirada de desaprobación de Trigault, sobrecogido por un repentino pensamiento, se acercó a la caja y comenzó a buscar frenéticamente dentro, sacando fuera lo poco que quedaba. Un aire de consternación le marcó el rostro.

—¿Qué pasa ahora? —le exhortó Trigault.

La voz del alemán pareció un grito de un animal herido.

—¡Han desaparecido! ¡Mis utensilios quirúrgicos, los que me regaló el señor Galilei, han desaparecido!

# Capítulo 11

Inmóvil como las piedras, con los ojos de para en par, todos los hombres estaban en la cubierta para observar la isla Mauricio. Se escuchaba solo el viento y los sonidos estridentes de los pájaros. Montañosa y cubierta de árboles, la tierra resaltaba a menos de dos millas de distancia de la nave. En la bahía del Río Negro ancló en primer lugar la *San Carlos* y luego, tras las indicaciones pertinentes, también las otras dos recibieron la misma orden de situarse en el fondeadero. De Noronha se veía radiante, tenía un cierto aire de satisfacción, como quien acaba de concluir un deber difícil. Fruta fresca, un poco de carne de aves, para poner en salazón, leña para arder y, sobre todo, agua de una fuente. Esta no dejaba de dar vueltas en la mente del almirante.

A la isla había llegado en 1513 el portugués Pedro Mascarenhas, que había dado su nombre al archipiélago y había llamado a la primera Cerné y, a las otras, Reunión y Rodríguez. En 1598 el almirante holandés Van Neck se apoderó de Cerné, poniéndole el nombre del príncipe Mauricio de Nassau, gobernador de las provincias unidas. Desde entonces, aunque oficialmente fuera holandesa, la isla seguía estando en una situación virgen, si se hacía excepción de algún que otro desembarco de europeos a la caza de esclavos o en busca de víveres. Corría la noticia de que en muy poco tiempo los holandeses fundarían una colonia.

—¿Nos llevas a mí y a Jaime contigo a tierra? —le preguntó Kirwitzer a Schreck empeñado en ver la tierra firme con un mapa entre las manos.

—Padre Nicolás ha autorizado solo a Julio Tolentino para que se embarque conmigo y me ayude. Me ha dicho que todavía hay salvajes en la isla, y vos sois demasiado valioso para la misión como para correr el riesgo de perderos.

Trigault había escuchado y se dirigió a los dos para confirmar.

—Mi decisión ha sido tomada de común acuerdo con el almirante —dando por terminada la cuestión.

Muy pronto fueron ultimados los preparativos para el desembarque. En una de las chalupas que servían para ir y venir de una nave a otra dentro de la ensenada y la costa, tomó asiento Schreck con un sombrero de tres picos en la cabeza y, entre las manos, un bastón con la punta de acero. Mientras la chalupa se alejaba, desde la parte de arriba Trigault, Rho, Kirwitzer y los demás jesuitas se despidieron de él con la mano, salvo Schall von Bell que se había apartado a la proa y estaba realizando algunas medidas de control con un sextante.

Cuando la chalupa llegó a la orilla, de las naves se vieron algunos marineros con los mosquetones saltar al agua no muy alta y tomar posiciones de defensa para permitir a los demás llegar a tierra. Durante todo el día las barcas fueron hacia adelante y hacia atrás, llevando a bordo la carga por la que se habían echado a la mar.

Por la noche fue enviado a la isla otro batallón de armados y desde lejos se vio en la playa el fuego del campamento provisional arder hasta el alba. Lo mismo ocurrió en los dos días siguientes.

Mientras tanto, a bordo la vida se había trastornado de inmediato. Los marineros habían perdido el ritmo de las actividades diarias y la disciplina se había aflojado.

—Son las consecuencias de la recuperación —dijo el almirante a Trigault, añadiendo—. Es necesario que de vez en cuando los hombres tengan la posibilidad de desahogarse, si no, dejarán de obedecer.

—¡Pero si esto es solo vulgar ocio! —contestó el procurador—. La diversión hay que organizarla, comandante.

—¿Qué queréis decir?

—¿No los veis? Vagan sin meta, discuten para pelearse, sus cerebros están paralizados.

En efecto, ante la falta de cartas y dados, y con el vino extremadamente racionado, los hombres vagaban por el puente sin saber muy bien qué hacer. Algunos charlaban, otros dormían al aire libre, otros seguían jugando con las manos exhibiéndose en pruebas de fuerza y luchas. Nadie parecía poseer actitudes particulares y daban la impresión de ser un rebaño de ovejas sin un pastor o un perro. «Es necesario inventarse algo», pensó Trigault. Y para preparar el terreno se tomó su tiempo, comenzó a contarle a De Noronha la organización del tiempo libre, al igual que se organizaba en los colegios jesuitas.

—Distraer a los hombres ha sido un problema también en nuestra Compañía, y desde 1560, algunas directivas reducen el horario diario de estudio e introducen la recreación. Están prohibidos los juegos violentos mientras se aconsejan las actividades peripatéticas. Se camina discutiendo de literatura.

De Noronha ríe con ganas.

—¿Os imagináis a mis hombres discutiendo de literatura? ¡Ja, ja, ja!

Trigault afirmó con decisión.

—¡En efecto! Pero no quería llegar a esta conclusión. Mi propuesta es mucho más realizable. Me refiero a lo que el rector del colegio de Aquitania le pidió al general Francisco de Borja en 1568. Es decir, cuáles podían ser los juegos permitidos. Este, desaconsejando el juego de damas y el ajedrez, sugirió los ejercicios físicos. Desde entonces, en nuestros colegios es tradición que en el tiempo libre se juegue al balón, a los bastones, al lanzamiento de una caña con una punta o de pesos, las carreras y, naturalmente, los paseos. Todo, sin embargo, viene reglamentado.

—Dadme una idea para ocupar el tiempo de mis hombres —le pidió el almirante.

—Os sugiero un juego de aplicación y de habilidad que ahora está muy de moda en nuestras escuelas francesas. Se trata de golpear una esfera con una maza, para hacerla pasar a través de una serie de anillos metálicos que se clavan en el suelo.

—¡Parece divertido!

—Divertido y educativo. Los participantes tienen que respetar una serie de reglas fijas. Por ejemplo, quien juega sin esperar el propio turno queda fuera. Y este es también el fin de quien golpea demasiado fuerte la pelota haciéndola salir del itinerario trazado. Lo mismo ocurre a quien grita mientras otro jugador está a punto de golpearla.

De Noronha se frotó las manos.

—Daré órdenes inmediatamente a los carpinteros para que preparen los anillos de hierro en el puente principal y traigan unas mazas, como pelotas utilizaremos los flotadores de las redes.

Fue así como, cuando al final del tercer día de parada en Mauricio, Schreck volvió a la nave, vio que el puente se había transformado en un campo de juegos: los marineros y los misioneros corrían con un bastón en la mano golpeando pelotas de corcho.

Pero su vuelta junto a Tolentino significó para todos también algo extraordinario que hizo que cualquier otra novedad fuera poco interesante. El hecho era que llevaban a rastras, sujetándolos por las manos, a dos hombres con el color de la piel parecido al del tabaco secado, completamente desnudos salvo un trapo en el costado que sujetaban con un hilo vegetal algo precario. Los dos eran altos y corpulentos, fornidos con los músculos bien definidos, los ojos oscuros marcados por largas pestañas y la nariz algo aplastada. Los labios gruesos y el pelo negro con abundantes rizos. Podían tener algo menos de veinte años y observaban con un ingenuo interés la nutrida fila de humanos que se habían reunido a su alrededor.

Los marineros y los pasajeros parecían maravillados por la visión de los indígenas, y se asombraron todavía más cuando los vieron subir a bordo de una de las naves de la expedición. De hecho, a diferencia de las otras embarcaciones que transitaban por las costas del África oriental, que iban a la caza de esclavos, la expedición organizada por Trigault no tenía entre sus fines reclutar de forma forzosa a salvajes. Y se había acordado que, para hacer más rápido el viaje, las carracas no se cargarán con más hombres.

—Almirante —exclamó el segundo de a bordo que tenía la responsabilidad de la chalupa—. He intentado convencer al padre Terrentius de que no hiciera subir a bordo a estos dos esclavos.

—¡No son esclavos! —contestó algo enfadado Schreck.

—¿Cómo es que...? —inició De Noronha.

Schreck no esperó el final de la pregunta.

—Señor, estos dos individuos han aparecido de la nada mientras recogía hierbas para mis estudios. En un momento dado, he levantado la cabeza y les he visto de pie, junto a mí, que me observaban tranquilamente. También yo les he mirado y me han

sonreído, por lo tanto son humanos ya que la sonrisa no es propia de los animales — hizo una pausa para ver qué efecto surtían sus palabras y continuó—. Naturalmente vuestros humanos no tienen que pensar igual que yo, porque se han dado cuenta de que había indígenas y les han paralizado poniéndoles un cuchillo en la garganta. Me ha costado trabajo convencerles de que eran inofensivos y todavía más ordenarles que los trajeran a la nave.

—¿Para hacer qué? —preguntó De Noronha.

—Para medirles, comandante, solo para medirles.

Todos se rieron menos Schall von Bell. Había permanecido apartado durante los juegos en el puente, no quería sin embargo perderse este asunto.

—¿Y para medirles queréis primero suprimirlos y luego trocearlos?

Los misioneros y los marineros se giraron hacia él. Schreck no se desanimó.

—A los vivos los estudio vivos. Quiero controlar las proporciones entre la cabeza, el tronco y las articulaciones. Quiero también comprender el grado de finura de los sentidos y la resistencia ante los esfuerzos de estos individuos. Vamos, me gustaría demostrar que sus funciones son exactamente iguales que las nuestras.

—¿Y con qué fin? —intervino una vez más Schall von Bell.

—El único fin que tengo es el de perseguir el conocimiento y la verdad —y con tono provocador añadió—. Sabéis mejor que yo, que Santo Tomás, a diferencia de Alberto Magno que admitía solo el camino de la fe para llegar a la verdad, aceptaba también la razón para llegar al mismo fin. Dejadme por lo tanto ejercer la razón, si no os molesta.

Schall von Bell se levantó impetuoso.

—Completad el pensamiento de Santo Tomás, ¡aunque no sea cómodo para vos! La fe está privada de errores, mientras que la razón puede llevarnos a juicios ilusorios o equivocados —se dirigió entonces hacia Trigault—. No conviene perder el tiempo con estos salvajes. Se ve en seguida que pertenecen a una cepa inferior de la raza humana.

De Noronha no conseguía entender la vehemencia de la discusión, ni había intervenido hasta ese momento, ya que los argumentos evocados no ponían en duda su autoridad. La última frase, sin embargo, le dio motivo para decir su opinión y para demostrar que, por si lo habían olvidado, él no era un comandante cualquiera.

—Son tan primitivos que seguramente son unos preadamitas. Pueden por lo tanto, solo llegar a ser esclavos —dijo convencido, indicando a los dos indígenas.

Schreck no aguantó y dijo.

—¿Preadamitas? ¡No lo pensaréis seriamente!

De Noronha se enfadó.

—Razonad. Estamos lejos de África, por lo que no son bisnietos de Cam; ni estamos en Asia, por lo que no son tampoco descendientes de Sem. Y esto no es

Europa donde vive la descendencia de Jafet. Si no pertenecen a los descendientes de Noé, otra cosa no pueden ser que fruto de un experimento creativo que el Señor hizo antes de darle el soplo vital a Adán.

Schreck no creía lo que sus oídos escuchaban.

—Almirante, es singular que apeléis a esta absurda teoría de Paracelso, vieja más de un siglo. Con mis mediciones demostraré a todos que estos son hombres, como nosotros. Y esta es la verdad —De Noronha, titubeante, esta vez prefirió callar.

Intervino Trigault.

—Por lo tanto, ¿vuestras mediciones os permitirán incluir estos dos salvajes dentro de la especie humana? Efectivamente se parecen bastante a nosotros y, si se excluye el color de la piel, podríamos ser inducidos a considerarlos iguales que nosotros. Pero, me pregunto, ¿acaso tienen una filosofía, o razón, o teología, o matemáticas, y así muchas otras ciencias?

Schreck contestó sin pensar.

—Si damos a sus manifestaciones como seres vivos la misma dignidad que damos a las nuestras, la respuesta es que sí.

—¿Significaría?

—En la larga preparación de nuestra misión he tenido muchos contactos con todo tipo de viajeros que nos han ido dando multitud de informaciones. De algunos he escuchado que la población a la que pertenecen nuestros dos «invitados» —y subrayó la palabra invitados—, tiene un profundo respeto por la naturaleza, la creada por Dios, me refiero, y a esta se inspiran con gran sacralidad y sentido religioso, sin dañarla, ni violarla, ni inferir inútilmente sobre las criaturas que allí habitan.

En toda aquella discusión Tolentino se había ido animando, dirigiendo la atención primero a uno y luego al otro de los protagonistas de la disputa. Se metió en ella de lleno, dirigiéndose a Schall von Bell.

—He leído en un resumen de un viaje, que los salvajes de estas islas entre África y la India matan a un cocodrilo solo en el supuesto de que este haya devorado a un amigo. Para evitar accidentes, cada año, su rey, que es también el sumo sacerdote del reino, se acerca a las orillas de los lagos, de los ríos, de los pantanos y aconseja solemnemente a los grupos de cocodrilos que se mantengan distantes de los pueblos, porque en el caso de que un hombre sea comido, la población se verá obligada a capturar al culpable y matarlo.

—¡Pero esto es ridículo! —exclamó Schall von Bell—. ¡Callad Julio! Lo que estáis contando prueba solo que son seres inferiores, que pertenecen a esa raza de infieles que pueden emplearse solo como esclavos, es imposible que los rescatemos, aunque se les concedan los sacramentos.

Muy alta se elevó la voz de Kirwitzer.

—Señor procurador, me gustaría ayudar al padre Terrentius a medir a estos dos

indígenas.

—Como queráis —contestó Trigault con preocupación—. Lo importante es que no lleguéis a conclusiones prematuras, antes de haber discutido conmigo vuestros resultados.

Schall von Bell, sin embargo, no tenía ninguna intención de dar por concluida la cuestión. Cogiendo bruscamente por un brazo a uno de los dos jóvenes negros, exclamó en voz alta.

—También yo quiero participar en estas operaciones de mediciones.

Sintiendo el tirón que le daban y, encima por un hombre vestido de negro que gritaba, el indígena que hasta entonces había estado tranquilo junto a Schreck, se asustó, emitió un sonido gutural y se soltó. Schall intentó agarrarlo, pero el otro, siguiendo a su compañero, dio un poderoso salto y ambos se arrojaron al mar para luego nadar frenéticamente hacia la orilla. Todo duró un instante.

—¡Los habéis hecho escapar! —gritó Schreck precipitándose a la barandilla.

Algunos hombres de la tripulación incluso habían alzado el mosquetón y miraban hacia el agua.

—¡Deteneos! ¡No disparéis! —gritó De Noronha.

En aquel jaleo, los fugitivos se habían alejado de la nave y habían llegado casi a tierra. Schreck enfurecido, se dirigió a Schall von Bell.

—Espero que Dios os ilumine...

Schall lo miró con desprecio y se alejó sin dignarse a hacer un solo comentario. Los otros misioneros estaban consternados. Trigault intervino para calmar las aguas.

—No os enfadéis, Terrentius, se ha tratado de un infausto accidente. Estoy seguro de que Adam no quería asustar a aquellos salvajes.

Fue necesaria una buena media hora antes de que Schreck consiguiera aplacar su ira. Tolentino, Rho y Kirwitzer le ayudaron a guardar las hierbas y, cuando terminaron, se situaron a su lado para pasear por el puente.

—¿Cómo es el interior de la isla? ¿Qué es lo que habéis visto? ¿Qué habéis podido hacer? —le preguntaron con avidez el italiano y el polaco.

Schreck estaba contento de poder describir aquellas maravillas.

—El borde del mar está lleno de conchas. Por allí pasean tortugas que tienen una carne buenísima. He visto una que tenía que pesar por lo menos quinientas libras. La selva no es muy densa, hay una infinidad de plantas y flores aromáticas que perfuman el aire. Hay gran cantidad de cedros, ébanos negros y rojizos, y árboles aptos para la carpintería, luego hay palmeras, higos, naranjos, limones y árboles de caoba.

—¡Qué riqueza! —exclamó Kirwitzer.

—Índigo, piñas, plátanos, melones de tierra y de agua, sandías, coliflores del Caribe, habas y cientos de plantas y raíces que crecen silvestres por todas partes, hasta las montañas... Todo es de dimensiones extraordinarias. Pensad, los plátanos

miden entre diez y doce pies y tienen hojas enormes ovales de las que cuelgan frutos enormes como una mano. Vuelan bandadas de pájaros magníficos: tórtolas, perdices, becasidas, codornices, palomas, mirlos, tordos, abubillas, avetoros, papagayos, garzas, arrendajos, alcatraces, gorriones, rabihorcados y cantidad de otros tipos de volátiles —Schreck se dirigió a Tolentino—. ¿No es así Julio?

El interrogado añadió de repente.

—Hay incluso murciélagos con el cuerpo más grande que el de una gallina y que, si se le quita a uno la repugnancia, son hasta buenos de comer.

Schreck confirmó con un gesto de la cabeza.

—Hemos visto también muchas fuentes y algunos manantiales de agua que por el olor parece purgativa. Los riachuelos y ríos pequeños que se forman bañan la llanura y están llenos de peces. Hemos visto también algunos lagos y uno es tan grande que por sí solo da vida a siete riachuelos.

—¡Un verdadero Edén! —dejó escapar Rho.

—Luego, cuando estábamos a punto de regresar, me he encontrado con lo que tanto había oído y que esperaba ver.

—¿Qué sería? —preguntaron todos al unísono.

—Hay un arbusto que los holandeses llaman *stroont-boom* que, si me perdonáis, podríamos traducir como el árbol de los excrementos. He visto su tronco, más grande que alto, que tiene una corteza que es muy venenosa si se mastica y para la que no hay remedio. Luego he visto un árbol inmensamente bello. Sus ramas se extienden en círculos y el follaje es tan espeso que los rayos del sol no pueden penetrarlo. El paraguas de las hojas es tan amplio que bajo el mismo se pueden resguardar al menos trescientas personas. Se ha escrito que es sagrado en algunas poblaciones de Oriente y que quien arranca una hoja, muere en un año.

—¿Y tú que has hecho? —le preguntó Kirwitzer.

—Bueno, teniendo en cuenta que la muerte ya la he rozado cuando estaba enfermo, y esta me ha rechazado, he decidido coger una bolsa de estas hojas para estudiarlas. Venid, os las quiero mostrar.

Hicieron rápidamente el trayecto hasta sus cabinas y aquí Schreck sacó algunas hojas grandes como una mano, espesas y parecidas a las de las lilas, y que al tocarlas eran más suaves que la seda. Junto a estas había unas flores blancas con un perfume muy penetrante, frutos rojos, redondos y grandes como una ciruela de Damasco, con la piel dura. Su interior estaba constituido por unas semillas diminutas, parecidas a las de los higos.

—¡Qué maravilla! —se complacía Kirwitzer.

—De estos frutos son muy golosos los murciélagos —dijo el alemán con orgullo. Mostró luego algunos trozos de la corteza venenosa del *stroont-boom*—. Quién sabe si un día podrá ser útil...

—¿De qué modo? —le preguntó el polaco rascándose la barbilla con un gesto de sorpresa—. ¡No querrás envenenar a nadie!

Schreck levantó los hombros.

—Si tengo que decir la verdad...—pero para tranquilizar a Kirwitzer que le miraba con los ojos abiertos, precisó riendo—. ¿Pero qué has entendido? Me refiero a encontrar un antídoto para el veneno... Nunca se sabe...

—Pon todo en su sitio y, esta vez, cierra con llave —aconsejó Rho con un semblante serio.

Tolentino concluyó la conversación con una ingenua frase.

—No habría imaginado nunca, padre Terrentius, que estabais recogiendo un vegetal tan venenoso. ¡Tiemblo solo ante la idea!

Alrededor de ellos mientras tanto se habían intensificado las actividades. La marcha era inminente y, una vez finalizado el partido de las esferas de madera, el puente ahora hervía de hombres trabajando en los preparativos. En los mástiles se escuchaban las órdenes de los que se ocupaban de las maniobras con las velas y el timonel, bajo la atenta mirada del almirante, había tomado el mando del timón. Después de las debidas señalizaciones, la primera nave se movió y tras su estela también las otras levaron las anclas y zarparon. El viento empezó a soplar, el agua retumbaba contra los costados y en muy poco tiempo de la isla Mauricio no quedó más que el recuerdo.

India ahora estaba más cerca.

## Capítulo 12

A principios del mes de octubre de 1618, de entre la densa bruma salobre se divisó por fin Goa, reina de las especias. A los pasajeros de las carracas les pareció un inmenso manto de color verde, alrededor del cual se diferenciaba una muralla que llegaba hasta el mar y unas construcciones propias de un pesebre. La parte fortificada, llamada ciudadela o simplemente fortaleza, consistía en un aglomerado de mil pasos de ancho y mil quinientos de largo, sólido e imponente, funcional y sin un énfasis decorativo, riguroso y austero, como quería la arquitectura *chã*, tan de moda. Sobre este ejemplo jactancioso de la potencia portuguesa se vislumbraba el majestuoso palacio de fortaleza, llamado también el palacio del virrey. El edificio formaba parte del antiguo fuerte de Adil Chah, el soberano musulmán que perdió contra Alfonso de Alburquerque en 1510, soberano que las crónicas portuguesas llamaban Sabaio, y por eso la gran plaza sobre la que el palacio se asomaba estaba dedicada precisamente a Sabaio. Nadie pasaba de buena gana por la plaza. Ni la bella iglesia de Santa Caterina, que allí había sido levantada, precisamente frente al palacio, conseguía atraer a un gran número de fieles. El malestar que aquel gran espacio inspiraba no era debido al poderoso viento salobre que soplabá regularmente, y tampoco a los numerosos soldados —a menudo de origen vulgar— que por allí pasaban. El motivo era la presencia de un cuerpo de fábrica adosado al palacio del virrey, que llevaba el nombre, tristemente conocido, de Santa Casa. Era esta la sede del Tribunal de la Inquisición. Magnífico en el aspecto, con tres grandes portales de entrada, este celaba la severidad arquitectónica del interior. Todas sus estancias eran cuadradas, desde el gran salón de las audiencias, a las minúsculas celdas con el techo bajo y opresivo, sin ventanas, siempre rebosantes de prisioneros en espera de procesos, o del «riguroso examen», o de la hoguera. El Tribunal era completamente inexpugnable debido a los cañones que se asomaban amenazadores sobre la muralla.

Al sur de la fortaleza estaba la plaza Grande que presidía la catedral de San Pablo nueva, la casa municipal y el colegio de los agustinianos. En el radio de media milla desde la plaza se expandía la ciudad en toda su extensión, con sus bellas casas y canales, en las que vivían los portugueses. Las calles rectas y anchas estaban casi todas bordeadas con árboles siempre verdes con magníficas copas. Alrededor de la ciudad había un suburbio de igual tamaño, poblado por hindúes con sus cementerios.

Agustinianos, franciscanos, carmelitas, dominicos y jesuitas, rivalizaban en Goa por el gobierno de las almas, pero eran más bien los últimos quienes detentaban todavía y de forma sólida el primado en el campo del sacerdocio, de las conversiones, de las iglesias, de los colegios, de las escuelas y de la posesión de las monedas, seda y oro. Tal posición de predominio venía del hecho de que había sido un jesuita, Francisco Javier, compañero de Ignacio de Loyola, el primer evangelizador que llegó

a Goa en 1542, donde el navegante Alburquerque había fundado sobre las ruinas humeantes de pagodas, templos y mezquitas, la punta oriental más avanzada del sueño portugués. De Francisco Javier se conservaban los restos en un cofre plateado en la catedral de San Pablo viejo y el recuerdo de su deseo tormentoso de entrar en China.

Aquel 4 de octubre de 1618, todas las campanas de Goa saludaron fragorosamente la llegada de las tres carracas y de los misioneros. Las chalupas que los llevaron hasta tierra fueron recibidas por el propio virrey en persona, por el comandante del fuerte y por el triunvirato que dirigía la hermandad de los mercaderes de seda, uno de ellos era precisamente un jesuita. En honor de los recién llegados, se celebraron solemnes ceremonias que duraron un mes e hicieron olvidar a los goanos el grandísimo temor por los recientes autos de fe, que habían mandado a la hoguera quince herejes acusados de judaísmo y otros tantos de luteranismo.

Sustituidos los ejercicios del terror por aquellos sagrados y profanos de la fiesta, la colonia quedó invadida por una alegría sin medidas, que se animó todavía más por la noticia que traía un mercader sirio de la inminente canonización de Francisco Javier. La primera manifestación oficial fue una víspera solemne en la iglesia de la casa profesa de los jesuitas. Esa misma noche, una procesión se desarrolló por las calles de la ciudad, que quedaron iluminadas por las antorchas de miles de hombres a caballo y embellecida por los trajes ricos y elegantes de los participantes, que llevaban bien alto los estandartes de los santos. Al día siguiente, en la misma iglesia, se celebró una misa con un sermón, en la que intervino el virrey. Por la noche, muy tarde, sobre un enorme escenario construido fuera de la iglesia empezó la representación de la vida del santo Francisco Javier. Jóvenes disfrazados y músicos se alternaron sobre aquellos tableros durante una semana sin descansar. Luego, se cantó una misa también en el colegio de San Pablo nuevo y en el convento de Nuestra Señora de la Gracia. Otra solemne procesión, enriquecida con carros llenos de gente y de músicos itinerantes, fue desde san Pablo viejo hasta la iglesia de los jesuitas. Se celebraron misas también en la iglesia de los padres agustinianos, carmelitas, y dominicos, pero los franciscanos se abstuvieron de participar en la alegría común. Se organizó una noche de paseos y danzas en las que quien quería podía cambiar de traje y disfrazarse, y para la ocasión se vieron también dos individuos disfrazados de antiguos emperadores romanos. En todas las iglesias de los jesuitas y en aquella de Santo Domingo, muchas otras misas fueron oficiadas con ritos solemnes, cada vez más pomposos. Desfilaron casi un día completo cortejos sagrados dedicados a uno u otro beato o santo, una noche entera se dedicó a las oraciones públicas en la plaza del Sabaio frente al Tribunal de la Inquisición, y los inquisidores recibieron honores y regalos. En aquella ocasión y por la noche del día siguiente, en la misma plaza, que como se sabe muchos evitaban aposta, se conglomeraron los goanos llenándola como

no habían hecho hasta entonces, porque precisamente allí había sido organizada una caza de toros a la española, pero con animales de poca consideración llamados «mansos», por lo que el espectáculo fue luego recordado por ser algo insípido. Se aprovechó también la celebración del matrimonio de Ventura de Costa Canarino, para que se incluyera entre los festejos generales una competición de fuegos artificiales en la que, por desgracia, perdieron la vida dos mozos imprudentes. Los esposos fueron acompañados por muchos señores nobles y por un coro de dieciséis hombres vestidos siguiendo la tradición hindú, es decir, desnudos de la cintura hacia arriba, con el cuerpo pintado de sándalo blanco, decorados con brazaletes y collares de oro y plata y también de flores, con turbantes liados en la cabeza y pantalones variopintos. Esta y otras procesiones, que llegaron a ser veintiocho en aquel mes, confirmaron que en ninguna otra ciudad del mundo se hacían tantas procesiones como en Goa.

Johann Schreck y Wenceslas Pantaleón Kirwitzer agitaban frenéticamente un amplio abanico de paja, en el vano intento de apartar el calor. Uno junto al otro, recorrían el amplio claustro del colegio del Buen Jesús —residencia de los jesuitas—, donde en el centro se movía un grupo alto de palmeras habitadas por una tribu de chimpancés chillones.

Schreck se encontraba excitado, hablaba continuamente sin interrumpir el movimiento del abanico.

—Con ese pasado de libertino en la corte de Nápoles, donde su padre era el virrey, ¡solo los ingenuos podían pensar que Juan Bautista Cibo habría sacado a la luz y de forma repentina, las cualidades morales necesarias!

—Pero si son solo rumores —replicaba Kirwitzer.

—Siete hijos tuvo con una amante napolitana, ¿a eso llamas tú «rumores»? —el otro dudó antes de responder.

—Todos saben que a dos, Francisquito y Teodorina, los reconoció oficialmente, y a los otros los hizo pasar como sobrinos, cuando tomó posesión del cargo.

Kirwitzer se rascó la barbilla.

—Es fácil decir que todos lo saben —soltó—. ¡Yo no lo sabía y tampoco me lo creo!

—Entonces te revelo otros particulares que podrás comprobar en los archivos de San Juan de Letrán, si alguna vez volvemos a Roma —el otro levantó los hombros y Schreck continuó—. Francisquito jugaba con los dados como un endemoniado y perdió sesenta mil escudos con el cardenal Rafael Riario. Y la hija de Teodorina dio un lujoso banquete de nupcias en el que su abuelo, Juan Bautista Cibo, precisamente, escandalizó a todos porque fue acompañado por bellas damas de reputación dudosa. Y poco más tarde, el mismo Cibo, bajo presión de Lorenzo el Magnífico, ridiculizó al colegio cardenalicio, asignando la púrpura de cardenal con tan solo trece años a Juan

de Medici, que con la edad de siete años ya había sido nombrado protonotario apostólico.

Mientras Kirwitzer se preparaba para combatir aquella serie de informaciones, llegaron sudando Julio Tolentino y Jaime Rho.

—¿Pero qué ha sido de vosotros? —inició el último en llegar—. Después de la misa habéis desaparecido como la nieve bajo el sol.

Schreck asumió un aire despreocupado.

—Pantaleón no se ha recuperado del todo de la disentería que ha cogido y se ha concedido un poco de tranquilidad. Yo le he acompañado, estábamos hablando sobre la vida del papa Inocencio VIII, que se llamaba Juan Bautista Cibo...

Tolentino asintió con respeto.

—Fue él quien en 1484 emitió la bula *Summis desiderantes affectibus*, para expresar su dolor derivado por la presencia abundante de brujas y brujos en los territorios teutónicos.

—Exacto —confirmó Rho—, y sufragados por la bula, los inquisidores Henri Institoris y Jacob Sprenger, autores del *Malleus maleficarum*, el «Martillo de las brujas», dejaron tras ellos un rastro de sangre y fuego, que la población tirolesa todavía lleva en el recuerdo.

Schreck intervino.

—Precisamente estaba a punto de contarle a Pantaleón el número de mujeres que cayeron en la hoguera tras la bula del papa.

—¡Vulgares mujeres, al parecer fueron vulgares mujeres! —corrigió Rho.

—Un gran papa, Inocencio VIII —decía casi a la vez Tolentino—. A mi parecer, el año 1492 debería recordarse no solo por el descubrimiento de América por parte del almirante Cristóbal Colón, sino también por la inolvidable fiesta que este papa organizó en Roma para celebrar la caída de Granada, que estaba en manos de los moros infieles —luego abriendo todavía más los ojos—. ¡Qué victoria, por la armada cristiana!

Schreck permaneció pensativo y decidió callar para cerrar el argumento. Entre tanto los chillidos de los monos aumentaron de intensidad, y Tolentino y Rho se detuvieron mirando hacia arriba, para entender lo que estaba ocurriendo en lo alto de las palmeras.

Schreck y Kirwitzer continuaron por su camino algunos pasos más. El alemán sentía insinuarse en el pecho un vago sentimiento de opresión y se esforzó por sonreír cuando le preguntó.

—¿Me acompañas mañana a recoger hierbas?

—No puedo —contestó Kirwitzer—. Todavía no me encuentro del todo bien. Hoy es el primer día que consigo caminar tranquilamente...

Schreck insistió.

—El paseo te hará sentir mejor. Si quieres curarte por completo, sin embargo, tienes que dejar de tomarte esos brebajes que el farmacéutico te prepara, así como soltar el *Confiteor* en el intento inútil de salvar tu cuerpo de la dolencia y tu alma, negra como un tizón, del infierno.

—¿Mi alma? ¿negra? A lo sumo es el Paraíso lo que me espera, a fuerza de pasar las noches contigo, primero en la nave, y luego aquí en Goa, para observar el cielo — se defendió Kirwitzer.

Desde hacía varias noches, de hecho, junto al jesuita astrónomo Antonio Rubino, que vivía desde hacía años en Goa, estaban ocupados en medir los movimientos de un cometa aparecido en el cielo con evidente luminosidad.

—¡El Paraíso! Crees que no te veo siempre hablando en un lugar apartado con Gali, la más bella de nuestras siervas de la cocina.

—Viene a verme para confesarse.

—Y cuando se confiesa una jovencita con los ojos negros y apenas cubierta con una tela colorada, ¿uno se sonroja tanto?

—Depende de los pecados que se escuchan. Si supieras cómo son estos hindúes... Ella y Sunil, el mozo de cocina... No puedo decirte nada más, el secreto de confesión...

—Será así, pero yo tengo la impresión de que tus mejillas se están poniendo rojo escarlata.

—La próxima vez confiesa tú a la pequeña Gali y luego me muestras tu rostro.

Fueron en aquel momento alcanzados de nuevo por Rho y por Tolentino. Este último dijo:

—Entonces, padre Terrentius, ¿nos confirmáis que mañana os podemos acompañar para recoger hierbas?

Schreck asumió un aire desolado.

—Nosotros iremos, pero Pantaleón prefiere renunciar. Tampoco padre Trigault vendrá, porque está a punto de marcharse. Va a celebrar misa entre las comunidades que viven en la selva.

Alrededor, mientras, se estaban acentuando las actividades del día que acababa de empezar. Algunos niños oscuros de piel, con un trozo de tela de algodón alrededor de las caderas, agachados, limpiaban el suelo con escobas cortas. Un grupo reducido de mujeres, con vestidos de mil colores transportaban encima de la cabeza cestas con carne, peces, verduras y fruta, y se dirigían, hablando y riendo, hacia las cocinas. Un viejo con el torso desnudo, delgado como una pluma, estaba sentado en una esquina con los ojos cerrados y las piernas cruzadas, y un movimiento imperceptible de bigotes blancos indicaba que estaba rezando. La puerta de la casa estaba abierta, fuera, en una nube de polvo, se veían pasar carros, personas, bovinos en libertad, con el ruido de fondo de un murmullo, enriquecido por gritos, pasos, sonidos lejanos.

Una amplia escalera llevaba hasta el primer piso, donde estaban los alojamientos y la biblioteca. Los cuatro subieron lentamente los amplios escalones y conversando entre ellos, llegaron a la parte cubierta. Aparecieron en mitad de un pasillo sobre el que daban, a la derecha y a la izquierda, numerosas puertas y cada una de ellas correspondía al cuarto de un misionero. Las habitaciones estaban decoradas con simplicidad. Una mesa mediana, un par de sillas, un reclinatorio, un armario bastante espacioso y una cama sobre la que, como una nube de paso, colgaba una mosquitera.

—Entremos en mi celda —invitó Schreck.

—Podemos ir también a la mía —propuso Kirwitzer—, cuento con dos ventanas y estaremos más frescos.

—Pero yo tengo algo que mostraros —replicó misterioso Schreck. Los otros le siguieron, después de intercambiarse una mirada interrogativa.

Cuando entraron quedaron disturbados inmediatamente por un olor nauseabundo.

—¿Cómo consigues resistir este olor? —exclamó Rho.

Tolentino se tapaba la nariz con los dedos.

—¿Por casualidad habéis escondido un cadáver?

—No uno, sino varios —contestó Schreck.

—¿Pero qué decís?

—Ahora os los enseño —y, dirigiéndose hacia la mesa cubierta con un paño blanco, los descubrió. Debajo de la tela había tres barreños en los que había varios peces muertos que tenían que haber sido, mientras estaban vivos, unos peces de colores vivaces.

Rho miraba asombrado.

—Es un milagro que tu cuarto todavía no haya sido invadido por las moscas. ¿A qué raza pertenecen?

—No lo sé, no los había visto antes.

Con un palo de madera, Kirwitzer estaba dándole la vuelta a uno con forma de rombo, las aletas de la cola azul y el cuerpo amarillo, la boca plana donde se veían dos filas de dientes minúsculos y puntiagudos.

—¡Es fantástico! Tú, hasta ahora, me habías dicho solo que habías descubierto nuevas hierbas, no peces.

—En estos tres meses que llevamos en Goa, he recogido quinientas especies de plantas, algunos peces, pocas serpientes y ninguno de esos bonitos pájaros porque... vuelan demasiado alto.

Todos soltaron una carcajada.

—Para conservar las hierbas, las dejáis secar, de acuerdo. ¿Y con los animales? Enseñádmelo, os lo ruego —le pidió Tolentino.

—Los abro. Mirad —y fue a coger una bolsita del armario, de la que extrajo

esqueletos de peces, huesos y varios tipos de pieles de serpientes, la más bella era una piel gruesa y decorada con rayas amarillas y negras.

—Todavía tengo que aprender tantas cosas... —concluyó Tolentino.

Mientras tanto, Jaime Rho había abierto la puerta y la ventana en el intento inútil de dejar circular un poco de aire.

—Lo más importante que quiero mostraros es, sin embargo, otra cosa —Schreck abrió el armario y cogió una caja de cinc de la que sacó una sorprendente colección de vegetales: flores, hojas, raíces, semillas y tallos, en cada uno estaba atada una cuerdecita de la que colgaba una hoja de papel—. ¡Aquí tenéis mi herbolario! —exclamó con orgullo.

Tolentino, Rho y Kirwitzer se quedaron con la boca abierta. Con delicadeza cogieron algunas páginas que Schreck ofrecía y las examinaron con atención. El alemán tenía en el rostro una luz radiante.

—He secado las muestras entre hojas de papel y luego los he atado individualmente a las mismas, obteniendo de ese modo mi colección.

—Es un sistema ingenioso —reflexionó en voz alta Rho.

—Obviamente no lo he inventado yo —se defendió Schreck—. Fue la bella Cloris la primera que tuvo la idea de apretar entre los pliegues de la tela las flores que le donaba Céfiro.

Tolentino se puso de pie.

—¡Eso es una leyenda! Más bien, decidme quién fue el misterioso inventor del primer herbolario, como ese que nos acabáis de enseñar.

—Algunos mantienen que fue un alumno de Ghini, Ulises Aldrovandi, y citan como prueba su bonito herbolario de 1563, ahora conservado en el Museum Rerum Naturalium que él mismo creó en la universidad de Bolonia. En Lisboa, sin embargo, tuve modo de consultar un texto de Juan Rodrigo de Castello Branco, ese botánico portugués que se hacía llamar Amatus Lusitanus, y bien, en el capítulo setenta y ocho de su *Enarrationes in Dioscoridis libros*, él cuenta que durante una estancia en Ferrara entre 1540 y 1547, vio por primera vez conservadas, hierbas atadas en hojas de papel reunidas en un volumen, a un inglés que se llamaba John Falconer.

Mientras tanto Rho seguía hojeando con interés los papeles en los que estaban organizados los vegetales; con gran cuidado giraba las hojas.

—¡Desde luego se trata de un buen trabajo!

—Nada excepcional. El más bello de todos tiene que ser todavía completado.

Kirwitzer dejó de rascarse la barbilla.

—¿Estás preparando otro herbolario?

—No, claro que no. Hablo del que Gaspard Bauhin está preparando en Basilea. Cuando fui a visitarle antes de zarpar hacia China, me dejó admirar cerca de dos mil quinientas hojas en las que había atado casi cuatro mil plantas y órganos vegetales.

—¿Habéis conocido a Bauhin? —se asombró Tolentino—. ¿No se encuentra entre los seguidores del hereje, el mercader de Lión Pedro Valdo? —y añadió un gesto de desprecio—. Los valdeses se atrevieron a acusar a la Iglesia de venalidad, de comerciar con las indulgencias, con el culto de la Cruz, con las reliquias, las imágenes... ¡Tuvieron el descaro de afirmar que quien es hereje es la Iglesia de Roma! Por suerte, fueron masacrados por las tropas de Francisco I, y los supervivientes escaparon desde Francia hasta Suiza, donde se refugiaron. Sus descendientes no se atreven a sacar la nariz fuera de ese valle...

—Que sea un seguidor de la religión reformada es probable —contestó Schreck—. Pero eso no quita el hecho de que Bauhin sea un gran naturalista, admirado en todo el mundo. Lo conozco, le escribo con regularidad, he permanecido siempre en contacto con él y con otros botánicos que estimo. Por ejemplo, con mi compaisano y amigo Johann Faber, director de los jardines papales, y con Ferrante Imperato, el filósofo natural de Nápoles, dos excelentes cristianos.

Rho preguntó.

—Si no me equivoco, estos dos son ambos socios, como lo fuiste tú, de aquella secta romana... ¿cómo se llama?

Durante un instante Schreck se sintió oprimido por los recuerdos, los ojos vagaron a la ventana y en el rostro se imprimió una sonrisa llena de amargura.

—La Academia de los Lincei. No era una secta. Ay, si tú supieras de lo que estás hablando. La Academia constituía una dirección de vida, en la que todos estábamos dedicados al estudio de la máxima expresión de la grandeza divina, la naturaleza. Quizás, si todos nuestros padres se dedicaran como los linceos, a la más alta comprensión de los fenómenos que nos rodean, en vez de a la adoración quieta e inactiva de Dios...

Kirwitzer frunció el entrecejo.

—Calla Johann, ¿te has vuelto loco? Si te escucha alguien, corres el riesgo de acabar ante el gran inquisidor de Goa, y quizás te consigan arrestar.

Tolentino dijo a su vez.

—No temáis, por lo que me han dicho, en la Santa Casa, a los prisioneros blancos les tratan mejor que a los indígenas, ¡al menos en las comidas! —quería decir una broma, pero no le hizo gracia a nadie—. ¿Os acordáis del Salmo 73? «Levántate, Dios, y tu causa defiende». Los jueces de la Inquisición actúan con la firme convicción de ser el brazo a quien el Señor ha entregado el deber de defender la Iglesia. Para no incurrir en los rigores del Tribunal, es necesario no poner con causa, «la causa» —tampoco este juego de palabras sirvió para alegrar a los demás.

Schreck lo miró escéptico, luego guardó el herbolario en la caja y puso esta en el armario. Fue entonces cuando notó algo raro.

—Estaba convencido de haber puesto estos libros en la caja junto a los vestidos, y

ahora me los encuentro aquí —sacó tres grandes volúmenes: *De la natural historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la Medicina*, de Nicolás Monardes y *Exoticorum*, de Charles l'Escluse, que formaban parte de la obra que tenía que llevar a China.

Kirwitzer intervino.

—Quizás no lo recordáis bien.

—Estoy seguro, nunca los he metido en este armario —Schreck asumió un aire pensativo y luego se dio un puñetazo contra la palma de la otra mano—. ¡Ya estamos otra vez! —Rho lo miró con aire interrogativo y Schreck añadió con ira—. ¡Alguien ha rebuscado entre mis cosas!

Rho, cada vez más sorprendido, intervino para calmarlo.

—Pero es imposible, Johann. ¿Quién crees que se puede permitir tocar en tu equipaje?

Schreck contestó secamente.

—¡No es la primera vez! Evidentemente hay alguien que lo juzga peligroso —se dirigió furioso a los tres que le observaban consternados y gritó—. «¡Dios juzga a los jueces inicuos!» —de los dientes le escapó un quejido que parecía más bien un gruñido. Y explicó con aire feroz—. ¡Salmo 82!

## Capítulo 13

Regular y diminuta, la caligrafía llenaba la hoja: *De Arundinibus Indicis. Bambu, sive Arundinis Indicæ nomine folia: hæc superior a folia esse censemus...*

La carta a Gaspar Bauhin continuaba y, en total, contaba con siete hojas. Después de haber avivado las llamas de la lámpara, Schreck preparó hojas en blanco para copiar la misiva desde el principio hasta el final. Su intención era, como hacía siempre, enviar dos cartas iguales, una mediante la carraca portuguesa que volvía a Lisboa, siguiendo la ruta africana, y la otra utilizando el servicio postal que le habían ofrecido dos vasallos españoles que se dirigían a Europa, pasando por el sur de las Américas. De este modo, dado el alto número de hundimientos debido a las borrascas, o por culpa de los piratas, o por la impericia de ciertos comandantes, tendría más probabilidades de que al menos una de las dos llegara a su destino.

Necesitaba, sin embargo, tumbarse un momento para descansar. El calor húmedo de los días precedentes de repente había disminuido y el final del año se anunciaba decididamente más soportable. Se asomó a la ventana abierta hacia la noche. Intensos llegaban los perfumes de Goa, que se mezclaban en el cuarto con el humo de incienso que mantenía alejados a los mosquitos. Llegaban caóticos los sonidos de la vida y de la selva: lamentos, parloteos, gritos y gruñidos se sobreponían a algún que otro murmullo, a un lejano vocear o a las campanadas de los templos. Alrededor del edificio se agolpaba la flora demente. Lejos, donde la carretera comenzaba a subir hasta separarse de la zona habitada para perderse en el verde, se veían fuegos y figuras. El cielo, finalmente libre de la humedad palpable, regalaba miles de luces temblorosas.

Alzando los ojos hacia el firmamento, Schreck miró un punto fijamente en el que brillaba la cometa. Aquella noche, la observación y las medidas de sus coordenadas se las había encomendado a Jaime Rho y a Antonio Rubino. No había luna y los astros se veían en toda su intensidad y luz nítida. Entre estos reconoció con facilidad el que los árabes llaman Alnilam, en la constelación de Orión, casi en el cenit. Al sudeste de Orión, fieles e ineludibles, Canis Major y Canis Minor, al oriente Alphard del Idra, y al suroeste Achernar del grupo Eridanus y mucho más arriba Zanrak en la misma constelación.

«Más nombres árabes —pensó—, quién sabe cuántas otras cosas tendremos que aprender de los sabios seguidores de Mahoma». Se deleitó mirando aquel cielo austral que se había convertido para él en algo tan familiar, y divagó en un pequeño juego de memoria, probando a enumerar por orden alfabético todas las constelaciones que podía ver. Fue diciendo en voz alta la larga lista, como si fuera una oración. Andrómeda, Antlia, Aquarius, Aries, Auriga, Cadum, Camelopardalis, Carina, Cassiopeia, Cepheus, Cetus, Canis Major, Canis Minor, Cáncer, Columba, Dorado,

Draco, Eridanus, Fornax, Gemini, Horologium, Hydra, Hydrus, Lacerta, Leo, Leo Minor, Lepus, Monoceros, Orión, Pegasus, Perseus, Phenix, Pictor, Pisces, Puppis, Pyxis, Reticulum, Sculptor, Taurus, Triangulum, Ursa Major, Vela. Pensó que quizás debería pronunciar también amén para terminar dignamente aquel himno al Creador.

Fijó la mirada hacia lo más alto y volvió a observar detenidamente una porción del cielo en el que desde hacía años él intentaba, con el auxilio del telescopio, localizar una nueva constelación que el corazón le decía que existía. Mientras las lentes, fabricadas por artesanos expertos, se lo negaban. Le habría gustado tanto encuadrar aquel amasijo desconocido de astros, para poderse lo dedicar a la Academia de los Lincei llamándolo Lynx. El pensamiento vagó lejos, hacia sus amigos que había dejado en Roma. Volvieron a su mente el príncipe Cesi y su amigo Faber. Pasaron, ante sus ojos las imágenes de la villa Malvasia en la mágica velada transcurrida observando el cielo con el telescopio, y todos los lugares por los que había peregrinado con los linceos antes de partir hacia China. Volvió a ver por un instante a Galileo en su último encuentro y pensó en sus instrumentos que habían desaparecido...

—Cuidado, ¡ve despacio! —la frase en hindi, apenas silbada, le sacó de los recuerdos.

Miró hacia abajo desde donde la voz provenía, entre las hojas que rodeaban la muralla perimetral de la Casa de los jesuitas, se percató de un movimiento. Luego nada más y, después de un instante, de nuevo ruidos. Se apresuró a su cuarto, apagó la llama y en la oscuridad se volvió a asomar a la ventana. Cuando los ojos se acostumbraron a la noche, le pareció divisar tías figuras que parecían luchar entre los matorrales. No consiguió obtener mayores detalles, pero la curiosidad lo empujó a actuar para conocer el origen del alboroto. De puntillas salió al pasillo, lo recorrió y bajó las escaleras, y una vez que estaba en el patio, abrió con cuidado una puertecita secundaria que daba al exterior. Llevaba puestas solo las zapatillas de algodón y un camisón que le llegaba hasta la rodilla, su vestuario nocturno, pero no prestó atención a esta inconveniencia. Mientras procedía lentamente a lo largo de la muralla exterior, sentía que se iba acercando al lugar de los ruidos, con cuidado, se acercó hasta un matorral algo más bajo, se agachó y aguzó la vista y el oído.

A pocos pasos de distancia, inmersos en el rocío luminoso de las estrellas, aparecieron Sunil, el mozo de cocina, y la bella Gali. Los dos jóvenes, totalmente ignaros de tener un espectador, estaban de pie uno contra el otro, pegados a una palmera. Ella, con la espalda apoyada contra el tronco, se sujetaba con una sola pierna, mientras con la otra se agarraba a las nalgas de Sunil, que brillaban con el resplandor de las estrellas. Con una cierta regularidad, el joven le propinaba con la pelvis unos golpes lentos y profundos hacia el vientre de la jovencita, y contemporáneamente, metía su cabeza rizada entre el pecho y los pezones más negros

que la oscuridad, grandes y abundantes. El ondear de los aros plateados que Gali llevaba en las orejas hipnotizó por un momento al alemán. Fue extrañamente solo este particular que le evidenció el hecho, de forma fugaz, de que los dos se encontraban sin un indumento encima. El espectáculo no le desagradaba, es más, corroboraba una turbación interior a la que Schreck no conseguía dar una configuración cierta. Entre jadeos y suspiros el amoroso ejercicio pareció que terminaba. Brillantes gotas como las perlas recorrieron la pierna de Gali, que tuvo un último temblor. Con delicadeza Sunil cogió a la compañera entre sus brazos y la situó en el suelo, sobre una alfombra de hierba. Schreck pudo admirarlos en su inocente belleza, él, con un físico seco propio de un adolescente, con los músculos esculpidos y escurridizos bajo la piel, parecía todavía lleno de deseo y su cuerpo exteriorizaba este sentimiento de forma vistosa. Ella, diminuta, pero con formas definidas, lánguida y sinuosa, se había apoyado sobre un codo y había comenzado a tocarle las caderas. Empezaron a acariciarse lentamente, las manos vagaban por todas partes, y también labios curiosos, sin vergüenza. Un chorro sedoso señaló una vez más la llegada de la felicidad y el semen surcó el rostro y las manos de la joven, que empezó a untárselo por el cuello y el pecho, ebria de felicidad.

—Tu espíritu nutrirá mi piel y yo seré todavía más bella —dijo jadeante a Sunil.

—Eres ya maravillosa —le aseguró el joven situándose a su lado y abrazándola—. Pero no exageres, no intentes oscurecer a la luna con tu belleza, en ese caso los dioses no te dejarán en paz...

Presa de un doloroso sentimiento de pérdida, Schreck se alejó del teatro del amor con la misma discreción que había utilizado para llegar hasta allí. Lentamente entró en el claustro, llegó hasta las escaleras y, subiendo a tientas, ganó el pasillo. La oscuridad era total y no le fue fácil encontrar su alojamiento. Procedía con cierta inseguridad, como un ciego, fiándose solo del tacto mientras se desplazaba. Iba despacio, dando pequeños pasos, contando los recovecos y las puertas que rozaba, para reconocer su propio cuarto. Por fin sintió entre los dedos el marco de madera del que, según sus cálculos, tenía que ser la que buscaba. Pero, de repente, en el cuello se materializó una respiración caliente y acompañada por un breve, espeluznante gruñido, y una masa oscura en movimiento le embistió con fuerza arrojándolo al suelo. Sintió un dolor intenso en una rodilla.

—¡Detente, marrano! —le intimidó ronca una voz alarmada que Schreck reconoció como la de Kirwitzer.

—¡Shhh! Pantaleón, habla bajo, soy yo. ¿No me reconoces? —le dijo en voz baja, levantándose y masajeándose la rótula.

El inesperado encuentro y el repentino desenlace del enigma enmudecieron por un instante al polaco que, después del asombro, volvió a tocarse la barbilla con la mano.

—¡Que santa Prisca me ilumine! ¿Qué es lo que haces a estas horas, en la oscuridad, fuera de mi cuarto?

—¡Tengo que haberme equivocado de habitación! Pero, tú, más bien, ¿adonde vas por la noche? Por poco me rompes una pierna.

Kirwitzer abrió la puerta de su propio cuarto y cogió al amigo, a quien empujó dentro, cerrando detrás de él. Se afanó con un cerillo y una vela y, por fin, encendió la luz. Los dos tenían el rostro térreo y se observaban. Con un camisón, solamente, Schreck no debía tener un aspecto muy digno.

—¿Me puedes explicar por qué te paseas vestido así?

—Te veo idóneo —contestó el alemán después de un profundo suspiro—, para guardar como conviene los secretos de la confesión, y eso que puedo afirmar que los conozco todos, estos famosos secretos.

El otro contestó de forma rápida.

—¿A qué te refieres?

—A los dos jóvenes, Gali y Sunil.

—¿También se han confesado contigo? ¿Esta noche...? ¡Qué raro!

—No —sonrió Schreck—. Han hecho algo más, me han mostrado sin saberlo, las prácticas que les causan sentirse tan impuros que hacen que tengan que confesarse.

—No consigo entenderte...

—¡Bueno, es bastante sencillo! He escuchado unos ruidos debajo de mi ventana, así que he bajado para investigar, y no se trataba de otra cosa que de nuestros dos jovencitos que... que...

—¿Qué? —preguntó impaciente Kirwitzer.

—Que se amaban. Vamos, que estaban ocupados en copular.

—¡Dios mío! ¡Todavía!

—No entiendo tu desaprobación, Pantaleón.

—¡Parece que no tienen otra cosa en la cabeza, esos benditos jovencitos! He intentado disuadirlos con todos los medios, pero se ve que enseñamos demasiada poca religión a estas poblaciones, por lo que no consiguen poner un freno a su sensualidad.

—Al contrario, yo pienso que les enseñamos demasiada, querido amigo.

—¿A qué te refieres?

—¿No crees que el cuerpo humano en todas sus manifestaciones es la cosa concreta más sagrada que Nuestro Señor ha creado? ¿Y para qué El ha hecho entonces a los machos y las hembras sino para el acto de la conjunción?

—No para la conjunción *sic et simpliciter*, sino para el acto de la procreación.

—No obstante, si en cada conjunción entre los humanos tuviera que corresponder una nueva vida, ¡no tendríamos espacio para todos! Y por otro lado tú, que has elegido la castidad donando tus sentidos a Dios, ¿qué puedes entender de estas

actuaciones? ¿Y de las mujeres y de sus intentos por llamar la atención qué sabrás?

Kirwitzer respondió sin rechistar.

—En el libro veinticinco del *Eclesiástico* se dice: *Cualquier maldad es pequeña, frente a la maldad de la mujer*. Y en el cuarenta y dos se lee: *Mejor la iniquidad del hombre que la bondad de la mujer*.

—¡Ya! —le contestó Schreck—. Pero Salomón afirmaba que las mujeres son la felicidad y la alegría de los hombres, un regalo de Dios y un favor del Cielo. Y san Pablo que ellas son la gloria del hombre.

—¡Salomón y san Pablo hablaban de mujeres virtuosas!

—¡Id y multiplicaos! Me parece una exhortación clara y fue dirigida a dos pecadores y no a dos sabios virtuosos. Y, además, considera que la belleza de la mujer no dura más que la de las flores. Por lo tanto, por mucho que ella pueda parecerle maligna, deja que quien quiera goce de ella dulcemente. Piensa en lo grande que es la unión de esos dos jóvenes y lo cruel que puede ser su separación.

—¡Pero no han recibido el sacramento del matrimonio!

—No están en pecado, créeme. La alegría de sus ojos, el placer que han elegido darse recíprocamente sin engaños, ni chantajes, ni violencia, no puede ser otra cosa que la prueba de que son puros e inocentes como dos corderos. Si hubieras visto cuán bellos eran... Dios es benévolo con ellos, quédate tranquilo. Así que, cuando se dirijan a ti para confesarse otra vez —porque créeme, después de lo que han hecho esta noche y como consecuencia de nuestras enseñanzas se confesarán seguramente —, no te sonrojes y no hagas que se sientan culpables, no les cargues con letanías, sino pon sobre ellos una mano y bendíceles. También de mi parte.

El polaco contestó muy pensativo.

—¡Hablas muy rápido! Tengo que reflexionar.

Schreck cambió de tono.

—Ahora dime por qué ibas por ahí en la oscuridad tan tarde.

—Me han despertado unos ruidos. Una puerta que se abría, unos pasos sigilosos, un pie que se tropieza, el giro de una manilla, un fuerte ruido...

—¿Pasos?, ¿ruidos?

—¿No eras tú por el pasillo?

Schreck quedó sobrecogido por una inquietud real.

—Yo estaba por ahí, pero no me he tropezado —así que sin dar explicaciones, cogió bruscamente la vela y se marchó.

Kirwitzer le siguió por instinto.

El cuarto del alemán estaba al lado. Schreck entró en primer lugar, con renuencia, y un horrible espectáculo se presentó ante la llama que se tambaleaba. Esparcidos por el suelo yacían hojas, folios, trozos de ramilletes, pétalos destrozados, pedazos de vegetales, de todos los tipos y colores. Su bellissimo herbolario y sus hierbas

medicinales habían sido reducidos a mil pedacitos de confetis y todo su trabajo de investigación y de recogida de material parecía devastado por una furia salvaje. Schreck permaneció mudo e inmóvil en el umbral de la puerta. Sus ojos iban de un lado al otro de su celda en el intento inútil de descubrir algo que se pudiera salvar. Pero todo estaba definitivamente perdido. Como si fuera un autómeta se dirigió hacia la cama y se dejó caer sentado. Kirwitzer se le acercó y con una mano le rodeó los hombros, como para ofrecerle consuelo y protección.

—¿Quién puede haber sido?

Schreck movió la cabeza desesperado.

—Una vez más el habitual individuo que va por la noche y que tiene el deber de obstaculizarme...

—¿Qué quieres decir?

—Nada, solo una sospecha que se está transformando en certeza —cerró las manos en un puño y murmuró hacia dentro—. ¡Faber me había avisado!

—¡Vamos a despertar al procurador! —saltó Kirwitzer de la cama.

El alemán ni se movió.

—Espera un momento —dijo, calmando al amigo con un gesto de la mano.

Luego, como si un muelle le hubiera empujado, se levantó de repente y se dirigió con paso decidido hacia el armario. Registró un poco dentro y extrajo algunas carpetas de cuero, dentro estaban ordenadas varias decenas de hojas que empezó a controlar. Dejó escapar un suspiro.

—¡Estas están, no todas las han destrozado!

Kirwitzer se le acercó intentando no pisar cuanto estaba esparcido por el suelo y echó una ojeada: eran dibujos de vegetales minuciosamente reproducidos en color.

—¡Qué dibujos tan bonitos! Algunas de estas plantas no las había visto hasta ahora.

—Es cuanto hasta la fecha he descubierto en mi viaje. Si me han destrozado el muestrario, será necesario que a partir de ahora proteja estos dibujos que representan cuanto me queda de mis estudios en la isla Mauricio y Goa. El método mejor es publicarlos, es el momento de realizar un gran atlante dedicado a todo lo que las Indias me han desvelado. ¡Lo llamaré *Plinius Indicus*, y haré que se imprima!

Kirwitzer quedó sorprendido por un escalofrío, pero Schreck ni siquiera se dio cuenta, porque se había sumergido en conjeturas y razonamientos que habían conferido a su rostro un aire siniestro.

A la mañana siguiente, Schreck mantuvo una conversación con Trigault. Le habló de la segunda destrucción de la farmacia y del estado en el que había encontrado su herbolario. Se encontraba todavía agitado y hablaba con un énfasis que no era propio de él.

—De las hierbas medicinales no se ha salvado prácticamente nada, solo una

corteza que tenía en un lugar apartado porque es venenosa.

—¿Una corteza venenosa? —se asombró Trigault.

—La del *stroont-boom* que recogí en la isla Mauricio. La conservaba en un saquito aparte.

—¿Y qué queréis hacer con ella?

—Tengo programado estudiar unos antídotos para los venenos comunes. ¡Pero todas las demás hierbas han quedado destrozadas!

Mientras Schreck se acaloraba describiendo los detalles del desastre, un paje llevó una carta sellada al procurador. Este hizo una señal educada al alemán para que callara y abrió la misiva. Leyendo con aire interrogativo. Cuando levantó la vista, parecía perplejo.

—Perdonadme, hay una urgencia. Me veo obligado a cambiar de argumento. En la colonia hay alguien que está muy mal y me piden que vos corráis en su ayuda para curarle inmediatamente.

Schreck expresó su asombro, no entendía por qué le llamaban precisamente a él. No era el momento de dedicarse a otra persona, sino a reconstruir el herbolario. Intentó dar un paso hacia atrás.

—A fin de cuentas, en Goa hay numerosos médicos —observó—, si no encuentran uno entre los civiles, pueden siempre dirigirse al Hospital Real Militar —en aquellos días, de hecho, corrían voces de que las autoridades goanas decidirían buscar un edificio más amplio para el hospital militar y los más informados decían que lo trasladarían a la Casa de la Pólvora, hecha construir una veintena de años antes por el conde y almirante Francisco de Gama—. Si hace falta un hospital más grande —concluyó—, quiere decir que hay más enfermos y también más médicos.

Trigault unió sus manos y se las llevó a los labios.

—Probablemente vuestras capacidades taumatúrgicas han llegado a los oídos del virrey. La orden proviene de él.

—¿Cómo voy a hacer sin mis hierbas? Ni siquiera tengo ya mis instrumentos...

—Me duele... —insistió Trigault—. No sé qué deciros, sino invitaros a ir.

—¿Adonde?

—A la Santa Casa, en la plaza del Sabaio. Es allí donde alguien yace enfermo gravemente —Trigault tuvo un sobresalto al pronunciar aquella dirección y de reojo vio que también Schreck había levantado la cabeza de repente.

Así, acompañado por Julio Tolentino, en calidad de ayudante, a los pocos minutos el alemán iba camino de la plaza. En la puerta principal del edificio del Tribunal de la Inquisición, le esperaba un paje que los escoltó hasta el primer piso, a una sala cuadrada decorada solamente con un altar de mármol y encima de este un crucifijo y un reclinatorio. Esperaron allí un buen cuarto de hora, y Tolentino aprovechó para arrodillarse y sacar del bolsillo estrecho y negro un pequeño rosario artesanal, una

simple cuerda con unos nudos. Había comenzado a sudar y a desgranarlo, murmurando con los ojos cerrados una primera sucesión del Pater, el Ave y el Gloria, cuando llegó un oficial que de forma insolente les indicó que le siguieran. Tolentino, asustado, miró a Schreck que le hizo una señal para que obedeciera en silencio. Pasaron a una antecámara y desde allí entraron a la Mesa do Santo Officio, la sala de audiencias de la Inquisición. Schreck observaba todo con atención, y no se le escapó el parecido entre esta sala con la romana, en la que los inquisidores le habían interrogado unos años antes. Sobre todo el crucifijo llamó su atención. El Cristo allí clavado estaba alto e imponente, con la cabeza que acariciaba el techo. En el centro del cuarto, una larga mesa y cuatro sillas, dos en una parte y dos en la otra. En una de ellas, sentaba con el busto rígido un hombre que podía tener unos cuarenta y cinco años, vestido de sacerdote, el pelo canoso y estropajoso, en parte estaba cubierto por un minúsculo tricornio. Los ojos miraban con severidad a los recién llegados. Junto a él, vestido de dominico, otro sacerdote, unos diez años más viejo, con un aire ausente, pero con los ojos que se animaban de repente, para luego apagarse de nuevo en un rostro insignificante. Fue este último el que invitó a Schreck y a Tolentino para que se sentaran con un leve e imperceptible gesto de la mano. Solo cuando se sentaron, comenzó a hablar.

—Es un verdadero placer, un honor incommensurable, conoceros, doctor Terrentius —dijo dirigiéndose a Schreck—. No nos hemos visto nunca, pero vuestra fama os precede —e indicó ante él unas hojas—. Los buenos cristianos de Roma que velan por el bienestar de las almas de todos nosotros han tenido la delicadeza de mandarme un despacho y, por eso, sabemos quién sois. ¡Un pilar para la nueva misión de los hermanos jesuitas! —luego con la mano se dio un imperceptible golpecito en el frente—. ¡Pero qué gesto más imperdonable, no me he presentado! Permitidme que lo haga ahora. Mi nombre es Francisco Delgado de Matos y ostento indignamente el cargo de Gran Inquisidor de las Indias —de una manga extrajo un minúsculo pañuelo de lino y comenzó a limpiarse las invisibles gotas de sudor de la frente.

Una rabia sorda se estaba apoderando de Schreck. Se sentía en una trampa. Abrió la boca para decir solo:

—He sido llamado para curar a un enfermo, excelencia.

El otro le observaba como hace un gato cuando caza a un ratón.

—Curar es un verbo que hay que emplear con cautela. Para curar se necesitan instrumentos, preparados, hierbas, raíces... Pero vos... —y puso una sonrisa resbaladiza—, habéis venido con las manos vacías. Y en cambio me habían asegurado que teníais tantas provisiones cuando salisteis de Lisboa... ¿No habréis olvidado vuestro bonito arsenal? —Schreck devoraba al inquisidor con la mirada, pero este, imperturbable concluyó—. ¿O quizás lo habéis perdido?

La pregunta, dicha por aquellos labios, hizo entender a Schreck, fuera de cualquier duda, que el dominico sabía todo lo que su equipaje había sufrido tanto en el viaje como en Goa. Amplificando la ferocidad de sus ojos preguntó.

—Excelencia, con o sin mis hierbas y mis instrumentos, sigo siendo un médico. Estoy a vuestro servicio para visitar al enfermo que me han dicho que se encuentra en esta Santa Casa.

El inquisidor arrojó una mirada al otro sacerdote que parecía dormir con los ojos abiertos con una sonrisa de beatitud en los labios. Pero, evidentemente, se encontraba bien despierto, porque pasó a De Matos algunas hojas que yacían sobre aquella mesa.

—Veamos qué podéis hacer por este... —se interrumpió para dar un vistazo a los documentos—, Luis de Meló... sí, así se llama. Pensad, doctor, se encuentra enfermo de cólera, ¿conocéis esta enfermedad?

—Claro —contestó Schreck cauteloso—. Comienza con una fiebre violenta, a la que siguen unos temblores horribles, luego el vómito y por último el delirio antes de la muerte. La orina de color rojo es un síntoma irrefutable.

—La habéis descrito perfectamente, ningún otro médico ha conseguido explicármela tan bien. ¿Y conocéis sus causas?

—¡Claro! —contestó Schreck cada vez más atento para sopesar todo lo que iba diciendo—. El cólera es como una indigestión, pero mucho más perniciosa y mortal, cuando llega a atacar un estómago débil y desequilibrado por el calor.

De Matos asumió un aire cándido.

—Al pobre le han curado aplicándole en el talón un hierro ardiente, hasta que no ha gritado con todas las fuerzas que le quedaban en la garganta.

Schreck era incrédulo.

—Es un método que no empleo. Prefiero emplear las hierbas.

El inquisidor contestó de forma grotesca.

—Que no os parezca raro escuchar que aquí, en esta Casa, utilizamos un hierro ardiente, doctor. A fin de cuentas, aquel desgraciado de Luis de Meló estaba acostumbrado, ¡después de tres sesiones del riguroso examen!

—¡Entonces el enfermo es un prisionero! ¿Y lo habéis torturado?

—No me han engañado sobre vuestra perspicacia, sabéis obtener vuestras conclusiones apropiadas de forma impecable. Pero es bueno que yo añada que el señor De Meló, quien, pensad, graciosamente había confesado la acusación de bigamia y de brujería, no es un prisionero. Era —subrayó con énfasis este último verbo—, un prisionero —movió los hombros—. Sí, porque mientras tanto, mientras os esperábamos, ha muerto como consecuencia de esa fea enfermedad. Pero como la muerte no paraliza la acción de la Inquisición, será por lo tanto deshuesado y sus huesos arderán en el primer auto de fe... ¡En los autos de fe hay siempre tanto fuego!

Si hubiera podido tirar la silla, la mesa y coger por la garganta al inquisidor,

Schreck lo habría hecho. Era la primera vez en su vida que sentía que perdía el control de sí mismo y, al mismo tiempo, se veía asustado y exaltado. Una ojeada a Tolentino que se había empequeñecido, pálido y tembloroso, en la silla como si quisiera desaparecer, lo llevó a consejos más moderados y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se exhibió en una sonrisa grandísima que sacó a la luz su cándida dentadura.

—Es una pena para mi arte médica que no haya podido salvar a ese pecador, pero es un gran privilegio para su alma haber encontrado a alguien tan pío como vos, que se ocupara de ella. Mi venida aquí no ha sido inútil, porque he tenido el honor más grande que se puede pedir en esta colonia. Conoceros. Y ahora que os conozco, me siento enriquecido y más preparado para hacer frente, de la forma más eficaz, a los peligros a los que estoy destinado por servir a Dios, y no tengo más dudas sobre lo que tengo que hacer.

Entonces De Matos cerró los ojos hasta que pasaron a ser dos fisuras y dilató la nariz.

—Tenemos tantos casos por juzgar, doctor. Judíos, en su mayor parte. Luego a los moros que adoran a Mahoma, a los bigamos, a los nicolaitas, que intercambian entre ellos sus propias mujeres, ofitas, que adoran a la serpiente como primer ser inteligente que entró en el Paraíso, los hidropasianos, que celebran misa con agua y no con vino, los donatistas, que predicán el suicidio como martirio, acéfalos, que combatieron el Concilio de Calcedonia y no tienen un jefe que les manda, adamitas, que rezan desnudos como Adán, jovinianos, que no hacían distinción entre una virgen y una mujer casada, alogos, que no creen en Cristo como el Verbo de Dios y niegan el valor del *Evangelio de Juan* y del *Apocalipsis*, jerárquicos, que hablan del Reino de los Cielos como de un lugar en el que los niños no tienen ningún lugar, novatianos, que se dedican a bautizar a los bautizados, personas que utilizan palabras escandalosas, renegados de todo tipo, incluso algunos seguidores del mago Menandro, que afirman que el mundo es obra de los ángeles y no de Nuestro Señor... y muchos otros más. Gente que se ha condenado por sí sola a las penas del Infierno y a las del hombre. Tenemos mucho trabajo por la gloria de Dios, *Misericordia et Iustitia* es nuestro lema para hacer su voluntad —se puso de pie de repente—. Os agradezco inmensamente la cortesía que nos habéis dedicado viniendo y me despido de vos, doctor Terrentius. Me gustaría subrayar que también para mí ha sido un gran honor conoceros personalmente. No me ocurre a menudo recibir a personas inteligentes como vos, que sepan comprender sin tantas dilaciones las mejores acciones que hay que realizar para glorificar a Dios, sin manifestar una duda —inmediatamente después tuvo el tiempo de darse la vuelta, dar unos pasos y desaparecer en un instante, detrás de una puertecita, junto al otro.

Dos minutos más tarde, Schreck y Tolentino salían de la Santa Casa y cruzaban la plaza del Sabaio que estaba casi desierta, como siempre. Dándose la vuelta para mirar con cierto hastío el palacio de la Inquisición, Schreck se dio cuenta de que alguien había colocado en la puerta de entrada un estandarte, que no le parecía haber visto antes. Una cruz de madera junto a una espada en su lado derecho y una rama de olivo en su lado izquierdo, rodeada por la frase, *Exsurge Domine et iudica causam tuam*.

## Capítulo 14

El 22 de julio de 1619 Johann Schreck y los otros jesuitas, a exclusión de Kirwitzer que se quedó en Goa para asistir a Antonio Rubino en sus observaciones del cielo, llegaron a Macao.

Habían transcurrido casi cien años desde que los portugueses habían convencido a los chinos de que no se comían a los niños, y setenta desde que el emperador Shi Zong, que reinaba en el período JiaJing, les había concedido la construcción de una ciudad fortificada que se asomara a la bahía más majestuosa de la isla Xiang Shan, donde antes se encontraba una cueva de feroces piratas.

Cuando la *San Carlos* y las otras dos carracas anclaron en fila y una flotilla de finos juncos vino a buscar a los viajeros para llevarlos hasta la orilla, sentados en aquellos maderos, los misioneros habían advertido un sentido de pertenencia a aquella lengua de tierra. Esta estaba rodeada por un anfiteatro de casas blancas y, todavía más arriba, una montaña árida creaba una serie de telones de roca que, empujándose hacia abajo, se abrían hacia las zonas habitadas. Las ágiles embarcaciones se detuvieron a lo largo del muelle de la Praya Grande, una vasta playa gris. Sin embargo, no parecía suficiente para defenderla el pequeño castillo fortificado, acariciado por el agua, desde el que dispararon para darles la bienvenida. Apareció una hilera de casas y de iglesias. Parecía que estaban llegando a una ciudad europea, pero la muchedumbre compacta de los chinos que hervían sobre el muelle, sobre la playa y, en apariencia, por todas partes, disipaba esta ilusión. De hecho, no muy lejos de allí, se veía una empinada *rua* invisible desde el mar, que llegaba hasta el cruce entre la Praya Grande y la Praya Manduco o la playa de las ranas, algo tan denso de exótica humanidad, que se podía tocar con una mano la preponderante exuberancia de los chinos respecto a los portugueses. Más de quince mil los primeros, alrededor de cuatro mil los segundos.

Adentrándose en la zona habitada por aquella *rua*, sobre una litera abierta que seis robustos chinos llevaban, Schreck se maravilló al darse cuenta de que los edificios a la europea escondían, en un enredo de callejuelas en cuesta, un centro habitado totalmente diferente. Era esta la ciudad china, cerrada en todo su perímetro semicircular por una muralla alta de ladrillos. En realidad, los barrios occidentales rodeaban el sector chino en el que se podía entrar a través de puertas con un techo de madera variopinto, vigiladas directamente por soldados del Celeste Imperio, por marineros portugueses y por un puñado de *cipayas* hindúes provenientes de Goa, armados hasta los dientes y gobernados por un oficial europeo.

—Nunca habría imaginado... —gritó Schreck en dirección a Trigault que le precedía en la litera a la cabeza de todo.

Este se dio la vuelta y le contestó gritando.

—¡No os asombréis! Los portugueses tienen todo el derecho a ocupar esta isla. Para poder vivir aquí pagan a las arcas imperiales chinas quinientos *taël* al año, unos tres mil setecientos cincuenta francos lusitanos.

—¿Y por esa cifra pueden también encerrar a los chinos en guetos?

Trigault hizo un gesto de impotencia, como diciendo que no podía contestarle nada. El cortejo de literas, escoltado por hombres armados que exhibían la bandera de Portugal, había entrado en la ciudad china y ahora se dirigía hacia la cima de la colina. Alrededor de ellos se había intensificado la multitud. Atravesaban una marea humana que se movía en todas las direcciones, como un hormiguero. Desde la calle llegaban, de repente, intensos olores sofocantes, entre los que se reconocía aquel penetrante y acre de los inciensos que quemaban en pequeños altares, situados en los cruces de las calles, cubiertos por techos rojos, y el hedor de las cloacas a cielo abierto, que discurrían como riachuelos en los laterales de la *rua*. De la muchedumbre ruidosa llegaban también miradas de asombro y curiosidad hacia aquellos extranjeros acurrucados en literas. A Schreck le pareció ver en una secuencia rostros heterogéneos y fugaces: una mujer con los ojos finos que parecía que había metido la nariz en el humo negro, un viejo delgado con la barba formada por escasos y largos pelos canosos, un hombre con una mirada severa con un pequeño sombrero, una mamá con un hatillo animado en brazos que, ante el asombro por ver a los extranjeros, había dejado de lloriquear, otros ojos que se abrían, pero esta vez los de un hombre con la cabeza afeitada, y los de una joven acicalada por completo de blanco con un cerdito que llevaba de una cuerda. Un mercader con un traje largo negro en el umbral de una tiendecilla de abanicos estiraba su busto con las manos en los costados. Y otro, que exponía en el exterior de su tienda porcelanas de uso diario, daba órdenes a los curvos y desnutridos *coolies* para que llevaran la mercancía a algún lado. Trastornado por los gritos de los vendedores, por el estruendo de las voces y por el ruido de los pies contra el suelo de aquella conglomeración infernal, Schreck se dio cuenta, solo en un segundo momento, de que conforme procedían, delante de todos se había unido un pelotón de soldados chinos. Con largas cañas estos azotaban a la multitud que se abría ante sus pasos, desgarrándose como una herida resquebrajada.

Más en alto, cuando estaban de vuelta en el sector europeo, las calles un poco más largas y la ausencia de ajetreo dieron al cortejo un caminar más regular. Schreck lanzó una mirada hacia atrás y recibió un gesto de alegría de parte de Rho, que desde sus andas devoraba con la mirada cada particular de aquel mundo totalmente nuevo. Más abajo todavía, sobre sus respectivas literas, Tolentino con la boca abierta exhibía una sonrisa de estupor que le daba un cierto aire de estar perdido en toda aquella multitud, y Schall von Bell, para nada molesto por aquel balanceo de su medio de transporte, de vez en cuando lanzaba una mirada al conjunto que estaban atravesando

y escribía algo en un cuaderno que tenía entre las manos. Un poco alejadas, venían las literas de los otros misioneros, y todavía más a lo lejos, se veían renquear, perezosos, los mulos con las cajas de los equipajes.

Fue en esa espera cuando un barullo explotó precisamente donde estaban las bestias y en un instante estas se escondieron en medio de una selva de chinos que aparecieron de la nada, ya que su concentración en el barrio europeo era más bien modesta. Advertido por Schreck, Trigault ordenó a los hombres que le llevaban en andas que se detuvieran, luego a Rho y Tolentino les dijo que fueran a ver lo que había ocurrido. Los dos se levantaron corriendo, sujetándose las largas túnicas con las manos. Después de un momento de titubeos, Schall von Bell los siguió y, siguiendo su ejemplo, otros misioneros que estaban más atrás se arrimaron. Mientras iban llegando al lugar del accidente, se veían absorbidos por la multitud que poco a poco se iba formando y aumentando, también por la llegada de numerosos occidentales que se habían acercado ante tal clamor. Pasó un buen cuarto de hora sin que nadie volviera y Trigault sentía que la impaciencia podía con él.

—¿Qué opináis Terrentius, vamos a echar un vistazo?

Schreck asintió con un gesto y juntos empezaron a descender, a mitad de camino vieron a Tolentino y Rho que, una vez que habían conseguido salir fuera de aquella multitud que reía a carcajadas, subían por la *rua*.

—¡Todo bien, nada de qué preocuparse! —gritó desde lejos Tolentino, mientras que Rho hacía gestos tranquilizadores.

—Nada grave —precisó Tolentino sonriendo—. La cuerda de cuero que sujetaba la caja con el baúl de padre Terrentius se ha roto y el baúl se ha caído al suelo. Pero hemos recogido todo.

Rho, respirando con dificultad, confirmó.

—¡Todo! Nadie ha cogido nada. Los chinos no tenían malas intenciones, querían solo reírse a nuestra costa.

Schreck no parecía tan convencido.

—¿Estáis seguros de que habéis recogido todas las cosas, pero todo, todo? Tengo libros que no estaban en las cajas comunes...

Tolentino puso las manos hacia adelante para tranquilizarlo.

—¡No se ha perdido nada! Vuestro baúl ahora está atado con una doble cuerda y no se puede caer de nuevo.

Lentamente el cortejo volvió a situarse en fila subiendo. Al acabar la *rua* dos Mercadores, en la que había talleres de artesanos portugueses, se veía la enorme fachada de la iglesia de San Pablo que dominaba la bahía. Todavía sin completar, la catedral se veía asediada por una red de enormes cañas de bambú, sobre la que trabajaban numerosos obreros chinos, vestidos con unos calzones cortos hasta los muslos y con la cabeza cubierta con un sombrero cónico hecho con juncos. Una larga

y ancha escalinata iniciaba en la parte baja del edificio y descendía, hacia la ciudad, de forma muy inclinada. Junto a la catedral estaba el colegio de San Pablo, y no muy lejos de este, se erigía maciza la fortaleza de San Pablo, la más grande de la isla, en la que ondeaba la bandera portuguesa.

En la explanada del colegio había una importante recepción de bienvenida formada por el gobernador, que dependía del virrey de Goa, su mayor colaborador llamado *ovidor* o ayudante de la justicia, el obispo y el senado al completo de la colonia, constituido por ocho importantes funcionarios. Francisco de Gama conde de Vidiguera, gobernador de Macao, con un magnífico busto de acero y oro sobre el que brillaban todo tipo de decoraciones, esmaltes y una larga faja roja cruzada, tenía un sombrero negro del que salía un enorme plumaje blanco y en un costado llevaba una larga espada forrada de cuero. Menos rutilante, el *ovidor*, con un traje damascado en rojo cubierto por una larga capa de seda negra. Los representantes del senado estaban todos vestidos con un traje oscuro con el cuello y los puños blancos, mientras que el obispo, bajo un paraguas que llevaba un siervo chino que se había quedado en mangas de camisa, exhibía las enseñas del rango y un anillo de plata.

El saludo ceremonial fue breve y para nada conmovedor. Después de un rápido discurso de bienvenida por parte del gobernador, basado en la indispensable presencia cristiana en tierra pagana y la santa clarividencia de Francisco Javier que, siguiendo las huellas del apóstol Tomás, había localizado en China, una tierra para las misiones, Trigault recibió un salvoconducto en pergamino que le consentiría moverse como quisiera por toda la isla. Los senadores, mudos, le mostraron su respeto con una reverencia y el obispo los bendijo a todos, tanto a los viejos como a los recién llegados, incluidos los soldados y quienes transportaban el equipaje con sus bultos, que se vieron obligados a arrodillarse en medio del calor y el polvo.

Una vez que se marcharon los notables en un remolino de cascos, en la puerta del colegio los misioneros fueron recibidos por el director, José da Silva, un robusto sacerdote con modales educados, que les hizo acompañar a sus dependencias e inmediatamente después les ofreció una comida en una sala reservada. Solo por la noche, en la misa de vísperas, Schreck y los demás pudieron mezclarse entre los habitantes del colegio. Una treintena de padres, unos doscientos jóvenes colegiales, una plétora de sirvientes chinos y algunos camareros portugueses que se amontonaban en pie, a los lados y al fondo del edificio.

Las amplias ventanas abiertas como ojos enormes esperaban la brisa de la noche que tardaba en llegar. Schreck se encontraba hechizado y distraído por los sonidos y el vocerío que llegaban de fuera. Y también el cansancio se hacía sentir. Mientras sacaba sus cosas de la caja, sintió de repente una extraña impresión. Pero las novedades del día habían sido más importantes que cualquier otro pensamiento y, por

lo tanto, no consiguió inmediatamente traducir en nada concreto la sensación que sentía. Además no llegó a tener ni siquiera el tiempo para reflexionar porque alguien llamó a la puerta. Sin esperar respuesta, entró Jaime Rho con una bella sonrisa en los labios. Le seguían Nicolás Trigault, Julio Tolentino y un joven chino.

—Aquí estás, Johann —inició Rho—, hemos venido a presentarte a Zhang Wenming.

Schreck miró el cuarteto con aire interrogativo y Rho empujó al joven hacia adelante, para presentárselo.

—Será tu criado, desde hoy será tu sombra.

—Pero yo no necesito un camarero personal chino y en el colegio ya están los portugueses.

Trigault intervino.

—Prestad mucha atención y evitad utilizar en la ciudad un portugués.

—¡Ah sí, vaya noticia! ¿Y eso por qué?

—Nunca podrá ayudaros en Macao. Los chinos pensarán que es un señor cualquiera y no creerán nunca que un europeo pueda dejarse servir por otro europeo. Así que os hemos asignado a Zhang Wenming que, así me han dicho, es bueno, de confianza, fiel y conoce lo suficiente tanto el portugués como el latín, y puede hacer las veces tanto de lacayo como de secretario.

Schreck hizo un tímido gesto al joven que le respondió con una rígida reverencia. La camisa y los anchos pantalones que el joven llevaba eran de algodón blanco y le resaltaban todavía más la tez dorada del rostro.

Rho explicó con un tono casi lleno de burla.

—Puedes llamarle Zhang, es decir, con el nombre de familia o si no con su verdadero nombre Wenming. Si quieres puedes emplear el modo chino y llamarlo Xiao Zhang, es decir, Pequeño Zhang, creo que él prefiere así.

—¡Yo también tengo un criado chino! —exclamó con júbilo Tolentino—. Le he pedido ya que me acompañe cuanto antes a visitar la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles, para hacer una ofrenda a los franciscanos, y a la Virgen del Rosario para hacer la misma a los dominicos. Y no olvidaré la capilla del convento de los agustinos, así nadie se ofenderá.

Mientras tanto, Pequeño Zhang se había ido a una esquina y se había puesto en cuclillas sobre los talones, quizás en espera de órdenes.

Jaime Rho se acercó a Schreck y en voz baja continuó.

—También a mí me han dado un camarero chino, como a todos los demás. Nos han dicho que en muy poco tiempo aprenderán todas nuestras más recónditas costumbres y llegarán a ser valiosísimos. Piensa que —e indicó al joven con un invisible movimiento de la barbilla—, se pondrá a tus órdenes con celo, se adaptará escrupulosamente a cualquier deseo que tengas. Cada mañana entrará en tu cuarto y

te despertará con la obligatoria taza de ese líquido caliente que ellos llaman *cha* y nosotros té. Pondrá tu ropa limpia en una silla y se retirará a una esquina, como está haciendo ahora, en espera de instrucciones. Cuando vayas a la iglesia para la función matutina, ordenará el cuarto y llegará corriendo allá donde estés. Se ocupará exclusivamente de ti en cualquier sitio y en la mesa no dejará a nadie el honor de servirte. Y a ti no te costará más que cinco piastras al mes, apenas veintidós francos lusos.

En los primeros momentos de la conversación, Schreck se había sentido molesto ante la idea de tener siempre a sus pies una sombra, luego comenzó a saborear la posibilidad de poder beneficiarse de alguna que otra novedad. No sabía cuánto duraría la parada en Macao y, por lo tanto, una ayuda constante no sería por otro lado tan desagradable.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó.

—Nada. Dentro de poco irás a dormir y él se tumbará en el suelo o fuera de la puerta, donde tú prefieras.

Con un breve saludo Trigault, Tolentino y Rho se despidieron. Pequeño Zhang se levantó y, ejecutando una serie de movimientos ya conocidos y aprobados, encendió las velas que estaban encima de la mesa. Schreck lo estudiaba, se movía ligero y rápido y, como por arte de magia, en sus manos había aparecido el encendedor. Fino y con los hombros bien formados, era de complexión media, la mirada tímida marcada por dos ojos oblicuos de color negro, parecido a la tonalidad de su pelo.

La casaca estaba cerrada con pequeños botones de cobre, mientras que los pantalones quedaban sujetos a la cintura por una cuerdecita que colgaba en un lado, en los pies llevaba puesto unos zapatos negros, de tela.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Schreck en chino.

—Catorce, padre mío —contestó el joven con la mirada dirigida al suelo.

—¿Dónde has nacido?

—En Cantón, padre mío.

—¿Cuánto tiempo llevas en Macao?

—Los venerables misioneros me compraron cuando yo tenía siete años, así que estoy aquí esos mismos años, padre mío.

—¿Dices que te compraron?

—Claro, padre mío, si no, mi familia no me habría dejado marchar. Siempre he tenido unos buenos brazos...

—¿Y tu padre?, ¿tu madre? Tendrás quizás algún hermano.

—No sé dónde están, pero seguramente están contentos sabiendo que estoy aquí, padre mío.

—¿Te gusta... esto?

—Sí, padre mío, se come bien y se pueden aprender muchas cosas nuevas.

—Si quieres, puedes evitar decir constantemente «padre mío».

—Como os agrade más, padr... —el joven se mordió la lengua.

Schreck le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, habla como quieras. Aunque ahora me gustaría descansar, llevo más de dos meses sin dormir en tierra firme y siento todavía que me muevo como si fuera una campana. Estoy destrozado.

Pequeño Zhang asintió, y le ayudó a desnudarse y ponerse el camisón. Le preparó la mosquitera y, solo cuando el alemán se tumbó en la cama, fue hacia una esquina y se tumbó en el suelo. Fue entonces cuando Schreck se dio cuenta de que el joven no tenía más que el suelo de tablas de madera como lecho. Entonces se levantó, cogió del armario una manta de lana, la dobló y la colocó en el suelo a los pies de su cama, e hizo un gesto al joven para que se tumbara.

—*Wan an, Xiao Zhang*, buenas noches, Pequeño Zhang. —el joven, sin titubeos, se acomodó feliz en el nuevo colchón y, como por encanto, se durmió al instante.

Muy extraña era la noche. Aunque estaba agotado por el cansancio, Schreck tardaba en dormirse. Pero no era por el ruido del agua que pasaba debajo del casco de la *San Carlos* y que todavía escuchaba dentro de sus oídos, ni por el sonido de la ciudad china que entraba por las ventanas abiertas de par en par, junto a los gongs de las guardias nocturnas y los de las campanas de los templos. El hecho que le impedía el merecido descanso era la intuición imprevista de lo que había ocurrido con su equipaje. De la bolsa habían desaparecido las cortezas de aquel arbusto que había recogido en Mauricio, el venenoso *stroont-boom*.

## Capítulo 15

Con un monóculo en la mano, Schreck observaba meticulosamente de cerca los bonitos jarrones. Algunos eran panzudos, otros más largos que anchos, otros todavía con proporciones regulares, todos resplandecían con los rayos del sol que se colaban por una ventana lateral y se alimentaban de la luz que encendía sus colores variopintos.

—El negro y el violeta se han obtenido seguramente con la pirolusita de Francia, el bolo armenio ha servido para el rojo, así que en esta cerámica hay también algo de la escuela de Capodimonte —sentenció.

Rho y Tolentino, que seguían manteniéndose a un paso de distancia, intercambiaron una mirada de entendimiento y asintieron enérgicamente para confirmar que estaban de acuerdo. No tenían otro medio para ocultar su total ignorancia en el arte de la cerámica. Tolentino, para mostrarse útil, tenía entre las manos un cuaderno y un carboncillo, y de vez en cuando, si se lo pedía, se lo entregaba al alemán que anotaba algo. Con ellos estaba también Pequeño Zhang, que acompañaba con ávida curiosidad la visita por aquel local donde no había tenido antes el permiso de entrar: la farmacia del colegio de San Pablo.

Los jarrones que Schreck estaba estudiando eran numerosos, todos decorados con escenas bíblicas y se alineaban simétricamente en los estantes de nogal. En el centro de la sala, de pie junto a una enorme mesa, estaba padre Antonio Gaspar, que ejercitaba la ciencia de la farmacia para toda la comunidad europea de la colonia. Podía tener unos setenta años, mostraba un rostro más bien demacrado, una nariz aguileña y ojos pequeños coronados por unas Cándidas cejas, abundantes y desordenadas, como la nube blanca de los pelos que le encuadraban la cabeza. Desde que había sabido que el colegio acogería a Johann Schreck llamado Terrentius, Gaspar se había prometido a sí mismo dejarle inspeccionar su colección de hierbas medicinales. La fama de experto en botánica y en medicina había precedido al alemán en la colonia, gracias a una carta del padre general al director del colegio. La invitación a la farmacia había alegrado a Schreck, pero el saber que desde Roma seguían enviando cartas sobre él le había preocupado un poco, aunque esta vez se trataba del padre general y no del representante del Santo Oficio.

—Padre Terrentius, me gustaría que juzgarais el contenido, más que el contenedor. Os he pedido que controléis el estado de conservación de los vegetales y en cambio os estáis perdiendo en admirar los jarrones y su estado de conservación —se quejó Gaspar—. Es como si a un médico le piden que visite a un enfermo, y él, en cambio, se concentra solo en estudiar su indumentaria.

—¡No temáis! Si me intereso por la indumentaria es porque quiero descubrir lo que hay debajo, y puedo testificar que habéis conservado muy bien estas hierbas —le

tranquilizó el alemán—. El criterio que habéis utilizado para ordenar los jarrones es el mismo que habría seguido yo.

El padre farmacéutico suspiró aliviado y enrojeció de alegría. A fin de cuentas no había hecho otra cosa que seguir el método más obvio: en primer lugar los *aromata*, luego los *arbores* y, en seguida, los *frútices*, *acres herbæ*, *amaras herbæ*, *salsæ et dulces herbæ*, *acerbæ et acidæ herbæ* y, por último, los muestrarios de *animalia* y de *mineralia*.

Schreck le observaba fijamente con una imprevista mirada de entendimiento.

—Ahora, mi buen amigo, es necesario que vos me mostréis también los otros vegetales que tenéis reservados.

—¿A cuáles os referís?

—Pues a los chinos, naturalmente.

Rho y Tolentino se interrogaron mudos, con una mirada elocuente.

—Pero yo no... —refunfuñó Gaspar.

—¡Venga! Una farmacia como esta demuestra que no sois alguien que está con las manos en los bolsillos... Habréis recogido quién sabe cuántos productos locales y siento mucha curiosidad por verlos —insistió Schreck.

—Por desgracia, no estoy muy animado por parte de los superiores a hacer investigaciones con hierbas chinas... Pero ya que insistís, os mostraré mi pequeña colección secreta. Seguidme.

Rho y Tolentino intercambiaron de nuevo una mirada interrogativa que no se le escapó a Schreck.

Salieron de la bella sala y se encontraron en uno de los patios interiores del colegio. Todos estaban en la función de vísperas, así que no se veía un alma. Seguidos por los demás, Gaspar se dirigió hacia una puertecita, extrajo una llave enorme del bolsillo y abrió el cerrojo. Unas escaleras estrechas conducían hacia abajo. El farmacéutico encendió un cirio enorme que estaba apoyado en el primer escalón y se encaminó hasta llegar a un trastero en el que hacía, por fin, algo de fresco.

—Este es mi laboratorio —dijo en voz baja.

Cuando se encendieron las otras velas, el espacio quedó totalmente iluminado. A diferencia de la majestuosa farmacia, allí todo era en un tono menor. La sala pequeña, la bóveda no muy alta, la decoración quedaba reducida a tres grandes cajas, en las paredes había estantes llenos de libros y, sobre una mesa en pésimas condiciones, algunos barreños que contenían utensilios de cristal e instrumentos quirúrgicos. Schreck se detuvo mirando estos últimos: bisturís con una cuchilla muy fina, separadores con muelle, arpones pequeños con diferentes arcos, tijeras con sierra, puntas de un taladro, espátulas, espéculos, sondas, pinzas con garfios, cánulas, catéteres, aspiradores y muchos otros utensilios que le dejaron extasiado. Los fue

cogiendo uno por uno, los sopesaba y luego los ponía en su sitio.

Mientras tanto, Gaspar había abierto una puertecita y estaba sacando pequeñas cajas y bolsitas que iba apoyando encima de una mesa. Tolentino fue en su ayuda. En poco tiempo, la mesa quedó repleta de todos estos objetos. Con cuidado el farmacéutico abrió algunas cajas y mostró el contenido. Dentro estaban conservadas hierbas y flores secas, ramilletes, raíces, semillas, vamos, la colección de un herborista. Schreck se abalanzó sobre aquel pequeño tesoro y comenzó con ansia a comprobar todo lo que había dentro de los contenedores. Muchas especies no las conocía, así que con ellas se detenía todavía más tiempo, las analizaba, olía, daba vueltas y luego las ponía delicadamente donde las había cogido.

De vez en cuando Gaspar intervenía con alguna palabra explicativa.

—Esta es una raíz acuática, una especie de cizaña, su nombre en Macao es *jiaogu*.

O si no:

—Ah, esa es la flor seca de la planta que los chinos llaman *longshe cao*, hierba de la lengua de dragón. Y mirad, qué maravilla estas otras hojas, son de la planta conocida como las uñas de Buddha, *Fojia cao*, ¿habéis visto su forma?

O incluso:

—Estos granos son de una especie que tiene un nombre muy extraño, *huixiang*, es decir, perfume musulmán. Evidentemente fue importada en China por algún seguidor de esa religión.

En cada explicación Schreck asentía y, todas las veces que hacía una pregunta para saber más, Pequeño Zhang le miraba fijamente con admiración, y sus ojos parecían decir que estaba muy orgulloso de estar al servicio de un misionero tan educado y tan sabio.

En un momento dado, Schreck se detuvo. Había abierto la enésima caja, muy parecida a las anteriores, pero en vez de encontrar un contenido que admirar, lo observó inmóvil.

—¡Pero este es el *ren shen*! —exclamó.

—Así le llaman —confirmó Gaspar—. ¿Ya lo conocéis?

—Lo he utilizado, y me ha ayudado también a superar una terrible enfermedad que se difundió durante la navegación —Schreck cogió la raíz y se la llevó a los dedos. Con sus dos piernas y el tronco robusto, el *ren shen* parecía un hombrecillo peloso, un minúsculo y mágico individuo.

Gaspar comprendió que el descubrimiento tenía que ser importante para el alemán.

—En la caja tengo alguna pero, si queréis más, puedo hacer que os acompañen a una pequeña tienda de la ciudad china, en la que no falta ninguna de estas hierbas, y de esta raíz hay diferentes tipos, china, japonesa, coreana...

—Iré... necesito conseguir hierbas medicinales. Pero contadme, ¿conocéis el uso

del *ren shen*?

—¿Queréis decir que si la utilizo para curar?

—Exactamente.

—No, yo no la he utilizado nunca, y tampoco los otros vegetales, y es que —añadió Gaspar—, ya tengo mucho trabajo como farmacéutico ordinario. Por otro lado, mis manos están atadas. Tenéis que saber también vos que nosotros los sacerdotes, salvo una autorización por parte de nuestros superiores, tenemos ahora prohibido profesar la medicina. Debería trabajar en secreto para probar las hierbas desconocidas. Por lo tanto, soy un simple curioso, un coleccionista apasionado...

Quedó interrumpido por un golpe imprevisto y por un gruñido de dolor. Mientras colocaba algunas cajas encima de la mesa, Pequeño Zhang se había tropezado y caído, se masajeaba un brazo. Gaspar y Schreck le ayudaron a levantarse. El farmacéutico le cogió por el brazo.

—Parece que todo está bien —concluyó después de un breve examen—. Una sencilla y simple contusión en el músculo palmar breve.

Durante la consulta improvisada a Pequeño Zhang, Schreck no intervino, pero después de la deducción del farmacéutico preguntó.

—¿Me podéis enseñar cómo habéis realizado la palpación de la mano?

Gaspar presionó con los dos pulgares la palma de Pequeño Zhang y, con un juego de presión, puso en evidencia algunas extrañas capas musculares que se encuentran justo debajo de la piel.

El alemán exclamó satisfecho.

—¡Me apuesto lo que sea a que habéis aprendido en Ferrara!

Gaspar se puso colorado.

—¿Cómo podéis establecerlo?

—¡Y me apuesto lo que sea a que habéis sido alumno del anatomista Juan Bautista Canani! —añadió Schreck.

—¿Cómo lo sabéis?

—Solo quien ha estudiado en Ferrara con el autor de *Musculorum humani corporis picturata dissectio* puede efectuar con tanta desenvoltura una maniobra parecida. Gracias por habérmela mostrado. Yo no he tenido la suerte de conocer a Canani. Cuando llegué a Italia para mis estudios de medicina, él ya había muerto.

Rho, con el ceño fruncido, le preguntó.

—¿Ese libro que habéis citado no estaba en la lista de las obras prohibidas por la Sagrada Congregación del Índice?

Tolentino, que hasta ese momento había estado callado, quiso dar su opinión.

—No es así. Solo los libros infectados de herejía lo están —medio cerró los ojos para concentrarse mejor y citó—: *Quia vero æresis morbus animæ perniciosissimus ut cancer serpit, et filii tenebrarum arcem catholicæ veritatis omni machinationis*

*genere oppugnant, libris preesertim hæresis veneno infectis promulgandis...*

Aprovechando la pausa que Tolentino había hecho para retomar el aliento, Schreck lo interrumpió con buenas intenciones.

—Julio, decidme, ¿conocéis de memoria todas las bulas papales? —de hecho, lo que el otro estaba recitando se trataba de un párrafo de *Immensa æterni Dei*, promulgado por Sixto V en 1588 para precisar las obligaciones de la Congregación del índice.

Tolentino movió los hombros.

—Quería especificar que están prohibidas solamente las obras que se oponen a la fe y que son contrarias a las costumbres cristianas. Canani describió la anatomía de las extremidades y nunca fue acusado, a diferencia de Vesalio, de seccionar a hombres vivos.

—Vamos, Jaime —concluyó dirigiéndose a Rho—, no os preocupéis. Nuestro amigo, el padre Gaspar, no ha aprendido medicina en la escuela de un hereje. Y tampoco cirugía —dijo al farmacéutico con un guiño—. Porque también sois un cirujano, ¿no?

El interrogado se sobresaltó como si se hubiera puesto de pie sobre carbones ardientes, y Schreck se explicó.

—No os asombréis, he visto vuestros instrumentos de hierro —e indicó los barreños en los que había curioseado a la entrada—. Esos no son precisamente utensilios con los que jugar.

—Os equivocáis...

—¡Tenéis un bonito armarito quirúrgico, quería decir!

—Venga, padre Gaspar —intervino Tolentino con un tono amigable—. Somos jesuitas y no deberíamos tener miedo de la cirugía.

Rho se entrometió.

—¿A qué os referís?

—Una sencilla constatación. Tenemos indignamente la gracia de estar dedicados a Jesús. Este nombre fue dado a él ocho días después del nacimiento, en el histórico día de su circuncisión. ¿No fue nuestro fundador, san Ignacio, quien decretó que el principal día festivo de nuestra Compañía es la fiesta de la Circuncisión? ¿Y no suele estar presente siempre en nuestras iglesias una obra artística que representa la circuncisión de Cristo? Por lo tanto —concluyó—, siendo en el fondo la circuncisión una operación quirúrgica, nosotros los jesuitas no tenemos que temer la cirugía.

Gaspar se exhibió en una gran carcajada.

—¡Ja, ja!

También Schreck ríe con ganas y quiso añadir algo más.

—Aunque intentáis trabajar en la sombra, no conseguís pasar inadvertido. Sabed que en la nave con la que hemos llegado hasta aquí, cuando visitaba a algún marinero

que tenía la fiebre alta, había siempre quien me pedía si tenía el *vinho de quina* del padre Gaspar. Y, si los enfermos sufrían de ese tipo de disentería que en 1543 García del Huerto definió cólera, me pedían vuestra *mezinha três paus*. También he escuchado hablar de vuestras *pillulas douradas*, que hacen desaparecer las hemorroides y las varices, así como se os atribuye el antiinflamatorio milagroso que en la nave llamaban *Pó de pedra cordial*, sobre el que se decía que contenía polvo de cuerno de rinoceronte.

Al asombrado Gaspar, que nunca había supuesto que alguien pudiera tenerlo de verdad en consideración como herborista y médico, pidió luego si podía conservar un par de raíces de *ren shen* y este quiso regalárselas precisando.

—Si queréis tener información adicional sobre esta raíz, os enseñaré un libro chino que habla del argumento.

—¿Así que hay una obra sobre el *ren shen*?

—Bueno, más de una. Los chinos han publicado hace muy poco una enciclopedia sobre la flora, fauna y minerales que se utilizan en la medicina. Hay también ilustraciones muy interesantes.

Schreck casi no le dejó terminar.

—¿Puedo verla? Me refiero a la enciclopedia.

—Se conserva en la biblioteca del colegio que a esta hora, por desgracia, está cerrada. Pero no desesperéis, mañana por la mañana después de la función, la tendréis. Y esta noche dormid pensando en ella. La enciclopedia está escrita en caracteres chinos muy juntos y para poder descifrarla, además de conocer bien el idioma, es necesario tener un par de ojos bien descansados.

Cuando dejaban el local, Schreck se quedó el último durante unos minutos para hablar con Gaspar. De todo lo que discutieron, se consiguió escuchar solo las últimas palabras del farmacéutico, «de acuerdo». El acuerdo tenía que ver con los instrumentos quirúrgicos. Gaspar se empeñó en cederle una parte a Schreck.

De pie para compensar la exigua longitud de las piernas, los puños apoyados en los costados gruesos, el sudor que le caía abundantemente por sus rasgos, algo más vulgares por la barba sin cuidar, con los ojos que parecían salirse y se veían apretados por la grasa de las mejillas enrojecidas, José da Costa controlaba como siempre toda la biblioteca con solo un movimiento de sus pupilas. Vestido enteramente de negro, incluido el cuello y los encajes de los puños, «¡ahí hay cuatro colegiales que no hay que perder de vista!». Cada uno tenía la cabeza metida dentro de grandes tomos y, de vez en cuando, emergía una mano para pasar ruidosamente la página. ¿Y qué era de aquel presuntuoso sacerdote alemán? Johann Adam Schall von Bell se había presentado ante él pidiéndole sin amabilidad ver los libros chinos y entre los que había enumerado, había solicitado el *Zhou bi suan jing*, un antiquísimo libro de

matemáticas. El alemán incluso se había atrevido a pedirle que sustituyera en el catálogo la traducción del título *Clásico aritmético del gnomon* y de las órbitas circulares del cielo, obtenida por Da Costa después de mucho reflexionar, por el absurdo título *Libro de los cálculos gnomónicos de la época Zhou*. Vamos, pensaba el bibliotecario, «¡qué podrá saber ese imbécil de libros chinos!». Observaba con enemistad a Schall von Bell que hojeaba aquellas hojas impalpables y anotaba algo en sus apuntes. Parecía que ni siquiera respirase, tal como estaba concentrado en el trabajo.

Cuando en ese momento la puerta se abrió. «Ahí viene otro —pensó el bibliotecario—. Gaspar, que nunca tiene nada que hacer, con otro alemán con aire endemoniado y su perenne siervo chino, y esos dos italianos con la mirada vaga».

De hecho habían entrado el padre farmacéutico con Schreck, Pequeño Zhang, Rho y Tolentino. Da Costa sabía muy bien que los problemas no llegaban solos y el cuarteto anunciaba que nada bueno estaba a punto de ocurrir. Entonces, para poner inmediatamente los puntos sobre las íes, y decir quién mandaba allí dentro, levantó la cabeza redondeada como una pelota de billar y apretó los puños sobre los costados.

Mientras Schreck saludaba con un gesto a Schall von Bell, Gaspar se acercó al bibliotecario y confabuló con él en voz baja. El hombrecillo no parecía dispuesto a colaborar. Subió hacia arriba la barbilla y le hizo decir tres veces qué libro quería consultar el nuevo alemán. Hubo que explicarle que tenía la aprobación del director y solo entonces se decidió a entregar a Pequeño Zhang dos cajas que yacían en un bargeño.

«Otro idiota que cree saber algo sobre los libros chinos», pensó el conservador mirando con ferocidad a Schreck y situándose de nuevo en posición de guardia.

Algunos finos fascículos fueron situados sobre la mesa por Pequeño Zhang. Se escuchó a Da Costa susurrar.

—No están hechos con tela que puedes arrugar según tus preferencias, jovencito. Este es papel de arroz y del tipo más fino y frágil. ¡Presta atención!

Gaspar, con orgullo, como si fuera él el autor, exclamó.

—Padre Terrentius, finalmente puedo presentaros la más moderna enciclopedia china sobre las ciencias naturales. Se llama *Ben cao gang Mu*, es decir, *Tratado de terapia vegetal*, o algo parecido.

Schreck se sentó y empezó a hojear el primer cuadernillo. Tolentino y Rho estaban a su lado, mientras Pequeño Zhang, enfrente, le observaba con admiración. La caligrafía estaba, como siempre, ordenada en columnas verticales y la lectura tenía que proceder de derecha a izquierda. Después de una breve premisa, aparecieron las ilustraciones. Las primeras trataban los minerales, seguía una amplia sección con figuras de plantas y raíces y luego otra que mostraba los animales, comenzando desde los insectos, para proceder con los reptiles, peces, tortugas y otras especies.

—Decíais que se trata de una obra reciente... —dijo al farmacéutico.

—Sí. Ha sido publicada no hace más de veinte años y su autor es un médico venerado como si fuera una divinidad. Se llama Li Shizhen. Si no me equivoco la fecha de impresión tiene que ser entre 1593 y 1596. En cambio estoy seguro de que para realizar la enciclopedia, Li Shizhen recogió y actualizó todos los antiguos tratados de farmacia y los herbolarios chinos, y él mismo vagó durante muchísimos años por el imperio, con la finalidad de obtener muestrarios, estudiarlos y catalogarlos para luego probarlos en la medicina.

«En aquella época el emperador era Shen Zong en el período dinástico Wan Li —reflexionó Schreck—. El mismo soberano que autorizó a padre Mateo Ricci para que fundara la primera misión de los jesuitas en China. ¿Será una señal para mí?». Volvió a hojear el libro.

—Mirad —dijo en voz alta—, aquí hay algunas informaciones que pueden ser útiles. El lugar de edición es Jinling.

—Es el nombre que mis antepasados daban a Nanchino, padre mío —confirmó Pequeño Zhang.

—Los dibujos son de Li Jianyuan.

—El hijo de Li Shizhen —explicó Gaspar—, que se dice que vive en Hangzhou.

—¿Hangzhou? ¿La ciudad fantástica que Marco Polo llamaba Quinsai?

—Así es —confirmó Gaspar.

—Ahora entiendo. Ahora si me dejáis unos minutos, quiero contar cuántas figuras hay —en respetuoso silencio, los otros esperaron el veredicto. —Son mil ciento nueve dibujos —comunicó al rato Schreck y añadió en voz baja—. ¡En mi *Thesaurus Mexicanus* había solo setecientos diez!

Aquel murmullo y las conversaciones entre ellos distrajeron a Schall von Bell que se levantó con decisión y, apartando con malos modos a Tolentino, se situó detrás de Schreck y empezó a comentar.

—¡Botánica! Estáis en vuestro terreno, Terrentius.

Como si no le hubieran interrumpido nunca, Schreck continuó con sus observaciones.

—¡Desde luego esta obra está muy bien hecha! Hay sin embargo una pega.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono Gaspar, Rho y Tolentino.

—Las ilustraciones son bastante feas.

—En efecto... —concordó el farmacéutico.

Schreck giró el cuello hacia Schall von Bell.

—¿Qué pensáis, Adam?

Este asintió.

—Por una vez tenéis razón... el trazado es grueso, muy simple, los frutos y las hojas, las semillas, todo, no tienen profundidad —luego levantó los hombros—.

¿Pero por qué os importa mi opinión? En botánica, no soy otra cosa que un diletante.

Los ojos de Schreck eran una pequeña fisura.

—Cuando tras una sugerencia, decidí indicaros al padre general para la misión china, en el Colegio Romano me dijeron que, durante un cierto período de tiempo, interrumpisteis vuestro noviciado para regresar a vuestro país, llamado por el obispo de Eichstätt para imprimir un libro sobre plantas. ¿Es verdad esta historia?

En la frente de Schall von Bell aparecieron unas arrugas muy finas.

—Aquel viejo loco se aprovechó de la amistad con mi padre y de las buenas relaciones que tenía con el director del colegio, para obtener un ayudante sin gastarse una moneda.

—¡Esto sí que es bueno!

—Johann Konrad von Gemmingen, su nombre no lo olvidaré. Durante dieciséis años ejerció la misión de pastor de almas, ocupándose solo de la publicación de dos volúmenes dedicados a los vegetales presentes en los jardines de su residencia episcopal. El impresor de las placas de cobre de aquel *Hortus eystettentis*, el famoso Wolfgang Kilian, después de ese trabajo enfermó gravemente, y cuando emprendimos nuestro viaje hacia China, tras cinco años de aquel trabajo, seguía delirando y sin fuerzas en su cama.

—Bien, Adam, entonces podemos considerarnos sin lugar a dudas colegas botánicos, así como hermanos en Cristo —concluyó Schreck.

Schall von Bell cambió de tono. Su voz pasó a ser dura y seca.

—¡No tenemos nada para considerarnos colegas! Yo no soy un botánico, y si bien somos los dos jesuitas, ¡me parece que vos y yo profesamos ideas bien diferentes!

Esta salida de tono, repentina, heló inmediatamente el ambiente que se había creado alrededor del pequeño grupo. Gaspar estaba atónito. Da Costa movió los ojos para expresar su contrariedad a que se levantara el tono de voz en la biblioteca, pero no tuvo el coraje de intervenir. Tolentino se quedó blanco. Rho afinó el oído, para intentar entender qué estaba ocurriendo en realidad, y Pequeño Zhang había curvado los hombros, como para protegerse de un posible asalto. También Schreck parecía turbado.

—¿A qué os referís?

Schall von Bell explotó.

—¡No concuerdo con vuestro escepticismo! ¡No cabéis dentro de vos por vuestro empirismo blasfemo e intentáis obtener del estudio de la realidad motivos que desacreditan nuestra profesión de fe!

—¡Al contrario! Estudiar y descubrir cómo funciona el mundo es una tarea necesaria, Adam —contestó con vehemencia Schreck—. La naturaleza es una máquina genial que solo el Omnipotente podía construir. Nos la ha entregado a nosotros, los hombres, y tenemos que conocerla bien para proteger este regalo y para

vivir en armonía con El mismo. El estudio de lo que ha sido creado ¡es un deber!

Schall von Bell cerró la boca en un gesto de desprecio.

—El mundo que nosotros estudiamos es solo un instrumento para llegar a la salvación, no es un fin en sí mismo —y empezó a recitar una parte de los Ejercicios espirituales de san Ignacio—. «Las cosas en la faz de la Tierra han sido creadas para el hombre, para ayudarle a perseguir el fin para el que ha sido creado» —calló para ver el efecto, que estas palabras creaban en los demás.

Menos Pequeño Zhang que había cerrado los ojos por el miedo, los otros conocían bien la afirmación del fundador de la Compañía de Jesús, pero callaron a su vez, no sabiendo ni qué decir ni qué hacer.

—El mundo sirve al hombre porque es ahí donde encuentra a Dios —continuó con un inmutado énfasis Schall von Bell.

Schreck le miró fijamente a los ojos.

—¿Estáis seguros de que nuestras posiciones son tan irreconciliables que no tenemos ni siquiera un punto en común? En el fondo, decimos lo mismo, pero de forma diferente.

El tono de la voz de Schall von Bell pasó a ser algo más agudo.

—¡Vos y yo no tenemos nada en común! —dijo mientras alzaba con tono amenazador el dedo índice—. Vos, ¡que buscáis en la naturaleza imposibles pruebas de una alteración del Mensaje Divino! Vos, que os atrevéis a contradecir las reglas y profesáis la medicina, ¡y destrozáis cadáveres! ¡Qué hacéis del cielo una sala para practicar audaces y falsas teorías, tanto vuestras como de la secta romana a la que jurasteis fidelidad! Ah, ¡vuestros juramentos! Quién puede fiarse de vuestros juramentos si...

No terminó la frase porque en aquel preciso instante el mundo parecía derrumbarse. Las últimas palabras fueron cubiertas por el estruendo de una explosión, seguida de un horrible desplomo de escombros que caían desde arriba y parecían querer enterrar la sala. Todo tembló como si el colegio se derrumbara completamente y con él cualquier señal de esperanza de vida. Al horrible ruido siguió una nube de polvo de fragmentos y astillas, que se esparció por todas partes y se necesitaron muchos segundos para que desapareciese el sentido de vértigo, que acompaña al aturdimiento y al ser conscientes de la cercanía de la muerte. De la niebla granulosa que envolvía a los hombres y las cosas, llegaban encendidas toses, gemidos, consternaciones y afanosas peticiones de ayuda, que quedaban cubiertas por siniestros chirridos que parecían preanunciar otras desgracias.

En el instante en el que el fragor devastador se impuso terriblemente, Schreck se puso de pie de un salto. Aunque en estado de confusión, inestable y tambaleándose, con la vista empañada, respirando con dificultad y un incesante rumor en los oídos, él había conseguido mantener el equilibrio. Alrededor de él los otros estaban en el suelo

menos Schall von Bell que, todavía con la misma mirada amenazadora que tenía antes de la explosión, estaba agarrado a la mesa y parecía petrificado. Pequeño Zhang se estaba poniendo de pie y ayudaba a padre Gaspar, que estaba tumbado en el suelo. Julio Tolentino, que permanecía de rodillas, blanco como un harapo y con las manos unidas, gritaba con la mirada vítrea.

—¡Cristo ten piedad! ¡Cristo ten misericordia! ¡Ha llegado la hora del Juicio! ¡Todos padeceremos la Justicia! ¡Danos tu misericordia! ¡Cristo, piedad!

Rho se tambaleaba mientras intentaba ponerse de pie, cegado por el polvo. Apoyado sobre un costado, el bibliotecario Da Costa se quejaba en voz baja, con el brazo izquierdo colgando e inanimado.

—Lo sabía, sabía que estos desgraciados no me traerían nada bueno —tenía los ojos enfurecidos.

De los cuatro estudiantes no quedaba rastro y en sus sitios se abría ahora un abismo. Los cristales de todas las ventanas se habían roto en mil pedazos y de forma clara empezaban a escucharse ahora otros poderosos ruidos, idénticos, al que había precedido la catástrofe, pero esta vez regulares y muy cercanos. Y en cada golpe los oídos parecían que explotaban, los cañones estaban disparando.

## Capítulo 16

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! —repetía de vez en cuando el director De Silva, sin resignarse. Habían pasado tres días desde que los holandeses habían atacado Macao, retirándose por suerte tras los primeros cañonazos y todavía escuchaba dentro de sus oídos la horrible explosión de los proyectiles que habían caído sobre el colegio de San Pablo, el estremecedor ruido del derrumbe de la biblioteca y los gritos, tantos gritos, por todas partes.

Pero más lo pensaba, más reflexionaba sobre lo mismo y más se convencía de que no había sido el miedo que había sentido durante el bombardeo lo que le seguía teniendo en agitación. Lo que había descompuesto a Da Silva no era, ni siquiera, la muerte de los colegiales abatidos en la biblioteca: en su vida había dado tantos sacramentos de extrema unción, que cuatro más o menos... Y tampoco el haber constatado que las defensas del fuerte San Pablo eran carentes, pobres en cañones y en artificieros, y no servían para mucho. Si lo pensaba bien, lo que más le angustiaba, que le dejaba tan dolorido de no haber podido cerrar un ojo en tres días, había sido al día siguiente del bombardeo de cañones, el altercado entre los misioneros que tenían que marcharse hacia China. Y aquellos dos malditos alemanes se habían diferenciado de los demás en cuanto a vehemencia y capacidad de discutir. Si recordaba aquella barahúnda todavía se quedaba sin respiración.

La discusión había explotado unos minutos antes de las exequias de los colegiales. Había comenzado, no se sabía muy bien por qué, aquel sabiondo de Terrentius. Caminaba con los otros, parecía en calma, para llegar hasta la capilla. Y de repente se detuvo y exclamó.

—Me pregunto si es sabio para nosotros jesuitas seguir apoyándonos solamente en Portugal, en vez de pedir ayuda a todas las naciones para llegar a ser también pacificadores entre estas. Si están así las cosas, ¡que nadie se asombre si recibimos cañonazos!

El otro obsesionado, digno compatriota, Schall von Bell, receló inmediatamente.

—¡No blasfeméis! ¡Han sido las bulas de Nicolás V, Calixto III y Alejandro VI, las que impusieron a los diferentes países que difundieran la fe con órdenes religiosas diferentes!

Y Terrentius, el sabelotodo, le contestó.

—No necesito vuestras lecciones. Los pontífices que nomináis no serán seguramente recordados por su celo evangelizador sino por motivos más bien profanos. Nicolás V, por miedo a la peste, abandonó Roma en medio del año santo, y favoreció al máximo el innoble mercadillo de las indulgencias y expolió los grandes monumentos de la Ciudad Santa de mármoles. Calixto III, aunque ocupó la cátedra de Pedro durante tres años, consiguió en tan poco tiempo conceder la púrpura

cardenalicia a dos sobrinos e invadió la curia de protonotarios, auditores, subdiáconos y clérigos de cámara, todos muy fieles a él. Sobre Alejandro VI, os alegrará recordar que era uno de los sobrinos de Calixto III que llegó a ser cardenal, que sobre su elección pesó la sombra de la simonía, que nombró cardenal a su hermano Alejandro, que tuvo cuatro hijos de Vannozza de Cattanei y cinco de otras señoras, y que sus hijos más conocidos, César y Lucrecia Borgia, además de muchas otras infamias, fueron acusados de haber mantenido relaciones incestuosas entre ellos y con su padre... —todo el grupo de jesuitas se detuvo para escuchar.

En ese punto intervino también Rho, el italiano de quien, pensaba Da Silva, el colegio habría prescindido de buena gana, porque consumía demasiado vino durante la misa.

—Perdóneme Terrentius, si esta vez no estoy de acuerdo contigo. Quizás sería más respetuoso recordar que Nicolás V aprobó el primero el proyecto para la construcción del templo más grande de la humanidad. La basílica de San Pedro. Y Calixto III sostuvo de forma excelente la cruzada contra los turcos. Y no olvidemos que bajo el mando de Alejandro VI nació la *Piedad* de Miguel Ángel, un ejemplo insuperable de arte religioso.

El procurador Trigault, creyendo que así calmaba las aguas, había tenido a su vez la bella idea de apostillar.

—Recordemos también que Carlos VIII atravesó Roma con sus tropas, sin destruirla gracias al acuerdo político que Alejandro VI...

Pero aquel Terrentius, altivo como era, no se había dejado amordazar por un superior.

—¡Exacto! Las armadas francesas evitaron Roma, ¿sabéis por qué? Porque Alejandro VI, que pàvidamente se había refugiado en el castillo de Sant' Angelo, ofreció a Carlos VIII su propio hijo César, en calidad de cardenal legado, como guía hasta la frontera con el reino de Nápoles.

Schall von Bell no esperaba otra cosa para desencadenarse. De los ojos le salían llamas cuando exclamó incomodando también él a un papa.

—¡Leed la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII! ¡Nosotros decimos, declaramos, definimos y proclamamos que, para la salvación de todas las criaturas humanas, es necesario quedar sometidos al pontífice romano! Si el papa se equivoca, toca solo a Dios juzgarle. Quien se enfrenta al Santo Padre se enfrenta a Dios, a menos que no crea que existen dos príncipes, pero en este caso es un maniqueo, y por lo tanto ¡un hereje! Negar a la Iglesia romana esos privilegios que ella misma considera que tiene, ¡es herejía!

Terrentius explotó en una risa nerviosa y forzada.

—¡Ja, ja, ja! Evidentemente no sabéis cómo viene calificado Bonifacio VIII por un alma sensible y religiosa como el poeta italiano Dante Alighieri. Visto que lo

ignoráis os lo digo yo. ¡Como un simoniacó! ¡Leed el canto decimonoveno del *Infierno*!

Da Silva había seguido el intercambio de puntualizaciones tan llenas de hastío, sin entender el porqué de aquel comportamiento. ¿Por qué tenían que discutir? ¡Y precisamente en un momento parecido! No podía más con aquella violencia verbal que tocaba la blasfemia. «¡No vaya a ser que se venga a saber fuera!». Por lo que gritó.

—¡Basta, por caridad de Dios! —pero luego no sabiendo qué más añadir, concluyó—. ¡Es la hora de rezar por nuestros muertos, no de discutir!

En ese momento se había verificado una transformación increíble. Terrentius, que un instante antes parecía presa del diablo, inclinó la cabeza, escuchándose un simple y claro.

—Obedezco —seguido de un inicio de frase—. Esos pobres colegiales... —pero Schreck no había podido terminar la frase, porque Schall von Bell le había señalado una vez más con el dedo y exclamado con voz estentórea.

—Confesad que usaríais de muy buena gana «aquellos pobres jóvenes» como ensayo para vuestras sesiones anatómicas.

En aquel trance, Terrentius, de forma manifiesta, a pesar de toda la ira que tenía acumulada, dio prueba de un gran autocontrol, porque no llegó a contestar a la provocación y entró en la capilla golpeando la puerta.

—¿Qué es lo que habrá querido decir Schall von Bell? —se preguntaba todavía Da Silva—. ¿Qué tiene que ver la anatomía? —estaba al borde de la desesperación—. ¿Y qué podrán llegar a hacer juntos esos dos? —esta pregunta le creaba más ansia—. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! —repetía mecánicamente.

Estaba inmerso en aquellos pensamientos, cuando, llevado por un criado, apareció delante de él un objeto que le hizo perder totalmente la lucidez, y le cerró el estómago en un mordisco de miedo mucho peor que antes. Se trataba de un cuadernillo sigilado a la usanza china, con cera roja en el que estaban impresos dos caracteres: Zhao Cao. Temblaba; cuando rompió el sello con la uña, contó doce hojas de papel blanco con una roja en el centro, en el que un pincel había compuesto con elegante caligrafía una cantidad de caracteres chinos que repetían de muchas formas el nombre de Zhao Cao, el juez que representaba al emperador en Macao. ¿Qué es lo que podía querer aquel poderoso funcionario chino?

Da Silva se secó el sudor frío que de la frente se le colaba copioso por los ojos y, sin tener ningunas ganas, empezó la lectura del documento. Se trataba de una convocación. Se leía que el humilde funcionario, el indigno magistrado, el indigno representante del Hijo de los Cielos, y así varias veces, se atrevía a invitar al día siguiente a su modestísima morada al ilustre señor Nicolás Trigault, invitado del rey de Poerduwaier, es decir, de Portugal, mano derecha y ojo atento del rey llamado

papa, y le rogaba que llevara consigo a su estimado colaborador Terrentius.

La invitación que había tomado por sorpresa a Da Silva, quien le asustaba y lo consideraba una ulterior y suma desgracia, sorprendió todavía más a Trigault. Este en cambio mostró gran curiosidad por el encuentro. Había visto al juez solo dos veces antes, en reuniones oficiales, y no le había parecido que el funcionario se hubiera interesado de forma particular por él. No pudiéndose eximir por lo tanto de aquella convocación, el procurador envió al mandarín una nota de agradecimiento y una confirmación, acompañada de un reloj y un compás, como regalos.

Al día siguiente, desde el amanecer, Da Silva se encerró en la capilla del colegio para rezar.

La residencia del magistrado estaba situada en una ladera alta de roca desde la que se podía admirar la Praya Grande en toda su extensión, la entrada a la bahía que hervía de juncos y, a lo lejos, las islas de Macarera y Typa, que parecían dos perros guardianes agachados.

Los esclavos que les llevaron en literas se detuvieron en el primer patio, en el que un bajo pabellón cuadrado presidía la estancia. En el centro les esperaba el dueño de la casa, un chino de una edad indefinida, de estatura media, con el rostro constelado de arrugas y dominado por una mirada plácida, un hilo de bigotes grises que le caían sobre la barbilla y una barba igualmente fina. El cuerpo aparecía cubierto con una larga túnica negra y en el pecho resaltaba evidente un cuadro verde con un ave fénix bordado en oro. Tenía junto a él a un servidor que lo resguardaba del sol con un paraguas de seda. Detrás, la primera mujer y las cuatro concubinas mostraban sus vestidos, roja la primera y celestes las otras, que les cubrían hasta las zapatillas bordadas. Estos zapatos, pequeños como el puño de un niño, cubrían pies ridículamente minúsculos, completamente incapaces de sujetar a una persona adulta de forma decorosa.

Las mujeres eran más bien pequeñas, y junto a estas se veía a un jovencito de unos diez años, pálido como un muerto, envuelto por una túnica violeta y en la cabeza un gorro. Parecía mantenerse con dificultad de pie, rígido en una incómoda pose de saludo. Cuando observaba la cortesía, Schreck se acordó de haber escuchado decir que se trataba del único heredero del juez, nacido de la unión con su tercera mujer.

La ceremonia de bienvenida para los invitados inició. Con aire grave y solemne, Zhao Cao precedió a los extranjeros dentro del pabellón, en el que se percibía el aroma de los inciensos que ardían sobre el altar de los antepasados. Un estante sobre el que estaban expuestas tablillas de madera que llevaban, escrito en caracteres chinos, el nombre de los ilustres antepasados del juez. Las paredes de la sala estaban cubiertas de rollos con pinturas y caligrafías y por el suelo había una alfombra, mientras que el mobiliario estaba constituido por una larga mesa y una tarima, seis

anchas sillas con respaldo y reposabrazos cuadrados, un alto biombo de madera en el que brillaban un millar de pajaritos en madreperla.

Zhao Cao se acercó a las sillas y empezó a quitarles el polvo con las amplias mangas de su túnica. Las tocó todas, como para asegurarse de que fueran estables, e indicó una a Trigault. Los tres hicieron grandes ceremonias porque nadie quería sentarse el primero y la situación duró un poco, hasta que el magistrado, alargando con énfasis los brazos, indicó que el baile ritual había terminado. Se acomodaron y enseguida llegó un anciano servidor que llevaba una bandeja de madera con cuatro tazas de té, que había preparado con agua caliente y con las hojas de una camelia en particular. El último que fue servido fue el dueño de la casa. Dentro de las tazas navegaban las hojas de la preciosa planta y trocitos de fruta para comer. Para poder hacerlo cada uno recibió una larga cuchara de cerámica. Cuando todos terminaron de tomar el té, en el silencio general quedó servida una segunda taza y solo entonces, después de una vuelta de sonrisas y reverencias, la conversación pudo iniciar, naturalmente en chino.

Zhao Cao indicó un rollo de pintura que colgaba detrás de él y que representaba a un sauce llorón en la orilla de un espejo de agua.

—Nuestros antepasados tuvieron la benevolencia y la clarividencia de dejarnos los cuatro métodos para pintar un sauce —dijo—. El primero de estos sugiere trazar inicialmente el borde y luego añadir dentro cualquier color, el segundo sistema aconseja fiarse solo del color verde claro para obtener brotes y el amarillo claro para la punta de las hojas nuevas. El tercer método se basa en el uso exclusivo del verde oscuro con el que hay que ir marcando toda la planta. Mientras que en el cuarto método se puede evitar por completo el color y limitarse a pocas manchas de tinta negra. La elección de los cuatro métodos de ejecución depende del mes en el que el artista se decide a iniciar el trabajo, y no debe absolutamente verse influenciado por episodios de cansancio o de abandono, porque estos no son propios de este árbol que desafía al viento y cuyas ramas surcan el agua. El sauce es como la famosa concubina imperial Xi Zi que hace mil años se ahogó por amor de su soberano y, por lo tanto, puede representar el sufrimiento, la tenacidad, la fidelidad y el sentido del deber, pero nunca el disfrute, la relajación, la promiscuidad y el desorden.

Trigault asintió de forma pronunciada.

—En una pintura suya titulada *Viaje junto a la orilla del agua*, el gran Song Xue usó precisamente la tinta negra para representar a los sauces. Me parece, ilustre Zhao Cao, que con esta elección quiso también subrayar el cansancio de los campesinos.

—No solo eso, eminente señor Trigault, él quería también enfatizar la terquedad del pueblo chino para determinar su propio destino. Todo esto ocurrió en tiempos de la infausta dominación de los mongoles y contra estos se estaba preparando la rebelión para la llegada al poder de una dinastía china, los Ming, que precisamente

hoy, después de dos siglos y medio, todavía tienen el Mandato del Cielo y por lo tanto nos gobiernan legítimamente. Entonces así se explica la elección monocromática de Song Xue. El negro en nuestra cultura se asocia al elemento agua, y el color del mercurio, indica el norte, el frío, el invierno, y también el símbolo del chimpancé. Un color semejante no parecería apto para representar el estado del alma de los que preparan y esperan una revancha y un renacer. Y en cambio, es precisamente el negro el color que mejor indica esas sensaciones de revancha, ¿de hecho no es del agua de donde nace la madera? Y si observáis el ciclo de Mercurio, ¿no veis que en un momento dado cede el paso al inmenso y tranquilizador Júpiter? Después del norte, ¿hacia dónde nos conduce la sucesión ordenada de los puntos cardinales? Pues al este, y por lo tanto del frío, se va gradualmente hacia la tibieza primaveral con el triunfo de la nueva vida en los campos. Y el chimpancé, luego se transformará en tigre. Y por eso, egregios invitados, el color negro, con todos sus atributos, sirve al pintor para avisar que se está preparando un cambio radical y vital.

Schreck, que había escuchado con mucha atención, intervino poniendo mucho cuidado en respetar las ceremoniosas reglas de la conversación.

—Excelencia, desde que he llegado a Macao, he tenido modo de acercarme a vuestra cultura de la que hoy nos estáis dejando ver su inmenso espesor. Junto al estudio en profundidad del idioma me he dedicado durante un largo tiempo, quizás indignamente, a intentar comprender algunos textos chinos que tratan argumentos muy queridos por mí: las ciencias de la naturaleza y el arte médico.

El juez sonrió de forma enigmática:

—Me parece que, además del estudio teórico, a vos os interesa mucho también el aspecto práctico de estas disciplinas, doctor Terrentius. Se os ha visto frecuentemente en la ciudad china, en una tiendecilla donde se venden raíces y hierbas que sirven para curar a los enfermos.

Schreck no se asombró en absoluto de que Zhao Cao conociera sus movimientos. Sabía que, si bien discretamente, todos los extranjeros eran vigilados. Continuó por lo tanto con tranquilidad.

—Me gustaría seguir el discurso de cuánto habéis tenido la cortesía de ilustrarnos en relación con el color negro y su relación con el elemento agua. Según lo que he podido concebir de vuestros antiguos libros, el agua asimismo se asocia también a los riñones.

—Así es.

—Entonces, cuando un enfermo sufre de riñones, un médico chino además de las medicinas apropiadas debe tener en cuenta el elemento agua para curarle. Por lo tanto, le indicará que beba mucho, y las medicinas serán dadas en soluciones más bien masticables y se recurrirá a una dieta rica en sustancias vegetales que, como se sabe, se nutren de agua.

El magistrado asintió vigorosamente.

—Vais por buen camino.

Schreck casi murmuró.

—Sin remedios parecidos no tendría el privilegio de encontraros.

—¿Padecéis de riñones?

El jesuita no pudo evitar sonreír, su pensamiento había ido automáticamente hacia atrás en el tiempo y se había detenido en su primer encuentro con el general de la Compañía de Jesús, Claudio Acquaviva.

—No yo, señor juez, me refiero a los cuidados que ofrecí hace tanto tiempo... a alguien. Sentiría curiosidad por conocer cuáles son los otros elementos, además del agua.

—Bien, el agua no es más que uno de los cinco elementos —puntualizó entonces el mandarín.

—Pero los elementos son cuatro, agua, aire, tierra y fuego —le interrumpió con garbo Trigault.

—Son cinco, señor procurador: madera, fuego, tierra, metal y agua. Uno no se puede equivocar —contestó inmediatamente Zhao Cao sin alterarse.

Schreck quería saber más.

—¿Cada parte del cuerpo humano está asociada con un elemento?

—Habéis comprendido muy bien, doctor. Por desgracia soy solo un modesto literato y por lo tanto puedo solo indicaros que al igual que hay cinco elementos, tenemos cinco órganos a estos asociados, así, si los riñones están en relación con el agua, el hígado lo está con la madera, el corazón con el fuego, el bazo con la tierra y los pulmones con el metal. Os ahorro otras concordancias, pero es igualmente cierto que cada uno de los cinco órganos de los sentidos, de los cinco tejidos, de las cinco emociones, de los cinco sabores, de los cinco fluidos humanos y así en adelante, está relacionado con un determinado elemento.

—Ahora la cuestión me parece más clara. Veis, excelencia, es para mí muy importante aprender nuevos sistemas para reconocer las enfermedades y curarlas.

—Vosotros los europeos, os inclináis a curar a las personas solo cuando estas enferman, vamos, que intervenís cuando el mal está ya actuando. En cambio, en China, preferimos, en la medida de lo posible, llegar antes de que el mal ocurra. Y esta es la diferencia. ¡La vocación de la medicina china es prevenir! Para simplificar, un médico será tanto más capaz y estimado cuanto menos su paciente enferme.

Schreck se mostraba pensativo.

—¿Bastaría por lo tanto ponerse en manos de un buen médico para no enfermar nunca?

El mandarín torció la boca en un guiño amargo.

—Aquí también la gente enferma, señor Terrentius, también en nuestro imperio

los hombres mueren y, a pesar del empeño de los taoístas, todavía no se ha encontrado el elixir de la inmortalidad. Los médicos trabajan mucho pero no siempre consiguen llegar a tiempo en diversas situaciones.

—¿Ni siquiera si uno se previene a sí mismo dejándose visitar periódicamente?

—Ni siquiera así. Entre un control y otro puede suceder que el nivel del *qi* baje tanto que no se pueda oponer a eventuales enfermedades, y entonces no hay cuidados que sirvan. Sé muy bien lo que digo...

—¿El *qi*? —preguntaron al mismo tiempo los dos jesuitas.

—Sí, señores, el *qi*, la energía vital, el espíritu que cada uno posee, lo que da impulso y movimiento a todos los órganos y a todas las vísceras.

—Quizás es lo que Aristóteles define como *pneuma* —supuso Schreck dirigiéndose a Trigault.

—El *qi*, ilustres invitados —continuó el mandarín— se comporta como la niebla y como el rocío, porque transporta los sabores en todo el cuerpo, calienta la piel, da fuerza a los órganos, hace posible que el pelo sea flexible. Nutre, defiende, calienta y mueve. Y todas las enfermedades son causadas por un disturbio del *qi*. —el juez hizo una pausa y cerró los ojos. Esta fue la señal que indicaba que habían llegado a la fase final.

Trigault tomó la palabra.

—Ilustre Zhao Cao, ahora entiendo por qué el pueblo de Macao habla de vos como un sabio con infinita sabiduría. Pues —y aquí lanzó una mirada significativa a Schreck—, cuando hemos tenido el honor de aceptar vuestra graciosa invitación, no teníamos ninguna intención de someteros a preguntas y hemos venido solo para ponernos a vuestra disposición.

—Señor procurador —le tranquilizó Zhao—, contestar a vuestras preguntas me llena de orgullo. Si me he permitido molestar a unos sabios de vuestra categoría y haceros venir hasta aquí es solo para poner ante vuestras manos, en la reserva de mi morada, algunas penas que me entristecen el alma y que, estoy convencido, vuestro trabajo podrá atenuar —hizo una señal, y de la nada apareció un siervo que traía el té. Cuando la bebida fue servida, continuó—. Entre todas hay una pregunta que me angustia. Esta es de tal importancia, que si no hubiera hecho las duras prácticas que me consintieron superar los tres grados de los exámenes imperiales, ahora no conseguiría controlar mis emociones y hablaros de ella —se colocó mejor sobre la silla—. Como seguramente os ha llegado la noticia, en la frontera del noreste del imperio, las tribus bárbaras de los manchús están desde hace muchos meses intentando atravesar nuestras líneas defensivas. De vez en cuando consiguen llevar a cabo incursiones en los pueblos limítrofes y cuanto queda después de estas razias, a menudo, son sólo cabezas cortadas, lo que hace que nos preocupemos por lo que podría ocurrir en toda China en el supuesto de que perdiéramos.

Trigault parecía asombrado.

—Señor juez, pero la larga muralla que está en el norte y vuestras numerosísimas tropas, ¿no consiguen contener la avanzada de los bárbaros?

—La muralla a lo largo de diez mil *li* se puede cruzar con el salto de un buen semental. Vos la imagináis alta y fuerte, en cambio no lo es, y no está preparada para contener la onda invasiva de los manchús. En cuanto a nuestras tropas, nada consiguen hacer contra los enemigos que tienen caballeros muy hábiles. Están acostumbrados a estar sobre las sillas desde niños, a caballo resisten incluso durante diez días sin provisiones, porque llevan con ellos los sacos de cuero llenos de agua y, cuando están vacíos, los utilizan para flotar y cruzar los ríos. En las batallas, las columnas de caballería manchú se mueven rápidamente y tienen eficientes sistemas de comunicación. Linternas de colores, banderas, humo, vamos, en cada momento intercambian informaciones de enorme valor. Los bárbaros avanzan de forma preocupante y nuestras catapultas que lanzan bombas explosivas son la única arma que consigue tener éxito. ¡Pero las catapultas son lentas e imprecisas! Necesitaríamos instrumentos como vuestros cañones para detener a aquellos diablos y que se den a la fuga —hizo una pausa elocuente.

—¿Nuestros cañones? —preguntó Trigault.

—Habéis entendido bien, señor procurador. Vuestros cañones. He recibido hace dos días un despacho de Pekín que me envía nuestro ministro de la Guerra. Me exhorta a pedir a los portugueses la ayuda necesaria para fabricar en breve tiempo unas bocas de fuego para enviar al Norte.

—¿Y cómo podríamos nosotros misioneros, ayudaros para que obtengáis los cañones? —contestó Trigault.

Los ojos del juez se habían reducido a una fisura y lo mismo su boca en la que flotaba una extraña sonrisa.

—Es muy simple, basta que convenzáis durante un tiempo al gobernador para... prestarnos al señor Rho o al señor Schall von Bell.

Trigault reflexionó velozmente antes de contestar. Por lo que parecía, el mandarín conocía de cada uno secretos que las autoridades portuguesas estaban convencidas de conservar mejor, sobre todo, porque tenía que ver con un asunto del día anterior. De hecho, después del ataque holandés, justamente a Rho y a Schall von Bell, que tenían en su curriculum el estudio de la balística, se les había encargado, por decisión del gobernador, la construcción de nuevos cañones. También Schreck estaba en blanco, pero celó su asombro. Trigault consiguió salir del paso afirmando.

—El gobernador no permitirá nunca que un sacerdote participe en una misión militar china.

Zhao Cao asumió un tono más seco.

—Os agradecería tantísimo que encontrarais una solución.

—Sería necesario un intercambio —dijo Trigault después de un momento de reflexión—. Si vos tuvierais algo que dar al gobernador, puedo intentar que alguien os ayude.

—¿Alguien... quién?

—Por ejemplo, uno de esos oficiales que serán adiestrados en secreto acerca de los cañones por el propio padre Rho y el padre Schall von Bell. Pero, os repito, sería necesario tener algo a cambio. ¿Pero el qué?

Zhao Cao chasqueó los dedos.

—¡Por ejemplo, informaciones valiosas!

—¿De qué tipo, señor Zhao?

—Sobre el argumento que más interesa a los portugueses, el militar. Tengo información muy importante que tiene que ver con la seguridad de Macao y de vuestros comercios. Estos seguro que sabrán apreciarla de forma adecuada.

—Conocéis muy bien a nuestros amigos —admitió Trigault.

—Tanto que estoy seguro de que les interesaría saber qué es lo que los holandeses están preparando para atacar Macao.

Trigault se sobresaltó.

—¿Otro ataque?

—El gobernador de las Indias orientales ha trasladado su sede de mando holandés de Amboine a Yakarta, cambiándole el nombre en Batavia. Bien, en esta ciudad está preparando una enorme flota armada para enviar contra Macao, con la finalidad de destruir el comercio portugués en China y sustituirlo definitivamente por el holandés.

—Son noticias muy graves, lo que me estáis comunicando —afirmó Trigault.

—Preocupantes y verdaderas, señor procurador. Estoy informado de otro particular que os tiene que poner en alerta sobre la determinación de los holandeses. Uno de los comandantes de la flota que se está armando es Willem Bontekoe. Me han informado que su experiencia en el mar y en los enfrentamientos es extraordinaria... parece que goza de un carisma tal que los marineros le seguirían hasta el infierno si se lo pidiera.

Trigault levantó una ceja frunciendo el ceño.

—Estoy seguro de que el gobernador apreciará esta información. Por mi parte, me haré intérprete de vuestra petición y pediré al obispo para que presione.

El juez asintió con seriedad. El argumento estaba concluido. Luego durante casi un minuto, miró fijamente al belga con intensidad. La larga pausa le había transformado los rasgos cristalizándolos en una expresión de tristeza.

—Tengo que pedir os también otro servicio, señor Trigault —y en el silencio absoluto que se había creado continuó—. Me gustaría que dierais al doctor Terrentius el permiso para que visite a mi hijo —una sombra oscureció sus ojos. Luego el juez bajó la cabeza moviéndola—. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

## Capítulo 17

Pequeño Zhang se sentía agotado por cómo los acontecimientos se habían precipitado durante aquel día. Con padre Terrentius nunca era fácil prever lo que podía ocurrir, pero aquella mañana, por suerte, el jesuita se encontraba fuera, junto a padre Trigault, visitando al mandarino Zhao Cao. Pequeño Zhang pensó seguir durmiendo un buen rato y al despertarse, aprovechando la simpatía que nutría hacia él el viejo cocinero, pensaba acercarse a la cocina para comer un plato enorme de patitas de cerdo. ¡Aquello sí que era vida! Claro que, durante la comida se vería obligado a conversar con el cocinero que era un charlatán incansable y no le gustaba que le contradijeran. Quién sabe si hablarían del aumento del precio de la carne que le impedía sacarse su parte, o si el viejo seguiría con su cantinela del fantasma, que de vez en cuando pasaba por la despensa. Seguramente esta historia se la había inventado él mismo para desanimar a los ladroncillos. O quizás no...

Justo cuando estaba a punto de llevar a cabo su plan, el jovencito recibió una llamada urgente del director del colegio de San Pablo. No había tenido ni siquiera el tiempo de entender para qué y dónde tenía que ir que, sin tener el tiempo de darse cuenta, le habían enviado corriendo con la bolsa de las hierbas de su dueño hacia la colina oriental.

Antes de marcharse, se cruzó con los padres Rho y Tolentino que paseaban en el patio de la entrada. Mientras veían al joven a punto de subirse en la litera, le torpedearon con preguntas sobre adonde iba, y para qué. Solo pudo explicarles, que tenía que ir hasta donde estaba padre Terrentius. Pero nada más añadió ya que ni siquiera él lo sabía.

Era costumbre, cuando Schreck se marchaba con la litera, que pequeño Zhang le siguiera saltando a un lado. En cambio ahora era él quien iba a ser llevado por cuatro compatriotas que parecían tener mucha prisa. Entre una sacudida y otra, agarrado con ambas manos a la estructura del medio de transporte tan inestable, fijaba la cortina de seda que se abría y se cerraba en cada salto, en aquellos momentos en el que las cortinas se abrían y podía ver al otro lado, se percató de que un chino con un traje violeta precedía la litera. Corría como un condenado levantando un bastón, encima se movía una banderita triangular roja con un dibujo bien evidenciado en negro, el carácter *zhao* formado por cinco trazos que representaban un cuchillo encima de una boca. La insignia con el nombre del magistrado funcionaba maravillosamente para abrir la marea humana que se concentraba por las calles de Macao. No era necesario gritar como de costumbre: «¡Espacio! ¡Dejad pasad a los invitados extranjeros! ¡Liberad las calles de los que no hacen nada! ¡No os detengáis, perros sarnosos!». Algo que los que encabezaban los cortejos solían gritar cuando acompañaban las literas de los jesuitas a la hora de salir por la ciudad. Ahora, mientras se acercaba

velozmente el pelotón con la litera, la multitud se dividía naturalmente en dos corrientes como el agua delante de la proa de una embarcación.

Descargado de forma brusca delante de la residencia de Zhao Cao, Pequeño Zhang fue conducido con pasos rápidos a través de una hilera de patios laterales, que se alternaban con edificios bajos y cuadrados, y al final entró en un pabellón. Tuvo justo el tiempo de divisar, mientras esperaba fuera de la puerta, algunos bonzos sentados con el rosario en la mano alrededor de un brasero que generaba una densa y perfumada nube de incienso, además de dos jóvenes que parecían algo adormiladas. ¡Una de ellas le pareció muy linda!

Entró con cautela. Una cama estaba situada sobre un pedestal en el fondo de la habitación. Tumbada, se podía ver una figurita inmóvil, y mirándola dos hombres, uno alto en quien reconoció a su dueño, y otro bajo, que hablaban susurrando. Las ventanas estaban tamizadas con un brocado grueso y el cuarto, con la única luz débil de una linterna grande central, aparecía por completo en su amplitud. Hacía calor y en el aire se respiraba un horrible olor a humedad mitigado apenas por el perfume de los inciensos.

—No he conseguido resolver el misterio de la enfermedad del hijo del juez —decía a Schreck otra persona, es decir, el doctor Liu, el médico personal de Zhao Cao—. Su *qi* parece completamente alterado y de forma irreparable. Desde hace mucho tiempo el niño acusa dolores muy fuertes en el vientre y no come de buena gana. Está adelgazando a marchas forzadas y cada vez está más pálido. Amaba la caligrafía y ahora no tiene ni siquiera la fuerza de sujetar un pincel, le gustaba capturar grillos y construir para ellos jaulas de bambú, pero ahora no consigue ni siquiera seguir con la mirada los saltos de esos pequeños bichos. Adoraba puntear las cuerdas de la *hipa* y cantar, pero los dedos han dejado de obedecerle y su voz de rui señor se ha desvanecido. Mis cuidados se han revelado nulos, es más, parecen tener efecto, pero cada vez que se verifica una mejoría, tras el paso de algunas medidas de la clepsidra de agua, el niño empeora y se encuentra peor que antes —se interrumpió porque se percató de que Pequeño Zhang acababa de entrar. También el jesuita se había dado cuenta.

—¡Han llegado mis hierbas! —exclamó Schreck. Y en cuanto cogió la bolsa que el joven le entregaba, comenzó a curiosear dentro. Extrajo algunas bolitas de tela bien llenas y se dirigió hacia la mesa—. Pequeño Zhang, quiero un barreño con agua de lluvia. Puedes pedírselo a las siervas que esperan fuera —el joven salió como un rayo.

El doctor Liu observaba todo con atención. Bajo la chaqueta de seda negra vestía una túnica azul, estrecha y larga hasta los pies. Sin pelo, con una barba afilada cándida que le caía hasta el pecho, el rostro arrugado y nudoso como el de un árbol sometido siempre a la furia de los vientos, tenía los dedos largos y delgados.

—Doctor Terrentius —se dirigió al alemán con determinación sin perder los modales—. Después de que vos hayáis reconocido al niño, yo empezaré tomándole las pulsaciones y luego procederé con la colocación de las agujas.

Schreck bajó la cabeza para asentir.

—Espero poder aprender algo de vuestra ciencia.

—Qué raro, me han dicho que vosotros los occidentales no apreciáis nuestra medicina, y que es más, estáis convencidos de que es fruto de improvisaciones, ya que, según vosotros, no existe ninguna escuela donde aprenderla.

El alemán discrepó.

—¿Quién ha dicho tonterías parecidas?

—Un predecesor vuestro, el señor Mateo Ricci, que era tan sabio como lleno de prejuicios. No sabía que nuestra primera Academia imperial de medicina fue instituida hace más de mil años. Y en época de Song, algo así como hace quinientos o seiscientos años, nació el Colegio Imperial de Medicina que tenía ya siete secciones. Se podían estudiar y curar las enfermedades de los ojos, de la boca, de los dientes, de la garganta, las úlceras y las hinchazones, las fracturas, y los males propios de las mujeres y las complicaciones del parto. Y otros dos departamentos estaban dedicados a la liturgia y a los encantamientos. En poco menos de un siglo, las secciones pasaron a ser catorce. Y podéis haceros una idea de lo que es hoy nuestro Colegio Imperial de Medicina.

Schreck movió la cabeza.

—La gloriosa dinastía Ming ha decretado que en el colegio puedan ser admitidos solo médicos que provengan de familias en las que la medicina se practica tradicionalmente. La disciplina es férrea y el estudio es muy rígido, dura tres años. ¡Yo lo he hecho y sé lo duro que es! Los exámenes finales, además, son largos y difíciles. Evidentemente, de todo esto el señor Mateo Ricci no estaba informado. Parece que incluso dijo que en el estudio de la medicina y también de las matemáticas, en China se aplican solo quienes han fracasado en los exámenes como literatos, o sea, los desesperados que tienen poca inteligencia y poca habilidad. Por lo tanto, siempre según el señor Ricci, este es el motivo por el que aquí estas dos ciencias son poco consideradas y no florecen. Quiero en cambio informaros de que en mi país los médicos son los mejor pagados entre los funcionarios que están al servicio directo del emperador.

Schreck calló pensativo. Luego subió sobre el pedestal donde estaba la cama del niño y le puso una mano en la frente. Las yemas del alemán recorrieron la nuca del pequeño, las orejas y la garganta.

—Me han dicho que desde hace dos meses tienes dolores en el vientre, ¿es así? —el niño asintió lentamente—. Me han dicho que a menudo tienes episodios de vómitos y diarrea. No tienes que preocuparte, jovencito, ahora enséñame la lengua —

el joven obedeció—. Sube la chaqueta del pijama, para que yo pueda ver y tocar tu barriga —comenzó a palpar el torso esquelético—. ¿Aquí te duele? ¿Y aquí? —luego se alejó un instante y volvió con la bolsa que le habían traído.

Sacó un extraño instrumento compuesto por dos embudos de hueso unidos por la parte más estrecha, apoyó una extremidad en el pecho del niño y se agachó hasta poner su oído en la otra extremidad. Auscultó durante unos minutos, después volvió a colocar el instrumento en su sitio y cogió un platito de vidrio.

—Incorpórate un poco y escupe aquí dentro —el pequeño siguió con la misma docilidad con la que había obedecido hasta entonces.

Schreck se puso a examinar la baba que había recogido en el platito. La analizó también a contraluz, la olió, metió un bastoncito para ver su densidad, dejó caer por encima unos polvos que había cogido de un botecito que pareció salir de la bolsa como por arte de magia. Una vez acabado el examen, fue a apoyar el vidrio encima de la mesa, y se acercó a la cama.

—¿Qué es lo que has comido recientemente? —le preguntó una vez más.

—No lo sé, señor —dijo con un hilo de voz—. Puedo decirles que es siempre lo mismo desde hace mucho tiempo.

En ese momento intervino el viejo Liu.

—Doctor Terrentius, desde que aparecieron los primeros males, ordené personalmente que le nutrieran principalmente con coliflor, papilla de arroz, asado de pollo y semillas de soja. También dispuse que fueran eliminados por completo los alimentos grasos y las especias, además ordené que una hora después de cada comida se le diera una infusión de jengibre.

—Me gustaría ver los excrementos y la orina.

Detrás de un panel, aparecieron alineados tres jarrones de cerámica blanca y azul. El anciano se los mostró.

—Esto es cuánto hemos conservado de los dos últimos días.

Schreck observó, olió, comparó y dejó caer algunas gotas de un líquido de una ampolla, que al igual que anteriormente, parecía que viniera de la nada. Luego cogió uno de los jarrones y lo depositó encima de la mesa, junto a las bolsitas.

—Gracias doctor Liu. Me queda solo una última constatación —se acercó al niño y, siempre dedicándole cuidadas sonrisas, le levantó el pie izquierdo y comenzó a pellizcarle la planta—. ¿Qué sensación sientes cuando te toco en este punto?

El pequeño dejó escapar una sonrisa.

—Un cosquilleo señor.

—¿Y en este otro?

—Siempre cosquillas, señor.

La operación la repitió en el otro pie. Al final, Schreck le acarició la cabeza.

—Enhorabuena Zhao Wen, eres el niño más valiente que he encontrado nunca y

estoy seguro de que en poco tiempo podrás volver a divertirme con tus grillos.

Cuando Schreck bajó del pedestal, el doctor Liu, que había seguido la visita con interés, se acercó a su vez a la cama. Mientras tanto, Pequeño Zhang había vuelto con un barreño de cobre lleno de agua que había apoyado en la mesa. El jesuita comenzó a jugar con sus bolsitas. Cogió unas hierbas trituradas y las esparció por el agua, apoyó luego el barreño en las brasas y se dirigió hacia el médico chino.

Este, mientras, había apoyado el brazo derecho del niño sobre un minúsculo cojín y le tocaba el pulso. Después de unos minutos hizo lo mismo con el brazo izquierdo. Cuando terminó le preguntó.

—¿Conocéis el *Clásico del pulso*, doctor Terrentius?

—He escuchado hablar de ello, pero no he tenido nunca la posibilidad de ver una copia.

—Es una gloria de la medicina china y fue escrito por Wang Xi durante un turbulento período de nuestra historia, durante la dinastía Jin, hace mil trescientos años. Según el tipo de latido, Wang nos ha enseñado a diferenciar entre veinticuatro tipos diferentes de pulsos: el profundo, el escondido, o el duro o el duro y vacío, puede ser flexible, desbordante, sutil, suave, titubeante, mortecino, tenso, esparcido, débil, moderado, lento, lento irregular, trémulo, intermitente, acelerado rígido, rápido, lleno o fluido, fluctuante. En el pulso se consiguen obtener todas las informaciones necesarias sobre el paciente. Por ejemplo —e indicó a Schreck el pulso delicado del pequeño sobre el que había puesto las puntas de tres de dedos de un modo particular—, en este momento puedo percibir las condiciones de la pareja de órganos corazón-intestino delgado e hígado-vesícula biliar. Probad.

Schreck intercambió su posición con Liu, aplicó los dedos en el mismo modo y se concentró para percibir el pulso del jovencito. Efectivamente, la posición de sus falanges le permitía auscultar claramente el latido, con unos matices que hasta entonces no había percibido nunca en otro paciente.

—Ahora palpad el pulso del derecho.

Muy tranquilo, el niño, que seguía con la mirada la conversación, le ofreció el otro brazo.

—Como podéis constatar, el latido es totalmente diferente, y eso es porque ahora estáis recibiendo indicaciones sobre las parejas pulmón-intestino grueso y bazo-estómago.

—¡Admirable!

Mientras tanto, Liu había desenrollado un paño de tela en el que estaban bien colocadas en bolsillos predispuestos una serie de largas y finísimas agujas de plata.

—Estos instrumentos tienen más de cinco siglos, doctor Terrentius; antes de que los utilizara yo, los usó mi padre, y todavía antes el padre de mi padre y anteriormente, otros antepasados míos que practicaron el arte médico. Fue el

fundador de la familia quien dio la orden de fabricarlos. El era el ayudante principal de Xu Xi, aquel que consiguió curar al emperador Ren Zong de un mal que no disminuía con las medicinas y que fue exterminado solo con las agujas. Fue por eso que Xu Xi y mi antepasado fueron distinguidos con el título de la Academia imperial de medicina y el emperador aceptó su instancia para construir, en el lado occidental de la capital Kaifeng, un templo en memoria de Bian Que, el padre de la acupuntura.

—¿Entonces ha existido una persona que ideó el uso de las agujas?

—Nuestros lejanos antepasados, cuando todavía no existía el metal, utilizaban puntiagudos y finísimos bastoncitos de piedra, o de hueso, o de bambú. Fue el emperador Amarillo que reinó ciento diez años, quien perfeccionó la técnica de la aguja de piedra e inventó las nueve agujas de metal. Todo esto sucedía antes de que nuestro pueblo empleara el bronce, cuando China era un país feliz, gobernado por el soberano más sabio, justo y ecuánime que jamás haya existido. Bian Que, por lo tanto, no fue el inventor de la acupuntura, pero fue el primero que consiguió explicarla a todos y desarrollarla en su *Canon de los ochenta y problemas de la medicina del emperador Amarillo*, escrito hace casi dos mil años.

Schreck había escuchado hablar del emperador Amarillo y había tenido la posibilidad de hojear en la biblioteca del colegio de San Pablo el *Canon de la medicina del emperador Amarillo*, una antiquísima y hermética obra en la que tuvieron origen todos los textos médicos chinos. Se decía que el emperador Amarillo parecía ser más bien un personaje mitológico que un hombre que había vivido realmente. De todos modos, el jesuita estuvo muy atento en exteriorizar sus propias dudas.

Mientras se desarrollaba la conversación, el doctor Liu desnudó al niño e iba clavándole las agujas en muchos puntos del cuerpo. Las primeras dos las colocó de forma simétrica a los lados del ombligo, otras dos, algo más abajo, luego otras dos agujas en las ingles, justo a la altura de los testículos, y varias por los delgados y esqueléticos muslos.

—Veis, nuestro pequeño amigo está tranquilo y no siente daño alguno. Bueno, esto ocurre porque yo me limito a clavarlas en determinados puntos dispuestos a lo largo de los canales, que son las verdaderas y propias vías situadas debajo de la piel, por los que circula la energía vital *qi* y la sangre. Los canales están unidos internamente con los órganos y externamente con la piel, por lo tanto, los puntos donde se pueden clavar son aquellos en los que el *qi* de los órganos llega a la superficie. En total son trescientos sesenta.

—Tiene que ser una ciencia muy complicada, doctor Liu. Espero que en un momento mejor tenga la paciencia de quererme iniciar en ella.

—Me ocuparé personalmente de que os construyan un maniquí para las primeras experiencias, justo igual al que se utiliza durante los exámenes, en el Colegio

Imperial de Medicina —durante la conversación, Liu seguía pinchando al niño, después de haber colocado con destreza algunas agujas cerca de los ojos, en la zona debajo de la nariz y sobre la garganta—. He terminado. Ahora dejemos a nuestro pequeño amigo al calor durante una media hora —y mientras hablaba cubría al niño con la manta—. Y nosotros podremos intercambiar la información que tenemos sobre este caso.

—Podré informaros sobre mi opinión solo tras un instante, doctor Liu —precisó Schreck.

Ordenó a Pequeño Zhang que cogiera con cuidado el barreño que anteriormente había situado encima de las brasas y que lo colocara en el suelo. El agua estaba hirviendo y había tomado un color negruzco. Fragmentos de hojas estaban flotando mientras que todo el resto se había quedado en el fondo. Cogió tres cucharadas de líquido de la superficie y las echó dentro del jarrón que contenía las heces. Casi al instante estas se descolorieron hasta quedar casi tan blancas como la leche. Luego, una vez abiertas las bolsitas que había dispuesto en la mesa, extrajo un puñado de polvos de cada una y echó todo de nuevo en el jarrón. Un humo rosado que hacía cosquillas en la nariz salió de los excrementos. Arrugó la frente durante unos instantes y concluyó.

—Mi examen ha terminado, doctor Liu, ahora puedo hacer hipótesis plausibles sobre la enfermedad que tortura a este niño.

El viejo chino no había perdido ni siquiera un gesto del jesuita y seguía hipnóticamente la espiral de color púrpura que se había quedado tras las operaciones.

—Tengo la impresión de que conocéis muy en profundidad las prácticas de los taoístas, doctor Terrentius. Al igual que ellos, seguramente conoceréis tan bien la naturaleza que podéis aniquilar la materia y crear una nueva. ¿Tenéis quizás también el secreto de la vida eterna?

—No, no me ocupo de la búsqueda de la inmortalidad y no estoy capacitado ni para crear ni para destruir la materia. Estoy convencido de que nada se genera y nada se disuelve, sino que todo existe ya y puede solamente transformarse. Así que me limito a estudiar los cambios íntimos de las sustancias. Lo mío es alquimia, una ciencia que en mi tierra tarda en afianzarse y que, es más, no se comprende y es fuente de persecuciones.

—¿No se puede, en el Gran Occidente, estudiar la transformación de las cosas?

—Vos vivís en un país que respeta la sabiduría, doctor Liu. En nuestro caso, no siempre es así —cambió bruscamente de tono—. Ahora, con vuestro permiso... —se giró hacia Pequeño Zhang en voz baja—. Pregunta a las dos sirvientas, quiero saber quién prepara la comida del pequeño y quién se la trae —el joven salió corriendo.

Mientras tanto, el médico chino iba quitando las agujas del cuerpo del niño.

—Ya está —dijo señalando al niño que había recobrado el color y ahora

descansaba serenamente—. Nuestro pequeño amigo parece que se encuentra mejor. Y es siempre así después de las agujas. Si permanecéis aquí durante las próximas horas, veréis que la poción de jengibre que toma después de comer le tonifica todavía más. Pero al acercarse la noche es cuando las cosas empeoran. Alrededor de la tercera hora grande se despierta con un fuerte dolor en el vientre, náuseas, y empieza a sudar abundantemente. Luego llegan los vómitos, la diarrea, el dolor es cada vez más agudo. Por otra parte, no le puedo practicar las agujas con mucha frecuencia ni darle mucho jengibre. Acabaría con sus órganos internos si exagerase. Por la noche intento aliviarle las penas con una infusión de *lurong*.

—¿*Lurong*? —le preguntó con curiosidad Schreck.

El chino extrajo del bolsillo de la túnica una bolsita de papel y le enseñó unos discos que en apariencia eran de madera.

—Parece material óseo —observó el jesuita.

—De hecho son pequeños trozos de cuerno de un determinado ciervo que vive en los montes Changbai, en la frontera noreste de nuestro país. Lo utilizamos para reforzar, revitalizar y nutrir el *qi*. Para evitar el prolapso de las vísceras, al alba, en la hora media, y al atardecer, mando que le suministren una infusión de esta medicina con un sabor muy ácido —y cogió de su amplio bolsillo otra bolsa, le enseñó un conjunto de finos arbustos oscuros, cortísimos y cuidados, que crecían de un mismo nudo vegetal.

Schreck lo examinó durante pocos segundos.

—*Rhizoma podophylli* —dijo más para sí mismo que para conversar con Liu.

—Como todos los medicinales con sabor ácido, también este tiene fuertes propiedades astringentes y sirve para contener las pérdidas de líquidos. Y en cambio —concluyó Liu desconsolado—, todo esto consigue aliviar los dolores al niño solo durante poco tiempo. Pasado un rato y a partir de la primera hora grande de la tarde, la situación se precipita y por la noche empeora. Vamos, doctor Terrentius, las agujas y los fármacos actúan correctamente pero el efecto dura poquísimo.

Schreck se quedó pensativo, mientras que con una mano se sujetaba la cara movió ligeramente la cabeza. Liu lo dejó durante un momento y fue a controlar la respiración del niño. Mientras tanto entró Pequeño Zhang, se acercó al jesuita y le susurró algo al oído. El alemán asintió y le dejó marchar. Cuando el viejo chino volvió a su lado, le miró fijamente.

—Doctor Liu, ahora puedo revelarle por qué el pequeño Zhao empeora. Pero no será fácil comunicárselo al padre, necesitaré discreción y firmeza.

## Capítulo 18

Una veintena de pequeñas lámparas estaban esparcidas un poco por todas partes iluminando completamente la sala. Encima del pedestal dos hombres robustos, con la casaca marrón larga hasta las pantorrillas, estaban de pie inmóviles, exhibiendo una lanza con el gallardete rojo sobre el que se veía claramente el símbolo *zhao* en negro. Además de los dos guardias, todavía no había nadie en la sala de las audiencias, y Schreck pensó que podría acercarse para contemplar desde cerca las pinturas desplegadas en las paredes. El viejo Liu le seguía muy de cerca, con las manos detrás de la espalda.

—Este es el estilo *fei bai*, blanco volador, de Wang Yuzheng —le explicó indicando una—. Se ha utilizado un pincel de cerdas separadas, y ello dona una impresión de ligereza y movimiento. Es una obra de rara belleza que tiene ochocientos años de vida. Observad esta otra pintura —y señaló un segundo rollo—. Aquí han sido utilizadas las pinceladas *dafupi cun*, parecidas a gruesos cortes con un hacha, y la roca parece que acaba de caer rodando desde un precipicio. El autor es Ma Yuan, un artista que demostró que un pintor puede considerarse como tal, solo si sabe dominar todas las técnicas.

Interesado en estas explicaciones, Schreck admiraba las pinturas y buscaba descifrar los caracteres de los versos que les acompañaban. Fue precisamente en ese momento cuando, precedido por un sirviente, entró Zhao Cao, con un paso lento y majestuoso. Detrás de él venía su primera mujer y las cuatro concubinas seguidas por tres eunucos. Esta vez las mujeres no tenían abanicos y los labios apretados revelaban que, bajo los polvos Cándidos, el color del rostro tenía que ser igualmente blanco. El breve cortejo estaba cerrado por un hombre insignificante con la barbilla afilada, que vestía un batín negro y llevaba en la mano un pequeño cofre.

El mandarino subió sobre el pedestal y tomó asiento en la silla central. Las consortes del magistrado se alinearon de pie detrás de la mesa en el centro de la sala, mientras que el recién llegado sacaba de los cajoncitos el papel, la piedra, un pequeño paralelepípedo de pintura solidificada, un frasco con agua, los pinceles, y al final se sentó. Zhao invitó a Liu y Schreck a sentarse a su izquierda, los eunucos se situaron con los brazos cruzados en posición de guardia en la puerta de entrada.

Antes de que la sesión quedara abierta, con un gesto de la cabeza, el juez dio la orden de alimentar el incensario que estaba encima del altar de los antepasados. Los bastoncitos comenzaron inmediatamente a quemar difundiendo un humo denso e intensamente aromático. Tomó la palabra Zhao Cao.

—Que todos tengan siempre presente que esta es una sesión oficial del tribunal y que todo cuanto sea dicho será registrado por el escriba —entonces indicó al hombre sentado que movía sinuosamente el pincel por la hoja—. Que cada uno hable con la

máxima prudencia porque aquello que escuche podrá influenciar mi juicio —hizo una pausa, se aseguró de que también el secretario hubiera acabado de escribir y continuó—. El doctor Terrentius, que ha recorrido noventa mil *li* para llegar a nuestro país, goza de gran admiración entre su gente. Es un médico desinteresado, animado solo por la compasión, que busca la verdad de las cosas. Yo, Zhao Cao, magistrado de primera clase, miembro emérito de la Academia de la sala de la elegancia y de la rectitud, cuarto secretario de la Academia de la veneración por la literatura, canciller del departamento del recuento de votos de los exámenes imperiales y enviado del augusto emperador para administrar justicia en esta isla, he invitado al doctor Terrentius para que se ocupe de cuidar a Zhao Wen, mi único hijo varón, que he tenido con la tercera de mis concubinas, y él ha aceptado con benevolencia mi petición. ¿Es así?

Schreck contestó.

—Corresponde a la verdad, señor juez.

El mandarino retomó el hilo del discurso.

—El doctor Liu, venerable miembro de la Academia Imperial de Medicina y médico encargado de los cuidados del niño, ha asistido en todo momento y ayudado en todo al doctor Terrentius, es decir, ha seguido todos sus movimientos. ¿Corresponde a la verdad? —el viejo asintió—. ¿Y habéis verificado que el doctor Terrentius ha actuado en el único interés del conocimiento, que no ha ejercido prácticas nocivas para el niño y que estaba siempre dirigido de forma respetuosa, hacia quien un día practicará el culto de los antepasados para venerarme?

—Noble Zhao —quiso confirmarle Liu—, el extranjero ha tenido un comportamiento reverente con el pequeño Zhao Wen y se ha prodigado en todo momento para estudiar el caso.

El magistrado entonces concluyó.

—Podemos afirmar que el doctor Terrentius ha merecido plenamente la confianza que en él depositamos —hecha la pausa pragmática para que el escriba completara la propia obra, se dirigió de nuevo al jesuita—. Doctor Terrentius, en expresaros mi gratitud por el honor que habéis asumido, quiero que ahora contestéis lo que el procedimiento me impone haceros. ¿Sabéis cuáles son los diez grandes crímenes?

—No, señor juez.

—Es necesario que yo os los ilustre. Solo después de haberos instruido sobre este argumento, os daré la palabra para que testifiquéis —y comenzó a enumerarlos—. El primer gran crimen, *mou fan*, es aquel que comete quien está conspirando contra el emperador; el segundo, *mou dani*, designa aquellas acciones realizadas para destrozarse el palacio, los templos y las tumbas imperiales; el tercero, llamado *mou pan*, es un tipo de complot que tiene como finalidad traicionar al propio país con la ayuda de los rebeldes. Luego están los delitos *eni* y *budao*, el primero consiste en herir o golpear

hasta la muerte a los miembros de la propia familia, como los abuelos de origen paterno, los padres, el tío paterno, la propia esposa, la tía paterna, los hermanos, los abuelos maternos, el consorte o el primogénito del propio esposo; el otro se refiere al homicidio llevado a cabo contra tres personas de una misma familia que no son culpables de ninguna infracción. El sexto gran crimen se llama *da bujing* y agrupa una serie de odiosas acciones, como robar los objetos que se utilizan en los sacrificios imperiales o falsificar los sellos imperiales, preparar medicinas equivocadas para el soberano o también suministrárselas, construir para él naves que luego naufragan, criticarlo, injurarlo, oponerse a sus decretos, faltarle al respeto. El séptimo crimen, *buxiao*, se comete cuando se profieren palabras no correctas contra los abuelos y los padres, cuando no se lleva a cabo su sustento, cuando se tienen banquetes con música durante el período de luto por su muerte, o si no se lleva el luto y no se participa en los rituales de duelo, en el supuesto de que estos falten. El octavo crimen tiene que ver con acusar o golpear al consorte o a los parientes de rango superior de la propia familia, este se llama *bumou*. El noveno o *buyi*, es el homicidio de un funcionario o de un maestro mientras este está enseñando, o el de un comandante a manos de un soldado. Por último, tenemos el llamado *neiluan*, que consiste en practicar el comercio ilegal con los propios padres o con una concubina del propio padre. Bueno, doctor Terrentius, ¿pensáis que los argumentos que me vais a indicar tienen que ver con uno de estos crímenes?

—Sí, ilustre señor Zhao, el cuarto que habéis llamado *eni*.

—Entonces en este caso no podéis eximirlos de contar los hechos que conocéis, porque si lo hacéis seréis a su vez condenado como cómplice. Los diez grandes crímenes son las acciones más infames que el ser humano pueda realizar. Sopesad con cuidado cada palabra, porque de vuestro testimonio podrán revelarse hechos y responsabilidades. Y no evitéis aportar pruebas de todo lo que queráis demostrar.

Schreck asintió lentamente y comenzó su declaración.

—Señor juez, cuando me llamaron para prestar mis servicios como médico al joven, para más inri vuestro primogénito, me vi lleno de una responsabilidad inmensa ya que la misión era ardua y el éxito incierto. De todos modos acepté, no solo por reconocimiento hacia quien me había demostrado confianza, sino también por un antiguo juramento que presté hace muchos años, en mi país, junto a colegas y amigos de gran valor, que consiste en poner todos mis conocimientos al servicio de la humanidad.

»Por lo tanto, junto al doctor Liu reconocí al niño, y en primer lugar, me llamaron la atención sus ojos hundidos con unas ojeras muy oscuras, el excesivo calor que emanaba y el fuerte olor a orina que su aliento emitía. Un claro estado de intoxicación maligna, debido a la coagulación de esos licores que deberían estar ausentes en una situación de buena salud. Luego, la palpación de la nuca, del hueso

mandibular y de la garganta entera, puso en evidencia la existencia de que algunas glándulas esponjosas que alimentan los humores internos estaban algo inflamadas. Sucesivamente la auscultación del pecho y del vientre me confirmó que el pequeño estaba padeciendo la contaminación de la sangre a causa de una sustancia fría. Los pulmones se escuchaban casi encharcados, el corazón latía irregular y luchaba con fatiga contra algo extraño. En el hígado advertí ruidos encadenados, el intestino emitía sonidos obtusos. De este examen subjetivo obtuve mi primera consideración: el niño está a merced de una invasión de fluidos de naturaleza nitrosa.

»Pero necesitaba pruebas objetivas para sufragar la tesis. Por eso empleé algunas sustancias que llevo siempre conmigo en mi bolsa. Pude de esa forma efectuar dos simples experimentos con las heces del jovencito. El primer experimento con sal de aluminio enriquecida con cobre y potasio mercurial, el segundo con una solución obtenida de hojas del heliotropo y del *amaricus* tratadas con esencias de sodio de lejía y ácido marino exfoliado. Sometí los excrementos a estas dos pruebas. Los productos que se obtuvieron de la reacción, potasio corrosivo y vapores de nitroso, eran precisamente los que resultan cuando se somete la almendra amarga triturada a los mismos tratamientos. Está claro que una almendra no ha hecho nunca mal a nadie, pero es algo sabido que un destilado de almendras provoca el envenenamiento de la sangre. Por lo que deduje fácilmente que lo que el joven Zhao Wen tenía que tener era una alta concentración de esa sustancia, ya que hasta sus excrementos intestinales se veían impregnados. ¿Pero cómo podía el niño haber ingerido esa sustancia? Seguramente no de forma voluntaria, ya que el sabor del destilado de almendras es tan amargo que cualquiera rechazaría tomarlo, sin contar que bebiendo algo más de dos tercios de onza se muere en el acto. Dicha hipótesis viene reforzada por un hecho que me indicó el doctor Liu. Después de las comidas, el pequeño empeoraba. Por lo que en ese momento todo me cuadró. Las curas de mi valiente colega son muy eficaces, tanto es así que después de la acupuntura y las pociones medicinales, el joven parece sentirse mejor, pero en cuanto empieza el proceso de la digestión, sus condiciones se precipitan porque la maldita sustancia entra en circulación y empieza a envenenar todo el cuerpo. Y así, poco a poco, el niño ha acumulado tanta esencia tóxica que puede llegar a morir.

Las palabras de Schreck crearon una tensión helada en el auditorio. El magistrado medio cerró los ojos hasta parecer dos fisuras, el viejo Liu se torturaba los dedos. Las mujeres, con la mirada en el suelo, parecían petrificadas. Zhao Cao intervino.

—¿Hay otras consideraciones que tenéis que contar?

El jesuita dudó unos instantes.

—La conclusión es clara. Vuestro hijo es víctima de un envenenamiento.

—¿A través de la comida, doctor Terrentius?

—No conozco otro modo que puede obligar a un niño a tomar una sustancia

amarga y desagradable como el destilado que se obtiene de las almendras... — parecía querer continuar pero se detuvo titubeante.

—¿Hay algo más doctor? Os recuerdo que estáis en presencia de un tribunal imperial y tenéis el deber de decir todo lo que sabéis. La ley es severa con quien no expone integralmente los hechos que conoce: cincuenta golpes con una vara pequeña, que llegan a ser ciento cuarenta con una vara grande, si estamos en presencia de uno de los diez grandes crímenes. Y como vos estáis protegido por pertenecer a la comunidad portuguesa, la pena se ejecutará sobre vuestro siervo chino.

Schreck había escuchado hablar de la pequeña y de la gran vara. Dos tipos de palos que producían heridas sutiles y profundas, difíciles de curar, y que causaban dolores indecibles. La idea de que Pequeño Zhang pudiera quedar sometido a tal tratamiento le puso la carne de gallina. Por suerte el joven no estaba presente porque, de forma contraria, habría tenido un susto de muerte.

—Expondré lo que hasta ahora he callado. El niño, lo confirmo, se encuentra bajo la nefasta influencia del veneno —dijo—, y repito con igual firmeza, es la alimentación el vehículo de la sustancia inicua. Afirmo también que es posible conocer el nombre de la persona que atenta contra la vida del pequeño.

Estas últimas palabras fueron el prelude de un grave silencio. Los oídos de todos permanecieron alertas y el único rumor que se percibía era el pasar del pincel del escriba, que se preocupaba de anotar los últimos caracteres sobre el papel. El juez, agarrado angustiosamente a los brazos de la silla, analizaba la sala con la mandíbula contraída.

—Hablad, doctor Terrentius, desvelad el misterio.

Schreck miró primero al juez, luego a la mujer y las concubinas, que seguían mirando el suelo, inmóviles.

—Mi deducción carece de méritos porque es el fruto de un par de preguntas demasiado simples que, estoy seguro, vos ya las habéis pensado con una agudeza bien superior a la mía. La primera es, ¿quién está encargado de preparar las comidas al pequeño Zhao Wen?

Fue en ese momento cuando la primera mujer del magistrado se dirigió con un salto hacia el pedestal, se postró delante del marido y ejecutó la devota reverencia ritual, acercando la frente tres veces al suelo; luego casi gritó.

—Mi señor, es vuestra tercera concubina, Gao Mei —y se giró durante un instante para acusarla con el dedo—, la que todos los días se ocupa de la preparación de las comidas del niño. Cada vez que he intentado ayudarla en dichos trabajos, ella me lo ha impedido faltándome al respeto. Para evitar mis iras ha llegado a decirme que no quería que yo me cansara y que había que ceñirse de forma escrupulosa a las indicaciones del doctor Liu...

—¡Callad señora! —ordenó perentorio el magistrado—. ¡Nadie ha pedido que

intervengáis!

Gao Mei, que había seguido la intervención de la primera mujer con una mano en la boca, corrió a su vez a los pies del magistrado y se arrodilló bajo el pedestal.

—Yo me ocupo de las comidas de vuestro heredero, mi señor, pero haced que las sospechas no manchen mi nombre, soy la madre de vuestro único hijo y, si su vida se está marchando, con ella también la mía parece cada día —se arrodilló dolorida.

Zhao Cao estudió un instante aquel lío humano a sus pies e increpó a la mujer.

—Señora, nadie ha realizado todavía ninguna acusación —así que ordenó con voz grave—. ¡Que el doctor Terrentius termine su propia exposición!

Schreck había seguido los movimientos de las dos mujeres sin moverse.

—Antes de pasar a las conclusiones es necesario enunciar y resolver la segunda de las preguntas que están en la base de mi razonamiento. ¿Quién es el encargado de llevar las comidas al joven cito?

La pregunta quedó sin respuesta: un lamento terrorífico se elevó en la sala y todos se giraron hacia la primera consorte que rodaba en el suelo con baba en la boca. La mujer, con un ataque de convulsiones, se agitaba sobre el suelo y se arrancaba la ropa que llevaba. Gritaba frases sin sentido cuyo significado se perdía en los lamentos. En el brevísimo tiempo que el doctor Liu empleó para bajar del pedestal y sujetarla, la infeliz había dejado los senos al descubierto y con feroz determinación se había arañado con fuerza, tanto el rostro como el pecho, que se habían convertido en una horrible y obscena máscara de sangre. Bastó una breve presión del pulgar en un punto preciso de la nuca, y la mujer se dejó caer como un saco roto, perdiendo los sentidos entre los brazos del anciano.

La tercera concubina se puso mientras tanto de pie y, con las manos en los ojos, percibía el insano delirio de la otra.

—¡Señor, señor! —gritó apenas la capa del silencio se sobrepuso a las voces—. ¡Entonces es solo culpa mía! Soy yo la que permití que la primera mujer llevara la comida a mi niño... me lo había pedido... fue un gesto de piedad hacia esa mujer —e indicó a la desgraciada postrada en el suelo—, una desafortunada que no os ha dado hijos. Yo, yo no me opuse, pensaba... creía que así podría amar más al pequeño, a pesar de no ser suyo, estaba casi contenta de que lo hubiera aceptado de tan buen grado...

El juez Zhao con un gesto de la mano calló a la mujer y se puso de pie. Durante unos instantes eternos se mantuvo en silencio, observando primero a una y luego a la otra. Luego cruzó los brazos y habló sin emoción, con voz clara y fuerte.

—El caso ha quedado claro. Los celos armaron de veneno la mano de mi primera consorte que quería deshacerse de un niño que no era suyo. Quizás temía que la propia dignidad desaparecería cuando, una vez mayor, mi hijo se convirtiera en padre de familia y su madre legítima gozara de los privilegios de la mujer más importante

de la casa. Lo que la primera mujer ha dicho y ha hecho hoy, es para mí la prueba evidente de la precisión de sus intenciones y de la premeditación que había en la base de su gesto tan poco noble. Atroz es el atentado a la vida de mi heredero, grave es el haber intentado acusar a un inocente. Horrendo es el delito con el que se ha manchado esta desafortunada y para ella hay una sola pena que puede situarnos de nuevo en armonía con el Universo —los ojos del mandarino parecían expulsar fuego—. Por la facultad que el Hijo del Cielo me ha concedido, condeno a esta mujer a la decapitación. ¡Y que nadie lleve luto por ella! ¡La sentencia será ejecutada en otoño, cuando el año va camino de la extinción y es por lo tanto el momento más oportuno para quitar la vida a los criminales! ¡Que el padre de esta mujer, los hermanos y todos los familiares hasta el segundo grado, sean exiliados perpetuamente a mil *li* de distancia de la propia residencia, que lleven todos en el rostro la marca de la infamia, que sus bienes sean confiscados! Condeno además a las siervas personales de esta desafortunada a setenta golpes de vara grande y a cuarenta días de collar de madera de veinticinco libras de peso, con exposición en público, y que cada una deposite quinientas onzas de oro en el erario para evitar la pena capital por estrangulación. ¡Copias de las condenas se colgarán en el exterior de esta casa y en la puerta de la ciudad! ¡Y ahora que todos desalojen este salón, a excepción del doctor Terrentius!

Los eunucos cogieron en peso el cuerpo de la primera mujer y salieron de la sala. Marcharon con la cabeza agachada las otras mujeres y entre estas la madre del niño, que sollozaba en silencio. Liu se despidió con una vistosa reverencia. Los últimos en dejar la sala fueron los dos armígeros que cerraron la puerta tras ellos. El magistrado y el jesuita quedaron a solas.

—Sentaos a mi lado, doctor —invitó con un tono de cansancio Zhao Cao.

Había perdido el aire austero desahogado durante la audiencia y parecía que de golpe un peso inmenso le había caído sobre los hombros. Schreck se acomodó.

—Señor juez, mi alma está destrozada por dos contrastantes emociones. La satisfacción, por haber contribuido a salvar la vida del pequeño inocente, y la pena, por el castigo ejemplar que habéis querido infligir a vuestra primera mujer.

Zhao le miraba a los ojos amigablemente.

—No os angustiéis, la ley tiene que seguir su curso y nosotros tenemos que abstraernos de la misma. Si no... ¿Acaso pensáis que no lo siento? Esa mujer la elegí como esposa cuando todavía era una niña y ha ido envejeciendo junto a mí. Ha seguido todos los escalones de mi carrera, exhortándome y confortándome según era el momento. Al no tener herederos, después de muchos años de mi primer matrimonio consideré oportuno tener concubinas. Las elegí entre las jóvenes más vistosas de la provincia. Y ella ha dirigido el gineceo respetando mi voluntad, con equilibrio, devoción y rectitud, y constantemente ha sido un punto de referencia para las otras mujeres de la casa, ya que ha personificado con convicción la virtud

confuciana del respeto que la mujer tiene que tener hacia el marido. Pero, cuando Gao Mei tuvo al pequeño Zhao Wen, algo se le rompió dentro.

—Podrías reducirla a la miseria, echarla, exiliarla, deportarla. ¿Por qué suprimirla?

—La ley es clara. Uno y solo uno es el castigo para quienes cometen uno de los diez crímenes grandes. La muerte. No puedo hacer nada con esa desafortunada. La justicia tiene su propia lógica, el Cielo lo quiere y quien se opone hace un feo al Cielo.

Schreck entendió que nunca podría hacerle cambiar la condena de muerte. El magistrado cambió de conversación y fue al punto de la reunión reservada que había querido.

—Os agradezco enormemente, doctor Terrentius, lo que habéis hecho por mi pequeño heredero. Y por este motivo os invito vivamente a decirme cómo puedo corresponder a vuestra generosa amistad. Podéis pedirme lo que queráis, cualquier cifra.

Schreck no se demoró.

—El encargo que me habéis otorgado ha sido un honor tan grande que por sí solo recompensa al máximo. Además, nunca he ejercido el arte del médico por lucro —las cejas se arquearon, empujadas por un pensamiento—. Hay algo que, en cambio, sí me atrevería a pedir, una cosa que sería para mí extraordinaria.

Y el juez le contestó inmediatamente.

—No realizo milagros como los santos *bodhisattva*, si bien haré lo que esté en mi capacidad para satisfacer vuestra petición. ¿De qué se trata?

—Quisiera un salvoconducto para ir a China.

Schreck hizo un último gesto para despedirse del juez y se dirigió hacia la litera situada en el centro del patio. Allí vio a Pequeño Zhang que le esperaba paciente sentado sobre sus talones.

—Estás pálido, ¿qué te ha ocurrido? —le preguntó antes de subirse al vehículo.

—Nada padre mío, estaba preocupado por vos.

—Y cuando estás preocupado, ¿tienes la respiración entrecortada como un fuelle?

—Claro que no, padre mío, me parece que respiro regularmente.

—¿Y cuando respiras regularmente se te rompen los vestidos?

—¿Cómo padre mío?

—Tienes un roto en la manga de la camisa.

—No me he dado cuenta, le pido perdón, padre mío.

—Tienes también una señal fea en el cuello.

—¡Oh, cielo! ¿Una enfermedad?

—No joven, me parece a mí que es un mordisco.

—¡Pero, padre!

—Por los pelos enredados y los restos de pintalabios que te aclaran el bigote, deduzco que no se trata de una enfermedad grave, sino de un mal pasajero, natural, que afecta a los jóvenes como tú, y que a veces sucede también a los menos jóvenes, cuando tienen un choque con alguien que ha utilizado polvos, una joven, por ejemplo.

—No le entiendo, padre mío...

—Al contrario, pienso que has entendido perfectamente mi discurso, joven. Bueno, ahora basta de charlas. Dile a los siervos que tengo prisa, y tú, por favor, corre junto a la litera. No me gustaría que te perdieras, como de vez en cuando haces, en el trayecto entre las casas de té.

Pequeño Zhang no tuvo tiempo para replicar porque Schreck se había subido a la litera y había cerrado las cortinas. El joven no llegó a ver por lo tanto al jesuita que tenía grabada en el rostro una sonrisa enorme.

## Capítulo 19

»Querido amigo Johann Faber, hoy 3 de mayo de 1621, y siempre, en la paz de Cristo». Con aquel calor agobiante, la tinta se secaba tan rápidamente que no era necesario esparcir el polvo para secarla. «Hace unos meses ya te escribí sobre ciertas actividades que hacen extraordinaria mi existencia en Macao. Estas me dan cada vez más satisfacción. Sobre todo, ahora sé escribir en la lengua de los chinos, también con el pincel y la tinta, que aquí no es líquida como la usamos nosotros, sino sólida. Se diluye con unas gotas de agua encima de una piedra y se obtiene así una mezcla negra que se emplea para trazar los caracteres. También he aprendido el método de formular juicios sobre las enfermedades con la palpación del pulso y el arte de curarlas con largas agujas de metal. Mi maestro es el doctor Liu, un anciano médico que me ha guiado también en el estudio de una enciclopedia china que se titula *Ben cao gang mu*, que significa, *Tratado de terapia vegetal*. El autor de la obra, Li Shizhen, era un hombre que hubiera podido formar parte con título pleno de nuestra Academia de los Lincei, porque consagró toda su vida al estudio de la naturaleza. La enciclopedia es magnífica, contiene once mil novecientas dieciséis prescripciones en las que se sugiere el empleo de hierbas, o partes de animales, o también minerales, para curar una amplia selección de enfermedades. El único lado negativo de esta obra está en los dibujos. Estos son más de mil, pero todos algo primitivos y burdos, si los comparamos con los nuestros. El doctor Liu me ha contado que Li Shizhen consiguió supervisar la incisión de los caracteres que conforman el texto, pero no llegó a tiempo para ocuparse de las figuras, ya que en 1593 murió. Entonces, sus hijos y nietos se afanaron en imprimir velozmente la obra. En este espacio de tiempo las ilustraciones fueron realizadas de forma chapucera y en el último momento.

»Es precisamente pensando en este aspecto que he comprendido por fin, qué sería importante realizar para llevar gloria a Dios y respetar aquel pacto que nos unió en el nombre de san Juan y de los linceos. Quiero ir a Hangzhou para ponerme en contacto con los descendientes de Li Shizhen, que viven allí. Qué es lo que podría ocurrir en este encuentro no lo puedo saber todavía. Si a estos no les apetece verme, la aventura acabará muy pronto. Si en cambio, son, como espero, sensibles ante tal llamada, podré realizar mi proyecto, intercambiar información y saber, de forma pacífica. No queda excluido que yo pueda ponerme a su servicio para realizar los dibujos del *Ben cao gang mu* de cara a una futura edición. Pero todo está todavía en los planes del Altísimo.

»El primer paso está dado de todos modos. El juez Zhao Cao que aquí representa al emperador, a cambio de una ayuda que le di hace tiempo para resolver un problema delicado, me ha concedido un salvoconducto para entrar en China. Te hablaré en otra ocasión del juez y de sus asuntos porque nos marchamos mañana y, aunque llevo

tiempo preparándome, todavía tengo muchas cosas que hacer y me encuentro muy nervioso.

»Mi meta será por lo tanto la ciudad de Hangzhou. Para llegar hasta allí es necesario realizar un largo y arriesgado viaje, miles de millas que recorrer, ríos que ver, lagos que atravesar y montes que superar. Y no es una empresa fácil para nosotros los occidentales movernos en esta época en China. Las condiciones no son las más propicias, la oposición a los extranjeros ha alcanzado las cotas más altas, en todas partes. El procurador Trigault quiere que alguien me asista durante este viaje difícil. Se ha ofrecido inmediatamente Jaime Rho, el matemático italiano, pero al final he elegido al padre Julio Tolentino para que me acompañe, ese otro italiano del que ya te hablé y que a menudo me presta servicio. Confirmando que está dotado de buena voluntad y generosidad, deseo de aprender y curiosidad, aunque sobre la ciencia todavía le queda casi todo por aprender. Mis otros hermanos nos alcanzarán posteriormente, cuando el momento sea más favorable.

»Reza por lo tanto por mí y haz una cosa positiva para ayudarme, pregunta al señor Galileo si quiere enviarme sus nuevas tablas para el cálculo de los eclipses, ya que, si algún mérito tenemos ante los ojos de los chinos, es nuestra capacidad de prever los fenómenos del cielo, algo que ellos ignoran bastante, aun teniendo grandiosas concepciones sobre el cómo y el porqué los astros están allá arriba.

»Antes de concluir esta carta, te cuento ahora brevemente los dibujos del viaje que como sabes, constituyen el *Plinius Indicus*. Los estoy enriqueciendo con los que he realizado en Macao, reproduciendo las especies vegetales chinas. Te los enviaré muy pronto a Europa para la publicación.

»Me conforta enviarte saludos fraternales. No olvides darle recuerdos de mi parte a nuestro príncipe y al señor Galilei, por quienes rezo mucho».

Unos leves golpes en la puerta detuvieron la escritura. Era Pequeño Zhang.

—Padre mío, he traído un poco de té —dijo mostrando un vaso de cerámica con tapadera.

—Gracias hijo, apóyalo encima de la mesa y ve a terminar el equipaje —Schreck inclinó la cabeza para seguir escribiendo. El joven permaneció de pie junto a la mesa—. Te he dicho que puedes marcharte —le repitió. Pero el joven permanecía, mirando al suelo y dudando. El jesuita respiró profundamente, apoyó la pluma y se puso erguido—. ¿Qué pasa?

—¿Puedo ser sincero, padre mío?

—Tienes que serlo, como siempre.

—¿Cualquier cosa que diga?

—¡Oh! —se quejó Schreck—. No me hagas perder el tiempo, mañana nos vamos, tengo un montón de cosas todavía que hacer. ¡Y también tú! ¿Has comprobado las cajas con los libros? ¿Y los instrumentos?

—No me gritéis, os lo ruego.

—Escucha Pequeño Zhang, dime rápidamente la razón por la que estás haciendo esta escena, o si no vete corriendo a terminar los preparativos...

—Hablo, hablo, padre mío... —y calló con los ojos siempre hacia abajo, que espiaban de forma oblicua al misionero.

—¡Hablo! ¡Hablo! ¡Y luego te callas! Ahora vete, ¡basta!

—Bueno, padre mío —empezó el discurso el joven—. Me gustaría pedirlos...

—¿Pedirme?

—Una cosa importante.

—¿Y?

—Bueno, tiene que ver con la organización de nuestra marcha.

—Visto que el tiempo apremia, quizás es oportuno que intentes decirme lo que quieres hoy.

—No bromeéis padre mío, es algo muy importante, es más, importantísimo.

—¿Así que te has tragado la lengua?

—Tiene que ver con Xiao Juhua.

—¿Y quién sería este Pequeño Crisantemo?

—¿Cómo, no os acordáis?

Schreck estaba a punto de explotar. El joven comprendió que no podía seguir jugando.

—Cuando hace cinco meses fuisteis a visitar al juez Zhao Cao para ver a aquel niño enfermo...

—Tú no lo sabes, ¡pero aquel día casi recibes un gran bastonazo, joven! —soltó con todas sus fuerzas Schreck, interrumpiéndolo—. Quizás debí ordenar que te lo dieran...

—¿Yo casi...?

—¡Ahora no tengo tiempo para contarte, continúa!

—¡Si tenéis en mente aquel día, entonces no podéis haber olvidado a Xiao Juhua!

—¿Quién diablos es? —gritó exasperado el jesuita.

—No se puede olvidar un rostro tan sublime, dos ojos tan expresivos, una boca que parece una flor, una cinturita...

Schreck se puso de pie empujando la silla.

—Eh, no, ¡no! Solo me falta que me describas particulares íntimos. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Padre mío, perdonadme, ¡perdonadme! La cabeza, ¡la he perdido!

—Entonces, encuéntrala inmediatamente antes de que te eche.

—Xiao Juhua es una de las camareras que se ocupan del hijo del juez, ¿os acordáis ahora? Me mandaste que le pidiera un barreño con agua y algunas informaciones...

—Ahora me acuerdo, la joven. Me parece que llegaste a conocerla más bien a fondo. Recuerdo tu camisa rota y una señal en el cuello... —Pequeño Zhang se puso rojo como un tomate—. ¿Y qué tiene que ver ella con nuestra marcha?

—¡Padre, la amo! —dijo de un tirón el joven.

—No entiendo.

—Y ella también me ama, padre mío.

—Sigo sin entender —continuó Schreck que en cambio comenzaba a tener una terrible sospecha.

—¿Entendéis que nos amamos, padre?

—¿Te has enterado de que ya me tienes hartos?

—Padre mío, no puedo vivir sin ella y ella no puede vivir sin mí.

—¿A cuántas jóvenes has dicho esta tontería?

Pequeño Zhang se enfadó.

—Esta vez es especial.

—¿Especial hasta qué punto?

—Hasta el punto de que mañana, en cuanto desaparezcamos por el horizonte, ¡ella se matará!

—¡Pues entonces puedes quedarte aquí en Macao! Tú habrás salvado la vida a una estúpida y yo me liberaré de un tontorrón.

—No os dejaré nunca, padre mío. Podríamos en cambio...

Schreck le interrumpió inmediatamente.

—Si me quieres pedir llevar con nosotros a la joven, olvídale enseguida...

Pequeño Zhang se arrodilló con las manos juntas.

—Padre, ayudadnos, os lo ruego, ¡Xiao Juhua espera un niño! Si no se mata ella, ¡lo hará su padre!... ¡y también a mí!

—¡Dios mío! ¿Pero qué habéis hecho? —Schreck se pasó las manos por el pelo—. ¿Os habéis vuelto locos? Tú acabas de cumplir dieciséis años y ¿ella?

—Tiene tres menos.

Schreck se sentó en silencio y empezó a beber nerviosamente el té, un sorbo detrás del otro. Pequeño Zhang se quedó inmóvil, de rodillas. Después de unos minutos, el jesuita empezó a considerar la situación en voz alta.

—No tenemos la posibilidad de pedir ayuda al juez, ya que se ha marchado hacia Pekín con los cañones. El sabría cómo comportarse. Pequeño Crisantemo es una de sus siervas y, con el juez por en medio, el padre no se podría oponer. ¿Entonces? ¿Se te ocurre algo, sinvergüenza?

—Una cosa sí.

—¿El qué?

—¡Casarnos!

—¿Qué?

—Venga, no os hagáis el duro —Pequeño Zhang se levantó del suelo y se situó entre dudas junto al alemán—. Si Xiao Juhua se convierte en mi mujer, yo podré llevarla conmigo.

—¿Y al padre de ella quién lo convence?

—El director del colegio de San Pablo, padre Da Silva.

—¿Y en virtud de qué poderes debería persuadir a un hombre ofendido y enfadado para ceder a su propia hija a un desgraciado como tú?

—Muy sencillo, porque ese hombre es el jefe de obra de la construcción de la nueva catedral de San Pablo y tiene todo el interés en no descontentar al director.

Schreck lo fulminó con la mirada.

—¡Entonces has planificado ya todo! Pequeño Zhang, eres un ser ¡despreciable! —reflexionó un momento antes de añadir—. Ahora ve a terminar de preparar el equipaje. Luego vuelve aquí para que te dé dos copias de una carta que tienes que enviar desde el puerto y quiero que salgan enseguida. Después quédate en un sitio tranquilo sin causar más problemas. Dame tiempo para pensar cómo organizar esta locura. Tengo que hablar con el director... ¡qué follón!... ¿Pero tú sabes que el viaje será peligroso? ¿No es mejor que os caséis y ella se quede en casa con sus padres, al menos hasta que dé a luz?

—No es posible, padre mío. ¡No puede vivir sin mí!

—He conocido cabezotas durante toda mi vida, pero ¡hasta ahora no había encontrado un estúpido tan integral como tú! ¡Te crees las idioteces de las mujeres! —le hizo un gesto con la mano para decirle que se fuera—. ¡Venga, vete, quítate de mi vista! Necesito calma para reflexionar y tu presencia me pone nervioso. Venga, vete...

El joven se marchó con alas en los talones.

«Seguramente corre para darle la buena noticia a la joven de los ojos encantadores —pensó Schreck—. ¡Estos benditos jóvenes! ¡Más problemas!».

Mientras Pequeño Zhang acudía al puerto para entregar la carta a la nave portuguesa que estaba zarpando hacia Goa y la copia a un capitán de un navío mercante genovés, que iba hacia Filipinas y luego a Italia por el camino español, Schreck se fue a buscar al director del colegio. Lo encontró en la capilla, solo, apoyado en un reclinatorio, con la cabeza agachada y la cara escondida entre las manos, inmóvil como una estatua. No se advertía ni siquiera el movimiento de la respiración. Se le acercó. Da Silva, a pesar de las apariencias, tenía que estar pendiente, porque cuando escuchó los pasos acercarse, aunque con lentitud exasperante, se dio la vuelta y miró al recién llegado, pero sus ojos parecían mirar fijamente el vacío, sin focalizar.

—Ah... padre Terrentius —dijo con cierta lentitud.

—No quería molestarle, pero hay una cuestión urgente de la que me gustaría

hablaros —se excusó Schreck.

El otro pareció moverse y estuvo a punto de levantarse, pero no consiguió realizar aquel sencillo gesto, un peso inmenso parecía clavarle en el reclinatorio. Cerró un instante los párpados y se pasó con cierto cansancio ambas manos por las mejillas.

—Están ocurriendo cosas graves... gravísimas. Nunca hasta ahora habían ocurrido...

En la breve pausa que siguió, Schreck pudo observarlo mejor y le llamó la atención el color mortal del rostro y el temblor de las manos, que antes no había notado.

—Lo siento —dijo—, creo que he llegado en un mal momento. Puedo volver más tarde.

Los ojos de Da Silva parpadearon y con esfuerzo consiguió finalmente ponerse de pie.

—Quedaos, os lo ruego —un gesto de malestar le atravesó los labios—. Nuestra reputación... Los acontecimientos se sucederán de forma dramática e imparable... Nunca habría pensado... —se movió, respiró profundamente y con mayor seguridad afirmó—. No os preocupéis, será mía la responsabilidad de todo.

Schreck no conseguía entender qué es lo que quería decir Da Silva en aquel momento, ni se le pasó por la cabeza nada que pudiera justificar el estado de nerviosismo del director. Este miró a su alrededor circunspecto, asegurándose de que nadie estuviera en la capilla y, bajando la voz, siguió hablando.

—Comprenderéis cómo es difícil establecer si alguien es hereje —Schreck aguzó los oídos y sintió inquietud. El otro siguió cauteloso—. Se puede ser débilmente sospechoso de herejía, o si no fuertemente sospechoso, o gravemente sospechoso... —arqueó las cejas y levantó lentamente el dedo índice en el aire—. Pero se puede ser también simplemente difamado y no ser en verdad un hereje —se acercó a Schreck y le apretó el brazo—. ¡Encima hereje! ¡Es fácil acusar de herejía a los demás! Es muy fácil decir: «¡Ese es un adopcionista y sostiene que Jesús era solo el hijo adoptivo de Dios!». O si no: «¡Ese otro es un discípulo de Arnaldo de Brescia y como todos sus seguidores tiene que ser aplastado!». Pero luego —aquí empezó a susurrar—, que es un enricano puro o un simple simpatizante de Enrique el Eremita, o también un gnóstico marcionista, o peor, un monofisita que como los acéfalos se opone a las conclusiones del Concilio de Calcedonia, o un seguidor de Noé de Esmirna que identifica a Jesús y a Dios en una única entidad, o un gnosímaco que se estrella contra cualquier conocimiento, o si no un ebionita que practica la pobreza y no cree en el sobrenatural divino, o un artotirita que ofrece pan y queso durante la misa, o quizás... un calvinista... ¿Pero decidme, cómo se consigue demostrar con certeza?

Cada vez más preocupado, Schreck intentó sondear a Da Silva.

—¿Cómo es que me habláis de herejías y de herejes? ¿Qué es lo que está

ocurriendo?

El director se calló de forma seca y quedó petrificado. Se entendía que tenía que liberarse de un peso que llevaba en el pecho y que había pasado a ser muy pesado.

—Pasa que los que se adhieren a una forma de pensamiento, por mucho que este sea confuso, blasfemo, sórdido y contrario a cualquier evidencia, pueden siempre negar que sea su propia creencia, o si no abjurar. Mientras que, quien viene acusado de herejía porque existen pruebas concretas, evidentes e imposibles de negar por su culpabilidad, no puede hacer nada más. ¡No tiene esperanzas!

La angustia invadía a Schreck. Preguntó sin pensar.

—¿A quién os referís? Hablad más claramente, os lo suplico...

El director se exhibió en una sonrisa amarga.

—A la Santa Casa de Goa han llegado acusaciones anónimas, provenientes de Macao... —Schreck sintió su propio corazón perder un latido y dejó de respirar—. Acusan a padre Gaspar, nuestro farmacéutico —continuó Da Silva—, dicen que se ocupa de cirugía y que secciona cuerpos humanos. Esta mañana, en gran secreto, enviado por monseñor Francisco Delgado De Matos, el Gran Inquisidor de las Indias, ha llegado un agente de la Inquisición de Goa con el encargo de indagar, y ha encontrado, sin dificultades, los instrumentos quirúrgicos que Gaspar custodiaba en su laboratorio.

Schreck fatigaba en retomar la cantidad de aire para sus pulmones. La noticia le había provocado un vuelco, y de forma indeleble, aparecieron en su mente la figura y la voz del Gran Inquisidor, que había encontrado durante el viaje a Goa. Intentó replicar.

—Guardar no quiere decir utilizar...

—Es verdad, pero quiere decir tener, detener, conservar, mantener, preservar, defender, poseer, haber... Eso no confirma su uso, pero tampoco lo excluye, es más, lo sugiere.

—¿Y qué le ocurrirá ahora? ¿Dónde está Gaspar?

—Nuestro farmacéutico es un hombre honrado y disciplinado. Ha recibido la orden de no salir de su cuarto y la respeta, vigilado por uno de los soldados que acompañan al inquisidor. Mañana, si los monzones lo permiten, será trasladado a Goa.

—¿Y luego?

—Y luego, solo Dios lo sabe —siguió un largo silencio que Da Silva interrumpió después de santiguarse lentamente—. El agente de la Inquisición es un dominicano. Antes incluso de presentarse, me ha soltado en la cara ciertas fechas: 1131, 1157, 1163, 1195, 1212, 1215. ¿Sabéis que indican? No he tenido ganas de decirle que me eran del todo oscuras.

Schreck conocía bien aquellas fechas infaustas y no se maravilló de que para Da

Silva no significaran nada. Explicó brevemente que la primera se refería al Concilio de Reims y al decreto de Inocencio II que prohibía a los canónigos y a los monjes estudiar medicina con finalidad de lucro. La segunda recordaba cuando los cistercienses incapacitaron a los religiosos médicos para que practicaran la medicina fuera de los muros de los conventos. La tercera era la fecha del Concilio de Tours, donde se prohibió que los hombres de la Iglesia estudiaran medicina, disposición repetida en el Concilio de Montpellier en 1195, cuarta fecha de la lista. La quinta era la del Concilio de París que decretó la excomunión de todos los religiosos que practicaban la medicina *extra muros*, fuera de los monasterios. Por último, la sexta fecha recordaba la prohibición de la cirugía deliberada del Concilio Laterano, para la que *Ecclesia abhorret a sanguine*, la Iglesia aborrece la sangre.

El director no había seguido hasta el fondo la explicación, porque un pensamiento fulminante le dejó paralizado a mitad del discurso. Estaba inmerso en sus pensamientos, y cuando se dio cuenta de que el alemán había dejado de hablar, no encontró nada mejor que exclamar.

—¡Que se haga la voluntad del Todopoderoso! —lanzó luego una mirada circular, como para examinar minuciosamente la capilla—. Veis, nos vemos obligados a alabar al Señor en este local pequeño, en el que con dificultad entramos todos, agolpados como ovejas. Nosotros, su rebaño, no hemos sido todavía capaces de realizar la catedral. Quizás, cuando esté lista, las oraciones que podremos elevar desde un lugar más digno, serán escuchadas en su mayoría.

Schreck había entrado tantas veces en la capilla que no la encontraba tan pequeña.

—Hemos sido educados siguiendo a san Ignacio, en buscar y encontrar a Dios en cualquier cosa. Estoy convencido de que él nos escucha con inmensa atención también desde esta iglesia. En cambio son los hombres, director, los que no quieren escuchar. Los sordos están alrededor de nosotros y nuestros problemas nunca han llegado del Cielo, sino de la Tierra.

Da Silva pareció confortado tras estas palabras.

—Tenéis razón, tenéis razón. Atravesamos un momento difícilísimo... Esta historia de padre Gaspar me ha herido el alma y me ha llenado de angustia tanto por él como por mí que no he vigilado... ¿He dicho vigilado? —preguntó más a sí mismo que a Schreck—. ¿Pero a quién debería haber vigilado? ¿A un hombre pío que se ha ocupado siempre con abnegación de la salud de nuestro cuerpo? ¿Que nos ha confortado cuando estábamos enfermos, heridos o preocupados? ¿Es algo inconveniente buscar una relación entre el órgano y la función? ¿Verificar la perfección de la naturaleza que en los organismos vivientes realizan la síntesis más sagrada entre el ser y la vida? Y si no se verifica, ¿de quién podemos aprender el conocimiento? ¿De Galeno? ¿De Aristóteles? —tuvo entonces un presentimiento—. ¡Yo nunca he tenido sensación ni sospecha de que Gaspar operara como un

anatomista! ¡No tendría ni siquiera el tiempo, ya que se ocupa de la salud de casi todos los portugueses de Macao! —miró a Schreck con aire preocupado y mecánicamente recitó—. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Schreck sintió que había llegado el momento de intervenir.

—Gaspar es seguramente inocente si ha practicado la disección de los cuerpos y, todavía más, lo es si no la ha practicado. En el primer caso ha puesto simplemente en acto el derecho al conocimiento, para demostrar que la naturaleza tiene la autoridad necesaria para no tener en cuenta los prejuicios, los argumentos y las leyes de los humanos; en el segundo supuesto ha respetado esas reglas y esos dictámenes de los que ahora le acusan injustamente.

Da Silva dio marcha atrás, consternado. Aquellas palabras le recordaron de repente la horrible discusión entre Schreck y Schall von Bell, antes de los funerales de los colegiales muertos durante el bombardeo del colegio. Y a la pena del presente se añadió el susto que tuvo entonces. ¿De qué había sido acusado Schreck? El director hizo un esfuerzo de memoria y le volvió a la mente la palabra «anatomía».

«¡Dios mío! —pensó—, ¿y si también Terrentius es un cirujano?». Un cosquilleo le invadió todo el cuerpo y para sí mismo concluyó. «¡Menos mal que mañana se va!».

De repente decidió que el alemán no era seguramente el interlocutor apto para sus confesiones y se arrepintió completamente de haberle contado todo. Por lo tanto puso la mano delante del pecho, con la palma abierta como para defenderse ante un asalto.

—Vayámonos despacio, estamos recorriendo un sendero peligroso y podríamos caer fácilmente en el abismo. Por un camino inaccesible como este no se corre, padre Terrentius, se va con paso de caracol, listo a detenerse y también a dar marcha atrás, si es el caso —suspiró profundamente—. Considero que hemos llegado demasiado lejos y ahora es necesaria una parada y una retirada. Entendedme... los tiempos son difíciles para todos —deglutió la saliva que le inundaba la boca, tragando también así el ansia que le devoraba y asumió un gesto de suficiencia y altivo—. ¿Por qué me buscabais?

A Schreck no se le escapó aquel rápido cambio. Fue una imperceptible señal de asentimiento. A pesar del tormento que le daba pensar en la suerte de Gaspar y en la imposibilidad de ayudarle, también él consideraba oportuno llegar al meollo de la conversación con el director. Al día siguiente de todos modos se tenía que marchar, y estaba la cuestión de Pequeño Zhang y de su enamorada. Se esforzó en asumir un tono normal y comenzó a explicar a Da Silva la complicada situación de los dos jóvenes. Mientras iba escuchando este parecía tranquilizarse, dejarse a la espalda un tormento demasiado grande para sustituirlo de buena gana con algo más gestionable. Inicialmente se opuso a la idea de celebrar un matrimonio con prisas. A fin de cuentas, si los jóvenes habían pecado de forma tan grave, no eran unos buenos

cristianos y lo único que se podía hacer era alejarlos de la comunidad y que se las vieran ellos solos. Pero luego, los argumentos de Schreck lo convencieron, y dispuso que los jóvenes se unieran en matrimonio en la iglesia del colegio, en la hora quinta de la tarde, con padre Nicolás Trigault. Además ordenó que para castigarles por sus pecados deberían permanecer en vela toda la noche fuera de su cuarto. Pequeño Zhang de rodillas, y Pequeño Crisantemo, dada su condición, sentada, para controlar que el malestar por la pena tuviera un reflejo real de arrepentimiento.

Tomó estas decisiones y, una vez que se las comunicó a Schreck, Da Silva se despidió de él agachando la cabeza. Con un gesto vago impartió luego una bendición aérea y se encerró de nuevo en la capilla.

Adentrada la noche Schreck seguía bien despierto. El día había sido tan largo y lleno de preocupaciones que le impidieron relajarse. La idea de que Gaspar estuviera prisionero en su propio cuarto en espera de ser trasladado a Goa, le atormentaba y se sobreponía al tierno recuerdo de los rostros felices de Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo después de la celebración de su matrimonio. Para no tener que padecer el suplicio del insomnio, se levantó para controlar las últimas cosas de su propio equipaje personal. Cambió muchas veces de sitio los instrumentos quirúrgicos que el farmacéutico le había donado meses antes y, por último, encontró un lugar que le pareció lo suficientemente seguro: una caja de libros.

Eran las tres de la mañana cuando empezó el ajeteo. Primero unos pasos felpados y rápidos, luego unas voces muy leves, la apertura de una puerta, murmullos, el sonido del metal. Schreck afinó los sentidos para escuchar mejor la situación y decidió salir para ver qué es lo que estaba ocurriendo. Mientras se iba acercando poco a poco a la escalera que comunicaba las diferentes plantas del edificio, la causa de la confusión se iba haciendo cada vez más cierta. Alguien estaba dando órdenes, otros contestaban y los pasos se acercaban a la luz débil de una linterna. En primer lugar apareció un hombre que no conocía. Alto, fuera de lo natural, que vestía como los predicadores dominicanos, una larga túnica de lana blanca con una capa negra con una capucha de punta. Tenía el rostro alargado, calvo, los ojos abiertos de par en par. Sujetaba una pequeña cruz de madera, oscurecida por el tiempo y por el sudor de las manos, bajaba las escaleras de forma peligrosa, sin mirar los escalones, es más casi girado por completo hacia atrás, y repetía secamente, haciendo un gesto de disgusto a una persona que estaba a punto de llegar.

—*Misericordia et Iustitia*. Sé feliz, hermano, porque te liberaremos de la inmunda basura de Satanás y del pecado. *Misericordia et Iustitia* —y ahí es cuando entró en escena Gaspar.

Schreck nunca había sentido una sensación de impotencia tan grande. El farmacéutico estaba cubierto con lo que los portugueses llamaban saco bendito y los

españoles sambenito. El traje largo de penitente, un simple saco de tela amarilla con la cruz de san Andrés en aspa que resaltaba, pintada de rojo, en el pecho y en la espalda. En la cabeza le habían puesto la corozca o *carocha*, una mitra de papel, donde la misma cruz purpúrea se repetía muchas veces. El prisionero se encontraba entre dos soldados barbudos que llevaban un casco de metal, un chaleco de cuero encima de la casaca amarilla, calzones rojos cortos hasta la rodilla donde iniciaban unas medias gruesas blancas. Uno de estos con una mano sujetaba una pica y la utilizaba como apoyo mientras bajaba, y con la otra aferraba a Gaspar, que apenas se sujetaba sobre sus piernas. El segundo soldado, llevaba una pica larga y la linterna.

Mientras el pelotón superaba la planta de Schreck, el farmacéutico, como guiado por un presentimiento, siempre con la cabeza agachada, levantó durante unos instantes la mirada y se cruzó con la del alemán que brillaba en la sombra. Se miraron durante un instante fijamente. Las pupilas del prisionero comunicaron, con una invisible señal de luz, el terrible coraje que da la resignación y transmitieron también una señal de aviso. Luego volvió a bajar los ojos, a mirar los escalones que se iban sucediendo bajo los pies.

Cuando todos desaparecieron hacia abajo, desvaneciéndose junto al resplandor de la linterna, de la oscuridad salió como un fantasma el director Da Silva que seguía, sin ser visto, al inquisidor con su presa.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! —susurraba palpando la pared para no resbalarse por las escaleras, negras como la noche. También él desapareció, dejando en el aire el rastro ácido de su miedo.

Schreck lloraba, en silencio.

## Capítulo 20

Una hora antes del alba, algunos mulos con fardos pesados salieron desde la explanada del colegio y cruzaron la ciudad dirigiéndose hacia el puerto. El embarque en el junco enorme que conduciría a los jesuitas hacia China fue complicado por una de las bestias que, enloquecida de forma increíble, después de romper con una patada la cabeza a uno de los mozos, se tiró al agua con toda la albarda. No cayó sin embargo inmediatamente al agua, sino que se precipitó sobre una barcaza que se dio la vuelta con un golpe seco entre los gritos de los asistentes. Al final de las operaciones, cuando todo fue cargado, faltaban después de contarlas dos cajas de víveres, además del hombre que había muerto al instante tras el golpe y dos marineros que no pudieron subir a bordo porque presentaban diferentes heridas. El asno en cambio se ahogó.

Junto a Schreck y Tolentino, formaban parte del grupo de los misioneros también dos jóvenes sacerdotes ordenados recientemente. Un portugués y un chino que no tenían más de veinte años, y que el obispo de Macao enviaba como ayuda al padre Nicolás Longobardo, superior de la misión en China refugiado en Nanxiong. Naturalmente Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo, que habían obtenido con tanto esfuerzo el permiso para viajar con Schreck, formaban parte del grupo y la idea de que allí estuvieran los dos, llenaba al alemán de un sentimiento de bienestar.

Cuando todos finalmente estuvieron a bordo, Tolentino y Pequeño Zhang se ocuparon de llevar bajo la cubierta el equipaje. Los dos sacerdotes, tímidos, inseguros y a disgusto, se situaron en una esquina inmóviles. Schreck, ya confundido por no haber dormido y por el arresto de Gaspar, se quedó todavía más trastornado ante el movimiento de las numerosas barcas europeas y de los numerosos veleros chinos que se cruzaban por todas partes. Comenzó a salir de la situación vivida la noche anterior, solo cuando vio el espectáculo de la ciudad flotante: una alfombra de pobres barcazas repletas de una mísera humanidad.

Enteras familias vivían en estas embarcaciones esenciales, sobre las que no era raro ver a perros. Las casas flotantes se llamaban *danjia*, es decir, casas con forma de huevo. Eran muy largas y anchas, una estera, clavada a los dos bordes, servía para cubrir por entero la embarcación, que así parecía un verdadero huevo. Allí arriba nacía y moría toda una familia. De día los hombres válidos iban a pescar en los barcos más grandes, o llegaban hasta la orilla para trabajar como mozos de carga en el mercado de la ciudad china. Las mujeres se quedaban a bordo demostrando una gran habilidad en las maniobras, bastaban dos personas para gobernar la *danjia*. Los habitantes de la ciudad flotante se consideraban una raza, es más, una casta, aparte. Descendían de las gentes que habían escapado de la isla oriental de Formosa, como consecuencia de los continuos ataques de los piratas japoneses y habían recibido el

permiso de refugiarse en la provincia de Cantón, con la condición de que no se establecieran nunca en la tierra. Expuesto al sol, a la noche, a la lluvia y a los vientos, el pueblo flotante no había significado nunca un motivo de turbación para la colonia de Macao. Las mujeres, con sus ojos vivaces y trazos regulares, alegres y a menudo provocadoras, no gozaban de buena fama, aunque seguían siendo consideradas unas buenas madres de familia. Con el rostro enmarcado en un brillante pañuelo que cubría la cabeza, llevaban trajes masculinos, pantalones amplios hasta la rodilla y casacas con mangas cortas. Algunas, tenían los brazos y las piernas decorados con brazaletes de metal y no era raro ver colgando de la espalda un hatillo de telas, que en realidad era un niño durmiendo sobre su madre que remaba.

Cada vez que un junco chino de largas travesías, de esas que van continuamente entre el continente y la isla, o una madera occidental pasaban cerca del conglomerado de la ciudad flotante, de esta partían numerosas barcazas que, compitiendo en rapidez entre ellas, intentaban acercarse a las ricas embarcaciones para ofrecer sus propios servicios, modestas mercancías o realizar súplicas. Algunas mostraban alguna niña que vender y en este caso la *danjia*, aun siendo pequeñas y miserables como las otras, se diferenciaban de las demás porque estaban embellecidas con flores de papel que colgaban por todas partes.

En el breve tiempo que el junco con los misioneros empleó para salir de la bahía, Schreck vio no pocos abordajes de hombres del pueblo flotante, que colgaban de las embarcaciones de aquellos que pedían uno y otro servicio. Poco antes de salir del puerto, se divisó, a lo lejos, una carabela anclada. Elegante con su proa alta y redonda, aun estando lejos, quedaba dominada sobre el único puente de los mástiles de trinquete y de maestra, sobre los que estaban izadas en pareja la bandera portuguesa y la insignia del gobernador de Goa. Fue Tolentino quien señaló la nave a Schreck. Aguzando la vista, ambos notaron una barca veloz que se acostaba a aquella y vieron a bordo de la pequeña embarcación a dos soldados, a un hombre arropado en su capa negra y un hatillo de tela amarilla acurrucado en la popa, inmóvil sobre un amasijo de cuerdas. Sobre su traje se distinguían los dos rombos rojos. La visión duró poco, porque el junco sobre el que estaban los misioneros comenzó a tomar velocidad y hubo una virada, y desde la nueva posición la pequeña embarcación aparecía escondida por la nave.

—¿Quiénes serán? —preguntó Tolentino.

Schreck contestó con amargura, mientras notaba que su mirada se humedecía.

—Todos los hombres que creen en Dios. Pero entre ellos solo uno lo ama. Quizás es por esto que le persiguen.

—Perdonadme, pero no entiendo a qué os referís.

—¿Así que no sabéis las últimas noticias? —Tolentino movió la cabeza—. En aquella barca está nuestro buen padre Gaspar, arrestado. Se lo llevan a Goa. Será

procesado por la Inquisición porque es un religioso y cirujano al mismo tiempo. Le han encontrado los hierros y alguien le ha acusado de practicar autopsias.

—¡Es absurdo! —gritó inmediatamente Tolentino—. Veréis que para condenarlo utilizarán una vez más ese canon del Concilio de Trento que decreta que para los religiosos se debe «evitar el lujo, los banquetes, los bailes, los dados, los juegos y cualquier otra falta, y también las ocupaciones seculares...». En el Santo Oficio son intransigentes: incluyen entre las ocupaciones seculares también el estudio de la anatomía y la cirugía —y repitió con vehemencia—. ¡Absurdo!

—Un día, dentro de un mes, dentro de un año, dentro de un siglo o quizás más tiempo, estoy seguro de que alguien tendrá que pedir perdón por todo esto.

Mientras tanto el enorme junco, dejaba la extremidad del puerto, se había separado vagamente de la bahía para dirigirse a la desembocadura del río de las Perlas. Una vez que terminó de hablar, Schreck se dirigió a proa y se arrodilló. Los otros misioneros, Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo le imitaron. Estuvieron así durante largos minutos, rezando en silencio entre las miradas escépticas de los marineros.

Más claro Trigault no había podido ser.

—El ministro Shen Que, con toda su banda de poderosos eunucos, quiere la expulsión total y definitiva de China de nosotros, los misioneros, y la condena a muerte para los chinos que se han convertido. En Shanghai, nuestros hermanos, junto al literato Xu Guang-qi, que fue el brazo derecho de Mateo Ricci, han sido imputados de acusaciones gravísimas. Se les culpa de simpatizar con el Partido de la Selva Oriental, que recoge intelectuales hostiles a los eunucos de la corte; de residir ilegalmente en China; de participar en reuniones de sociedades secretas; de divulgar teorías religiosas y astronómicas en total contraste con la tradición china; de ejercitar la corrupción para convertir; e incluso de utilizar arbitrariamente los términos Cielo y Grande que son un privilegio exclusivo del léxico imperial. Pocos han levantado la cabeza para defendernos. El literato convertido Miguel Yan Tingyun, que nos es amigo y que os hospedaré en Hangzhou, ha escrito el tratado *El ave fénix y la lechuza no cantan juntas*, en el que explica la diferencia entre el cristianismo —ave fénix— y las sectas rebeldes —la lechuza—, en las que muchos nos quieren englobar. Pero, por desgracia, son pocos los que saben leer en China... Los tiempos no son tan propicios para los siervos del Señor.

Trigault había ordenado por lo tanto a Schreck la máxima discreción. No estaba consentido detenerse sobre la cubierta del junco, ni era lícito pedir al comandante que los acompañara a tierra para una excursión no programada. A pesar de los permisos, cualquier funcionario de las ciudades y de las provincias que atravesaban, les podría detener si así lo quería y quizás arrestarles. La navegación fluvial duraría hasta

Nanxiong, en la frontera entre el Guangdong y el Jiangxi. En el lugar convenido para el desembarco, encontrarían a personas que les estarían esperando con todas las instrucciones y los medios para continuar el viaje. Estaba prevista una parada en la residencia del superior de la misión en China, Nicolás Longobardo, y luego se marcharían en cuanto fuera posible hacia Hangzhou.

—Después de vos, otros padres y yo también os alcanzaremos —había concluido el procurador—. Y en función del éxito de vuestra expedición, dependerá la suerte de nuestra próxima entrada en China. Vamos, permaneced bien escondidos y no cometáis imprudencias, de forma contraria solo Dios sabe qué podría ocurrirnos.

Aquellas preocupantes palabras todavía flotaban en los oídos de Schreck. Tumbado sobre un lecho en el fétido y húmedo cuadrado de la embarcación, meditaba sobre la rareza de la vida. Diez largos y pesados años habían pasado desde su decisión de marcharse a China y la anhelada entrada en el País pero, justo ahora, cuando el sueño se estaba realizando, no podía ni siquiera ¡asomarse por la borda! Cerró los párpados en el intento de quedarse dormido. ¡Todo inútil! El removido chapoteo del agua contra la embarcación, los pasos sordos de los marineros sobre la cubierta, el despliegue de las escotas que gobernaban la vela, el chirrido de las poleas, todo servía para alejarle de poder descansar. Abrió los ojos. Junto a él, sentado sobre el suelo de madera, con una sonrisa beata, estaba Tolentino que recitaba oraciones sin emitir sonidos. Por el movimiento de sus labios se podía seguir con facilidad el Pater, el Ave y el Gloria, que escandía también con un rápido movimiento de los dedos sobre el pobre rosario de cuerda. Sobre una estola manchada de humedad, rezaban también el joven jesuita portugués y el chino. Su murmullo se confundía con los rumores de la navegación y, de vez en cuando, se distinguían palabras de *Ejercicios espirituales*. «Toma señor, y recibe toda mi libertad... todo lo que poseo... Dame tu amor y la gracia...».

Cuanto más observaba a los dos jóvenes sacerdotes, más perplejo se quedaba Schreck. ¿Qué ayuda habrían podido dar a Nicolás Longobardo en tiempos tan difíciles? Carecían de experiencia y estaban tan preocupados y asustados, que serían más bien un estorbo. Había escuchado contar que, encima, Longobardo no tenía un carácter fácil. Se decía que era irascible, distraído, que estudiaba en profundidad los terremotos y que tenía como una furia interior, que lo empujaba a fundar nuevas iglesias allá donde se encontrara. Por estas fijaciones suyas a menudo se había enfrentado a las autoridades chinas.

A los rumores de la navegación se habían sumado mientras tanto, otros. El junco se estaba aproximando a Cantón, el tráfico fluvial era cada vez más intenso y, por eso, se amplificaban las voces y los ruidos, como si se estuviera entrando en una feria. Se estremecía Schreck ante el deseo de echar al menos un vistazo fuera o, incluso, de bajar y visitar aquella ciudad que los chinos llamaban Guangzhou. ¡Qué

ganas de adentrarse por las callejuelas para ver, sentir, oler y tocar! Parecía que fuera posible comprar cualquier cosa en el caos de Cantón: raíces, especias, escorpiones secos, patas de osos, huesos de tigre triturados, testículos de elefante, hígado de camello, pelos de leopardo, dientes de cocodrilo o incluso fetos humanos y sacos de placenta, listos para el empleo medicinal. Y luego, pájaros, monos, peces, tortugas, perros y otros animales vivos, que según las peticiones se mataban al instante y se ponían a hervir para satisfacer los paladares más exigentes. Y qué decir de las flores, las verduras, las drogas, las especias, la fruta, provenientes de cualquier parte de China entera. ¡Qué tortura, pasar por los alrededores de aquel bien de Dios y no poder detenerse!

Sumergido en tal desasosiego, Schreck no sintió que la puerta se abría. Se dio cuenta de que Pequeño Zhang había entrado solo cuando lo vio a su lado.

—¿Necesita algo, padre mío?

—Dile al comandante que quiero subir a la cubierta —dijo, decidido a contradecir las órdenes recibidas.

—¿Y si alguien os ve? —se entrometió Tolentino, con aire preocupado, interrumpiendo su oración—. Padre Trigault ha dado disposiciones severas, no tenemos que hacernos notar, es peligroso.

—¿Qué queréis que me ocurra por dar una ojeada fuera? Si me descubren, como mucho acabaré mártir el resto de mis días. Con tal de ver lo que hay sobre el río, no temo ni siquiera el riesgo de que me reduzcan a una reliquia, quizás venerable.

—¿Qué queréis decir, padre mío? —preguntó Pequeño Zhang con los ojos más asustados que los que mostraba el rostro pálido de Tolentino.

Schreck se divirtió asumiendo un aire que parecía grave.

—Que si me descubriesen, me arrestarían, me condenarían y me reducirían en trozos, haz de forma que consigas coger una de estas piezas, porque puede ser que en Roma me concedan el honor póstumo de declararme mártir por la fe. En tal caso mis reliquias pasarían a ser bienes preciosos.

Pequeño Zhang no entendió la broma.

—Me dais miedo.

—Venga, Pequeño Zhang —le contestó Schreck—, sería para mí un honor entrar en la lista de los mártires jesuitas. Mi nombre entre los de Robert Southwell, Henry Walpole, Thomas Woodhouse y los otros ocho hermanos torturados y masacrados en Inglaterra y en Gales en los últimos veinte años, porque defendían el primado del Romano Pontífice sobre las cosas espirituales... O que me citen junto a Pablo Miki y los otros veintiséis mártires crucificados en Nagasaki el 5 de febrero de 1597, que tenían como única culpa predicar el Evangelio. O con Guillaume Saultemouche que cuatro años antes gritaba con coraje «¡resiste, carne, resiste!», bajo el puñal asesino de los hugonotes, y con Jacques Sales que eligió morir con Guillaume antes que

traicionar su propia túnica. Y, por qué no, aparecer junto a Melchior Grodziecki y Istva'n Pongra'ez, torturados y matados en Kosice en Polonia, hace tres años, por haber rechazado abjurar su propia fe, es decir, la nuestra. Y todavía, con nuestros treinta y nueve compañeros ahogados en la noche entre el 15 y el 16 de julio del 1570 en el viaje hacia Brasil. Y por qué no, con Rodolfo Acquaviva descuartizado junto a Pedro Berno, Francisco Aranha, Antonio Francisco y Alonso Pacheco, en la península de Salsette, por los hindúes, el 25 de julio del 1583... Rodolfo era el sobrino de nuestro añorado general Claudio Acquaviva a quien yo debo mucho... — hizo una pausa aposta, analizó a los demás que le escuchaban aniquilados y concluyó —. ¡Ah, el martirio, el martirio! ¿Llegaré a ser alguna vez una reliquia?

El joven sacerdote chino pareció salir del letargo y tartamudeó con la mirada sombría.

—Permitidme que os diga que habláis con ligereza de mártires y reliquias, padre Terrentius. Son cosas sagradas, por lo tanto serias, es más, muy serias —no había casi enunciado una palabra hasta entonces, y le pareció extraño que se atreviera a dirigirse a Schreck con aquel tono alterado.

—Imagino que sabéis algo, de reliquias —afirmó Schreck con cierta ironía.

—Me han contado que en Roma todas las iglesias, vamos todas, conservan reliquias de un santo. ¡Y nadie bromea sobre ellas!

—No de un santo, sino de muchos santos...

—¿Muchos?

Y el joven misionero portugués, todo interesado, se atrevió a preguntar.

—¿Cuántos?

—Innumerables, creedme —precisó Schreck—. Es más, os diré que en Roma la importancia de una iglesia respecto de otra se mide por el número de reliquias que posee.

—Me gustaría saber algo más —insistió el sacerdote chino.

—Para mostraros un ejemplo concreto, os hablaré de la basílica de San Juan de Letrán en la colina Celio. Como sabéis, es la sede del pontífice, allí han establecido su residencia los papas durante siglos, se han celebrado concilios y es aquí donde se nombra al papa, por lo que el edificio suda santidad —llegados a ese punto, los sacerdotes se le acercaron todavía más, como no lo habían hecho hasta entonces, en aquel espacio tan reservado—. En cuanto a las reliquias que allí se conservan —continuó Schreck—, os aseguro que ninguna iglesia en el mundo tiene tantas tan importantes. En la sacristía están la cabeza de san Giordano y la de san Epimaco. En el tabernáculo, que se encuentra sobre el altar de la Magdalena, se conservan la cabeza de san Zacarías, padre de san Juan Bautista, y la de san Pancrancio mártir, que estuvo sangrando durante tres días cuando la cortaron. Estas reliquias se muestran durante la Pascua —los ojos del joven sacerdote chino se abrieron de par en par sin

medida—. En el tabernáculo, además, se conservan otros venerables restos: un hombro de san Lorenzo, un diente de san Pedro Apóstol, el cáliz en el que Juan Evangelista bebió el veneno ordenado por Domiciano, las cenizas y el cilicio de san Juan Bautista, pelos y vestidos de María la Virgen, la primera camisa que cosió a Jesucristo, el trapo con el que nuestro Redentor secó los pies de sus discípulos, la caña con la que fue golpeada la cabeza de nuestro Salvador, la túnica púrpura que le puso Pilatos teñida con su preciosa sangre, algunos trozos de madera de la Cruz, el sudario que le fue colocado en el rostro en el sepulcro, el agua y la sangre que emanaron del costado.

El misionero chino se encontraba totalmente aniquilado.

—¿De verdad está todo eso en San Juan de Letrán?

—¡Mucho más! —casi gritó Schreck como para reñirle—. Encima del altar papal, en esas rejas de hierro hechas por el papa aviñonés Urbano V, cuyo cuerpo descansa en Paz Eterna en la abadía de Saint-Victor de Marsella, pues bien, en esas rejas están las cenizas de los apóstoles Pablo y Pedro, y cada vez que se enseñan hay una indulgencia para todos los fieles que están presentes en la basílica. De tres mil años si estos son romanos, de seis mil años para quien viene de las localidades de los alrededores y de doce mil años para los que vienen de muy lejos. Para evitar que se acumulen demasiadas indulgencias con poco trabajo, las sacras reliquias de los apóstoles no se muestran con frecuencia, salvo el martes, el jueves y el sábado y el lunes de la semana pascual, y en los días dominicales comprendidos entre el *Corpus Domini* y el 9 de noviembre. ¡Y eso no es todo! En la capilla de al lado de la puerta grande se conservan valiosísimos objetos sagrados. El altar que san Juan levantó en el desierto, la vara de Aarón y la de Moisés, la mesa sobre la que nuestro Salvador consumió la última cena con sus discípulos, las tijeras que raparon a san Juan, el velo que Cristo tuvo en la Cruz —hizo una brevísima pausa y para evitar dudas quiso precisar—. ¡En San Juan de Letrán!

Todos callaban: el misionero portugués parecía hipnotizado, el chino ido ante tantas santas noticias y Tolentino se sujetaba las rodillas, sentado en su incómoda posición. Schreck dejó caer sobre los asistentes una mirada circunspecta y continuó con el juego de las maravillas.

—¿Y en la basílica de San Pablo en la vía Ostiense?

El silencio de los demás sirvió como respuesta y estimuló la continuación.

—Allí están preservados de las injurias los cuerpos de san Timoteo, discípulo preferido de san Pablo, y el de los santos Celso, Julián, Basilia, Marzianilla y de muchos otros inocentes. Se encuentra también un brazo y un diente de santa Ana, la madre de María la Virgen, la cadena con la que fue encadenado san Pablo, la cabeza de la Samaritana, un brazo de san Nicolás, las maderas de la Cruz, parte de la cabeza de santa Anania y de san Esteban protomártir, un brazo de san Alesio Confesor, y

otros dos que pertenecieron a los apóstoles que se llamaban ambos san Jaime, un hombro de san Dionisio, un trozo de bordón de san Pablo y los vestidos de la Gloriosa Virgen. La pieza más importante, sin embargo, es el cuerpo de san Pablo que descansa debajo del altar.

Pequeño Zhang se sobresaltó.

—Padre Terrentius, ¿pero si antes habéis dicho que las cenizas de san Pablo están en la basílica de San Juan de Letrán?

—Tu fe es de verdad poca cosa, jovencito —replicó Schreck con voz estentórea—. El cuerpo del apóstol Pablo está en la basílica que se le dedica, mientras que las cenizas, como se afirma desde hace siglos, están en San Juan. Quizás las cenizas tienen que ver solo con una parte pequeña del cuerpo o... —hizo una pausa para crear suspense y concluyó—, ¡se trata de un milagro! —y levantó el dedo hacia el cielo.

El joven sacerdote chino y el portugués se santiguaron rápidamente y quedaron fulminados. Pero tuvieron que despertarse enseguida porque Schreck estaba de nuevo al ataque.

—Si os acercáis a otra basílica, la de Santa María Mayor, encontraréis los cuerpos de los santísimos Matías apóstol, Rómulo, Redenta y Girolamo. El pesebre en el que yació Jesucristo en Belén, el paño con el que la Beata Virgen lo envolvió, la estola de san Giordano, la tunicilla y el manípulo de Tomás, obispo de Conturbia, teñidos de su sangre, la cabeza de los santos Bibiana y Marcelino, un brazo de san Damasco obispo y muchas, muchas, muchas otras reliquias —el alemán se pasó una mano por el pelo y, alzando la voz sobre los asistentes, dijo de repente—. ¿Habréis escuchado hablar de la iglesia de San Pedro que se está construyendo, verdad? —la pregunta quedó sin respuesta—. Antes de que yo marchara hacia Oriente, el arquitecto Cario Moderno estaba completando el alargamiento de la nave central de tres campos y meditaba añadir dos campaniles laterales en la fachada, porque muchos le habían acusado de que el edificio parecía un palacio en vez de una iglesia. De todos modos, vosotros no podéis haceros una idea de cuántas y qué reliquias enriquecerán aquel lugar convirtiéndolo en el más santo del mundo. En primer lugar, se está proyectando trasladar allí los cuerpos de los santos Pablo y Pedro, luego habrá once cabezas cortadas sagradas y venerables. Se podrá rezar ante la cabeza de los santos Lucas, Sebastián, Jaime, Andreano, Potentiana, Lamberto, Damiaso, papa Magno, Petronilla y... no, ¡no recuerdo de quién es la décima cabeza!, pero no importa. En San Pedro serán conservadas también la garganta de san Biagio, un hombro de san Antonio obispo, una pierna de san Severo, la cátedra de san Pedro. Y todavía: partes de la santísima Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, su Rostro Santo llamado de la Verónica, el hierro de la lanza que lo hirió en el costado, que fue enviado en 1491 por el turco Bajazer II a Inocencio VIII, y tantos otros santos testimonios que para enumerarlos todos nos haría falta, creedme, todavía mucho tiempo.

Miró a los asistentes directamente a los ojos y calló. Esta vez parecía de verdad que había concluido. En cambio quedaba una apostilla del todo inesperada. Ordenó de repente al Pequeño Zhang.

—Joven, procúrame un par de pantalones y una casaca como la tuya, junto a un sombrero de paja, de esos largos que utilizan los marineros. Voy a la cubierta, es hora de que yo vea China —sin rechistar, el joven subió a la cubierta. Los otros permanecieron mudos e inmóviles como fulgurados. Se dirigió entonces a Tolentino—. Y vos, Julio, disfrazaos como yo, y salgamos juntos al puente. Aprenderemos cómo está hecho este país.

Tolentino dudaba.

—Padre Terrentius, ¿estáis seguros de que podemos?

—Si podemos, no lo sé. ¡Pero seguramente debemos! Esta es la tierra en la que gastaremos la última parte de la vida que Nuestro Señor nos ha donado, y es necesario conocerla para aprender a amarla.

El comandante del junco, un chino de mediana edad, con los rasgos vulgares y los dientes consumidos, había recibido también él consejos imperiosos para ese viaje, y sabía que podía ser peligroso tener a bordo a extranjeros, aunque estuvieran autorizados. Pero no se atrevió a contrariar a Schreck, que sabía que era el jefe de la expedición, el que le pagaría una vez que llegaran a Nanxiong. Se limitó, por lo tanto, a mirarle detenidamente en señal de reprobación cuando lo vio subir por la escalerilla junto a Tolentino.

Asomados a babor, entre Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo, bajo el enorme sombrero, los dos jesuitas comenzaron a observar. La embarcación estaba abandonando un trazado de río tan ancho que parecía navegar sobre el mar. En el horizonte solo velas de estera del tipo chino. En pocos minutos, hacia el oeste, aparecieron los contornos de la costa y conforme el junco avanzaba, ayudado por un viento fresco y constante, se entendió que se metería por un amplio pasillo de agua que representaba el punto en el que el río de las Perlas confluía con el Bei Jiang, el río del Norte. Las orillas de este aparecieron con todos los detalles. En ambas se veía, no muy lejos del agua, una caminito que seguía el curso, bordeando el campo. Sobre esta línea polvorienta había un continuo pasar de hombres, carretillas y animales. De vez en cuando, alternadas con grupos de árboles, se distinguía una pared de piedras que tenía que servir de límite entre una parcela y otra. Se divisaban también muchos poblados con casas de paredes de fango secado y techos de paja. A medida que el junco se dirigía hacia el norte penetrando en el país, la campiña mostraba su bien cultivada llanura y la impresionante y animada extensión, llegaba hasta los costados del junco como en un cuadro.

De vez en cuando, Pequeño Zhang indicaba algún que otro detalle. Se trataba de aglomerados urbanos más bien grandes, o si no, de concentraciones que daban que

pensar en mercadillos al aire libre, a veces era una figura solitaria que cabalgaba un negro y brillante búfalo, o carretas cargadas hasta los topes sobre las que cualquier ley del equilibrio no se mantenía en pie. Estas visiones venían contadas por el joven con recuerdos, historias de la infancia de las que salían a la luz trozos de la vida dura y sencilla que había llevado hasta que había sido incorporado a los jesuitas.

Pequeño Crisantemo, también estaba asomada, permanecía inmóvil y silenciosa junto a Schreck. El rostro gracioso rodeado por un pañuelo verde, la joven sonreía con reticente modestia cuando el jesuita le dirigía la palabra. Miraba con celado interés hacia la orilla del río y parecía sumergida en pensamientos lejanos. En un momento dado, por el camino que bordeaba el río se verificó un patético choque entre un hombrecillo, que sujetaba en los hombros una larga balanza con dos cestos gigantescos y pesados que colgaban en los extremos, con un campesino que empujaba una carretilla cargada de verduras. Los dos se cayeron de mala manera y los cestos se rompieron. También la carga de la carretilla se dio la vuelta y se vio a las dos figuras cogerse por los pelos, hasta que un recodo del curso del agua las hizo desaparecer junto al círculo de curiosos. Con aquel trance Pequeño Crisantemo se había reído de corazón, cubriéndose púdicamente la boca con la mano.

Aquel movimiento de alegría había catalizado igualmente el buen humor en Schreck, Tolentino y Pequeño Zhang. Este último consideró.

—Sabéis, padre mío, Xiao Juhua es nativa de esta zona, fue el juez Zhao Cao quien la compró a su padre cuando nació, un campesino que vive en una de las aldeas que hemos superado.

—Así que, al igual que tú, también ella fue vendida.

—Yo lo fui como consecuencia de la pobreza de mi familia, ella porque era una mujer. Si nadie la hubiera comprado, el padre la habría ahogado en el río porque deseaba un varón para las labores en el campo más que una hija a quien mantener y a quien prepararle la dote.

Schreck calló durante unos instantes. Luego, aprovechando el hecho de que Tolentino se había alejado unos pasos para observar el agua que dejaba ver extraños reflejos de color verde, se dirigió con dulzura a la joven.

—¿Puedo preguntarte una cosa, jovencita?

La joven asintió con la mirada hacia abajo.

—¿Desde hace cuánto tiempo llevas al niño en el vientre?

Ella se sonrojó y permaneció muda mirando las tablas de la cubierta.

—Xiao Juhua —intervino Pequeño Zhang—, padre Terrentius es nuestro padre, y también un gran médico, así que tienes que contestar a sus preguntas.

Después de unos instantes de dudas ella habló con un hilo de voz.

—Son tres meses que mi amigo no viene, padre mío.

—¿Tú amigo? —le preguntó Schreck.

—Sí, padre, la sangre no llega desde hace tres meses —le explicó la joven con una voz cada vez más débil.

El jesuita hizo un vistoso gesto de asentimiento.

—Ah, entiendo, por lo tanto desde hace tres meses.

—Sí, padre —confirmó Pequeño Crisantemo.

—Y con este precioso regalo que el señor te ha mandado, ¿no te cansa el viaje?

—Oh, padre, junto a vos encuentro las fuerzas para resistir cualquier fatiga.

Se escuchó en aquel momento un débil campanilleo. Sobre una colina que dominaba aquel trayecto del río, se distinguió una pagoda octogonal con muchos pisos, movidas por el viento, unas campanitas situadas en las esquinas de los tejados avisaban sonoramente a los espíritus malignos de que se mantuvieran alejados. Fascinado por el sonido, Schreck no se percató inmediatamente del movimiento que se producía junto a él. Pequeño Crisantemo se había desplomado en el suelo, como si estuviera muerta.

## Capítulo 21

Aquella bendita señora de la medicina no se consiguió encontrar. Pequeño Zhang la había buscado como un loco.

—Recuerdo haberla colocado en vuestro equipaje, padre mío —murmuró con una mirada llena de desolación.

—Pues la tienes que haber olvidado. Eso significa que lo haré sin ella —le confirmó por enésima vez Schreck. Estaba muy enfadado, ya que perdía mucho tiempo.

—¿Pero no querréis verla sin sus vestidos?

Esta historia comenzaba a poner nervioso al jesuita. Desde que Pequeño Crisantemo había perdido el conocimiento, habían pasado al menos unos diez minutos; y Pequeño Zhang seguía obstinado en buscar la estatuilla de la Señora de la Medicina, con tal de que no viera a la joven desnuda. El objeto que no se encontraba se lo había regalado a Schreck el doctor Liu. Se trataba de una pequeña escultura de marfil, grande como una mano, que representaba a una figura femenina desnuda y tumbada.

—Si tenéis que examinar a una mujer enferma, ella mostrará en un modelito como este la zona donde le duele, sin tener que descubrirse y por lo tanto sin pasar vergüenza —le había explicado el médico chino. Solo ahora la urgencia de la situación no permitía perder tiempo.

—No me compliques las cosas —le amonestó Schreck.

—Pero, padre mío, es poco conveniente que...

—¿Crees que sería más conveniente si Pequeño Crisantemo aborta?

Pequeño Zhang se sobresaltó. Reflexionó un momento y luego capituló. Confabuló brevemente con la jovencita tumbada sobre el lecho y al final se puso en una esquina, dejando al jesuita la zona despejada para el examen médico.

El reconocimiento fue breve. Ocurrió en el cuadrado, ante la única presencia de Pequeño Zhang, que sujetaba la mano de la joven esposa y la miraba a los ojos, sonriendo por la vergüenza. Por pudor, no quitó nunca la mirada del rostro de la joven, así que no vio nada de lo que Schreck estaba haciendo para concluir el delicado estudio. Al final el alemán ordenó al joven.

—Coge la bolsita de *Lilium concolor*.

—¿*Lilium*, padre?

—El Rojo de la Montaña o Shandan como lo llamáis vosotros los chinos. Haz una infusión con tres flores y tres bulbos. ¡Que Pequeño Crisantemo lo beba enseguida! —luego, como para prevenir preguntas—. Y tranquilízate, tu esposa está bien, es necesario solo dar energía al saco uterino.

Aunque no se había enterado de lo que le había dicho, el joven pareció

tranquilizarse y se fue rápidamente para cumplir la orden, sin pedir más explicaciones.

En los alrededores de Nanxiong, el junco se detuvo. La oscuridad estaba avanzando y el desembarco fue a escondidas. El último en bajar fue Schreck, que puso el pie en la tierra después de haber entregado a las manos del comandante una bolsa llena de monedas de cobre. La embarcación se marchó, desapareciendo en las tinieblas.

Esperando a los viajeros había un chino nervioso que les hizo subir con grosería a un carro cerrado. Fue necesaria una hora de transporte antes de que se detuvieran y pudieran sacar la nariz fuera. Llegaron a un amplio patio inmerso en la penumbra, en el que destacaba un pabellón que una vez tuvo que ser bello y elegante. Las columnas que lo sujetaban, en origen pintadas de rojo, presentaban un aspecto agrietado y con agujeros. Delante del edificio encontraron a un viejo europeo muy bronceado, cubierto con una gruesa manta azul larga hasta los pies y un sombrero negro con orejas. Tenía junto a él a un chino que sujetaba una antorcha, por lo que se podían ver bien sus ojos chispeantes bajo un par de cejas abundantes y Cándidas, una larga barba plateada, los labios finos cerrados en un gesto enigmático.

Schreck subió la escalera para acceder al edificio. Solo entonces el viejo dio un lento paso hacia adelante.

—Padre Terrentius, supongo.

No eran necesarias las presentaciones, aquel tenía que ser Nicolás Longobardo, el superior de la misión en China. Schreck se arrodilló para besarle la mano.

—Disponed de mi persona como queráis, Vuestra Paternidad, es un honor para mí estar al servicio del sucesor de Mateo Ricci.

También Tolentino se arrodilló y, una vez cogida la mano de Longobardo, imprimió velozmente los labios, murmurando su propio nombre para presentarse. Con algunos pasos de distancia los dos jóvenes misioneros se habían agachado según la costumbre china, con la frente apoyada en el suelo.

El viejo Longobardo dio señales de estar molesto con aquella ceremonia. Protestó ruidosamente y mandó levantarse a todos con bruscos modales.

—Venga, venga, ¡no tengáis conmigo tantos cumplidos! Esta noche es muy húmeda y mis huesos ya protestan. ¡Todos adentro! —ordenó. Se dio la vuelta y precedió a los demás dentro del pabellón.

Al igual que el exterior, también la sala en la que fueron recogidos tenía que haber pasado tiempos más propicios. Ahora dominaba un aire de vacío y, a excepción de las altas sillas de madera situadas en el centro de la sala, el resto del mobiliario había sido amontonado en una esquina: un escritorio bajo, dos altos y anchos biombos esculpidos con unos dragones y el ave fénix, un número impreciso de

taburetes, dos mesas redondas con la encimera de mármol, dos pequeños pedestales alzapiés, una gran caja abierta de la que sobresalían una cantidad enorme de pinturas enrolladas.

Con movimiento rígido Longobardo se sentó e indicó a Schreck y Tolentino que hicieran lo mismo. Los dos sacerdotes se situaron con modestia de pie detrás del alemán y el viejo jesuita italiano les hizo un imperioso gesto invitándoles a que se acomodaran a su vez.

—En primer lugar, recemos al Señor por habernos concedido la gracia de dejarnos vivos, al menos hasta ahora, y de indicarnos el camino a seguir —se levantó de un salto y los demás le imitaron, juntó las manos, cerró los ojos y los otros hicieron lo mismo—. A la suma sabiduría y bondad de Dios nuestro Creador y Señor le toca conservar, guiar y llevar en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús... —inició así su discurso. Luego calló, miró a los invitados y continuó acompañado por el coro de voces, ya que todos conocían de memoria el *Proemio de las constituciones*, escritas por el propio Ignacio de Loyola como documento fundador de la Compañía. Schreck se conmovió ante la idea de que Longobardo utilizara este paso, comparando su exigua formación con el puñado de santos hombres que acompañaron a san Ignacio en los años de la fundación de la Compañía—. De nuestra parte la ayuda más eficaz proviene de la ley interna de la caridad y del amor... —continuó el superior hasta que terminó, superando con su voz grave a la de los demás.

Se santiguó y se sentó.

—He mandado que preparen arroz y algo de fruta —informó—. El agua que hay para beber es poca, alguien ha ahogado un perro en nuestro pozo y ha hecho que sea inservible. No tengo mucho más que ofrecer salvo un simple lecho. Dormiréis en los locales posteriores, en la planta baja. ¡Y vestidos! —concluyó casi gritando. Un respetuoso silencio siguió a sus palabras. El viejo se quitó el sombrero y todo su rostro apareció enmarcado por una cascada de pelos blancos, finos y vaporosos—. Estamos en un momento difícil para nuestra misión y tenemos que estar listos en todo momento. Justo ayer la casa fue objeto de un lanzamiento de piedras que le ha roto la cabeza a un servidor, un buen cristiano y ha destrozado todas las linternas del patio. Hace dos días arrestaron a mi sacristán, pensad, un pobre hombre de setenta y seis años. Y todo ello solo en esta semana. Los soldados del distrito no han venido nunca a protegernos, a pesar de nuestras continuas denuncias. Os preguntaréis el motivo. De Pekín una banda de eunucos sedientos de poder ha dado la orden de borrarlos del imperio. ¿Y por qué no nos quieren? —la pregunta no tuvo ninguna respuesta y Longobardo continuó sin aquellas puntas de dureza que había tenido al principio de la conversación—. Simplemente porque tienen miedo de nosotros.

El joven sacerdote portugués no pudo detener su propio asombro.

—¿Miedo? ¿De nosotros?

El grito cogió a todos por sorpresa. Totalmente alterado de forma repentina, Longobardo señaló con su dedo índice indagatorio sobre el pobrecillo.

—Jovencito, ¿eres por casualidad tú uno de esos valientes matemáticos que desde hace diez años esperamos que lleguen desde Roma?

El joven jesuita abrió los ojos y tartamudeando consiguió decir.

—No, padre superior, yo no...

—Vuestra paternidad, de aquel grupo de matemáticos y astrónomos que vos pedisteis, aquí estoy solo yo —intervino Schreck—. Si las circunstancias son propicias, entrarán muy pronto en China padre Nicolás Trigault, que vos conocéis muy bien, vuestro compatriota, padre Jaime Rho y el padre Johann Adam Schall von Bell, que es alemán. Son valientes hombres de ciencia —indicó sucesivamente a Tolentino, luego al joven sacerdote portugués y luego al chino—. Padre Julio me acompañará hasta Hangzhou y ellos, en cambio, vienen desde Macao con la única misión de servir a Dios y a vos.

El viejo frunció el entrecejo y fulminó con una mirada a los dos jóvenes misioneros.

—Aquellos que nos quieren hacer daño y que han animado a la gente en contra nuestra, tienen miedo de nuestras matemáticas y nuestra astronomía.

Esta vez fue Tolentino quien intervino. Tímidamente preguntó.

—¿Qué daño pueden hacer las matemáticas, Vuestra Paternidad? ¿Y la astronomía?

Longobardo pareció calmarse.

—Los chinos tienen un sistema complicadísimo para ajustar en el calendario los meses intercalares y ya no encuentran los solsticios y los equinoccios. No conocen la geometría esférica, por lo que no consiguen calcular con exactitud las fases de la luna y los eclipses, y están convencidos de que entre los planetas existe el vacío y que el cielo mismo es infinito. Padre Mateo Ricci les explicó el sistema de Tolomeo, describió las esferas cristalinas sobre las que están encajados los cuerpos celestes, tradujo al chino *Elementos* de Euclides y construyó muchos instrumentos. Por eso, durante los comienzos de nuestra misión esta fue tan apreciada. Pero ahora la música ha cambiado. Nuestras previsiones exactas de los eclipses enviadas al emperador han desencadenado celos en los astrónomos imperiales, tanto chinos como musulmanes. Ha sido suficiente un grupo de funcionarios influyentes junto al soberano, para instigarlo y convencerle de que nosotros miniamos la tradición. Nos meten a menudo en contra también al clero budista, que nos ve como competencia, y a las autoridades locales, porque quieren hacernos pagar unos impuestos muy altos.

—En Macao se habla abiertamente de violentas persecuciones contra nosotros los misioneros —confirmó Schreck.

—Como podéis constatar, estamos atravesando una precisamente ahora. ¡Qué ingratos! Han olvidado que hacían la cola fuera de la residencia de Pekín, para recibir como regalo una piedra de padre Mateo procedente de Venecia. Regalábamos esos prismas que descomponían la luz en mil colores, a los más altos mandarines, a algún que otro gobernador, a algún virrey e incluso a los príncipes. En 1601 fue el propio Mateo que le ofreció dos, incluso al emperador. Esos objetos que en Italia no costaban más de siete u ocho bayocos, ellos se los revendían a precios fabulosos. El equivalente a dos escudos, veinte ducados o incluso hasta quinientos escudos. ¡Miserables! ¡Y qué decir del asombro que mostraban ante nuestras pinturas! Eran cuadros de la Virgen, de Santa María Mayor en Roma, de la Virgen con el Niño Jesús, de san Juan y de otros santos, cuadros enviados desde Roma, España, Filipinas, de nuestros padres que viven en Japón. Los chinos permanecían encantados viendo esas obras, no dejaban de repetir que los colores eran tan vivos que los personajes mismos parecían animados. ¡Y cuánta maravilla sentían por las leyes de la perspectiva de las que no sabían nada, y nada saben!

»¿Y de nuestros libros? Les dejaban sin respiración. Recuerdo una vez, en 1604, nos llegaron a Pekín los ocho volúmenes de la Biblia políglota impresa en Amberes. Estaba cosida en oro. Padre Mateo esperó al día 15 de agosto, que aquí se realiza una gran fiesta, para mostrarlos al pueblo. Los hizo colocar sobre una mesa especial en la iglesia y, cubiertos con capa y sobrepelliz, les pasó el incienso solemnemente. Entonces, fueron miles de habitantes de Pekín los que entraron en nuestra iglesia y se quedaron contentos. Pero lo que más les gustaba eran nuestros relojes, grandes y pequeños, de rueda, muelle o arena, que daban las horas y los cuartos, y ante los que los chinos se quedaban maravillados y llamaban a nuestros instrumentos «campanas que suenan por sí mismas». Fueron enviados dos al emperador y al más grande se le fabricó un magnífico ciborio de madera y cuatro columnas, con un cuadrante en caracteres chinos y un águila que con el pico mostraba la hora... ¡Todo está olvidado! ¡Todo ha terminado! ¡Hemos pasado a ser enemigos! No se han enterado de nada. Nosotros no queremos sus puestos de funcionarios, queremos sus almas. Han llegado a insultarnos y a definirnos subversivos, incluso nos han acusado de lavarnos con agua santa, de reunimos en iglesias oscuras para poder conspirar, de querer apropiarnos del territorio chino. Morirán como paganos.

Sin que hubiera habido alguna señal premonitoria, Longobardo terminó repentinamente el largo desahogo levantándose de un salto. Todos le siguieron.

—Vosotros marchaos a descansar ahora, mi noche todavía no ha terminado —la conversación estaba cerrada.

Schreck titubeaba.

—¿Me permitís una petición?

—¿Bien?

—Con nosotros se encuentra una joven, debidamente casada con mi criado, que espera un niño. Durante el viaje se ha sentido mal y desde entonces intentamos cuidarla constantemente. Os agradecería enormemente si también en esta casa ella pudiera disfrutar de la máxima comodidad.

Longobardo asintió con vigor.

—Daré disposiciones para que a la joven le preparen mi cuarto. Da al patio interno, que es la parte más silenciosa. Pero que duerma con mi sirvienta y no con su esposo. Bajo este techo las tinieblas son para descansar.

—No pretendía disturbaros a vos.

—No os preocupéis, de todos modos yo no conseguiré descansar esta noche.

—Aceptad el parecer de un médico, vuestro rostro muestra fatiga. Con franqueza, aunque tengáis tanta fuerza habéis dejado de ser un joven robusto. Os daré una poción que os permitirá descansar y saborear el sueño durante muchas horas.

—Vuestra sugerencia es inoportuna, padre Terrentius, yo no renuncio al reposo por capricho, sino por los deberes de mi oficio.

—Podéis pasarlo a otro día —insistía Schreck.

—La muerte no puede esperar. Uno de nuestros convertidos más a la vista, un magistrado, está agonizando y tengo que ir a bendecirle. Espero que el señor no le haya llamado ya consigo. ¡Buenas noches!

Tolentino, el jesuita portugués y el chino se apresuraron para ir a besarle la mano, pero él apartó este gesto de devoción, mascullando un:

—No, no... —entonces los sacerdotes dieron marcha atrás, hasta desaparecer por la parte de atrás de la sala. Schreck hizo una señal a Tolentino para invitarle a permanecer y no se movió. El viejo jesuita murmuró—. Vosotros dos, ¿no vais a dormir?

—Permitidnos que vayamos con vos —le dijo el alemán.

Tolentino tuvo un sobresalto ante esta petición.

—¿Queréis acompañarme? —se asombró Longobardo.

—Allá fuera el peligro se cierne, cuantos más seamos, mejor será.

—Nadie me tocará, tengo mi sistema, y me temen más que si fuera el diablo.

—¡Ah, ya está! —exclamó Schreck casi divertido.

Longobardo lo miró con aire severo.

—Si queréis seguirme, os lo concedo. Vámonos ya.

Del recinto de la residencia salieron cinco sombras negras. Junto a los tres jesuitas, había un servidor de Longobardo y Pequeño Zhang, que por nada en el mundo dejaría a Schreck en un momento difícil. La casa hacia la que tenían que dirigirse no estaba muy lejos. Recorrieron una arteria principal arbolada y una serie de pequeños callejones oscuros. Se detuvieron frente a un muro de ladrillos, delante de una puerta baja y robusta con un travesaño de madera. Fue suficiente un golpe

para que alguien la abriera desde dentro. Dos hombres les recibieron, se postraron delante de Longobardo, y luego les condujeron por algunos patios hasta una sala en la que reinaba una penumbra muy oscura y un insoportable olor a cerrado.

Con el techo de madera, el ambiente era sofocante. Colgaban por todas partes largos paneles negros con escritos en caracteres dorados, que contenían pequeños sermones condensados.

«Ahora se sube alto, ahora se baja hasta el fondo: nada es perpetuo». «Mientras se pisa la escarcha, el hielo aparece compacto». «Saco cerrado. Ningún problema. Ninguna gloria». «Que vuestros hijos y nietos estén todos llenos de promesas». A las que se añadían otras frases con significados a veces recónditos.

Desde detrás de un biombo macizo, sobre el que revoloteaban gigantescos pájaros de madreperla, apareció un joven de unos veinticinco años aparentemente. Llevaba una túnica de color azulina, abrochada en el hombro derecho con una hilera de botoncitos y en la cintura, una cinta de cuero. Se postró ante Longobardo y acercó tres veces la frente al suelo. El viejo le hizo levantarse.

—No he conseguido venir antes, señor Wang, porque estaba esperando a unos misioneros que venían de Macao y, en particular, a este hermano mío —dijo indicando a Schreck—. Dadme noticias sobre vuestro benemérito padre.

El chino miró al suelo, apretó los puños y se lamentó débilmente.

—Hace poco, al terminar la décima doble hora, ha entregado su alma a Nuestro Señor.

Longobardo le puso una mano sobre el hombro.

—Que Dios lo tenga consigo. Quiero verle y rezar por él.

Luego hizo un gesto al propio criado, sin ni siquiera quitarse la capa que lo envolvía y se dirigió hacia una puerta lateral. Se movía como si conociera bien la casa y nadie lo detuvo.

El joven Wang hizo una señal a Schreck y a Tolentino para que se acomodaran en un banco con el respaldo repujado de marfil. Longobardo volvió después de una decena de minutos. Una vez que saludó al dueño de la casa, se marcharon.

Para volver, recorrieron el mismo camino por el que habían venido. Una vez abandonada la demora de la familia Wang, se adentraron en el laberinto de los *hutong*, callejones oscuros que van creciendo como una telaraña. Sintiendo no muy lejos gritos y ruidos, apresuraron el paso. Pero cuando estaban a punto de llegar a la avenida que llevaba a la residencia de los jesuitas, se detuvieron de golpe y se escondieron, porque una veintena de hombres enloquecidos y dando voces, de los que algunos llevaban en la mano antorchas, habían salido de repente de detrás de una esquina. La claridad de las llamas les permitió ver que arrastraban a un hombre que parecía sin fuerzas, golpeándolo por todas partes, como si fuera un muñeco con la estructura rota. El desgraciado estaba completamente recubierto de fango, con los

trajes sucios y rotos que le colgaban como jirones. Llegados al centro de la amplia calle, los que le maltrataban lo dejaron caer de forma pesada al suelo y uno de estos arrojó contra el cuerpo, que parecía inanimado, un saco del que se veían salir cañas de bambú.

—¡Ahí tienes tus instrumentos, renegado! ¡Ahora los podrás tocar en el reino de los muertos para tu dios! —gritó, como si estuviera endemoniado uno de los hombres con la cara enrojecida, golpeando el pobre cuerpo con patadas fuertes de las que se escuchaba el eco. En cada golpe el harapo que estaba en el suelo susurraba, entre el clamor que iba en aumento.

—Dios mío —exclamó en voz baja Longobardo—. ¡Es el comerciante de flautas! —luego, dejando boquiabiertos a sus acompañantes, de repente, de un brinco dio los pocos pasos que le distanciaban de la muchedumbre furiosa, para detenerse ante aquellos violentos y con un movimiento rápido se abrió la capa dejándola caer al suelo.

Ante la luz temblorosa de las antorchas apareció alto y magnífico, vestido con un precioso traje de mandarín, con el dragón y el ave fénix bordados en oro y plata, que brillaban en el pecho y parecían estar a punto de emprender el vuelo. Con un gesto fulminante sacó del bolsillo un gorro diminuto cilíndrico, con un cordón de algodón y una pluma de pavo real de varios colores. Ponerse el sombrero, levantar los brazos al cielo y gritar con todas sus fuerzas ante aquel grupo de violentos a menos de un palmo, fue todo uno para el misionero.

—¡Almas malditas, ya percibo el gas explotar, que saliendo de la tierra os destruirá! ¡El ruido se propagará en el aire con la velocidad del rayo! ¡Cesará el viento en el río, el agua de los pozos será recubierta de ondas y en el cielo aparecerá la sutil nube azul del terremoto!

Los torturadores del pobre desgraciado quedaron completamente sorprendidos. Ya cuando apareció de la oscuridad el jesuita con el traje de ceremonia de los funcionarios imperiales de los rangos más altos, todos se detuvieron y se callaron de golpe. Alguien susurró el nombre chino de Longobardo, Long Huamin, pero fue más un breve susurro entre la multitud que palabras que se escuchasen con claridad. Cuando luego comenzó a gritar esa amenaza tan horrible, más de uno cayó de rodillas y se postró con la frente en el suelo, otros dieron unos pasos hacia atrás, mientras otros en cambio comenzaron a temblar visiblemente con el pánico dibujado en sus rostros y tiraron las antorchas en el suelo. El repentino caer de la luz, el eco de la maldición y la figura del misionero, que de forma majestuosa todavía se mantenía con los brazos elevados al cielo, sugirieron a todos un único deseo: escapar lo más rápido posible. Desaparecieron en un instante y Schreck, con Tolentino y el Pequeño Zhang y el criado de Longobardo, levantaron al pobre comerciante de flautas del suelo y alcanzaron la puerta posterior de la residencia. El último en entrar fue el viejo

Longobardo llevando en la mano la bolsa con los instrumentos que había querido recuperar.

—¡Pobre cristiano! —dijo y cerró la puerta tras él. Todo había durado unos instantes.

Más asustado que herido, el comerciante recuperó enseguida el sentido, también gracias a algunas sales que Schreck le hizo oler. Enseguida le cambiaron de ropa, le fortalecieron con un té caliente y le buscaron un sitio para que pasara el resto de la noche. Silencioso y agradecido, el hombre besó la mano de Longobardo, recuperó sus cañas con doce agujeros y le acompañaron a dormir. Mientras le socorría, Schreck escuchó a los criados que decían que el hombre se acercaba todos los domingos, para ejecutar la música durante la Santa Misa y era muy querido en la pequeña comunidad de católicos de Nanxiong.

Una vez que se despidió del padre Longobardo, a quien dejó de rodillas delante de la estatuilla de la Virgen, Pequeño Zhang acompañó al alemán a un pequeño cuarto donde habían cubierto el suelo con sus respectivos lechos. La imposibilidad de someterse a un baño regenerador le pareció la tortura más cruel, pero puso buena cara al mal tiempo y se limitó a cambiarse de ropa y manchar de sudor la ropa limpia. Igualmente hizo el joven.

—Duerme bien, hijo mío —le dijo.

—*Wan an*, que la noche sea en paz, padre.

Apagaron la llama y sus sombras se disolvieron en la pared sobre la que anteriormente bailaban. En alguna parte de la residencia se esparcieron de forma inesperada las melancólicas notas de una flauta. Lenta y sinuosa la música pasó de los oídos al corazón y Schreck quiso dar las gracias a Dios, por aquel momento de paz interior, usando las mismas palabras de san Ignacio.

—Dame tu amor y seré lo suficientemente rico, no buscaré nada más. Tú solo me bastas, o Jesús mío, mi Vida, mi Todo.

Fue precisamente entonces cuando, con un ruido seco, la puerta se abrió violentamente y, como un ciclón, entró Longobardo. Estaba muy nervioso.

—Rápido, poneos en pie, tenéis que marcharos inmediatamente —gritaba frenético.

Pequeño Zhang saltó y se puso de pie como una aguja, y también Schreck se apresuró a obedecer.

—¿Qué pasa?

Longobardo fue lacónico.

—Vuestra vida está en peligro.

—¿En peligro? —repitió automáticamente Schreck.

—¡No tenemos tiempo! Un feligrés me ha avisado hace poco de que los soldados del prefecto se dirigen hacia aquí. Habrá un registro y no pueden encontraros.

Rápidos como rayos, Pequeño Zhang y Schreck salieron del cuarto. En el patio se cruzaron con Tolentino y Pequeño Crisantemo, ya listos para escapar. En la puerta posterior de la residencia les esperaba un carro tirado por dos mulos. Mientras subían al vehículo, Longobardo dijo a Schreck.

—En el río os espera un junco. Nos volveremos a ver solo si Dios quiere —luego retuvo un momento el brazo del alemán y le entregó un hatillo liado con una cuerda—. Llevaos esto con vos, podrá servir —le dijo sin respirar.

Después hizo un gesto brusco al chino que estaba sentado en el pescante. Un instante después el carro se movió y la oscuridad se lo tragó.

## Capítulo 22

Cráneo afeitado, traje naranja, el prior del monasterio budista de Nanhua contaba sus verdades, exhibiendo una bonita sonrisa seráfica sobre el rostro de barro cocido de su piel lisa como la de un niño. Los ojos inmóviles y locuaces, rodeados por un hilo de cejas arqueadas, emanaban una intensa luz interior.

Lo que estaba diciendo turbaba a Tolentino. Las profundas y negras ojeras que le devastaban la cara, atestiguaban que en la última semana todavía era presa del gran miedo, que había sentido aquella noche en Nanxiong.

Igualmente con ojeras, Schreck en cambio se veía acorralado por las dudas. Por suerte, se repetía a sí mismo, no estoy en Roma, ni en Goa, donde mi asombro se vería ahuyentado por las llamas de la hoguera.

Deducir de las palabras del superior del monasterio de Nanhua que los diablos y los ángeles guardianes del cristianismo no eran personajes originales, había marcado al alemán, aunque pensándolo bien, no mucho. En el fondo no habían salido a relucir los dogmas. Pero el descubrimiento de que también la virginidad de María era un precepto que los cristianos habían tomado prestado de otra religión le había turbado profundamente.

Por lo tanto, se podía pasar el hecho de que Giotto, en la pared de la iglesia de san Francisco de Asís, no inventó nada nuevo, con sus diablos expulsados del burgo de Arezzo que emprendían el vuelo. Así como en Siena, el demonio alado de Duccio de Boninsegna que tienta a Cristo no representaba ninguna novedad. Y también toda la multitud de horribles figuras infernales que vuelan de forma obscena en el *Triunfo de la Muerte* en el Camposanto de Pisa, otra cosa no son, como los dos hechos anteriores, que una réplica de los diablos del infierno budista, ya que, si se seguía lo que decía el prior, los seguidores de esta religión habían comenzado a representar diablos con alas al menos cuatro siglos antes. Y ocurre además que los ángeles custodios son al parecer una copia calcada del *bodhisattva*, los Seres Despiertos, que no entran en el Nirvana para quedarse en la Tierra y ayudar a los otros para llegar a ser un Buda. Pero Schreck no había podido evitar un sentido de pérdida cuando el viejo bonzo se había detenido en la historia de Maya.

Después de treinta y dos años de matrimonio, Maya seguía siendo virgen. Una visión premonitoria le había anunciado el nacimiento de un hijo prodigioso... ¡también la Anunciación! Y de hecho, después de diez meses, había dado a luz a un niño. El hijo le había salido de un costado, ¡circunstancia algo rara!, mientras ella estaba sujeta a una rama de una higuera. Por otro lado, para quien no se lo creyera tenía que aparecer igualmente inverosímil el nacimiento de Jesús del vientre virgen de una jovencísima María, que se había quedado inmaculada incluso después del parto. Pero la cosa más sorprendente para Schreck había sido escuchar que el niño de

Maya, llamado Sakyamuni, es decir, Asceta de los Sakya, o Siddharta, que significa el que ha alcanzado su fin, o también Gautama, porque descendía de la estirpe brahmánica de Gotama, o si no, llamado Jina, el Victorioso, o Tathagata, Aquél que se encuentra en posesión de la Verdad, y Bhagavat, es decir, el Beato, ese niño nacido de una madre virgen casi como lo es Jesús de María, no era otra cosa que Buda, el Despierto, aquel que fundó el budismo quinientos años antes que Cristo.

Mientras la maravilla comenzaba a transformarse en querer saber más, y un torbellino de hipótesis se desencadenaba con desorden por la mente de Schreck, el prior cambió de argumento, quizás porque se le estaba haciendo tarde y era hora de dejar sitio al descanso. Su cráneo brillaba a la luz de las velas alimentadas con mantequilla de yak.

—Hace mil cien años, Qiluo San, noble hindú en busca de la verdad, fundó este monasterio. Hizo fundir la gran campana y construir la torre para acogerla. Por desgracia el edificio se derrumbó por un terremoto. El sabio Long Huamin, vuestro superior que llamáis Longobardo, estaba en aquellos tiempos en nuestra región para construir varias de vuestras iglesias. Él poseía notables competencias y trabajaba junto a un grupo de chinos muy hábiles con los ladrillos, el hilo de plomo y la escuadra. Vino en nuestra ayuda y ordenó a sus obreros que reconstruyeran el pabellón siguiendo el modelo original. Aquello fue hecho en pocos días y desde entonces la gratitud nos une a él.

Schreck entendía ahora por qué Nicolás Longobardo había querido que se refugiaran precisamente en el monasterio budista de Nanhua.

—Son amigos, quedaos tranquilo —había dicho el viejo misionero mientras en aquella noche desgraciada, una semana antes, les ayudaba a subir al carro que les llevaba fuera de Nanxiong—. Retomaréis vuestro viaje hacia Hangzhou en cuanto las cosas se calmen —y así, después de la fuga que había durado dos días, Schreck, Tolentino, Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo eran huéspedes del convento.

En Nanhua los días discurrían tranquilos y ordenados. Los momentos de oración junto a los bonzos se alternaban con aquellos de trabajo en el huerto grande. Allí, Schreck pudo aplicarse con entusiasmo en el cultivo y la recogida de hierbas medicinales. De vez en cuando, el prior lo convocaba junto a Tolentino para interrogarle sobre su religión, respondiendo con educación si en lugar de respuestas le hacían preguntas. El viejo bonzo amaba charlar, sentado en la posición *padmasana*, aquella llamada del loto, sobre el suelo del pabellón que acogía al Buda Vairocana de los cuatro rostros, el primero de los Budas transcendentales, la encarnación del Absoluto. Colocada en el centro de la sala, la gran estatua emanaba la fuerza del Dharma, la doctrina, la Verdad revelada por Gautama. El prior hablaba con docilidad y sonreía siempre, animando cualquier tipo de discusión. Los jesuitas sorbían el té y se familiarizaban con conceptos como el Noble Óctuplo Sendero, que llevaba a la

extinción del deseo, y por lo tanto, al cese del dolor que con este se consigue. O como el Nirvana, estado absoluto de beatitud en el que se supera definitivamente el misterio del sufrimiento y se alcanza la iluminación. Al final de la conversación, inútilmente Schreck intentaba provocar un intercambio de ideas con Tolentino sobre lo que había escuchado. El italiano, todavía sumergido en su imborrable susto, evitaba pronunciarse diciendo que estaba demasiado cansado y necesitaba descansar. Solo una vez había expresado un cierto aprecio hacia la vida de los bonzos diciendo *Honeste vivere, discere et docere*, ya que juzgaba positivo que estos vivieran santamente, aprendieran y enseñaran.

Quien en cambio había superado por completo la aprensión y el temor por todo lo que habían vivido en Nanxiong, era Pequeño Zhang. Siempre lleno de buen humor y de energías, trotaba junto a Schreck, ayudándolo en el huerto o acompañándolo a ir a por agua o durante sus visitas para estudiar las muchas estatuas y pinturas que bordeaban los pabellones del convento. Era curiosísimo y, más que a todos, le llamaban la atención los símbolos y los atributos rituales mostrados en las representaciones. Muchas preguntas que el joven hacía para comprender los significados recónditos, a su vez Schreck se las realizaba al prior durante sus encuentros. De esta forma, podía inmediatamente informar a Pequeño Zhang.

Al joven le gustaron la campanita *vajira*, símbolo femenino de la sabiduría, la vara *vajrakita* que sirve para someter las fuerzas demoníacas, la espada llameante *khadga*, destructora de la ignorancia y el bastón mágico *khatvanga*, símbolo de los poderes sobrenaturales que se adquieren con la meditación y con el control de la mente. Pero, por encima de todo, admiró el hacha *kartika*, símbolo de la desintegración de la materia, y el hacha de lucha *parashu* que indica la separación de las cosas terrenas. Schreck sonreía con benevolencia ante la curiosidad y el entusiasmo del joven, y peregrinar por el monasterio junto a él era siempre fuente de gran placer para ambos.

Pequeño Zhang veneraba a Schreck, a quien consideraba como un padre, y el alemán se estaba encariñando fuertemente de aquel joven tan lleno de vitalidad. Seguía con benevolencia el desarrollo y la educación, infundiéndole confianza en sí mismo, pero al mismo tiempo ocupándose en hacerle madurar el sentido de la responsabilidad, ya que sus ímpetus juveniles le llevaban a menudo a situaciones complicadas. Una de estas se presentó ya la primera noche en Nanhua. Rompiendo la regla del convento, los esposos, alojados el uno junto al misionero en el barrio de los monjes, y la otra, en el pabellón de las monjas, para estar un poco juntos, se encontraban a escondidas en el templo presidido por la estatua del Buda Maitreya, el Buda del futuro, representado con los pies bien pegados al suelo, el uno junto al otro en la posición *bhradrasana*. Era este el Buda que reinaba sobre el Paraíso budista y su encarnación se esperaba cinco mil años después del nacimiento de Gautama, como

último Buda sobre la Tierra, que llevaría la verdad de la luz a todos. Por sus características de mensajero de la buena suerte, Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo habían elegido precisamente el templo de Buda Maitreya para encontrarse. Por la noche, desde que el joven desaparecía, Schreck se ponía nervioso. Sabía que si fueran descubiertos, se les castigaría severamente y la hospitalidad de todos quedaría comprometida. Y cuando, como un ladrón, Pequeño Zhang entraba en medio de la noche, el alemán le soltaba largos sermones y concluía inevitablemente con un impotente «¡justo el Buda del Futuro puede velar sobre vuestra locura!». Pero afortunadamente nadie nunca se dio cuenta de los encuentros furtivos.

Estas aprensiones y el hecho de la virginidad de María fueron los únicos motivos de angustia para Schreck, durante la permanencia en el monasterio.

Se marcharon de Nanhua al cabo de unos diez días.

Otro junco y otra navegación. Permanecieron más de un mes sobre el agua, casi siempre escondidos bajo la cubierta. A la altura de la ciudad de Ganzhou, el río Zhang Shui tomaba el nombre de Gan. Su lecho pasaba a ser ancho, con las orillas altas y rocosas que en un cierto punto empezaron a degradar hasta que entraron en el lago Poyang, un tranquilo y vasto espejo celeste al noreste de la ciudad de Nanchang. Durante medio día recorrieron hacia el sur la gran extensión lacustre. Les acompañaban implacables los gritos de rabia de los cormoranes que, como consecuencia del anillo que les ahogaba la garganta, no conseguían tragarse el pescado que atrapaban y veían el fruto de su pesca desaparecer saltando en las cestas de mimbre de los pescadores.

Superada una isla dominada por una montaña afilada sobre la que estaban aferradas dos pagodas que se asomaban de manera arriesgada hacia el vacío, llegaron por último a un inmenso pasillo de agua que iniciaba en el lago y parecía llevar hasta el infinito. Habían llegado al río Yangzi. Fue entonces cuando el comandante del junco, un hombre taciturno y violento, encendió un manojo de bastoncitos de incienso en la proa y, cuando estaban a punto de consumirse por completo, los tiró por la borda.

—Honremos al padre de todos los ríos y ¡que los espíritus malignos se alejen! — exclamó solemnemente. Fue la frase más larga que le escucharon pronunciar durante todo el viaje.

Después de haber recorrido hacia el norte un trayecto que Schreck consideró al menos de ciento cincuenta yardas lusas, llegaron cerca de Nanchino. En aquel espacio de tiempo, mayo había cedido su sitio a junio y ya estaban en el día 19 del nuevo mes. El junco fue obligado por las leyes del prefecto a dejar el centro del río y a continuar su trayecto más cerca de la orilla, pero no se detuvo y el comandante repitió con decisión a los jesuitas que no se asomaran a la cubierta, durante todo el

tiempo que emplearían para superar la ciudad. Mientras Tolentino obedecía con temor y sin discutir, Schreck se quejaba en voz alta, por no poder ver la primera de las grandes ciudades, donde el fundador de la misión de los jesuitas en China, Mateo Ricci, había tenido su residencia. Pero sabía que precisamente en Nanchino se habían producido las peores persecuciones contra los cristianos y, por lo tanto, esta vez consideró oportuno obedecer al comandante. Sin embargo le hubiera gustado ver desfilar las Montañas Púrpuras, sobre las que se alzaba el observatorio astronómico con sus cuatro antiquísimos instrumentos de bronce, que el propio Mateo Ricci había descrito en su diario. Eran de la época de Marco Polo y eran bastante grandes. Un globo con todos los paralelos y los meridianos esculpidos, que tres personas no habrían podido abrazar, una gran esfera armilar de dos brazos de diámetro, un gnomon de cuatro o cinco brazos de altura y otra esfera compuesta por tres o cuatro astrolabios.

Fue mientras pensaba en estos inventos cuando se le pasó por la cabeza el telescopio que le hubiera gustado traer a China. Junto a los otros instrumentos y a la mayor parte de sus libros, se había quedado en Macao. Todo llegaría con Trigault, Schall von Bell y Rho en cuanto las aguas volvieran a su curso. Y el pensamiento del telescopio le trajo el recuerdo de su amigo Galilei. ¡Quién sabía dónde estaría! ¿Quizás se había retirado en Arcetri? El jesuita le prometió escribirle en cuanto llegara a Hangzhou. Era necesario convencerle para que enviara a China sus almanaques, si se quería corregir el calendario chino. Hasta ahora no había tenido ninguna noticia directa del científico pisano, sino solo breves notas en las pocas cartas que le habían llegado de Faber.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por Pequeño Zhang.

—Los hombres se están agitando —le comunicó inquieto el joven—. Al parecer un espíritu maligno ha tomado posesión del timón y no consiguen gobernar el junco.

En efecto, un balanceo insólito hacía que la embarcación empezara a bailar. Tolentino se había tumbado sobre las tablas de la cabina y con los ojos cerrados iba pasando las cuentas del rosario de cuerda, temblando visiblemente.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que, además de Dios, tienes que creer solo en lo que ves, tocas, sientes o consigues calcular? —dijo Schreck al joven.

—¡Pero, padre mío, estamos en el trayecto del río en el que Aizi fue amenazado por un fantasma! —y empezó a narrar la increíble historia de este tal Aizi, un hombre pío que, mientras estaba ocupado en arreglar una estatua del dios del río, fue asaltado por un espíritu malvado que quería que muriera—. Todavía está escapando, ese pobrecillo —por suerte, al final de la historia, la navegación volvió a ser regular—. Se ve que el humo de los inciensos ha echado al espíritu malo —dedujo el joven.

Schreck prefirió no comentar y, ya que mientras tanto habían vuelto a navegar por el centro del río, se tomó la libertad de subir al puente.

—¿Pero adonde vais padre Terrentius? —le preguntó alarmado Tolentino, pálido en el rostro, cuando le vio a punto de salir de la cabina.

—No os preocupéis, Julio, no cometeré ninguna imprudencia.

Tolentino agachó la cabeza, lleno de ansia.

Schreck quedó impresionado por la larga procesión de barcas que surcaban las aguas. Contó ciento veintinueve desde el mediodía hasta la una y, más tarde, ciento cuarenta y ocho en una única hora de la tarde.

Cerca de la ciudad de Dantuzheng, dejaron el Yangzi y se adentraron por el Canal Imperial que llevaba hacia el sur. Esta era una vía de agua de ciento ochenta pasos de anchura, hecha construir entre el año 587 y el 608 durante la dinastía Sui, para unir las regiones meridionales con las septentrionales. Consentía el transporte de productos alimenticios y de tropas, y permitía la llegada a la capital de tributos agrícolas que las provincias estaban obligadas a versar al emperador. Schreck notó la sucesión regular de estaciones de correos y tiendas a lo largo de la orilla. A la mañana siguiente llegaron a los alrededores de Suzhou.

—En el cielo está el paraíso, en la tierra están Suzhou y Hangzhou —recitó soñador Pequeño Zhang.

Schreck le lanzó una mirada oblicua.

—¿Qué es lo que murmullas?

—Es un dicho que repetía siempre mi abuelo.

Schreck recordó que las dos ciudades habían sido descritas como algo maravilloso por Marco Polo. El junco bordeó las murallas con almenas de Suzhou. Diferentes canales, cuya desembocadura estaba vigilada por armígeros, llevaban hacia el interior de la ciudad y algunos estaban tan llenos de barcas que no se veían las orillas. Las casas daban a la ribera. La mayor parte de estas consistían en minúsculos tugurios de madera, de una planta de altura, oscurecidas por la humedad, con balcones torcidos de los que colgaban paños tendidos que estaban atados a pequeñas cañas de bambú. Pero también había casas cuyo prestigio y riqueza estaban señalados por la muralla perimetral que las escondía y por un embarcadero privado.

Entre una orilla y la otra de los canales se levantaban robustos puentes de piedra, no todos con balaustradas, sobre los que se movía un incesante ir y venir de gente. En algunos puntos, donde se accedía fácilmente al agua, las mujeres estaban ocupadas en lavar los vestidos y las telas mientras, a poca distancia de ellas, nubes de jovencitos se tiraban salpicando.

—¡Parece que uno está en Venecia! —exclamó Schreck, asombrado.

—¿Es una ciudad, padre mío?

—Sí. Está construida sobre el agua, como Suzhou.

—¿Y también hay jardines?

—No muchos, pero eso no quita que sea bellísima.

—Aquí —continuó el joven—, los jardines son numerosos y famosos. Mi abuelo me contaba que embellecen las casas de los funcionarios y literatos, entre los más importantes del imperio —y citó nombres que fascinaron a Schreck. El jardín del maestro de las redes, el jardín del pabellón de las olas que rompen, el jardín de los leones, el jardín del humilde administrador...

Durante una hora y media navegaron a lo largo de la muralla de la ciudad y, al salir de esta, quedaron como fulgurados por la visión de un alto puente construido por entero en piedra perfectamente cortada, con cincuenta y tres arcos. Schreck quedó sorprendido por la audacia de la construcción. No había visto hasta entonces una maravilla parecida de ingeniería que atravesara un río. Como supieron después, era el puente de Baodai, construido durante la dinastía Tan, algo más de ochocientos años antes.

El 26 de junio llegaron finalmente a Hangzhou. La entrada en la ciudad por el agua provocó emociones irrepetibles. Nunca Schreck habría podido imaginar un centro habitado tan bien organizado y rico de obras, que celebraban la habilidad de la inteligencia humana. Entre todas las construcciones sobresalían los puentes. En la media hora que pasó entre la llegada a la ciudad y el ataque, vio un número incalculable, todos en piedra, sólidos, que conectando los numerosos canales consentían poner en comunicación todas las esquinas del centro habitado. Aquí y allá se levantaban torres y pabellones donde los colores dorado y azul predominaban. Entre la periferia y el centro se levantaban altas y elegantes murallas en las que se abrían puertas monumentales que, como supo posteriormente, eran en total dieciocho. Casas con varias plantas en madera y bambú se asomaban a las orillas de los canales, adosadas las unas a las otras, y parecían mejor cuidadas que las que habían visto en Suzhou. Apretados entre estas se abrían callejones llenos de gente donde parecía imposible conseguir orientarse. Ricas moradas y grandes templos estaban protegidos por paredes discretas que terminaban en el agua. Adentrándose por una complicada red de vías de agua, cada vez más estrechas, y abriéndose espacio entre las centenares de barcas que transportaban arroces, madera, carbón, ladrillos, aves de corral, sacos de sal y montones de té, el junco finalmente se detuvo cerca de un embarcadero, entre una selva de pequeños barcos de vapor maniobrados con la pértiga o con un remo desde la parte de atrás. Habían llegado a su meta: la residencia del señor Miguel Yang Tingyun que los acogería.

En primer lugar bajó Schreck, le siguió Tolentino, luego Pequeño Zhang con dos bolsas de viaje, que apoyó sobre el embarcadero. El alemán le observó mientras ayudaba a Pequeño Crisantemo a poner los pies en el suelo, y fue mientras estaba complacido por el cuidado que el joven le ofrecía, cuando sintió muy cerca un silbido, instantáneo pero agudo, y vio contemporáneamente a Pequeño Zhang dejar de golpe a la joven esposa, llevarse las manos al cuello y caer con un golpe sonoro,

arrastrado por una fuerza irresistible.

Se dio cuenta de que en un instante el junco del que acababan de bajar había desaparecido, mimetizándose entre las otras muchas embarcaciones que pasaban en los parajes y el embarcadero se había quedado vacío de repente. La gente que antes estaba sobre él había saltado a la orilla y todos se habían situado a una debida distancia, observando en silencio. Sobre los maderos enmohecidos se había quedado solo un hombre alto, vestido con una divisa militar imponente, con una capa corta azul encima de unos pantalones celestes y unas botas negras. En la espalda se notaba un carcaj con un montón de flechas y en la cabeza un gorro redondo cubierto por un casquete de color naranja, en el costado una espada curva, el hombre exhibía en el pecho las condecoraciones de mando, un disco amarillo y, entre las manos, enrollaba un largo látigo de cuero, carcajeándose horriblemente mientras observaba los intentos inútiles del joven para salir del agua fangosa y llegar a la orilla.

Junto al militar aparecieron corriendo una decena de soldados, sobre la casaca oscura brillaba la esfinge del pavo real, símbolo del gobernador de la ciudad. No fue dicha una palabra, pero de la actitud de los hombres y del gesto imperioso de su comandante, Schreck entendió que tenían que seguirles sin protestar, si querían evitar problemas. Dejando que Pequeño Crisantemo se apoyara entre él y Tolentino, que no dejaba de temblar, se dirigió hacia el pelotón de los soldados. Pequeño Zhang fue empujado con brusquedad por el hombre con el látigo y se unió a ellos. Su cuello aparecía marcado con una vistosa marca sangrienta.

Caminaron un breve trayecto. El palacio donde les llevaron no estaba lejos. La espera en cambio fue larga, antes de que les recibiera alguien. Al primero que vieron fue a un oficial. Con malos modales les preguntó cómo se llamaban y qué es lo que hacían en la ciudad. Schreck no quiso responder y pidió hablar con el gobernador de Hangzhou. El militar le miró de forma sarcástica y respondió.

—Estáis justo en el sitio acertado, esta es su residencia, pero su excelencia no tiene tiempo que perder con viandantes y mendigos. Y además, ¿acaso puede una mosca volar hasta una estrella?

El jesuita le mostró una sonrisa sarcástica y, sin parpadear, con movimientos lentos y medidos comenzó a quitarse la larga casaca que llevaba puesta. A medida que la operación se llevaba a cabo, el oficial se fue quedando blanco. Bajo el vestido de viaje del alemán, aparecieron en primer lugar el medallón del ave fénix y luego todo el bonito traje de funcionario imperial, que le otorgaba un aire noble, severo y terrible. Era este el regalo que Longobardo le había hecho a Schreck el día que se tuvieron que marchar, el contenido del hatillo liado por una cuerda.

El traje magnífico causó la sensación esperada. En el oficial se acentuó un aire lleno de confusión, luego se decidió, y se postró en una reverencia, para salir inmediatamente después de la estancia. Volvió al cabo de una decena de minutos y,

sin mirarles a los ojos, los condujo hasta un rico pabellón rodeado por hombres de la guardia. Fueron introducidos en una bonita sala con columnas de sándalo que perfumaban el ambiente. Era esta la sala de las audiencias del gobernador de Hangzhou.

El gobernador era un hombrecillo que a primera vista parecía insignificante. Llevaba una túnica sobre la que hilos plateados bordaban un juego de ave fénix y pavos reales volando. Unos bigotes que le bajaban muy finos alrededor de la boca no conseguían darle el aire feroz que le hubiera gustado mostrar. Cuando los cuatro entraron, se acercó a Schreck con el que intercambié una breve reverencia, y aceptó con deferencia que los dos jóvenes se postraran con la frente en el suelo ante él, algo que a Pequeño Crisantemo le costó no poco esfuerzo. Hablando fue muy prudente.

—Mis hombres han realizado una continua búsqueda de perros, pero esta vez se han equivocado y han cogido una noble tortuga. Un grave error que hará que prueben en sus propios cuellos el filo de la cuchilla.

—Hay que alabar a vuestros soldados, excelencia. No podían saber quién era yo en realidad y han llevado a cabo con cuidado vuestras órdenes —exclamó el alemán con un repentino movimiento de la cabeza.

—Un oficial tiene el deber de reconocer la piel del tigre, aunque esta esté camuflada por la piel de una rata. Quiere decir que pagará por todos.

La mirada de satisfacción que Pequeño Zhang intercambié a escondidas con la joven esposa no escapó a Schreck. Pero no podía ahora hacer entender al joven que su animosidad hacia el hombre que le había azotado no era aceptable. No podía ni siquiera oponerse a la que parecía una sentencia del gobernador, por lo que permaneció en silencio.

—¿Puedo saber con quién tengo el poco merecido honor de hablar? —le preguntó el alto funcionario, más diplomático que nunca.

El jesuita hurgó unos instantes en su mente antes de encontrar una respuesta adecuada.

—Mi nombre es Terrentius, pero mis amigos chinos me llaman Deng Yuhan.

—Vuestros amigos han elegido un bonito nombre, Jade Encerrado, en el antiguo principado de Deng. Espero tener también yo la suerte de estar incluidos entre esos, señor.

—Seré yo el hombre afortunado, el día que vos aceptéis considerarme digno de vuestra amistad.

—Vuestro traje es por sí solo garantía de rectitud, pero os agradecería si quisierais colmar mi ignorancia y decirme por qué estáis aquí, en nuestra bella ciudad.

—Hangzhou no sería tan fascinante si no estuviera administrada con sabiduría y habilidad. Su grandeza y su importancia corresponden solo a vuestro mérito, excelencia.

Pero más que un pavón, habría sido mejor que el gobernador hubiera elegido a un zorro como símbolo personal, por como era astuta su oratoria.

—Son la nobleza y la sabiduría de los visitantes quienes traen la gloria a nuestra ciudad, por lo que mis méritos son poca cosa. Vuestra presencia honra a Hangzhou y yo deseo conocer la causa que ha determinado la afortunada coincidencia de teneros entre nosotros.

Schreck no podía seguir dando largas y lo sabía. Decidió entonces revelarse recurriendo al último as que tenía escondido en la manga.

—He llegado hasta aquí para reunirme con mis colegas provenientes de Occidente, que el señor Yang Tingyun acoge. Mis servidores y yo —e indicó a los dos jóvenes— gozamos de la protección del juez Zhao Cao, representante del emperador en Macao —sin precipitarse, sacó su salvoconducto y se lo mostró.

El gobernador estudió brevemente el documento y se alisó el bigote.

—Estaría todo en orden si no fuera por un detalle. El juez Zhao Cao ha sido condenado a muerte por traición y decapitado la semana pasada. Este salvoconducto carece de cualquier valor.

## Capítulo 23

Qué cristiano más raro era, el señor Miguel Yang Tingyun. Proveniente de una familia que había dado diferentes generaciones de ilustres literatos, había superado él mismo los exámenes imperiales y había administrado justicia civil en Anfu, en la prefectura de Ji'an, provincia del Jiangsu. Ecuánime, honesto, siempre pendiente del bienestar de la población, estimado y amado por la gente, era seguidor del pensamiento del filósofo posterior a Confucio, Wang Yang-ming. Con una veintena de funcionarios locales había fundado la Academia para la Vuelta de los Ritos, que propagaban el abandono del deseo de potencia y de riqueza y la vuelta a la piedad filial, a la amistad, a la bondad. Era tan querido, que el pueblo de Anfu le llamaba el Marqués Bienquerido.

Por su rectitud, en 1602 —entonces tenía cuarenta años—, fue llamado como censor a la capital. En Pekín entró en contacto con Mateo Ricci y con sus más estrechos colaboradores chinos y convertidos León Li Zhizao —también él de Hangzhou— y Pablo Xu Guangqi. En aquellos tiempos, Yang era todavía un ferviente budista.

En cuanto a la vida privada, el señor Miguel Yang Tingyun se había casado con una mujer noble que amaba y respetaba, pero que tuvo el único fallo de no darle herederos. No había podido hacer por lo tanto otra cosa que repudiarla y casarse con la más joven de las concubinas, una joven de buena salud que en breve tiempo le había regalado dos guapos varones, quitándole el ansia de quedarse, una vez muerto, sin recibir el culto a los antepasados.

En 1603, lleno de honores, Yang había vuelto a su ciudad con el prestigioso encargo de supervisor del Transporte del Ganado del canal imperial. Por necesidades organizativas descansaba a menudo en Suzhou, pero el eje de su existencia seguía estando en Hangzhou y la bella residencia con la vista sobre el Monte de las Nubes.

Fue justo en ese período, había cumplido desde hacía poco cuarenta y seis años, cuando un gran cambio se produjo en la vida del señor Miguel Yang Tingyun, y como cualquier metamorfosis repentina dejó asombrados a todos. Nadie habría imaginado una transformación tan completa. Para decirlo brevemente, él se convirtió al cristianismo, se hizo bautizar con el nombre de Miguel, precisamente, repudió a la concubina, si bien de forma pacífica, asegurándole una buena dote, y situó de nuevo en su puesto a su primera esposa, pero sin separarse de los hijos tenidos con la otra. Responsable de decisiones tan importantes fue la serena y tranquila confianza depuesta en el Señor del Cielo que León Li Zhizao le había instilado, primero en Pekín, donde se habían encontrado, y luego en Hangzhou, donde el seguidor de Mateo Ricci iba con frecuencia.

Desde entonces el señor Miguel Yang Tingyun había pasado a ser un católico

observante y militante y se había dado, como fin, la protección de la religión que le había fascinado y de los sabios misioneros llegados desde Occidente que, arriesgando su propia vida, la propagaban.

El cielo que había permanecido terso hasta aquel momento se oscureció en un instante y nubes negras, cargadas de agua, aparecieron con gran velocidad provenientes del sur. Había comenzado a soplar también un viento de borrasca cuando, por encanto, el portal a través del que se entraba en la residencia de Miguel Yang Tingyun, se abrió todavía antes de que la puerta de bronce hubiera realizado su recorrido. Les estaban esperando.

Una vez que cruzaron dos patios enormes, Schreck, Tolentino, Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo fueron conducidos por un siervo a un elegante pabellón rodeado por una balaustrada de mármol. La sala era amplia y estaba bien iluminada. En una esquina estaba preparada una mesa redonda maciza, con sillas con el respaldo alto. Una alfombra estrecha y larga de color azul, sobre la que se observaban los caracteres dorados de la longevidad y la felicidad, llevaba desde la entrada hasta el centro del cuarto. Aquí, de pie entre cuatro columnas finas, estaba Yang Tingyun, un chino con vestidos de color celeste, en el pecho el bordado dorado con el ave fénix y, sobre la cabeza, un sombrero bajo cilíndrico de seda negra decorado con una pluma de pavo real. Tan alto como Schreck, con un cuerpo delgado, con el rostro decorado con bigotes blancos, finos y largos hasta el pecho, el hombre mostraba una mirada firme y serena.

—¿Padre Terrentius? ¡Por fin! —exclamó.

—¿Sois vos el señor Miguel? —contestó el jesuita.

El otro le cogió la mano y se arrodilló para besársela.

—Os lo ruego, levantaos —dijo el alemán, abrazándolo.

—Os esperábamos con nerviosismo. Nos han dicho que en el Canal Imperial habían colocado puntos de control y que os habían arrestado, luego en cambio supimos que habíais superado Hangzhou pero por disposición del gobernador...

—Si no hubiera sido por vuestra intervención ahora nos estaríamos pudriendo en una celda. Pensaba que el salvoconducto del juez Zhao Cao me abriría todas las puertas y en cambio...

Yang Tingyun alargó los brazos.

—Se ha sabido que los cañones construidos por los europeos en Macao han llegado a su destino, pero por desgracia, una de estas armas explotó durante unas maniobras matando tanto a uno de los instructores portugueses como a un notable número de aspirantes artilleros chinos. Alguien que quería liberarse de Zhao Cao ha instigado al emperador, acusando al juez de haber procurado cañones de mala calidad, de acuerdo con los occidentales para favorecer a los invasores manchús. Y de

esta forma, el accidente ha costado la cabeza del juez y ha congelado de nuevo las relaciones entre las autoridades y los cristianos. Por suerte el gobernador de Hangzhou es mi primo y el regalo de un par de compases para medidas geométricas, contruidos por padre Julio Aleni, le ha convencido de que no sois peligrosos.

Casi de la nada apareció entonces un europeo envuelto en un amplio traje negro, largo hasta los pies y abrochado oblicuamente en el pecho. Hizo un caluroso saludo con las manos unidas y empezó a hablar.

—Hoy nuestro buen Miguel ha rezado ininterrumpidamente por vosotros. Y sus oraciones han sido escuchadas —era precisamente él, Julio Aleni de Brescia, un hombre barbudo de treinta y nueve años, con dos ojos negros y francos, con una mirada penetrante. Llevaba en China ocho años—. No podéis ni siquiera imaginar el gozo que sentimos al veros sano y salvo, entre nosotros. Os doy mi más fraternal bienvenida.

Fue entonces la vez de Tolentino. Schreck le presentó bromeando sobre el hecho de que se llamara Julio, como Aleni.

—Es un excelente colaborador, pendiente de cualquier leve cambio, y el hecho de que lleve el mismo nombre que padre Aleni bien hace que se espere el éxito de nuestra misión.

Tolentino, que desde el momento en el que habían puesto los pies en aquella opulenta casa de su protector chino en Hangzhou, se había concedido la primera respiración de alivio desde el inicio del viaje, sonreía satisfecho por haber dejado a la espalda los peligros y los miedos.

—No soy ni bueno ni atento. Padre Terrentius es un volcán, y se necesitaría una persona mucho más hábil que yo, para estar detrás del fuego de todas las ciencias que esparce por todas partes.

—¡Ah, así que sois un incendiario! —sentenció Aleni dirigiéndose a Schreck—. ¡Pero es mejor el fuego del conocimiento que el que reduce en un puñado de cenizas a los herejes!

—Un hereje puede siempre contar con el hecho de que la hoguera, a fin de cuentas, le liberará de la miseria terrestre y de la vanidad de este mundo —observó Tolentino—. En cambio, quien cae en las llamas de padre Terrentius no tiene salida, porque acabará vinculado todavía más que antes en la búsqueda incansable de la vida... ¡Una tarde recogiendo hierbas junto a él os dejará hecho polvo! —todos rieron.

Durante el breve intercambio de bromas, Yang Tingyun se había dado cuenta de Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo, que estaban a un lado intimidados. Se dirigió a Schreck.

—Veo que tenéis con vos a vuestros servidores —observó—. Luego frunciendo el ceño, añadió con una cierta vergüenza—. Pero uno de los dos es una joven. Es la

primera vez que veo a un misionero con una camarera tan joven.

Schreck quiso presentarlos.

—Son para mí como mis hijos. El Señor los ha puesto a cada uno en el camino del otro y, no ha quedado otra cosa, que recoger su invitación y que permanezcan juntos. El es Pequeño Zhang, el más devoto de los ayudantes que un hombre pueda desear —indicó al joven que se arrodilló en el suelo apoyando la frente—. Ella es Pequeño Crisantemo, una joven excepcionalmente inteligente que ha cometido solo un error en su vida, casarse con este jovencito.

En el buen humor general que siguió a la broma, la joven se sonrojó, agachó la cabeza y fue a arrodillarse igualmente. Schreck se lo impidió cogiéndola de la mano.

—Perdonadla si no le permito el saludo que merecéis, pero Pequeño Crisantemo lleva en el vientre una nueva vida y es mejor que no se canse.

—¡Entonces necesitará descansar! —convino Yang Tingyun—. La pondré en manos de la gobernanta de la casa, como si fuera mi propia hija —dio dos palmadas y un servidor llegó corriendo—. Llama al *ayi*, que venga inmediatamente.

En menos de lo que se podía imaginar se presentó una viejecita encorvada con la cara llena de arrugas, donde sobresaltaban dos ojos brillantes como perlas. Se sujetaba con dificultad sobre sus diminutos pies, que sobresalían de un estrecho par de pantalones de seda negra. Su aparente fragilidad quedó rota por la seguridad con la que se dirigió al dueño.

—¡Cuánta prisa, cuánta prisa! ¿Por casualidad un fuego está quemando la casa? ¿O la caballería de los manchús está en las puertas? —luego observó lentamente a los allí presentes y dijo—. ¿Os parece normal que una pobre anciana como yo pueda apagar un incendio o enfrentarse a un ejército de bárbaros? —y al final terminó de lamentarse—. ¿Por qué tengo que ir siempre corriendo? ¡No lo sabré nunca!

Yang Tingyun no pareció asombrarse del comportamiento de la anciana.

—*Ayi*, tita, solo a ti puedo encargarte un caso tan delicado y lleno de piedad, nadie me podría ayudar. Esta joven es la protegida del ilustrísimo padre extranjero y es la esposa de este valeroso joven —hizo un gesto hacia Pequeño Zhang—. Espera un niño y acaba de llegar de un viaje largo y peligroso, así que me gustaría que la cogieras y te la llevaras contigo y la trates con el cuidado y las atenciones que necesite.

La anciana arrojó una mirada penetrante a Pequeño Crisantemo y movió la cabeza.

—Las jóvenes de hoy parece que están siempre con la cabeza entre las nubes. Mientras estás convencida de que te escuchan, ellas en cambio están pensando en algún cuerpo bonito con las mangas de la chaqueta largas hasta el suelo —los ojos de la *ayi* se transformaron en fisuras y analizaron por completo a Pequeño Zhang—. Parece un buen chico, pero tiene la cara de listillo como los que roban gallinas, con

las pestañas largas y finas, con ese tanto de languidez en las pupilas, que puede hacer que una estúpida caiga rendida a sus pies. ¡Conmigo jovencito, no te quedarás! — cogió a Pequeño Crisantemo por la mano y emprendió el camino de vuelta tambaleándose y tirando de ella—. Venga, jovencita, que ahora me ocupo yo de ti, no temas —mientras desaparecían por una puerta se escuchaba todavía borbotar—. Te enseñaré yo algún que otro truco para mantenerlo en la cuerda, a ese chiquillo...

Yang Tingyun abrió los brazos.

—Creedme, es la mujer más buena que jamás he conocido. Me amamantó cuando era niño y, desde entonces, ha sido como una madre para mí y toda mi familia. Con la edad, sin embargo, se le está poniendo un carácter...

La hora que siguió fue dedicada a la colocación de los invitados. A Schreck se le asignó un pabellón ricamente decorado con mesas, sillas, librerías, armarios, pinturas en las paredes y bonitas alfombras de color celeste, típicas de las regiones de Pekín.

Para Pequeño Zhang se preparó una segunda cama junto a la del alemán. Cruces de madera estaban esparcidas un poco por todas partes, para recordar que en aquella casa se adoraba al dios de los cristianos, el Único, el Verdadero, y a su Hijo Mártir. Tolentino recibió un cuarto igualmente grande y bien amueblado, pero en un edificio contiguo, separado por un caminito bordeado con crisantemos gigantes.

Después de la abundante cena, Yang Tingyun les invitó a todos a dar un paseo por el jardín. El aire de tormenta había desaparecido milagrosamente, dejando su sitio a una velada tranquila y perfumada. Estaba oscuro porque la luna se encontraba oculta detrás de las últimas nubes, pero la zona exterior estaba iluminada con decenas de linternas que centelleaban en el espejo de pequeños cursos de agua salvados por finos puentecillos. Schreck tuvo modo de constatar lo grande que era la residencia, con los diferentes pabellones diseminados un poco por todas partes. Estaba la zona de las mujeres constituida por dos edificios contiguos, rodeados por un jardincito de rocas. Otra construcción, grande y con un techo bajo de punta, era para el dueño de la casa y sus hijos, otros cuatro pabellones para los invitados, y había también salas para el estudio y la conversación inmersas en el verde, las cocinas, el alojamiento de los siervos y un almacén.

—Nuestras vidas se mueven como las cañas con el viento —dejó escapar Julio Alieni recorriendo los senderos del jardín, con paso lento—. Si no hubiera sido por la fraternal hospitalidad del señor Miguel, ahora me encontraría en el exilio en Macao, expulsado como un perro. Después de todo lo que he hecho por este bonito país. He trabajado en grandes ciudades y en pequeños pueblos, he fundado nuevas misiones, el año pasado llegué a bautizar a doscientas cincuenta personas. Y en cambio mi trabajo no ha dado los frutos que esperaba, ya que me encuentro aquí, escondido como los criminales que se fugan.

Yang Tingyun intentó animarle.

—Si las autoridades no os estimaran y admiraran, a esta hora os habrían exiliado también a vos a Macao.

—Solo esperan a que termine mi *Zhi Yang Waiji*, y luego verás cómo se deshacen rápidamente también de mí —luego explicó a Schreck y a Tolentino que, con la ayuda de Yang Tingyun, de Li Zhizao y de algún otro literato que se llamaba Qu Shigu, estaba escribiendo en chino una obra que trataba de la geografía de las naciones no tributarias, para presentar al emperador todos los países desconocidos en China.

—¿Entonces es verdad que lo único que quieren es nuestra ciencia? —dijo Schreck.

—Solo esa, querido Terrentius, es el único resultado que hemos obtenido después de casi treinta años de misión. ¡Están más interesados en llegar a ser matemáticos y astrónomos que cristianos! Nuestra religión importa bien poco a esta gente. Y tampoco nosotros importamos mucho.

Yang Tingyun intentó animarle.

—No es precisamente así, Julio. Tenéis tantos amigos que en todas partes donde habéis estado, desde Shanghai hasta Nanchino, en las aldeas y en las ciudades del Jiangsu, del Zhejiang y del Shaanxi, habéis sido venerado por vuestra sabiduría, vuestra bondad y vuestra rectitud. Os llaman el Confucio de Occidente. Puedo garantizaros que un gran número de mis compatriotas ve en vos al hombre noble y respetable que sois.

Aleni movió la cabeza.

—Cuánto me gustaría equivocarme, pero creo que el cierre de la misión y el confinamiento serán algo irreversibles.

—Yo soy más optimista —declaró Schreck—. En pocos días llegarán aquí nuestros hermanos junto a padre Trigault. Llegarán también siete mil volúmenes que hemos recogido en Europa, con tantos instrumentos útiles. Tenemos incluso un moderno telescopio para las observaciones del cielo. Estoy seguro de que en poco tiempo conseguiremos restituir a nuestra misión el prestigio, que padre Mateo Ricci y todos vosotros le habíais dado antes de las calumnias y de las mortificaciones.

Yang Tingyun se alisó los bigotes.

—¿Decís un telescopio? ¿Exactamente qué es lo que es?

A Schreck los ojos se le llenaron de chispas.

—Un instrumento prodigioso, un tubo largo con un cristal aplicado en cada una de las dos extremidades, que consiente ver objetos que están muy lejos, acercándolos al ojo. Ha sido inventado por un hombre al que aquí en China encargarían misiones gubernativas. En cambio... —calló, sobrecogido por la emoción.

—Se llama Galileo Galilei y es filósofo, matemático y astrónomo —completó Tolentino. Añadió luego con aire grave—. En un libro que se titula *Sidereus nuncius*,

ha divulgado la teoría sobre la inmovilidad del Sol y la movilidad de la Tierra del polaco Nicolás Copérnico y ha intentado demostrarla. Antes de que nos marcháramos hacia China, las obras de Copérnico y todas las que profesan sus ideas han quedado suspendidas por la Sagrada Congregación del Índice, hasta que no se corrigieran... *suspendendos esse, donec corrigantur...*, y por lo tanto también Galilei tendrá que cambiar cuanto ha escrito, para evitar que una opinión parecida se insinúe aún más, causando la ruina de la verdad católica.

Alieni se quedó maravillado con lo que acababa de escuchar.

—¿Pero qué está ocurriendo en Europa? Cuando yo me marché Copérnico no estaba prohibido.

—Los tiempos están cambiando —dijo Tolentino—, Galilei es un seguidor del método del franciscano Ruggero Bacono, el Doctor Mirabilis —luego dirigiéndose hacia Yang Tingyun especificó—. Vivió hace cuatro siglos... Como Bacono, Galilei sitúa el conocimiento de los fenómenos antes de su interpretación. Es un método arriesgado, muy arriesgado. Sabéis, a veces los lógicos son demasiado orgullosos, y no se dan cuenta de que la intrusión de la filosofía en el campo de la teología puede llegar a ser indiscreta.

—Bacono no era seguramente un ingenuo —se acaloró Aleni—. En Milán estudié su gramática de la lengua griega, la primera jamás escrita.

Schreck asintió vigorosamente.

—¿Y sus estudios de hebreo? Permitted que se pudieran comprender las Sagradas Escrituras en la lengua de Cristo y sin el comentario y las interpretaciones de otros. Bacono prefería el Nuevo Testamento en original a las *Sentencias* de Pier Lombardo o a la *Summa theologiæ* de santo Tomás de Aquino.

—El Doctor Mirabilis no amó a Santo Tomás, el Doctor Angelicus —comentó Tolentino—, y le costó caro. Durante un período fue encarcelado por los propios franciscanos, bajo la orden de su general Gerónimo de Ascoli... Ya lo he dicho antes, ¡es arriesgado ser orgulloso!

—Es un riesgo, tenéis razón. Pero Bacono, más que orgulloso fue desafortunado —dijo Schreck—. Porque el papa Clemente IV que estaba fascinado con su obra y había mandado que se la enviara integralmente, murió sin tener el tiempo de pronunciarse sobre la misma.

Permanecieron un poco en silencio, continuando el paseo. Yang Tingyun, que había seguido con interés la discusión, aunque por fuerza de las cosas se le escapaba la esencia de los detalles de los personajes que habían salido a colación, tomó el primero la palabra. Habló manifestando una cierta satisfacción.

—Dentro de una semana también estarán aquí León Li Zhizao y Pablo Xu Guangqi, los literatos que trabajaron con padre Mateo Ricci. Son dos personas excepcionales, de una cultura vastísima, dotados de una sensibilidad fuera de lo

normal. Y son excelentes cristianos. Veréis, nos ayudarán.

Así que no quedaba otra cosa que esperar confiados. Con estas notas de optimismo, se despidieron para ir a dormir. Cada uno cogió su caminito que lo llevaba hasta la propia estancia. Cuando el eco de los últimos pasos por los caminitos desapareció en la noche, comenzó a soplar un viento ligero, y como por encanto, apareció la luna.

En los días que siguieron, Schreck comenzó a ayudar a Aleni. El bresciano era incansable. Estaba preparando obras en chino que tenían que ver con las matemáticas y la geometría, y tenía en programa ciertas traducciones para divulgar algunos principios sagrados, como la encarnación, la contrición, la penitencia, la misa y la vida de Cristo. Mientras que con los libros científicos Schreck colaboraba al máximo, con los argumentos religiosos no intervenía, porque prefería no sacar a la luz el estado de ánimo y las dudas, que habían comenzado a atormentarle ya en el monasterio de Nanhua. Para el alemán los días pasaban de todos modos de forma ordenada y en calma, también porque, desde que el gobernador les había concedido el permiso de residir en casa de Miguel Yang Tingyun, nadie les había vuelto a molestar. Y ellos mismos, por prudencia, raramente salían al exterior.

Esta tranquilidad era de todos modos aparente. En lo más hondo del alma, Terrentius temblaba. Le hubiera gustado ponerse en contacto, como se había establecido a sí mismo, con los herederos del autor de la enciclopedia médica *Ben cao gang mu*, pero eligió no manifestar a nadie tal propósito. Quería primero ambientarse, medirse con la realidad de la misión en Hangzhou, conocer el terreno para evitar dar pasos en falso. No se perdonaría nunca que, con sus acciones, pudiera provocar su propia expulsión. Por fin estaba en China, tenía que permanecer allí. Y posiblemente sin sobresaltos.

Unos días antes de que llegaran Trigault, Rho y Schall von Bell, anunciados por un correo, mientras todos se apresuraban en preparar la casa como si se tratara de una fiesta, un sobresalto, a decir verdad, llegó. Este provenía no de fuera, sino de dentro de la residencia misma de Yang Tingyun. Y no fue fácil calmar las aguas.

Otros acontecimientos totalmente inesperados llegaron, aumentando así el estado de agitación.

## Capítulo 24

Schreck azotaba el aire con el índice de la mano derecha.

—Te he dicho mil veces que no debes comportarte a la defensiva. ¡Nunca! ¿No te enteras Pequeño Zhang?

—Padre mío, no os irritéis, no he hecho mal a nadie. Os lo aseguro.

—La *ayi* me ha asaltado, como si fuera yo el culpable. Ha dicho que eres un depravado, que un hijo contigo es una desgracia y que deberían haberte vendido hace unos años, cuando todavía podías ser castrado para convertirte en un eunuco.

—¡Esa vieja me odia!

—Harás que se muera antes de tiempo, si sigues enfureciéndola tan a menudo.

—¿Antes de la hora, decís? ¡Si tiene que tener cien años!

—¡Pretendo saber exactamente qué es lo que ha ocurrido!

—Os lo diré todo, padre mío, pero no me miréis de ese modo.

—¡Yo te miro como mejor me parece y me gusta! Y ahora habla, si no, ¡como son verdaderos el Creador y el Creado, te mandaré a Macao, solo!

—Está bien, está bien, os lo diré todo —hizo una pausa.

—¿Y?

—Padre mío, amadísimo...

—¡Llega al meollo!

—Todo comenzó cuando llegamos a esta casa. Os acordáis de que a Pequeño Crisantemo la entregaron a esa bruja.

—¡No seas insolente!

—Desde entonces no he vuelto a tener la posibilidad de verla a solas. Cada vez que me he acercado a las habitaciones de las mujeres y he preguntado por ella, ha salido fuera una camarera para decirme que está prohibido la entrada a los varones y me ha alejado de malos modos, porque así se lo mandaba la *ayi*.

—Estás contando una cosa que nada tiene que ver con el motivo por el que yo estoy furioso.

—No entiendo...

—Te lo explico enseguida —Schreck fue hacia una de las cajas que decoraban su cuarto, la abrió y sacó una serie de pequeños volúmenes cubiertos de seda azul. Cogió uno al azar. En las páginas se adensaban muy unidas las columnas de caracteres de imprenta—. ¿Te dice algo esto? —el joven se quedó blanco, el jesuita comenzó a leer solemnemente—. Posición de los peces que se reemplazan. Dos mujeres son invitadas a tumbarse la una sobre la otra y a abrazarse. Tienen que moverse para restregar una contra la otra la vulva, hasta que sus bocas no se abran de par en par de puro placer, como las de los peces, que nadan comiendo algas. En ese punto, el hombre se arrodilla entre sus muslos. El espera el momento en el que una de

las dos alcanza el ápice de la voluptuosidad. Entonces, ayudándose con la mano, pone su miembro entre las dos vulvas y lo mueve rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, de forma que ambas mujeres gocen. Este método refuerza considerablemente los tendones y los huesos, redobla la potencia, cura las cinco enfermedades y las nueve aflicciones. La posición recuerda la de los peces que juegan entre las algas, en particular si las mujeres imitan bien la manera en la que los peces aspiran el agua límpida y expelen la turbida.

Pequeño Zhang parecía sobrecogido por el pánico.

—Padre, padre, padre mío...

—¡Calla, no he terminado! —Schreck leyó de otro libro—. «El emperador Amarillo preguntó, ¿por qué los preciosos instrumentos de los varones difieren en longitud y dureza? La joven Cándida contestó. Al igual que se diferencian en la forma del rostro, los hombres son diferentes en el pene. Hay hombres bajos con el miembro largo y hombres altos que lo tienen corto. Hombres débiles y gráciles que poseen un miembro grueso y duro, y hombres robustos con uno pequeño y flojo. Los hay de esos que lo tienen gigantesco, otros cubiertos con venas gruesas como si estuviera enfadado. Lo que cuenta es que, como sea, el pene no impida las relaciones sexuales». —Schreck levantó los ojos del libro para ponerlos fijamente sobre el joven—. ¿Tienes idea de lo que estás leyendo?

El joven, claramente incómodo, saltaba de un pie al otro y una multitud de gotitas vítreas le cubrían la frente.

—No tengo nada que ver, padre mío —imploró con las manos juntas—, no me pertenecen estos libros, los he encontrado en la biblioteca... Pensaba que eran textos literarios.

—¡Y qué literatura! Escucha otro texto: «La joven Cándida dijo: 'La primera posición se llama Dragón que se gira'. Se hace tumbar a la mujer sobre la espalda y el hombre se tumba sobre ella. La mujer abre la puerta de Jade y el hombre introduce el tallo de Jade en el pliegue del Grano. Ambos se mueven lentamente dando dos golpes en profundidad cada ocho golpes ligeros. El miembro va introducido cuando todavía no está completamente rígido. Si se siguen estas instrucciones, la mujer se volverá loca de placer. La segunda posición se llama Paso del tigre. La mujer se pone a cuatro patas sobre las manos y las rodillas, teniendo cuidado en levantar bien el trasero y mantener baja la cabeza. El hombre la sujeta estrechamente por la cintura y clava el tallo de Jade justo en el centro de la puerta del sexo. Tiene que penetrarla hasta el fondo y moverse rápidamente, sin interrumpirse nunca. Cada cinco golpes, tiene que dar cuatro que lleguen todavía más dentro. Si la posición se realiza bien, de la vagina de la mujer caerá muchísimo líquido. Utilizando a menudo esta posición, el hombre prevendrá las cien enfermedades y será cada vez más vigoroso». ¿Quieres que continúe Pequeño Zhang? Hay otras nueve posiciones.

—Padre mío, os lo ruego, dejadlo ya.

Schreck abrió la primera página del libro del que había obtenido el texto que acababa de leer.

—El autor de esta... obra se desconoce por prudencia, la prefación está firmada por un cierto Maestro del Pabellón Rojo de las Reuniones... ¡nada menos! El título, además, incomodaba incluso al emperador Amarillo. *Admirables discursos del emperador Amarillo y de la Jovencita Cándida*. El año de publicación es el 1566... —siempre teniendo a Pequeño Zhang bajo la dirección de su mirada, con gestos medidos Schreck eligió otro libro, abrió una página al azar y se la puso delante de los ojos—. ¿También esto es literatura?

La ilustración mostraba la siguiente escena. En un bosque dominado por peonías, flores de loto que flotaban y bambú, una joven se columpiaba. Su túnica abierta mostraba las piernas abiertas de par en par, con el sexo en primer plano. Delante de ella, un joven de pie, vestido completamente, la penetraba con el miembro que estratégicamente le salía vigoroso por un pliegue del amplio batín. Pequeño Zhang se cubrió el rostro con las manos.

Con movimientos bruscos el jesuita cerró el volumen y lo colocó en la caja junto a los demás. Comenzó a pasear lentamente por el cuarto.

—Ahora entiendo por qué tus sueños son tan agitados, jovencito —le dijo indicándole con el dedo—. En el supuesto de que no te hayas dado cuenta de los errores que has cometido, te los enumero yo. En primer lugar, has sustraído los libros de la biblioteca privada del señor Miguel Yang Tingyun. Luego te has atrevido a leerlos. La *ayi* te ha visto y te ha aconsejado por tu salud, que los pongas de nuevo en el estudio de donde los habías cogido. ¡Y tú te has escapado sin ni siquiera disculparte por el espectáculo tan indecente que estabas dando!

—Padre, esa terrible vieja me ha dicho que, a fuerza de leer estas cosas, extinguiría toda mi reserva de *yang*, mi espíritu vital *qi* se consumiría y mi semen se desvitalizaría, tanto que no volvería a poder tener hijos. Y luego, no pueden estar prohibidas esas obras... Preguntémosle al señor Miguel Yang Tingyun, ya que las tiene en casa, así, de forma tan visible... Intentémoslo con él...

En aquel preciso instante se sintió un golpe vigoroso fuera de la puerta.

—Quiquiera que sea, que entre —dijo Schreck nervioso.

Con asombro para los dos, Yang Tingyun, como si hubiera escuchado la petición del joven, se precipitó dentro. Tenía los ojos tan brillantes que le iluminaban el rostro y una sonrisa larga de un palmo.

—¡Venid, rápido, hay una gran novedad! —no tuvo tiempo de decir nada más porque la puerta se abrió por completo y la «novedad» entró en el cuarto con paso militar. Era Nicolás Longobardo que jadeaba como un búfalo.

—Terrentius, por todos los terremotos, ¿qué diablos está sucediendo en esta casa?

—gritó el viejo jesuita.

Ante tal sorpresa, Schreck necesitó un instante antes de preguntarle a su vez.

—Vuestra Paternidad, ¿qué hacéis aquí?

El otro contestó con un enésimo suspiro.

—¡Esta sí que es buena! ¿Queríais dejarme allí solo, para vérmelas con aquella gente enfurecida? —explicó brevemente, con cierto fastidio de quien dice cosas obvias. Después de su marcha la situación en Nanxiong se deterioró hasta tal punto que consideró más prudente cerrar la residencia. Los jóvenes sacerdotes recién llegados habían sido devueltos a Macao, y él, después de un viaje difícil, había llegado a Hangzhou—. Sigo siendo el responsable de la misión y se lo haré ver yo, si consiguen echarnos —luego se dio la vuelta y una figurita se vio en el umbral. Era la *ayi* que miraba fijamente a Pequeño Zhang intentando fulminarlo con la mirada—. ¿Pero qué le pasa a esta anciana? —preguntó sin respirar—. Mientras estaba esperando a Miguel, ella me ha asaltado con una serie de insultos contra alguien.

En ese momento, a Pequeño Zhang le hubiera gustado ser invisible. Schreck explicó brevemente y sin dar muchas explicaciones que el joven, sin querer, había provocado una ofensa, pero que estaba fuertemente arrepentido. Dicho esto, hizo una señal a Pequeño Zhang que se postró con la frente en el suelo y, después de haber murmurado incomprensibles palabras con las que quería pedir perdón, desapareció en un abrir y cerrar de ojos, seguido por las pupilas ardientes de la *ayi*. Yang Tingyun y Longobardo se preguntaron uno al otro con la mirada pero, dado que ni Schreck ni la anciana china parecían querer dar más explicaciones, dejaron correr el tema, y el dueño de la casa invitó a los otros dos a que se unieran con él a la hora de comer.

No fue hasta bien avanzada la tarde cuando Schreck consiguió retener a Pequeño Zhang. Estaba en el jardín, sentado y desconsolado en un banco, en medio de unas cañas de bambú. Cuando lo vio, el jesuita se le acercó, lo miró con aire severo y sin darle tiempo de respirar, le ordenó.

—A partir de este momento, y durante dos horas, recitarás sin interrumpirte el Pater, el Mea Culpa, el Ave María y el Confíteor en el orden en el que te he dicho. Y por favor, jovencito, de rodillas, y bajo el gran crucifijo de nuestro cuarto.

El joven asintió con la cabeza baja y se fue sin darse la vuelta. Se cruzó con él un instante Longobardo, quien estaba acercándose a su cuarto.

—¿Queréis decirme por fin qué ha hecho este jovencito? —le preguntó con curiosidad en cuanto vio a Schreck.

—Su educación me ocupa mucho tiempo. Durante un período no ha hecho nada malo, sino satisfacer la curiosidad normal de un joven por las cosas de la vida. Me gustaría sin embargo que fuera más respetuoso con la anciana *ayi*. No es fácil hacérselo entender, sabéis cómo son los jóvenes.

Al día siguiente, una vez olvidado el accidente, Pequeño Zhang sonreía como de

costumbre porque la *ayi*, para demostrarle que había agradecido su petición de perdón, le había permitido entretenerse unos minutos con su joven mujer, aunque bajo su control.

—Es necesario conceder solo un poco de arroz cada vez a estos jovencitos —dijo la anciana china a Pequeño Crisantemo, al final del encuentro—. Un poco de ayuno no hace daño a los gallitos, que quieren cantar también cuando no es la hora.

El clima pacífico que se respiraba de nuevo en casa y la llegada de Trigault y de los otros favorecieron un clima de alegría que contagió a todos.

Al iniciar una tarde húmeda y ventosa, con bandadas de gaviotas hambrientas que habían invadido la ciudad para escapar de la borrasca que golpeaba la costa, se presentó en la residencia de Yang Tingyun un batelero con un despacho. Dios mediante, los demás llegarían al día siguiente. Y así fue. Pero no tuvieron ni siquiera el tiempo de acoger a los recién llegados como se debía, pues justo después, a distancia de menos de una hora, otro batelero llamó a la puerta de Yang Tingyun. Esta vez, el hombre no traía un mensaje, sino personas de carne y hueso.

Obligados por una orden conjunta del ministerio del Interior y el de los Ritos, que querían evitar la dispersión de los extranjeros en territorio chino y, al mismo tiempo, favorecer su control, llegaron a Hangzhou todos los padres que trabajaban en China y que las autoridades habían conseguido censar. Por la noche, muy unidos alrededor de su benefactor chino y de la bonita mesa que rebosaba de platos, entre la excitación general, estaban, además de Schreck, Tolentino, Longobardo, Aleni, Trigault, Rho y Schall von Bell, también los otros cinco misioneros provenientes del Fujian y del Jiangsu.

Schreck sentía curiosidad por escuchar las historias de todos, en cambio tuvo el tiempo de intercambiar solo pocas fórmulas de saludo con alguno, porque una larga oración recitada por Longobardo y un breve discurso de bienvenida de Yang Tingyun interrumpieron cada conversación. Al terminar, el murmullo volvió y los discursos se cruzaron unos con otros.

Entre los demás, Schreck había notado a un padre con el color de la piel oscura, el rostro surcado por ojeras lívidas y profundas, los labios violetas que coronaban una boca donde los agujeros negros se alternaban con dientes amarillos. Las mejillas chupadas y recubiertas por pelos canosos hirsutos le hacían parecer más anciano de lo que era. No llevaba el traje de funcionario, sino una simple túnica con grandes botones, con manchas y arrugada, y caminaba con gran esfuerzo. Fue Longobardo quien se lo presentó.

—El padre Sabatino De Ursis de Lecce, un pilar en la misión. Tuvo el privilegio de ser el último en hablar con padre Mateo Ricci, antes de que expirase.

Schreck se arrodilló a los pies del jesuita que con una mano temblando le invitó a

levantarse.

—No malgastéis las preciosas energías que el señor nos ha dado —le dijo una vocecita débil y temblorosa. Luego, cambiando de repente de tono, le preguntó con una sonrisa—. ¿Qué es lo que habéis venido a hacer en China? —sin esperar una respuesta continuó—. Os recomiendo que no vayáis por ahí con el Evangelio, es mejor que os dejéis ver con unas buenas publicaciones —fue sorprendido por un fuerte golpe de tos que le impidió continuar. El rostro se le oscureció y el aire alegre que le había durado unos instantes, desapareció en un gesto de dolor. Se llevó la mano al pecho como para contrarrestar una fuerza que le ahogaba. Schreck se puso de pie de un salto y se puso junto a él. Todos enmudecieron.

Fue Longobardo quien habló en primer lugar.

—No nos perdamos en habladurías. Terrentius, os encargo reconocer inmediatamente a nuestro Sabatino, no recuerdo haberlo visto antes así, va de mal en peor. Esperaremos vuestro parecer como médico antes de hacer algún proyecto para el futuro de las misiones.

De Ursis mientras tanto fue mejorando y se dirigió amigablemente a Longobardo.

—No molestemos a padre Terrentius, sigamos el consejo de san Nilo. Es mejor que los enfermos recurran a la oración, antes que a los médicos y a las medicinas.

La broma hizo sonreír al superior.

—Es una buena idea, también san Agustín estaba convencido de que dirigirse directamente a Dios y a los santos para tener el milagro de la curación, daba resultados más concretos que el arte médico. Pero permitidme que insista...

Solo cinco minutos más tarde, Schreck se encontraba en un cuarto dominado por una cama alta de madera, junto a De Ursis y a Pequeño Zhang que venía con su saco. Realizó todos los exámenes necesarios, comenzando por una serie de preguntas al enfermo: qué es lo que comía, cómo hacía la digestión o cómo evacuaba. Analizó sus pupilas, le abrió la boca de la que salía un olor nauseabundo, luego, una vez que le dijo que se desnudara el pecho y el vientre, lo auscultó con el cuerno de hueso y repitió la misma operación en la espalda. Atención especial puso cuando controló las horribles venas inflamadas que le hinchaban las piernas. De Ursis se sometió al reconocimiento médico con docilidad, no emitió palabra alguna, aunque la tos no le daba tregua.

Cuando pareció que la inspección había terminado y el joven le había abotonado de nuevo la túnica al misionero, Schreck comenzó la palpación de los pulsos y al terminar quiso que el enfermo se tumbara en la cama.

—Os he movido bastante, ahora descansad. Mandaré preparar una medicina que os ayudará a sentirlos mejor —se dirigió a Pequeño Zhang—. Tritura las semillas de *taraxum*.

—¿*Taraxum*, padre mío?

—Sí, *pu gongyin*, servirá para calmar los flemones de los dientes y para mejorar el aliento. Y luego una infusión de *xutuan*.

—¿*Dipsacus*?

—Muy bien, estás aprendiendo.

Aunque estaba agotado, De Ursis había seguido atentamente el reconocimiento y la breve conversación.

—Sois el primero de nosotros que se fía de los métodos chinos —dijo en voz baja a Schreck.

—¿Os molesta?

—No, si supierais cuánto llegué a discutir con padre Mateo, que Dios lo tenga en su gloria, para contrarrestar sus prejuicios sobre todo aquello que los chinos hacen, incluido el arte médico.

—Desde que he aprendido a tomar el pulso, mis diagnósticos son mucho más precisos que antes. ¿Puedo poneros las agujas?

Un atisbo plateado iluminó los ojos del otro.

—¡Es la primera vez... probemos!

Mientras le colocaba las largas agujas, Schreck le contó que había tenido la suerte de estudiar una obra que se llama *Ben cao gang mu*, donde había aprendido a utilizar mejor las hierbas y muchas nuevas recetas.

—He escuchado hablar de ella —se animó De Ursis—. Su autor, Li Shizhen, fue un gran sabio. Sus descendientes viven aquí, en Hangzhou.

Schreck se puso en alerta.

—Espero poder encontrarles un día —dejó caer. Era la primera vez que revelaba algo de su proyecto.

—No tenéis que hacer otra cosa que preguntárselo a León Li Zhizao, nuestro colaborador y amigo. También él es de Hangzhou y viene a menudo, conoce a todos y es una personalidad importante en esta ciudad. Encontrará el sistema para satisfacer vuestro deseo.

Schreck colocó una ligera manta de seda roja sobre el enfermo.

—Ahora descansad, basta de hablar y cansarse. Yo me voy, pero os dejo en buenas manos. Este jovencito velará por vos toda la noche —indicó a Pequeño Zhang—. De cuya devoción filial respondo yo mismo. Será él quien os quite las agujas dentro de una veintena de minutos y controle que descansáis bien. Tened confianza, ha recibido una buena instrucción —De Ursis lo saludó con una sonrisa cordial, lleno de gratitud.

Con pasos lentos Schreck volvió al pabellón donde le esperaban los demás. Encontró a todos mudos. Cuando apareció, una multitud de ojos se levantaron hacia él. Longobardo le hizo un gesto para invitarle a que hablara. El alemán dudó antes de pronunciar su veredicto.

—Se encuentra mal, pero el hígado y los pulmones no están comprometidos de forma irreparable, tiene una fibra fortísima, pero resistirá.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Longobardo.

—Hasta que Dios quiera. A pesar del pésimo color, no se encuentra en peligro de vida y su nivel de *qi* deja incluso esperar una recuperación veloz.

En el silencio general, inesperado y desagradable, retumbó una risa forzada, seca, nerviosa, un guiño que sobresaltó a todos y causó temblores. Schall von Bell se había puesto de pie, e interrumpiendo de golpe aquel maligno sarcasmo, ya que era él quien reía, dijo de repente.

—¿De qué estáis hablando? ¡No me digáis que creéis en las supersticiones chinas! Claro —añadió, dirigido a los otros con aire irónico—, no se puede pretender que Terrentius hable del Espíritu Santo, así que contentémonos con escucharle hablar sobre el espíritu vital.

Escuchando aquello, Schreck se puso de pie. Las mejillas contraídas y la frente arrugada expresaban una ira feroz. Se dirigió hacia el otro como una furia.

—Si preferís la ignorancia... —soltó pero no terminó la frase porque Longobardo, con un movimiento fulminante, se entrometió entre ellos mirando fijamente a Schall von Bell y, de forma severa, increpándolo rudamente.

—Con los tiempos que corren y con los peligros que nos acechan, ¡os aconsejo que os pongáis a rezar, porque podría ocurrir que Terrentius tenga que ocuparse antes o después del vuestro o de nuestro espíritu vital!

Schall von Bell inclinó la cabeza y sin hablar se volvió a sentar. La intervención de Longobardo, decidida y autoritaria, tuvo el poder de cerrar la boca a todos. Tocó a Yang Tingyun poner en movimiento la velada de nuevo, haciendo pasar entre los invitados un camarero con té. Pero el ambiente se había transformado en algo pesado, por lo que, poco a poco, los invitados se despidieron y la reunión se disolvió. Longobardo se quedó el último. Parecía turbado, la violencia verbal a la que había asistido le parecía mucho más destructiva y devastadora que un terremoto.

El aire caliente y perfumado proveniente del jardín penetraba a través de la mosquitera y Schreck lo saboreó con ganas, llenándose los pulmones. Había dormido bien y durante mucho tiempo, a pesar del desagradable encuentro de la noche anterior con Schall von Bell. «Cada uno de nosotros tiene derecho a pensar como quiere —comenzó a reflexionar—, pero el rencor de mi compatriota no deja de asombrarme y el hecho de que él no pierda ocasión de manifestarlo, es motivo suficiente para no perderlo de vista».

De todos modos aquella mañana decidió dejar a un lado las elucubraciones, para gozar aquel raro momento de bienestar.

La tentación de permanecer todavía algo distendido e intentar no pensar en nada y

holgazanear duró poco. Un pensamiento apareció de repente, estimulando un cierto sentimiento de culpabilidad. «¡Nada de descanso, hay que ir a ver al enfermo!».

Después de vestirse, salió por el caminito y vagamente se dirigió hacia el pabellón donde estaba alojado De Ursis. Había dado pocos pasos, cuando vio a Pequeño Zhang venir a su encuentro corriendo. Tenía la cara blanca y jadeaba.

—¿Qué pasa? ¿Adonde vas corriendo? —le preguntó.

El joven se le agarró a una manga y lo tiró hacia sí con una fuerza insospechable.

—¡Venid padre mío, rápido!

—¿Pero qué ocurre? —le preguntó de nuevo Schreck.

Pequeño Zhang cayó al suelo abrazándole las rodillas.

—¡Es mi culpa, es mi culpa! —gritaba desesperado.

Schreck le cogió por los hombros en el vano intento de calmarle.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Explícate!

El joven se vio zarandeado por un doloroso sollozo y comenzó a llorar desesperado. Entre lágrimas imposibles de detener tuvo la fuerza de gritar con el poco aliento que le quedaba.

—¡Padre Sabatino ha muerto!

Le hubiera gustado tener más tiempo, pero sabía que tenía que actuar deprisa y de la forma más discreta posible, es más en secreto. Durante los primeros minutos estuvo a su lado Pequeño Zhang, el joven temblaba de miedo, evocaba los espíritus que se vengarían, pero a pesar de esto permaneció hasta que pudo, es decir, hasta que, con un corte neto, fue sacado a la luz el largo tubo intestinal del cadáver. Entre arcadas mal contenidas, el joven se eclipsó y Schreck tuvo que continuar solo. Había pasado mucho tiempo desde que había realizado su última autopsia, hacía más de diez años, en Roma. Recuerdos lejanos. Los instrumentos —el regalo que le había hecho el desafortunado padre Gaspar—, se movían con velocidad y precisión entre sus manos como si estas no hubieran dejado nunca de ejercitarse.

Cuando vio la vejiga del tamaño de un palmo y de ancho cuatro y que estaba llena de un líquido negro, entendió cómo había muerto Sabatino De Ursis: envenenado.

## Capítulo 25

Los dos chinos estaban sentados con la espalda recta, elegantes enfundados en sus trajes de funcionario imperial. El más cercano a la salida, Pablo Xu Guangqi, tenía la barba blanca hasta mitad del pecho, respiraba lentamente con los ojos cerrados, entre las manos sujetaba un largo rosario con grandes granos de madera de higuera. La boca se movía recitando débilmente las letanías. El otro, León Li Zhi-zao, también este con la barba canosa pero más corta, meditaba restregándose las yemas de una mano con las de la otra de forma rítmica. Después de un poco, interrumpió el movimiento y, cruzados los dedos, preguntó con garbo.

—¿Estáis seguros, padre Terrentius?

Schreck que deploraba conocer a ambos en tales circunstancias, confirmó cuanto ya había revelado.

—Sí, Sabatino ha muerto porque ha ingerido una sustancia tóxica.

Pablo Xu Guangqi interrumpió la oración cesando al mismo tiempo de pasar las cuentas del rosario y abrió los ojos. Lo miró fijamente y con intensidad. Había conservado la misma mirada afligida que le había aparecido en el rostro un poco antes, cuando recién llegado a la residencia de Yang Tingyun, había recibido la triste noticia.

—¡Tóxica! —repitió despacio, incrédulo.

—Si señor Pablo, un veneno, y para ser exactos la corteza de un árbol que los holandeses llaman *stroont-boom*, los restos en un vaso junto a la cama no dejan dudas. Y además tengo otras pruebas.

Longobardo tenía un aspecto mucho más severo que de costumbre. Caminaba de un lado para otro con grandes pasos en la sala, sin detenerse un momento. Tras la respuesta, se detuvo y preguntó bruscamente.

—Explicadnos, ¿cómo ha llegado el vaso con el veneno a esa habitación?

—Alguien se lo ha llevado a Sabatino, convenciéndolo para que bebiera.

—¿Era una de vuestras medicinas?

—La corteza formaba parte de mis hierbas antes de que la sustrajeran de mi equipaje, cuando llegamos a Macao. Es mi culpa.

—¡No digáis tonterías! La culpa es solo de quien ha realizado este hecho infame.

Schreck insistió.

—Yo recogí esa corteza, es a mí a quien se la han robado y soy yo quien ha encargado a Pequeño Zhang que velara al enfermo. No pensaba que el joven lo abandonaría para encontrarse con su mujer durante la noche. Cuando ha vuelto se ha dado cuenta de que el pobre Sabatino estaba muerto y...

—La culpa tampoco es de Pequeño Zhang, ¡está claro! Ese joven habrá visto que Sabatino dormía y se ha tomado un poco de libertad... Decíais que tenéis otras

pruebas del envenenamiento. ¿Cuáles?

Schreck no contestó inmediatamente, le hubiera gustado tragarse lo que había afirmado poco antes. Se devanó los sesos para encontrar un argumento plausible, pero al final no le quedó otra cosa que decir la verdad.

—He seccionado el cadáver y he encontrado los daños del veneno —luego, como para justificarse, añadió—. Soy un médico.

Los dos chinos se volvieron hacia él al unísono, enmudecidos, Longobardo casi gritó, arrugando la frente.

—Terrentius, os invito al gemido y a la oración en el nombre de Jesús crucificado, cuya sangre nos purifica de cualquier porquería.

Schreck se sobresaltó, si un jesuita utilizaba la exhortación de un franciscano que había muerto tres siglos antes, precisamente la frase del *Itinerarium* de san Buenaventura, era motivo suficiente para sentirse agitado al máximo.

Pero el alemán se equivocaba, o al menos si el superior estaba alterado no lo era por la razón que imaginaba. Lo entendió cuando el viejo misionero siguió hablando.

—¡Nos arrodillaremos juntos para implorar el perdón! También yo he pensado que solo el estudio de sus vísceras le ayudaría para revelar el porqué de la muerte de nuestro hermano.

El rosario había desaparecido de las manos de Pablo Xu Guangqi y, un enorme abanico negro, aparecido como por encanto, lo había sustituido. El chino comenzó a abanicarse con amplios gestos, el rostro iluminado por una luz lejana que parecía provenir de lo profundo de su alma.

—Sois médico, padre Terrentius, pero sois también cristiano y estáis en China. Estas dos últimas circunstancias deberían haberos sugerido absteneros de realizar una operación que va contra la integridad de los cadáveres y que, para nosotros los chinos, representa además una señal de mal augurio. El daño más grave que se puede hacer contra la memoria de un muerto y de su espíritu. De todos modos, no quiero juzgaros —asintió como si un recuerdo lejano volviera a su mente y un velo de malestar rodeó los ojos que resplandecían—. Mientras traducíamos para el emperador *Elementos* de Euclides, padre Mateo Ricci me repetía a menudo: «Las alabanzas intercambiadas entre amigos es una práctica fácil, pero la mutua tolerancia entre amigos es difícil». Naturalmente hablaba de nosotros dos que nos soportábamos el uno al otro en aquellos momentos de gran fatiga, de nerviosismo y de tensiones. Fueron tiempos duros, no podíamos permitirnos ni cesiones ni errores. El tenía en juego su admisión en la corte, yo la cabeza porque me había convertido y colaboraba con los extranjeros. La frase de padre Mateo resumía tan bien nuestra relación que le pedí, obteniéndolo, que la incluyera en la última reimpresión de su *Tratado de la amistad*, otro gran don en chino que nos ha dejado —se concedió un largo abanicarse—. En la dolorosa situación en la que nos encontramos actualmente, tenemos que

recurrir a la sabiduría de nuestro llorado Mateo —detuvo durante un instante el abanico y se paró para observar a los otros tres. Asegurándose de que le siguieran, continuó moviendo la mano, pero esta vez dirigió el viento sobre el rostro de Schreck que se sintió molesto pero no hizo una mueca. Pablo Xu Guangqi continuó dirigiéndose a él—. Como chino y como cristiano, no comparto en absoluto la operación que habéis hecho en el cuerpo de nuestro llorado Sabatino. Pero vos sois un amigo, y por lo tanto estoy preparado para soportar vuestros comportamientos, así como vos ahora estáis soportando la molestia que os produzco moviendo el viento contra la cara —después de esto, con un golpe seco, cerró el abanico y se levantó—. Dejemos a Dios cualquier juicio. Ahora tenemos solo que aprovechar la ventaja que tenemos gracias a vuestro acto de soberbia —a la muda interrogación de los otros, dijo secamente—. Es un acto de soberbia descuartizar a un hombre, vivo o muerto. Es como atribuirse el papel que toca solo a Nuestro Señor.

—¿Tenemos una ventaja? —le preguntó explícitamente Longobardo.

—Claro, el asesino no sabe que nosotros sabemos cómo ha muerto Sabatino.

—Pero si no desvelamos el envenenamiento, la culpa caerá sobre Terrentius, dirán que se equivocó de diagnóstico y que por lo tanto Sabatino ha muerto por su incapacidad. Nadie se fiará más de él.

Fue Schreck quien cortó por lo sano.

—De mi reputación no me importa nada... La he puesto siempre en juego cuando se ha tratado de encontrar la verdad. Que los otros piensen lo que quieran, tarde o temprano serán los hechos los que hablen.

Concordaron que no revelarían a nadie su conversación, y se unieron con los otros invitados de Yang Tingyun, para seguir la breve ceremonia fúnebre por Sabatino De Ursis. Dado el gran calor, el italiano fue enterrado de prisa. La fosa fue excavada en una esquina del jardín dominado por altos *bai he*, es decir, las flores llamadas Cien Pétalos Reunidos, una variedad de lirios coloridos y perfumados. Durante toda la duración del funeral, la vieja *ayi* comentó la buena disposición de la tumba que había sido elegida según los principios del *feng shui*, el viento y el agua, o lo que es lo mismo, en armonía con las energías de la naturaleza; luego, cuando el enterramiento acabó, se detuvo frente a los lirios y le contó a Pequeño Crisantemo, una leyenda según la cual los bulbos de esta planta se forman con lombrices retorcidas y transformadas en vegetales.

—Ves mi niña —le dijo—, por este motivo el *bai he* es muy nutritivo, por lo tanto el espíritu del padre extranjero no se verá obligado a venir entre nosotros, los vivos, para buscar alimento y nos dejará en paz —y concluyó—. A partir de mañana, en vez de perder tiempo con ese que no hace nada y te pone la mirada de tonto, y que pretende encima que tú le hagas caso, dedícate más bien a cuidar personalmente estas plantas. Cuanto más vigorosas estén, menos peligro tendremos de ver un fantasma

inquieto y hambriento vagar por casa.

En los días que siguieron, en la residencia de Miguel Yang Tingyun se respiraba tristeza. No se hablaba casi, ningún parloteo provenía del barrio de las mujeres, y Pequeño Zhang, que parecía el más preocupado, pasaba casi todo el tiempo arrodillado en una esquina. Salió solo un día, para llevar a un junco de comerciantes que descendían hacia Macao, dos copias de una carta que Schreck había escrito a Faber, y que se enviaría inmediatamente después a Europa. En la carta al amigo lejano, el alemán contaba de Sabatino y de la autopsia, y preguntaba noticias acerca de Galilei, en la esperanza de recibir las nuevas publicaciones para ayudar a los chinos en la corrección del calendario.

Aquel mismo día, cuando Pequeño Zhang desapareció velozmente hacia el embarcadero de Hangzhou, para llevar las cartas, Schreck permaneció en el jardín. Se detuvo pensativo ante el montículo donde yacía De Ursis. El calor tórrido de aquel verano de finales de agosto de 1621 seguía calentando el ambiente. Quizás para buscar un lugar fresco, las golondrinas se agitaban en el cielo formando guirnaldas de flores negras. Los pensamientos oscuros se perseguían como los pájaros y le llenaban la mente, cuando una voz de repente le increpó.

—Habéis estado hábil, pero las señales del desastre realizado sobre el cuerpo de Sabatino no me han pasado por alto —Schall von Bell se paró delante con los ojos azules, fijos y clavados en su rostro, que brillaba como una máscara de bronce.

—Las cosas pueden cambiar de aspecto en un instante, según cómo se las mire —le contestó Schreck.

—He revisado al muerto antes de que fuese colocado en la caja. No he tenido una visión. La larga cicatriz que le devastaba el vientre no se puede malentender. Alguien ha profanado su cadáver, ¡y solo vos podéis haber sido!

Schreck se sentía clavado en el suelo con aquella mirada.

—¿Qué pensáis hacer?

—Podría denunciaros al padre Longobardo, pero un hombre que estudia terremotos no es de fiar. Se encuentra más apasionado por la Tierra que por el cielo. Si le contase al señor Miguel Yang Tingyun qué habéis hecho, quizás, temiendo la venganza del espíritu de Sabatino, nos expulsaría a todos. Sigue siendo un chino aunque se haya convertido. En cuanto a los demás, no tienen otra cosa en la cabeza que su propio miedo a ser expulsados a Macao o arrestados. Por lo tanto por ahora, callaré. Pero no por mucho tiempo, a no ser que me digáis algo —una palidez mortal se apoderó de sus mejillas y luego se extendió por todo el rostro y, probablemente, por todo el cuerpo, teniendo en cuenta que los dedos pasaron a ser del color del hielo y parecían transparentes—. ¿Habéis descubierto de qué ha muerto Sabatino De Ursis? —preguntó sin respirar.

Schreck experimentó un sentimiento de irritación invencible, físico, concreto, un ímpetu de ira fortísimo. Consiguió controlarse con dificultad y temblaba ligeramente cuando contestó.

—Le ha llamado Dios, poneos a rezar y pregúntaselo a él —se dio la vuelta y volvió a paso veloz al pabellón central, dejando plantado a Schall von Bell, mientras este se había deshinchado repentinamente, con el traje que le colgaba de los hombros, como si hubiese sido colocado sobre un espantapájaros.

Aquel encuentro con Schall von Bell dejó un rastro doloroso, una huella de pensamientos y de sensaciones que emergieron del alma de Schreck hasta agotarlo. No podía perder el tiempo otra vez, concluyó. Había llegado el momento de dar un cambio a su permanencia en China, antes de que alguien se lo impidiera. Después de la abundante cena, hizo de tal forma que consiguió apartarse con León Li Zhizao y, sin preámbulos, le pidió si tenía noticias de la familia de Li Shizhen, el autor del tratado de terapia médica *Ben cao gang mu*. Estaban sentados en un banco que bordeaba el lago más grande del jardín. Un gran número de carpas grandes de colores resplandecientes se habían acercado a la orilla, como una selva de obscenas boquitas carnosas abiertas, en espera de comida.

León le explicó que en 1590 los hijos de Li Shizhen abandonaron su actividad, para ayudar al padre en la realización de la obra. Li Jianfang había sido médico en la Academia Imperial de Medicina, Li Jianzhong magistrado, Li Jianyuan prefecto y Li Jianmu literato.

—En esta ciudad implantaron una gran farmacia —le comunicó más tarde—, les conozco desde que era pequeño y estaré encantado de ayudaros a encontrarles — luego mientras los últimos resplandores del día le daban un inesperado perfil griego, agarró el brazo de Schreck—. Pero ahora vayámonos a descansar, tenemos que poner orden en el espíritu y en el cuerpo, ¿qué decís?

Casi un par de semanas más tarde, cuando en casa se dijeron las oraciones suficientes y se celebraron un gran número de misas en memoria del difunto Sabatino, la moral de muchos comenzó lentamente a subir. Se volvió a hablar de proyectos de misiones y de las estrategias posibles para hacer llegar al emperador la correcta previsión astronómica del próximo eclipse de Sol. Era necesario derrotar a los astrónomos del Observatorio imperial, chinos y musulmanes, que desde hacía años se equivocaban con los cálculos. Gracias al trabajo conjunto de Longobardo, Schreck, Schall von Bell y Rho, fue preparada una memoria con la previsión calculada al minuto, que fue traducida cuidadosamente con la ayuda de Pablo Xu Guangqi y León Li Zhizao y enviada a la corte. El despacho partió sobre un junco postal a lo largo del canal imperial y para la ocasión los jesuitas celebraron una larga misa propiciatoria. La vida volvió poco a poco a la normalidad, si normal podía

considerarse estar siempre juntos, limitados en los movimientos y constantemente preocupados por un posible cambio repentino de la situación, con el consiguiente arresto o el exilio a Macao.

Para Schreck, Longobardo y los dos ancianos colaboradores chinos de Mateo Ricci aquel fue un período de todos modos tenso. Analizaban los rostros de todos, estudiaban cualquier mínima frase de los demás, se encontraban de vez en cuando para hacer conjeturas, pero inútilmente, ya que no consiguieron encontrar algún indicio que revelara quién era el responsable del envenenamiento de Sabatino De Ursis. Quienquiera que hubiese sido, evitaba con cuidado dar pasos en falso. Schreck notó que cuanto más tiempo pasaba, los dos chinos y Longobardo más relajaban la tensión, y el alemán tuvo varias veces la impresión de que estuvieran cambiando de idea. Un buen día Longobardo le preguntó a quemarropa, mirándolo con un ojo torvo y la ceja levantada.

—Terrentius, ¿estáis totalmente seguro de que lo que había dentro del vaso era veneno? —esta fue, para Schreck, la señal de que él era el único que creía en la existencia de un asesino.

En uno de aquellos días angustiosos, paseando como siempre por el jardín junto a Tolentino y Jaime Rho, el alemán, exteriorizó uno de los muchos pensamientos que llenaban su mente.

—La verdad es que si tuviéramos las tablas astronómicas actualizadas del señor Galilei, todo sería mucho más fácil y preciso... Pero no he vuelto a tener noticias tuyas desde que nos marchamos...

Un vientecillo inesperado hacía vibrar una caña de bambú que emitía crujidos estridentes. Rho no parecía de buen humor y caminaba dando tirones como si hubiera algo que le molestara.

—No tenemos nada que envidiar a Galilei, me parece que lo hacemos muy bien sin sus publicaciones.

Schreck se maravilló de aquella respuesta seca y despreciativa. Era la primera vez que el amigo se dirigía a él con aquel tono, e insistió con paciencia, en la esperanza de convencerle.

—Con sus tablas tendríamos cálculos más exactos, al segundo. Estaba ultimando sus trabajos la última vez que lo vi y me prometió que me las enviaría.

Tolentino dijo con entusiasmo.

—Si son tan fenomenales como su telescopio, entonces esperemos recibir las enseguida.

Rho no volvió a intervenir sobre el argumento. Había metido la cabeza entre los hombros y procedía con la mirada clavada en el suelo. En un momento dado se tropezó con una piedra que sobresalía entre los adoquines y por un instante pareció

estar perdido. Abrió la boca emitiendo un sutil gemido y por poco no cayó al suelo. Schreck y Tolentino le sujetaron por el brazo evitándole un resbalón, pero con un movimiento brusco se soltó de ellos, empujándoles. Tras unos pasos exclamó.

—El temporal está en el aire, pero pasará. Esperemos solo que no deje caer demasiados rayos —aguzó los oídos como para sentir el eco de sus palabras que parecía ofuscar su mente. Y una vez más sin venir a cuento—. ¿Estás totalmente convencido, Johann, de que en el cielo tenemos que destruir las cincuenta y cinco esferas cristalinas de Aristóteles y las siete de Tolomeo? —miró al amigo atravesándolo con la mirada como si fuera de mantequilla—. ¿Y que el Universo es infinito, y que las estrellas y los planetas flotan en el vacío, como creen estos diablillos chinos? —hizo un breve gesto con la cabeza para despedirse y volvió a su alojamiento, dejando a Schreck y a Tolentino pensativos.

Los siervos que llevaron la litera se detuvieron en la Da-jing Xiang, una callecita llena de fango, y Schreck bajó con cuidado de no salpicarse de barro las botas. Antes de entrar dio un vistazo hacia arriba, al cielo. Vio desfilar veloz un grupo de nubes que escapaban hacia el oeste. Un rayo de luz las atravesó, transformándolas en misteriosamente brillantes, con tonalidades diferentes, que lucían como un intermitente, tanto que parecían animadas. Dudó un instante, había esperado durante tantos años aquel momento y se maravilló al no percibir en él la excitación que se esperaba. Por último, atravesó la puerta de la farmacia y entró en una penumbra placentera. Recorrió un largo pasillo cuyas paredes estaban recubiertas con frases y caracteres dorados. Llegó al vasto salón central iluminado por un lucernario, en el que se mostraban los jarrones y las ampollas sobre los muebles llenos de pequeños cajones.

Li Jianfang, hijo del autor de *Ben cao gang mu*, el famoso Li Shizhen, le esperaba sonriente. Era un hombrecillo barrigón, con una túnica negra larga hasta los pies, y un sombrero estrecho con forma de cono que parecía estar encima de la cabeza como por arte de magia. Acogió al invitado con un sonoro:

—Bienvenido, doctor Terrentius —que retumbó durante unos segundos en el aire, creando vibraciones en los tímpanos. La sensación recordó a Schreck un sonido análogo, que había escuchado muchos años antes, en los subterráneos del Colegio de los Huérfanos... —mi buen amigo Li Zhizao me ha hablado de vos y estoy contento de conoceros.

La cordialidad del chino llevó al alemán al presente. Dejó a un lado los recuerdos y marcó una sonrisa de reconocimiento.

—Es un placer que comparto, no podéis imaginar cuánto he esperado este encuentro.

Un hombre regordete, con el cuello taurino y sin un ojo, sirvió el té. Schreck no

pudo hacer otra cosa que pensar de nuevo en Roma, en el Colegio de Huérfanos, en Gerardo... Hizo un esfuerzo para no dejarse llevar otra vez por la nostalgia del pasado.

—Sé, por nuestro amigo en común Li Zhizao, que también vos os ocupáis de botánica y que en Occidente habéis mandado imprimir una gran enciclopedia —empezó de forma directa, Li Jianfang.

—A decir verdad, no se ha imprimido todavía y no he trabajado solo. Trata de la naturaleza de un país lejano que se llama México. Yo me ocupé de comentar las plantas y de muchos dibujos.

—Así que no la tenéis aquí con vos, ¡qué pena! Me hubiera gustado verla.

—Si queréis puedo mostraros algunos de los dibujos que realicé durante el viaje que traigo aquí conmigo —con rapidez Schreck recuperó el saco que había apoyado en una esquina y extrajo una carpeta. Soltó las cintas y con movimientos estudiados comenzó a poner en orden sobre un banco sus bocetos.

El chino se puso de pie para acercarse a verlos, cogió un par entre las manos y los observó con atención.

—¡Cuántos detalles! Si hubiésemos tenido a disposición dibujos como estos, nuestro *Ben cao gang mu* habría sido impecable —mientras hablaba, Li Jianfang se había detenido para admirar una hoja en la que se veían excelentes tubérculos—. Deberías enseñarles a mis hijos el arte de reproducir estas peludas *fanshu*.

El alemán le echó una ojeada al dibujo.

—Raras, ¿verdad? Son de una especie importada desde el Nuevo Mundo a Occidente hace unos cien años, se llaman patatas y han invadido nuestras mesas.

—Para nosotros es todavía una planta nueva, no tiene más de tres años. La trajo a China un literato de nombre Chen Zhelong, que la cogió de las islas que vos habéis dado el nombre de Filipinas, su hijo envió al gobernador de la provincia de Fujian una memoria para enseñar al pueblo a cultivarla, y como reconocimiento, este le ha dedicado un templo...

Se interrumpió de golpe porque con el rabillo del ojo vio aparecer por la entrada de la sala a una mujer humilde, acompañada por una niña delgada. Vestían modestamente e iban descalzas. Las dos figuras avanzaban con la cabeza baja, asustadas y siendo respetuosas con el lugar en el que se encontraban, la pequeña estaba muy pálida y con unos grandes ojos asustados. El siervo, que había traído el té, las detuvo, habló en susurros con la más adulta, y luego cruzó el amplio salón y dijo unas palabras al oído de Li Jianfang. Este escuchó con atención y se dirigió a Schreck.

—Dejemos a un lado las patatas... ¿Qué darías a alguien que ha ingerido una gran cantidad de alcohol?

—Le daría para masticar las semillas de un árbol que llamamos *hovenia dulcis*, en

vuestro idioma estos frutos tienen el nombre de *zhijiu*.

Riendo el chino le dio una amplia palmada sobre el muslo.

—Y si el borracho estuviera infectado de sarna y piojos.

—¡Pobre hombre! Se ve que ha trabajado en una de nuestras carracas. De todos modos, no lo abandonaría a su destino, y prepararía una infusión con la corteza interna del árbol que vos llamáis el «rey de los árboles», *wang mu*, y con el líquido obtenido le lavaría las lesiones de sarna y el pelo.

Li Jianfang tenía una cara satisfecha y un leve enrojecimiento coloreaba sus mejillas como si las hubiera maquillado.

—Nuestro común amigo Li Zhizao os describe como un hábil médico y un buen farmacéutico, y yo añado que sois también rápido —luego llamó al servidor y en voz baja le impartió algunas órdenes.

Este se acercó a la mujer y a la niña y les explicó algo. Luego con movimientos veloces y precisos extrajo de algunas cajitas una serie de hierbas, preparó dos paquetes y se los entregó a las dos pobrecillas, que no paraban de darle las gracias doblando la cabeza hasta el suelo. Li Jianfang se despidió de ellas con un gesto. Cuando se hubieron marchado, le dio unas explicaciones con calma.

—El marido de esa mujer es un conocido borracho, trabajaba como mozo en el puerto antes de que le despidieran por su vicio. Ella viene de vez en cuando para mendigar algún remedio para su hombre, pero dudo que produzca algún efecto.

El farmacéutico siguió mirando los dibujos de Schreck. Se veía tan sorprendido por estos que esta vez no se dio cuenta de que otra persona entró corriendo.

Se trataba de un hombre con el rostro marcado por antiguas arrugas llenas de sangre, tenía la respiración corta y jadeaba, dando la impresión de haber corrido sin detenerse. El siervo de Li Jianfang se acercó y le escuchó. Habló en voz baja con él unos segundos y, al final, se arrodilló dirigiéndose con aire de preocupación a su dueño.

—Excelencia, llaman con urgencia al doctor extranjero a su casa.

Schreck escuchó la frase y levantó la cabeza, reconociendo a uno de los secretarios de Miguel Yang Tingyun.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué tengo que regresar? —preguntó sin respirar.

El siervo esperó un gesto de consentimiento de su dueño antes de contestar con flema.

—¡Al parecer una cierta joven que vive en casa del señor Yang se encuentra sobrecogida por los dolores del parto!

## Capítulo 26

Manchas de tinta alargadas entre los poros del papel absorbente. Trazas sinuosas, líneas incompletas. Frases sueltas sin construir. Palabras que parecían reflejadas, casi ilegibles. ¿Una carta? ¡Una carta! Eso era. «1621, tercer día de Agosto». Una fecha de hacía dos años. Un puñetazo en el estómago. El día en el que Sabatino fue envenenado. ¡Dios mío!

«... Vuestra Excelencia, ante la que me presento con la humildad que los hijos deben a los padres, convendrá conmigo que he trabajado como me ha sido ordenado. Con cualquier medio... A fin de cuentas, no he hecho otra cosa que favorecer la vuelta a la casa de Padre Sabatino De Ursis S. J... un hombre que no tenía ya casi fuerzas para ampliar la viña del Señor... Aquel que se ha hecho hombre nos ha donado el merecido premio. El hereje por fin ha realizado el paso en falso que desde hace años esperábamos... Su mano, guiada por el demonio, ha realizado la inmundicia obra... Ha trabajado a la sombra, no se ha creado escrúpulos... Ha cortado el pecho del muerto, como un criador de cerdos hace con una bestia, y ha maniobrado las vísceras como si fueran serpientes, con la habilidad de un cazador de serpientes. Lo he podido comprobar con mis propios ojos. He revisado el cadáver, y las costuras en el vientre son la prueba de que la autopsia ha sido realizada... Monseñor, no puedo seguir actuando, por el momento... como en el pasado, mi inacción puede durar todavía años... Nos vemos inmersos en mil peligros, tememos por nuestra incolumidad y la prudencia es una obligación... Si precisamente ahora se viniera a saber cuánto he arriesgado, no sé lo que podría ocurrir. Entre la superstición del verdadero emperador chino y las bizarrías del padre Longobardo que ya os he referido, todos nosotros podríamos vernos involucrados en una represión que nos aniquilaría, y yo, vuestro indigno siervo, de acusador podría pasar inmediatamente a acusado... No siento vergüenza por tener miedo. El miedo es un sentimiento natural, que nos ha facilitado el Inmenso..., será él quien me indique los tiempos y la modalidad de mi actuación. No son fáciles ni coherentes, estos jesuitas. Tengo que seguir ocultándome, continuar y rezar en secreto como nos enseñó santo Domingo... esperar el momento exacto. Solo entonces, cuando pueda desenmascarar al blasfemo ante todos, me será concedido poder llevarlo a la Santa Casa en Goa, ante vos, para que vos, amoroso padre, excelentísimo Monseñor Francisco Delgado De Matos, podáis demostrar vuestra magnanimidad, ayudándole a arrepentirse y a aceptar la salvación con el fuego...».

No se conseguía leer nada más y todo el resto desaparecía en una telaraña de tinta, en una lluvia de manchas y garabatos. Imposible ni siquiera reconstruir la escritura, podría ser de cualquiera. ¿Pero de quién? Y qué es lo que hacía esta hoja entre las páginas de los *Lun Yu*, los diálogos de Confucio. ¿Quién, desde hacía dos

años, lo había escondido en la biblioteca de Miguel Yang Tingyun?

Un torbellino de suposiciones. Una, la más probable. El desconocido autor había sido disturbado después de haberla escrito y puesto en un lugar seguro, había escondido rápidamente el papel absorbente en el primer libro que tenía entre las manos. Pero luego, ¿por qué no la había recuperado? No había vuelto a tener la posibilidad, o quizás se había olvidado...

«Un dominico disfrazado de jesuita. El seguidor de la Inquisición no da tregua», pensó Schreck colocando la preciosa edición de los diálogos de Confucio en su sitio y metiéndole en el bolsillo la hoja absorbente. «Faber me avisó de que no me harían la vida fácil. Por suerte, entre Goa y yo está todavía China...».

Su rostro expresaba una cierta dureza: los ojos, que resaltaban sus espesas cejas oscuras, acentuaban sin embargo la expresión severa, pero comunicaban con claridad que, si había algo que Manuel Días amaba mucho, era mandar. Cuando en abril de 1623 había llegado a Hangzhou para sustituir como superior de la misión a Nicolás Longobardo, quien después del éxito de las previsiones astronómicas había sido aceptado por fin de nuevo en Pekín, había encontrado una situación que no le había gustado.

En primer lugar, el señor Miguel Yang Tingyun —anfitrión de aquel pelotón de misioneros desde hacía dos años— era un cristiano piadoso y justo, pero en más de una ocasión, lo había visto apartado, con los inciensos humeantes en las manos, delante del altar donde estaban expuestas las tablillas con el nombre de sus antepasados. Evidentemente, por mucho que se hubiera convertido y hubiese sido bautizado, no había abandonado del todo el culto por los antepasados, la principal religión china. Y la cosa no le gustaba para nada a Días.

Estaban luego, por otro lado los jesuitas, que no parecían arder de celo misionero. Todos, pero todos, estaban ocupados solamente en traducir al chino los libros de ciencia. Días sabía que sin las matemáticas y la astronomía no serían nunca tomados en consideración por el emperador, pero estaba preocupado por la falta de un proyecto paralelo que divulgase la verdadera religión, más coherente con los soldados de Cristo, que es precisamente lo que eran. Conocía el hecho de que algunos misioneros habían sido enviados desde Europa, precisamente para ocuparse de los planetas y las estrellas que poblaban el cielo, pero no habría imaginado nunca que para favorecer el estudio de aquellos cuerpos celestes descuidaran a Dios, a los santos, a los beatos y a todos los habitantes del Paraíso, que además, con un título superior, aquel cielo ocupaban.

En particular, aquel Julio Aleni estaba interesado solo en la geometría y en la geografía y se lamentaba siempre. Terrentius, no se contentaba con ocuparse de matemáticas y de astronomía, sino que escribía también en chino un libro sobre el cuerpo humano, y en una farmacia de la ciudad, junto con un cierto doctor Li

Jianfang, estudiaba las hierbas y tenía abierto un ambulatorio para cuidar a los pobres. Schall von Bell parecía una calculadora, dado que las únicas cosas que parecían interesarle eran los libros de trigonometría y de medidas celestes. Julio Tolentino se desvivía por ayudar a todos y sacar adelante las traducciones. Jaime Rho estaba totalmente fulgurado por su propia ambición, se le había metido en la cabeza transmitir a los chinos, en un libro que quería que se titulara *Shou suan*, es decir, *Cálculo*, un ingenioso método utilizado para simplificar las multiplicaciones que Henry Briggs había inventado, con la asesoría del barón de Merchiston John Napier y que había sido publicado no hacía mucho en *Arithmetica logarithmica*.

Días había conocido también a León Li Zhizao y a Pablo Xu Guangqi, los convertidos chinos que habían colaborado con padre Mateo. Iban y venían como querían, se les consultaba como si fueran los oráculos, unos visionarios infalibles, acudidos y cuidados como si fueran niños. Pablo, en particular, iba siempre con su rosario entre las manos y nadie encontraba nada que decir. ¿Pero era posible que nadie se hubiera dado cuenta de que se trataba de un *mala*, el rosario budista? Se reconocía porque tenía ciento ocho bolas, tantas como son los deseos pecaminosos para los seguidores de Buda. Y Pablo Xu Guangqi lo desgranaba continuamente rezando los versos de las oraciones budistas, ¡nada que ver con el Ave, el Pater o el Gloria!

Días había expresado todas sus perplejidades a Longobardo. Aquel día, el viejo jesuita estaba preparándose para ir a ver al gobernador, para exponerle el propio saludo antes de marcharse hacia Pekín, y había invitado a Días, que había llegado poco tiempo antes, para que lo acompañara y asile presentara oficialmente.

—Es normal —había intentado tranquilizarle en vano, Longobardo—, estamos en China, y los chinos se dirigen con naturaleza a todas las divinidades que conocen. No tienen la idea de que una sola es la religión justa y verdadera, ni existe para ellos la complicación de la herejía. Cada uno adora a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Nadie ha conseguido inculcarles el concepto del monoteísmo. No os preocupéis, Pablo Xu Guangqi es un cristiano excelente, generoso y de confianza. Cuando la misión retome el vigor y la resonancia de los tiempos de padre Mateo, nos ocuparemos de evangelizar mejor a nuestros amigos chinos —luego Longobardo le había mirado de mala forma, observando fijamente y con insistencia la cruz de oro con el Cristo en relieve que Días llevaba en el pecho, una prerrogativa de los superiores—. Os desaconsejo vivamente mostrar esta cruz fuera de la casa del señor Miguel Yang Tingyun.

—Vamos a ver al gobernador y es necesario que yo lleve la enseña de mi grado.

—Los chinos que no están bautizados piensan que la visión de un hombre herido y agonizante es de mal augurio.

—¡Es absurdo! —se quejó Días, pero no dijo nada más.

Se prometió a sí mismo ocuparse de todas las cosas que no funcionaban cuando tuviera las riendas de la misión.

Donato Zhang Tianci hizo un giro a la derecha, y luego con un salto, después de hacer que se tambaleara sobre la pierna equivocada, consiguió superar el obstáculo que cayó al suelo con un sonido fragoroso. El obstáculo en cuestión era Nicolás Trigault, que se quedó petrificado sobre el suelo. Pero otras tres barreras se situaban por el camino de Donato, que además era casi un metro de alto y apenas tenía tres años. El impedimento más cercano era Julio Tolentino. Con los brazos abiertos, imitando al sarraceno de madera que en los días de fiesta se montaba en Sarzana, su localidad natal, para evocar aquel lejano 1016 cuando las naves pisanas expulsaron a los Moros de las costas de Cerdeña, intentó en vano detener al pequeño, rápido proyectil humano, pero terminó a su vez con las piernas por los aires. Después de él, en la misma trayectoria, estaba Jaime Rho. Con las manos preparadas para coger al niño, se estiró exageradamente hacia adelante y perdió el equilibrio, cayendo a su vez. La risa clara de Donato contagió a los tres jesuitas que, desde sus ridículas posiciones en el suelo, comenzaron a gesticular de forma cada vez más exagerada. Fue en aquel momento cuando la puerta se abrió y en la sala entró Johann Adam Schall von Bell. Vio la escena y se detuvo de golpe.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó con furia. Nadie le contestó. El alemán arrugó la frente y miró a Zhang Tianci—. ¿Qué has hecho, pequeño demonio?

El niño se detuvo, agachó la cabeza y, mostrándole los dientes blancos tras una sonrisa que todavía estaba dibujada en los labios, abrió hacia Schall von Bell dos ojos enormes oblicuos con un intenso color negro, coronados por largas pestañas. Este lo sujetó por un brazo y empezó a zarandearlo.

—¡Te he hecho una pregunta y me tienes que contestar! ¿Has entendido?

Las pupilas se dilataron y la mirada de Donato cambió de la alegría al miedo.

—¡Agong, *agong*, abuelo, abuelo! —Así que cómo, entre un tirón y el otro, se le cayó del bolsillo un objeto pesado que brillaba.

Sin soltar al pequeño, Schall von Bell se agachó para recoger el utensilio del suelo.

—¿Qué es esto?... Cielos, ¡uno de nuestros relojes! —dio la vuelta en la mano a una caja redonda plateada, sobre la que estaban grabados pájaros y flores en un gracioso desorden de alas y pétalos—. ¡Seguramente se habrá roto!

Con un golpe abrió la tapadera de vidrio, sacando a relucir un cuadrante blanco en el que resaltaban las doce cifras romanas en esmalte negro, luego abrió la caja y examinó con ojo crítico el mecanismo de dentro del instrumento: el eje y la cuerda, el índice circular, que permitía estimar la presión del muelle, y las tres ruedas que aseguraban al mecanismo el complejo movimiento. Todo fue analizado con atención

pero nada se había estropeado.

Aprovechando este cuidadoso examen, Donato, con un movimiento desesperado, consiguió escaparse para refugiarse llorando en una esquina. Alrededor del niño corrieron Trigault, Rho y Tolentino. Este último lo cogió en brazos e intentó tranquilizarle.

—No temas, padre Adam te quiere, no tengas miedo...

—No es verdad, ¡no soporto a esa peste! ¡Quitádmelo de delante! —soltó el alemán con los ojos enfurecidos—. ¡Podía ocurrir algo irreparable, entendéis! El reloj forma parte de los regalos que tenemos que presentar al emperador, y este maldito insecto lo ha robado. Si lo cojo con mis manos, yo...

Firme y fuerte se escuchó una voz.

—¡No os consiento que acuséis de ladrón al niño ni que le amenacéis! —Schreck entró determinado, con Pequeño Zhang a su lado, cogió al niño de los brazos de Tolentino y lo apretó contra él.

—¡Agong, abuelo, por fin has venido! —dijo Donato entre lágrimas. Escondiendo el rostro en la cara del jesuita, que le besó tiernamente la nuca y lo apretó contra él.

Schall von Bell les miró con mala cara y muy severo.

—¡El niño ha sustraído un reloj de nuestras cajas! Es un ladronzuelo y hay que castigarle severamente.

Schreck entregó el niño a Pequeño Zhang.

—Coge a tu hijo, ¡y sácalo de aquí! —sin quitar los ojos de Schall von Bell, se situó delante de él y pronunció con un tono amenazador.

—He dado yo el reloj a Donato, así que ¡soy yo el ladrón!

—¡Es un pecado grave robar! Pero es un pecado menor respecto al que realizasteis cuando murió el pobre Sabatino De Ursis. Ya son tres años desde que ha desaparecido, ¡y no he visto ninguna señal de arrepentimiento!

—Yo no tengo nada que echarme en cara por la muerte de Sabatino. En cambio desde hace tiempo espero que alguien dé una explicación sobre...

En aquel instante, atraídos por el altercado, llegaron Manuel Días y Julio Aleni. Se precipitaron dentro, y por el ímpetu Aleni tiró al suelo una silla pesada que cayó con un ruido estrepitoso e inesperado. Todos se sobresaltaron y Schreck se interrumpió. Días exclamó.

—¿Qué ocurre?

Schall von Bell contestó con ímpetu.

—¡El niño sigue jugando con nuestros instrumentos!

Días se acarició la larga barba todavía negra a pesar de sus cincuenta años, y mirando a los protagonistas de la discusión, aspiró ruidosamente una larga bocanada de aire para luego hablar.

—No es la primera vez que se le consiente a Zhang Tianci jugar con las

invenciones bajo nuestra guía. Es un niño juicioso, quizás vivaz, pero es siempre respetuoso y educado. Si el reloj no se ha roto...

Schall von Bell movió la cabeza.

—No he estado nunca de acuerdo sobre las libertades que se aplican a este niño. Desde que nació, en esta casa parece que no existe nadie más que él. Se le consiente entrar en todas partes, tocar cualquier cosa, entrometerse en cualquier situación. La residencia está a su merced, nosotros mismos tenemos que adecuar nuestra vida a la suya... Id despacio, Donato duerme... Este trozo bueno de cerdo lo conservamos para Donato... Antes de abrir la ventana controlad que Donato no esté por los alrededores, está algo resfriado... ¡Y ahora nuestros relojes están también en sus manos! ¿Y si los rompe? ¿Qué es lo que llevaremos como regalo al emperador cuando nos autorice a todos a residir en la capital? Corremos el riesgo de tirar por la borda años de trabajo y de espera ¿a causa de quién? ¡De un diablo de niño que alguien ha tenido la loca idea de bautizarlo, Tianci, regalo del cielo, Donato! ¡Qué regalo más bonito! Y por otro lado padre Terrentius se hace llamar abuelo... Me parece que hemos llegado al máximo del ridículo.

Si mandar era una cosa que a Días le gustaba mucho, también, desde su llegada hacía un año, había otra que detestaba: que le llevaran la contraria. Por eso, se invistió de autoridad, e indicando con el dedo a Schall von Bell exclamó.

—¡Problema cerrado! El niño no entra en causa. También el señor Miguel Yang Tingyun de quien, os recuerdo, somos invitados, tiene hacia él una máxima consideración y le gustaría adoptarlo para darle su prestigioso apellido, si solo Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo aceptaran. Sobre padre Terrentius, es un enorme mérito el amor que nutre hacia Donato y hacia sus padres. Todos nosotros estamos contentos de que nuestro forzado exilio en Hangzhou, venga animado por la presencia de lo que vos llamáis diablo, es más, desde que está él, los problemas, aun lentamente, se están alejando —se detuvo, respiró profundamente y analizó uno por uno a los presentes, luego continuó—. Precisamente esta mañana he recibido de la capital un despacho de padre Longobardo, que me comunica que hace dos meses, con fecha 12 de febrero de 1624, murió el ministro Riti Shen Que, nuestro peor enemigo y perseguidor. No es necesario ciertamente alegrarse por su desaparición, de todos modos, Nuestro Señor así lo ha querido... —se santiguó—. Sin Shen, el partido de nuestros detractores, no tendrá otra vez el poder de antes. Y parece ser que el emperador espera con impaciencia, la traducción al chino de los libros de matemáticas y astronomía que vosotros estáis preparando. Y hay algo más, que es bueno que sepáis —se dirigió entonces a Schreck—. ¿Terrentius, queréis informar a nuestros hermanos de cuánto habéis hecho con los descendientes de Li Shi-zhen, hasta el momento? Contad todo lo que me habéis informado en estos últimos meses.

—En primer lugar, estoy enseñando a dos nietos del doctor Li Jianfang el arte de

la incisión en bronce, en vistas a la nueva edición del libro *Ben cao gang mu* con nuevos dibujos. Luego, en la farmacia de la familia estoy encontrando a muchas personas influyentes, y entre las muchas hay una en particular, el ingeniero Wang Zheng, que parece interesado en nuestros conocimientos de mecánica. Le he hablado de los libros que hemos traído desde Europa y le gustaría consultarlos.

Los libros a los que hacía referencia Schreck habían impresionado vivamente también a Julio Aleni, cuando los había visto en las cajas nada más llegar hacía tres años con Trigault. El *Theatrum instrumentorum et machinarum* de Jacques Besson, *Las diversas y artificiosas máquinas* de Agostino Ramelli, el *Nuevo teatro de máquinas y edificios para diversas y seguras operaciones* de Victorio Zonca e *Machinee novse* de Fausto Veranzio, proponían soluciones técnicas estupefacientes para resolver problemas de ingeniería, de mecánica e hidráulica, y sus ilustraciones eran magníficas.

—Terrentius, ¿qué tipo de persona es el ingeniero Wang Zheng? —preguntó Días.

—Me parece una persona honesta, que le importa mucho la suerte de su país. Desde hace muchos años es el director de las obras hidráulicas en el ministerio de Obras Públicas y su empeño es notable. A pesar de sus competencias, me ha confesado sentirse impotente contra las grandes inundaciones que asolan el curso del río Amarillo y el de Yangzi. Millares y millares de campesinos mueren ahogados cada año y vastísimas áreas de terreno quedan devastadas. Cuando le he hablado de los sistemas que usamos en occidente para gobernar las aguas, para aprovechar la energía, para transportarlas, para cambiar su curso, para drenarlas, me ha rogado que le muestre nuestros libros y me ha propuesto traducirlos en su idioma y comentarlos conjuntamente. Ha añadido que una obra parecida sería muy apreciada por el emperador. Si el pueblo trabaja de forma productiva y sin peligros, las cosechas serán abundantes para todos y no habrá más motivos para rebelarse.

Días asintió vigorosamente.

—Tenemos que seguir ayudando a los chinos para resolver sus problemas. Hay esperanza de que después de la ciencia y la técnica acojan también la palabra de Cristo.

Una idea lúcida y violenta atormentó de repente a Schreck dando cuerpo a las dudas que lo angustiaban desde hacía tiempo.

—No estoy seguro, nuestro Dios es demasiado misterioso para ellos, a fin de cuentas no es más que una hipótesis.

Días le fulminó con una mirada.

—Hay gente que ha terminado en la hoguera, por haber afirmado mucho menos.

—Y también por haber hecho mucho menos —añadió Schall von Bell.

Días se quedó sorprendido.

—No entiendo.

—Me refiero a quien engatusa a la gente haciéndola creer que, como Dios, conoce los secretos de la naturaleza, o a quien fuerza la naturaleza realizando experimentos peligrosos, prohibidos...

—¿A quién te refieres? ¡No hay brujas por aquí! —dijo con aire ingenuo Tolentino.

—¿Brujas? —le sopló en la cara Schall von Bell—. Ni siquiera hace cuarenta años el obispo de Ginebra hizo quemar quinientas en tres meses, y el de Bamberg seiscientas, el senado de Saboya ochocientas y el obispo de Würzburg novecientas... Paramo ha calculado que en el último siglo y medio han ido a la hoguera más de treinta mil... brujas...

—Sigo sin entender —le interrumpió Días—. Paramo es un exaltado que afirma que Nuestro Señor, condenando a Adán y a Eva a salir del paraíso, fue el primer inquisidor. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Nada, nada, de hecho no pretendía hablar de brujas... quizás de un brujo... Nada importante, decía así, solo por hablar...

En el silencio general que siguió se escucharon los pasos de Schreck que salía de la sala.

Jaime Rho sintió un escalofrío helado que le recorrió toda la espalda.

## Capítulo 27

Llovía desde el alba. Durante todo el día inmensas nubes negras se sucedieron en el cielo, e implacable, el agua se abatía con fuerza sobre los hombres y las cosas. El jardín de la residencia de Miguel Yang Tingyun se había convertido en un pantano gris y el minúsculo pabellón situado en el centro del lago parecía flotar sobre las olas. Los caminitos que se adentraban por la colina de rocas dispuestas según las inmutables reglas del paisaje artificial, se habían convertido en torrentes llenos. El chaparrón que caía del cielo aumentaba de tamaño cada vez más, haciendo que pasara a ser desagradable incluso para las pequeñas ranas negras que asomaban la cabeza por todas partes. De vez en cuando, en un remolino de polvo y agua, se veían figuras solitarias que recorrían con grandes saltos el espacio entre un edificio y otro, pero de estas solo se veían ciertos particulares: unos vestidos que daban vueltas, unos zapatos que chorreando se adentraban en el fango, una mano haciendo las veces de una visera. A medida que la oscuridad se iba imponiendo, el jardín se transformaba en un antro horroroso, listo a tragarse a quien fuera que se asomara.

Obligado a salir, Johann Schreck hizo frente a la cascada y con fatiga llegó hasta el pabellón opuesto en la extremidad occidental de la residencia. Presa de un sentimiento mezclado de reticencia y agitación, dio la capa llena de agua a un criado que le abrió. Siguió con la mirada los restos de agua hasta que estos desaparecieron detrás de una puerta, junto al hombre.

En el centro de la sala, sentado sobre una silla maciza y abundantemente taraceada, le esperaba Manuel Días. Emitió un golpe de tos que acabó en una fuerte inspiración de aire, se concentró unos segundos para eliminar invisibles granos de polvo de las mangas del traje, luego comenzó a hablar.

—Os he citado a esta hora porque es cuando todos asisten a la función, así podremos evitar la curiosidad de los demás —hizo una pausa y añadió—. Los temporales de verano nunca se dejan anunciar.

—La lluvia no me asusta —replicó Schreck.

—Estoy convencido de que nada en el mundo os asusta.

—Permitidme deciros que os equivocáis, temo a los ignorantes, sobre todo, si son presuntuosos.

—Si fuera vos me preocuparía también de alguien más.

—¿Por ejemplo?

—De aquellos que están maquinando para que nuestra misión fracase.

—¿Son muchos?

—Más de los que creéis, y peligrosísimos —con lentitud exasperante, Días empezó a crujirse los dedos de las manos, uno a uno. Luego alisó el gran crucifijo que brillaba sobre su pecho e hizo un gesto con la cabeza—. Acomodaos, tendremos

que hablar bastante —Schreck se sentó muy erguido—. Desde que ayer volví de Jiading, he hablado solo con el señor Miguel Yang Tingyun y luego con Pequeño Zhang, para informarles de que os convocaba aquí. Ahora os hablo a vos. Las veinticuatro horas de silencio que me he impuesto las he empleado en meditar, y no he tocado bocado. Así que me he vaciado, física y mentalmente, purificado, para soportar mejor el peso de mis tareas —después de un breve suspiró, concluyó—. ¡Todos deberíamos comer menos, hemos engordado tanto!

—Podrías ordenarle al cocinero que tome en consideración los capítulos 38,39 y 40 de la regla de san Benedicto —comentó Schreck.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—No, como los monjes, podríamos comer solo dos sopas al día, añadir al máximo un plato de legumbres crudas, acompañado por una pieza de pan no más grande de una libra.

Un trueno resonó en el pabellón. La lluvia que apremiaba hacía subir la intensidad del fragor y parecía estar dentro de un tambor golpeado por una multitud.

—Comentadme el trabajo que estáis llevando a cabo con el ingeniero Wang Zheng —ordenó Días secamente.

—Apenas hemos iniciado la traducción de los libros de mecánica y queremos reproducir las tablas de algunos grabadores.

—¿Cómo pensáis aprovechar este material?

—Lo organizaremos en un libro que he pensado titular *Qi qi tu shuo, Manual ilustrado de máquinas extraordinarias*.

—Es un buen título, llamativo. Mandaré un despacho para informar de ello a padre Longobardo y al señor Pablo Xu Guangqi. Es el caso de comenzar a poner voces en la corte sobre la próxima publicación de esta obra.

—Es prematuro, se necesita todavía tiempo. Las traducciones son tantas y a los grabadores chinos les llevará tiempo, antes de hacer un trabajo decente.

—¿Terrentius, cuánto tiempo?

—No terminaremos antes de un par de años. Luego será necesario preparar las matrices de madera para el texto en caracteres, al menos otro año más.

—¿No se puede acelerar?

—No, si queremos un buen resultado.

—Así que, dentro de tres años, estaremos a mediados de 1628.

—Será el centenario de la entrada en el Colegio Montaigu, en París, de nuestro fundador san Ignacio de Loyola —recordó Schreck.

—Puede ser una idea, dedicar vuestra obra y la del ingeniero Wang Zheng al aniversario de aquel acontecimiento. Eso mostraría también en China la importancia que los estudios tienen para nuestra Compañía. ¡Todo esto me ayudará! De acuerdo, esperaremos, quiere decir que mientras tanto nos ocuparemos de otros frentes —el

superior hizo una pausa y continuó cambiando de registro—. Nuestro propósito general, su paternidad Muzio Vitelleschi, ha contestado a mi carta anual y me ha comunicado una mala noticia. Hace tres años, el papa Gregorio XV, instigado por algunos miembros de la orden de los carmelitas descalzos y del capuchino Girolamo da Narni, dio vida con la bula *Inscrutabili Divinae*, a una congregación de cardenales que tiene el nombre de *De Propaganda Fide*. Esta tiene como finalidad el control de todas las misiones, dondequiera que estén, también la nuestra. La maniobra pretende que nosotros los jesuitas perdamos la protección del rey de Portugal, quiten la autoridad a nuestros superiores y que seamos dependientes de un obispo que será enviado aquí y que, seguramente, no pertenecerá a nuestra Compañía. Así perderemos el privilegio de dar cuenta directa y exclusivamente al Santo Padre, y otras órdenes religiosas serán enviadas a China.

—¡Y no es todo! Comienzan a circular algunas voces según las cuales nuestra participación en los ritos civiles chinos, como por ejemplo, arrodillarse delante del emperador o delante de las tablillas de sus padres, constituye una blasfemia. Así como cometeríamos un grave error, consintiendo a los bautizados chinos, nuestros discípulos y colaboradores, seguir practicando el culto de los antepasados y hacer sacrificios a los muertos. Una culpa grave la tendríamos también porque no hemos conseguido todavía convencer a los chinos de que acepten el símbolo sagrado de Jesucristo en la Cruz.

—Se sienten horrorizados —comentó Schreck—, consideran que da mala suerte.

—Lo sé, es así, pero en Europa hay quien comienza a ser hostil con nosotros, como si hubiésemos creado nosotros símiles supersticiones, como si fuésemos peligrosos instigadores de nuestra doctrina. Cuando estaba en Jiading para controlar la construcción de la nueva iglesia, he reflexionado bastante sobre estas acusaciones para intentar poner remedios, y he llegado a la conclusión de que los defectos de nuestros discípulos hay que atribuirlos a su tardía conversión. Acogiendo el Verbo solo cuando son adultos, no tienen modo de digerirla, asimilarla, madurarla, ni el tiempo de quitarse de encima sus propias creencias. Entonces, me he preguntado qué es lo que podemos hacer para remediarlo. La respuesta se me ha ocurrido en estas últimas veinticuatro horas y es simple. No queda otra cosa que seguir las indicaciones de nuestro santo fundador...

—¿Es decir?

—Crear un colegio donde formar a las nuevas generaciones de cristianos. Tenemos que concentrar todas nuestras energías para realizarlo y evitar otras actividades dispersivas.

Schreck se quedó perplejo. Siguiendo las indicaciones de *Formula instituti* redactada por el propio Ignacio de Loyola, y de la carta apostólica *Regimini militantis* con la que Pablo III, el 27 septiembre del 1540, había dado inicio a la fundación de la

compañía de Jesús, los jesuitas habían fundado colegios por todas partes en los países católicos europeos. El primero en Messina en 1548, luego el Colegio Romano en 1551, y siguieron posteriormente tantos otros, más concentrados en las fronteras con las regiones protestantes. La organización de los estudios era rígida y seguía fielmente la *Ratio studiorum*, que imponía cinco años de materias literarias, idiomas antiguos, poesía y retórica, y un bienio sucesivo consagrado a la filosofía y la ciencia. También la disciplina era férrea y se intentaba contar siempre con el apoyo y la ayuda de los padres de los alumnos. ¿Cómo sería posible realizar todo eso en China? ¿Y los chicos a los que era necesario enseñarles todo, absolutamente todo? Schreck decidió sacar a la luz las dificultades prácticas de este proyecto.

—La solución del colegio es interesante, pero en esta casa no hay espacio para acoger a los colegiales, y además, creo que es imposible obtener de las familias chinas la autorización para educar a sus hijos a nuestro modo.

—El señor Miguel Yang Tingyun posee una granja a las puertas de Hangzhou. Hace tiempo se criaban ocas y cerdos mientras que ahora está sin actividad. Me ha prometido dejármela y allí fundaremos el colegio. En cuanto al sistema para reclutar a los jóvenes, no os preocupéis, porque utilizaremos uno muy simple. ¡Los compraremos!

—¿Qué?

—Después de la reciente carestía, los caminos alrededor del lago están colmados de niños en venta. El señor Miguel ya ha enviado a su superintendente para que examine la zona, con la orden de controlar el sexo. A menudo disfrazan a las niñas de varones, con tal de quitárselas de encima, y hacen una selección entre ellos, cogiendo solo aquellos más despiertos y que tienen ya un mínimo de culturización. Dentro de poco tendremos los primeros colegiales y les daremos una educación cristiana.

—¿Habéis ya pensado en qué hacer para acogerlos? ¿En programar su formación?

—Es un problema que os toca a vos de cerca, Terrentius.

—¿A mí?

—Seguramente, porque vos seréis el responsable del colegio que quiero.

—¿Yo? ¿Y por qué precisamente yo? ¡Con todo lo que tengo que hacer!

—¡Porque lo he decidido así! Tenéis tantos defectos, la sabiduría no siempre se acompaña con la modestia, la sumisión y el oportunismo, pero sois el único que domina muchas ciencias, y el único que se hace comprender por todos con facilidad. Pero atención. Os controlaré, y ante mí tendréis que responder. Con vos trabajarán los padres Julio Tolentino, Jaime Rho y Adam Schall von Bell. Tendréis así modo de seguir con las traducciones de matemáticas y astronomía. Dentro de una semana os trasladaréis a la factoría del señor Yang Tingyun. Podréis llevar con vos a Pequeño Zhang y a su familia, y nuestro generoso anfitrión ha dispuesto que la *ayi*, algunos siervos y un cocinero os acompañen. Que os hagáis cocinar un banquete imperial o

solo una sopa, para darle el gusto a san Benedicto, para mí es indiferente. Yo seguiré residiendo aquí en la ciudad y visitaré periódicamente el colegio. Vos me haréis una memoria escrita cada quince días —de pasada, como si hablara de un detalle insignificante, añadió—. Y tened en cuenta que no tendréis más tiempo de ocuparos de ese herbario chino junto a la familia Li.

Schreck no se esperaba una orden parecida, la realización de los dibujos del *Bencao gang mu* estaba para dar vida a una edición de la enciclopedia que causaría sensación. Calló, mientras la desilusión le crecía en el pecho.

En el profundo silencio que siguió a sus palabras, el superior mandó que trajeran un té caliente, y solo después siguió hablando.

—Ahora os cuento una buena noticia. A ciento ochenta millas de Xi'an, capital del Shannxi, trabajando en los cimientos de una casa, algunos obreros han descubierto una enorme lastra de piedra con unas incisiones. Parece muy antigua. Se trata de una estela del todo parecida a la que los chinos empleaban para las conmemoraciones y las exaltaciones, habréis visto tantas. La piedra, bien pulida, es de mármol oscuro y en la parte superior está grabada la Santa Cruz. Más abajo se encuentran frases escritas en chino y en otro idioma que no consigo descifrar — cuando decía eso, Días cogió de una mesa cercana un rollo—. Esta es la copia con carboncillo de la estela. Notad que los caracteres chinos hablan inequívocamente de nuestra religión. El descubrimiento es según mi opinión muy importante, pero antes de construir algo útil a su alrededor, deberíamos establecer bien de qué se trata exactamente y a qué época pertenece.

Schreck cogió con cuidado la hoja y la puso en el suelo. De largo tenía cerca de ocho pies y tres de ancho, llevaba en la parte de arriba la representación de una cruz cuyas extremidades estaban rodeadas con flores. El resto era un texto inscrito en columnas con caracteres chinos, exactamente mil setecientos ochenta y nueve, haciendo un cálculo preciso. Seguía la inscripción en una lengua desconocida.

—Es estrangelo —reveló Schreck con satisfacción—, una antigua forma de sirio. La utilizaron los seguidores del obispo Nestorio.

—¿Los nestorianos? Es posible, visto que fueron a China hace casi mil años.

—Condenado como hereje por el concilio de Éfeso en el 431, porque afirmaba que María la Virgen era la madre de un hombre común, a quien solo sucesivamente el Señor habría concedido la divinidad, Nestorio escapó con sus seguidores de las persecuciones emigrando hacia oriente. Las noticias de los misioneros franciscanos y de Marco Polo habían testificado la existencia de comunidades nestorianas en China, pero después de ellos nadie más había dado noticias.

—Lápidas de la propagación en China de la Religión Luminosa llegada a través del Grande Qin —comenzó a traducir Schreck—. Estoy de acuerdo con vos, se trata de una síntesis del cristianismo, habla de Dios uno y trino, eterno creador, puro

espíritu. Se hace referencia al hombre en el estado de justicia original, del pecado y de sus terribles consecuencias para el mundo... la Virgen... Jesús, primero hombre y luego Dios, que predicó las ocho beatitudes... Los sacerdotes profesan la pobreza, celebran la misa una vez a la semana... La estela lleva la fecha de febrero de 781.

Días, mientras tanto, se había puesto de pie y analizaba el rollo desde detrás de la espalda de Schreck.

—Entonces es un descubrimiento excepcional. Tenemos entre las manos el documento cristiano chino más antiguo. ¿Os dais cuenta Terrentius, qué prestigio tendremos nosotros los jesuitas cuando anunciemos al mundo que ya hace ocho siglos el Verbo, aunque a través de herejes, se anunciaba en China? Nadie, ni siquiera la nueva congregación que han creado para dañarnos, *De propaganda fide*, podrá jamás ponerse en contra nuestra —cogió a Schreck por un brazo y le hizo levantarse—. Es necesario lo antes posible ver la estela original. Tengo que enviar inmediatamente a alguien a Shaanxi para estudiarla de cerca, y enviar una carta a Roma, al general, para anunciar el descubrimiento —mientras Schreck le escuchaba sin mover una ceja, Días continuó con un tono cada vez más duro—. A propósito, es necesario cerrar el ambulatorio, ya no tendréis tiempo de ocuparos de él.

—¿Cómo? Además de interrumpir el trabajo botánico, tengo que dejar también de actuar como médico. ¿Quién ayudará a esos desgraciados que vienen a pedirnos ayuda? ¡No querréis que me ocupe solo de los ricos!

—Ricos o no, lo importante es que sean personas influyentes en la corte. De todos los demás no nos tendremos que interesar. Por otro lado, el fundador de nuestra misión, el padre Mateo Ricci, que Dios lo tenga en su gloria, tuvo éxito solo cuando abandonó los sencillos trajes de bonzo y a los pobres a quienes se había dedicado, y consagró su obra a los dignatarios. Nosotros seguiremos la misma estrategia. Iniciaremos desde arriba para llegar abajo. Y llegaremos, llegaremos, no os angustiéis.

Repentinamente se levantó. El gesto brusco no admitía equívocos, el encuentro había terminado. Sin ni siquiera un gesto de despedida, Días salió del pabellón con grandes zancadas.

Schreck salió a su vez. Fuera todo había cambiado. El cielo se había aclarado e iluminado, y del huracán quedaban solo algunas nubes todavía cargadas de agua que escapaban seguidas por el viento y por un hondo ruido sonoro. Las hojas estaban recubiertas de perlas, centenares de pequeños renacuajos oscuros saltaban por todas partes, hinchando el cuello con su ruidosa llamada de amor y de guerra. Alcanzó lentamente su propio apartamento y se encontró con Pequeño Zhang que le esperaba ansioso.

—Padre mío, cambiaros con ropa seca... —el alemán obedeció dócilmente a la premura del joven quién le preguntó—. ¿Os encontráis bien, padre mío?

—Estoy muy bien. Tráeme a Donato, es la hora del cuento, antes de que se vaya a dormir.

—Ese niño es terrible, padre, hoy ha derramado un saco completo de harina. A la *ayi* por poco le da un soponcio, le ha acusado de ser más peligroso que un pelotón de mongoles. Tiene que haber algo que no funciona en él.

—Estoy de acuerdo contigo, Pequeño Zhang, ¿y sabes qué es lo que no va?

—Decídmelo, así podré solucionarlo.

—¡Imposible! Tu hijo tiene un gran problema que cargará con él hasta que el señor quiera.

—¿Un problema?

—Sí, Pequeño Zhang, ¡es el padre lo que no va en ese pequeño!

El joven tardó un poco en darse cuenta de que el jesuita le estaba tomando el pelo. Luego explotó.

—Padre mío, si supierais lo difícil que es criar a Tianci. Está siempre en movimiento, como esas libélulas de paja que cuelgan de un hilo en venta en los mercados. ¿Y Pequeño Crisantemo? Ya no me mira, no piensa en mí, sino solo en nuestro hijo.

—Jovencito, da gracias a Dios de que tu mujer se ocupa poco de ti, si no se podría dar cuenta de la estupidez que hizo casándose contigo.

—¡Oh, padre!

—No pierdas el tiempo, ve a coger a Donato y tráemelo. Luego empieza a hacer un inventario de todas nuestras cosas, porque muy pronto nos trasladaremos.

—¿Y adonde? ¿A hacer el qué?

En ese momento, toda la tensión acumulada durante el encuentro con Días se desplomó sobre los hombros de Schreck. Dedicó a Pequeño Zhang una mirada de afecto y de impotencia y dijo.

—Solo Dios tiene la respuesta a tus preguntas.

Johann Schreck no conseguía creer lo que sus propios ojos le mostraban. Lo que leía le infundía euforia, perplejidad y duda. Los caracteres estaban trazados de forma elegante, en columnas, siguiendo un orden.

—Aristóteles decía que la ciencia nace del oído, porque lo que pasa a través del mismo penetra con mayor claridad en la inteligencia. Platón, sin embargo, dijo que el oído es el maestro de la filosofía, porque este guía desde la materia al espíritu, desde lo visible a lo invisible, llevando hasta el umbral de la filosofía. Es el ojo quien distingue el número, la grandeza y la distancia de los objetos, por lo tanto, todo lo que aumenta la potencia visiva tiene que ser mantenido con gran honor... —¡el elogio al ojo! Movié la cabeza hacia adelante, saltando de una frase a la otra—. ¿Quién ha inventado el telescopio? —el corazón le dio un vuelco en el corazón—. Lo ha

inventado un astrónomo occidental... Las ventajas de este instrumento son inmensas —se le puso la piel de gallina por la emoción. ¿Quién estaba escribiendo en chino un texto sobre el telescopio?

La biblioteca de Miguel Yang Tingyun le reservaba una nueva sorpresa, pero esta vez no se trataba de unos restos en papel absorbente de una vieja carta amenazadora, sino de páginas y páginas a la vista, encima de una mesa, al lado el pincel y la piedra todavía húmedos de tinta.

—Ahora, con el telescopio no hay ya un objeto pequeño, ni un objeto lejano...

«Ay, si Galileo pudiera ver este texto», pensó Schreck con nostalgia. Pero las sorpresas no habían terminado.

—En la luna se ven unas partes iluminadas y otras oscuras. Las primeras son convexas, las otras cóncavas. Son las montañas y los valles de la Luna... Venus en un año tiene fases y cuartos, que se parecen a las fases y cuartos de la Luna. Esta no se puede ver siempre, porque gira alrededor del Sol... El Sol tiene manchas... se suceden sin periodicidad... Júpiter tiene cuatro estrellas que giran alrededor de él mismo... A los dos lados de Saturno hay dos pequeñas estrellas... Las Pléyades no son solo siete, sino más de treinta...

Un crujido apenas perceptible le hizo sobresaltar se dio la vuelta al instante. Schall von Bell había entrado en el pabellón e, inmóvil en el umbral, le observaba seriamente. Tema el pelo y la barba desordenada y en él parecía grabar un peso que le daba un aire cansado y lleno de sufrimiento.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó con sus típicos modales bruscos.

—Lo que se hace generalmente en una biblioteca. He venido a buscar un libro y he visto estas hojas. Interesantes...

—Es algo mío. ¿Queréis añadir algo? El *Sidereus nuncius* lo conocéis seguramente mejor que yo, y los descubrimientos de Galilei los habéis observado, antes que todos nosotros, junto a él. ¿No es así?

Schreck miró esas piedras celestes que le fijaban con rencor.

—¿Os habéis convertido a las ideas copernicanas?

—¡Copérnico, Copérnico! No, permanezco fiel al modelo de Tycho Brahe. Los planetas alrededor del Sol, y el Sol con estos alrededor de la Tierra.

—¿Entonces? —preguntó Schreck indicándole las hojas.

—Atengámonos a la realidad, Terrentius. Galilei ha construido un invento fenomenal y gracias a él todos vemos las novedades en el cielo. Pero de aquí a hacer mover la Tierra alrededor del Sol, pasa... Sabéis, yo soy pragmático.

—¿A qué os referís?

—Me refiero al telescopio. Nosotros lo utilizamos, todos saben que lo usamos, pero salvo nosotros nadie lo conoce, y antes de que los astrónomos de corte nos acusen de brujería...

—¿Precisamente vos? Tenéis miedo de que piensen que soy un brujo, ¿un hereje? ¡Ja, ja!

—¡Hay poco de qué reír! Nuestras previsiones exactas nos están desencadenando contra la envidia de los astrónomos imperiales. Entonces es mejor prevenir un ataque de ellos trabajando abiertamente, explicando qué es lo que vemos y qué instrumento nos permite amplificar tanto la vista que los cuerpos celestes aparecen como si estuvieran junto a nosotros.

—Estoy de acuerdo, sin instrumentos no se crea la ciencia sino solo bonitas teorías. ¿Os habéis transformado también en un baconiano?

—No lo he afirmado nunca. No, me refiero al derecho que tenemos de utilizar cualquier medio para respetar la misión, cuyo encargo es, os lo recuerdo en el caso de que lo hayáis olvidado, llevar a Dios, al verdadero Dios y no a la ciencia, entre estos paganos.

—Entiendo, cualquier medio. Y para la mayor gloria de Dios es lícito entonces también celebrar al señor Galilei y sus descubrimientos. El argumento me conforta...

—Que las noticias se difundan con claridad, sin reticencias, y tarde o temprano llegarán al emperador. En ese punto será él quien querrá un telescopio. Es mejor preparar el terreno con tiempo. Este es el único motivo por el que estoy escribiendo este tratado.

Schreck, mientras tanto, había cogido de la mesa la primera página del escrito y lo leyó en voz alta.

—*Yuang Jing Shuo, Discurso sobre la lente que ve de lejos...* Qué ingenuo soy, creía que habíais cambiado de opinión sobre el señor Galilei. ¿Pero habéis reflexionado sobre el hecho de que, cualquiera que sea la finalidad con la que usáis sus descubrimientos, divulgándolos no hacéis otra cosa que seguir su inclinación y de esa que vos calificáis como una secta, la Academia de los Lincei?

—Que quiere decir...

—Divulgar el conocimiento a todos y de forma pacífica. Es lógico.

Permanecieron en silencio, después de aquellas palabras. Cada uno fue recogiendo sus propios pensamientos. Fue Schall von Bell el primero que rompió la tregua.

—Atención Terrentius, los expedientes de la lógica no ofrecen siempre un buen servicio. En 1201, Simón de Tournai delante de un atento auditorio demostró, con finos argumentos y razonamientos concadenados, el misterio de la Trinidad. Fue tan aplaudido que se enorgulleció, y presumió de tener argumentos igualmente ingeniosos, sabiduría y capacidad dialécticas, para probar lo contrario. Su arrogancia quedó inmediatamente castigada, se paralizó al instante y perdió sus facultades mentales, convirtiéndose en un demente.

Schreck decidió que había llegado el momento de descubrir las cartas.

—Alguien lleva desde hace tiempo intentando pararme, para impedir que siga con mis investigaciones, mis actividades, para que aparezca estúpidamente orgulloso. Y este alguien no se detiene ante nada, ni siquiera ante la vida humana.

—No sé a qué os referís.

—Es ridículo, mañana dejaremos esta confortable residencia para ir a fundar juntos un improbable colegio. Una vez más estaremos el uno junto al otro, con un proyecto común. Lo hemos ya experimentado en la carraca que nos trajo a China, y aquí, con las traducciones. Esta vez, sin embargo, es necesario que aclaremos algunas cosas, Adam, ha llegado la hora de...

Se interrumpió de golpe. Una conversación, repentinamente, había penetrado con decisión a través de la enorme ventana. Alguien paseaba por el jardín fuera de la biblioteca, discutiendo en voz alta. Los dos alemanes afinaron el oído y sintieron a Tolentino que preguntaba.

—¿Según vos, los protectores de los herejes son a la vez herejes?

Su acompañante respondió amablemente.

—Esta es una bonita pregunta, pero es necesario diferenciar. Aquellos que protegen el error del hereje, es decir su herejía, son mucho más culpables que los simples seguidores y merecen a su vez la infame señal de hereje. Luego están los que protegen la persona del hereje, quizás gastando fuerzas y riquezas, para que el impío no caiga en las manos de los inquisidores. Y bien, estos tienen que ser excomulgados, ipso facto y llevados a juicio con la sospecha, débil o fuerte que sea, de ser ellos mismos también herejes. En este caso, es mejor para ellos que abjure. La ley es muy severa, prevé que la casa en la que uno o más herejes encuentran refugio sea destruida, y que el propietario sea exiliado y sus bienes confiscados. ¿Veis?, la defensa de los herejes puede efectuarse de diferentes formas. Con las armas, sin armas, gritando, o silbando para advertirles y que escapen o si no defendiéndose, orientando la investigación sobre ellos mismos para favorecer su fuga y su libertad. Omitiendo comunicar noticias aptas para descubrirlos, impidiendo directa o indirectamente la celebración de un proceso o la ejecución de una sentencia, liberando a un prisionero sin la orden expresa del obispo... Vamos, los casos previstos son muchos y... —el resto se perdió a lo lejos, junto al rumor de los pasos.

Cuando el eco de aquellas palabras desapareció por completo, Schreck tomó la decisión de marcharse. Hizo un gesto de despedida a Schall von Bell y sin decir una palabra salió al aire libre. Se dirigió hacia su propio alojamiento con pasos lentos, la cabeza baja, las manos detrás de la espalda. Estaba fuertemente turbado, había reconocido la voz que hablaba con Tolentino, y era la de Jaime Rho.

## Capítulo 28

El más pequeño tenía que tener nueve años, el mayor trece. Todos estaban en condiciones, por decir algo, piadosas. Los últimos cuatro que habían llegado estaban totalmente asquerosos, cuando el sobreintendente los trajo los gritos de la *ayi* se escucharon en todo el colegio.

—¡Me traen más! ¿Todavía? ¡Así es! No tiene nada más que hacer que mandar, ¡el señor superintendente! ¡Que me traiga, que me traiga muchos! Y por favor, que huelan como las pieles de los búfalos en gangrena. ¡Que los elijan directamente en las pocilgas, si quieren hacer un favor a esta pobre vieja! Cuanto más estiércol tienen encima, más contenta estoy, porque, y esto todos lo tienen claro, mi verdadera obligación es pasar el día lavando las incrustaciones, los piojos y las pulgas.

Cuando se dio cuenta de que con sus voces los siervos desaparecían dejándola sola, arrastrando a los pequeños desaventurados hacia el baño necesario, cambió de registro.

—Y se entiende, que el agua del pozo es inagotable —o bien— se consume más jabón en esta casa que en los baños de las concubinas imperiales —y todavía—, si al menos me pagaran por cada uno de estos desgraciados las dos monedas de cobre que piden en las casas de baño de las ciudades —pero también estos argumentos quedaron sin ser oídos. Así que no le quedó otra cosa que recurrir a las amenazas—. ¡Que nadie se lamente luego —gritó con todas sus fuerzas—, si mis pobres manos no consiguen sujetar el hierro ardiente y los ladrillos hirvientes, antes de que yo consiga tirarlos al agua para calentarla! ¡Cuando eso ocurra y todo prenda fuego, entonces se acordarán de la solterona que habían abandonado pensando en cualquier cosa! —a pesar de seguir imprecando contra la suerte de todos, nadie apareció para ayudarla. Pero ella, cabezota, encontró al final cómo hacer salir fuera al menos a los más supersticiosos—. ¿Es posible que nadie se haya dado cuenta hoy de que es el día del ratón? ¿No se sabe en esta casa que en un día parecido no es muy prudente bañarse demasiado tiempo? ¿Que los saltamontes podrían venir en tropel y la roña devoraros los huesos? ¿Cómo voy a hacer yo, pobre vieja sin fuerzas, para lavar, sola y rápido, a estos desesperados, asquerosos cerdos?

Tres siervos y una camarera corrieron. Uno preparaba el jabón de pasta de guisantes y hierbas, otro arrastraba la tina más grande para meter a todos los jovencitos juntos y tardar menos, otro pensaba en calentar el agua. En un momento razonable todos estuvieron limpios, con la cabeza brillante por el unguento, y encima con una camisa negra que les llegaba hasta los pies, listos para llevarlos hasta la presencia de los jesuitas y que aprendieran las reglas de la casa y del estudio.

En una semana, los jóvenes, en total catorce, se habían aclimatado bien y rápido. Comían todos los días, cada uno tenía una estera limpia como cama y mantas rellenas

de guata. Los misioneros eran educados con ellos, menos cuando les veían discutir, y la *ayi*, aunque gritaba como una oca enfurecida, no daba luego tanto miedo, ya que de vez en cuando les daba a escondidas galletas con sésamo y semillas de girasol. Como la mitad de ellos tenía como nombre de familia Zhen, y los otros eran Liu o Mei, Schreck les puso a todos un apodo para poderles diferenciar, y estos eran: Pequeñito, Cervatillo, Elegante, Astuto, Intenso, Ojos Cruzados, Siempre Tengo Hambre, Siempre Tengo Sueño, Está Bien Padre, Músculo, Botellita, Tira Agua, Grande y Gordo, Lo Sé Todo Yo. Algunos de estos mote permanecieron incluso cuando entraron en uso aquellos de los doce apóstoles, de Santo y de Pío, que les dieron en el momento del bautizo.

Con los chicos estaba siempre Donato, el hijo de Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo, el niño había pasado a ser inseparable del grupo y los seguía en todas las actividades, incluidas las clases, que presenciaba sin rechistar, permaneciendo inmóvil durante horas, hasta que llegaba Pequeño Crisantemo a recogerlo. También Pequeño Zhang pasaba mucho tiempo con los alumnos y era él quien por la noche narraba a Schreck las proezas de cada uno.

Al cabo de algo más de un año de estudios regulares de doce horas al día, los progresos de los jóvenes eran extraordinarios, totalmente inimaginables ya que al principio eran casi todos analfabetos. Cada uno de ellos había aprendido a leer y a escribir casi tres mil caracteres chinos, y conseguía incluso hacer algo de latín o de cálculo. El método riguroso de los jesuitas había encontrado un terreno fertilísimo en aquellos jóvenes que no deseaban otra cosa que emular precisamente a Pequeño Zhang, que se había convertido para ellos en el símbolo de la emancipación de la pobreza y de la ignorancia, y la prueba de que la vida junto a los extranjeros podía ser segura y agradable.

Tres veces a la semana, cuando la clase las daban Rho o Schall von Bell, venía el ingeniero Wang Zheng para trabajar en las traducciones de mecánica. Se encerraba con Schreck en la biblioteca durante horas, y la obra de *Qi qi tu shuo* que habían proyectado avanzaba, a pesar de las complicaciones de los mapas en las que estaban trabajando cinco dibujantes chinos. Cuando Wang Zheng llegaba al colegio, los jóvenes estaban todos excitados porque a la hora de la comida podían admirar su larga barba gris, los bonitos trajes bordados, las botas de raso lúcido, el pequeño sombrero con la pluma de faisán. A veces, invitado por los jesuitas, él les daba sermones a los jovencitos, para animarles en el estudio de las ciencias que ayudarían al progreso de China. Después de estas ocasiones, algunos alumnos se retaban entre ellos en competiciones espontáneas de cálculo. Schreck dio orden de que no les interrumpieran cuando estaban ocupados en tales juegos.

Por turnos, si no habían recibido reprimendas durante el día, los jóvenes servían la misa. Competían a ver quién se comportaba mejor, con tal de ser elegidos para

ayudar en ese servicio. El único en el que les estaba permitido tocar el cáliz y el platito de oro, hojear el gran libro historiado que sobre un gigantesco atril ocupaba la mitad del altar, o mirar de cerca los trozos de pan consagrado, a veces sustituido por finas y apetitosas hostias de pasta de arroz. De todos modos, la vida en común y las reglas extrañas y severas causaban a veces una cierta tensión, sobre todo entre los más grandes. Llegaban entonces reprimendas y castigos. Estos últimos consistían en aislar a los culpables en largos momentos de oración, duplicarles los deberes que tenían que realizar, quitarles las horas de recreo o de actividades teatrales.

El teatro gustaba mucho a los jóvenes, era una ocasión especial de diversión en el que podían dar muestras de sus capacidades manuales. Cada objeto necesario en la escena, los trajes, los telones del foro, todo, se proyectaba junto a los jesuitas y se construía en una sala grande que hacía las veces de taller de carpintería, de sastrería, de sala de espectáculos. El lugar se llamaba *aula declamationum*. Si el aspecto práctico del teatro era el preferido por los alumnos, para los misionarios el objetivo era completamente diferente. Enseñar elocuencia. Era esta un arte que la *Ratio studiorum* aconsejaba, y el teatro consentía ejercerla en público. En ocasión de una celebración religiosa, Schreck decidió que las representaciones se hicieran en la iglesia, que había sido ubicada donde antes estaba el establo más grande de la granja. Entonces los temas que se preparaban para ponerlos en escena eran las vidas de los santos o diálogos que se sacaban de los Evangelios, los misterios gloriosos o los autos sacramentales españoles. En mayo de 1627, tras casi un año y medio de la apertura del colegio, el espectáculo se dio precisamente en la iglesia. El público, invitado por Miguel Yang Tingyun y por Manuel Días, estaba compuesto por los jesuitas de las provincias de Zhejiang y de Fujian, por numerosos funcionarios provenientes de la ciudad y por sus sirvientes. Se eligió para aquella ocasión una tragicomedia en latín, *Triunfo de la Iglesia en la conversión de san Ignacio*, para la que fueron construidas dos columnas de madera blanca y un pórtico en el fondo de la escena, y a los lados se preparó el retrato de san Ignacio y el de san Francisco Javier. El texto se redujo al máximo, adaptándolo a las posibilidades de los alumnos, y aunque lejanos de la perfección, la actuación se llevó a cabo con satisfacción. Al final, los escolares fueron invitados por Schreck para improvisar sobre un tema profano, un acto de un antiguo drama romano, *El gran Teandro conquista el carro de la gloria*, que permitía múltiples juegos y variaciones de paisajes. También se simularon los pasos de un ballet, que mostró la gracia y la autodisciplina que los jóvenes habían alcanzado.

Al final, Días, empleó muchas palabras de encomio para los estudiantes. Después de él, con los ojos que fulminaban, tomó la palabra Schall von Bell.

—El camino hecho en tan poco tiempo por estos jóvenes es prodigioso, aunque creo que la representación de un texto profano y los movimientos rítmicos que el

cuerpo realiza en acompañamiento, no son coherentes con la santidad del lugar y el respeto al Santísimo Sacramento.

Desde entonces la iglesia sirvió como escenario solo para representaciones religiosas.

En aquel período, otra cuestión suscitó la protesta de Schall von Bell. Se trataba de la *lectio*. Dirigida por turnos por uno de los misioneros, el ejercicio de la lectura era desde el principio la principal actividad didáctica, y consistía en pruebas orales cantadas y reiteradas sobre algunos textos clásicos simplificados al máximo. En los primeros momentos, los jóvenes se adaptaban mal a este ejercicio que no conseguían dominar. Para superar las dificultades, Schreck decidió que la *lectio* fuese precedida por la *prælectio*, es decir, el jesuita de turno tenía que asumir el deber de leer y recitar delante de los jovencitos la obra elegida, enriqueciéndola con un comentario literario fácil, la presentación del autor y el contexto histórico en el que había sido realizada. Después de haber sido introducidos en el ambiente de la escritura, los estudiantes eran luego guiados por turnos a la lectura.

Que la *prælectio* absorbía demasiadas energías a los misioneros era evidente. Sin embargo, durante el primer año y medio a nadie se le ocurrió nunca decir nada. Pero a los pocos días del episodio de la representación en la iglesia, Schall von Bell tuvo un comportamiento repentino, extraño.

—¡Mira, qué descreído! —exclamó de punta en blanco un día de primavera, mientras estaba hojeando algunos textos que tenía que llevar a la clase.

—¿Es posible que Terrentius esté tan desenvuelto que no se tropiece con el problema religioso y el moral?

Rho le daba cuerda.

—También yo tengo una duda sobre sus elecciones —dijo de un tirón—. Por cuanto se purguen y se simplifiquen estos libros, no me parecen apropiados para estos cuatro ignorantes que están aquí solo para comer por la cara.

—Es necesario poner fin a este escándalo. No pienso que sea el caso de explicar la poesía profana a estos jóvenes.

—¡Claro que no!

—De estos pequeños mendigos tenemos que hacer cristianos, no jesuitas. Nos sirven discípulos obedientes, personas que nos ayuden en los trabajos de la misión, que puedan llevar a cabo alguna que otra actuación por nosotros, que se comporten al máximo como fieles secretarios, no más. Además, viniendo de condiciones tan modestas están seguramente subyugados a las emociones que la poesía puede inspirar. Podríamos emplear nuestro tiempo en un modo más fructuoso, por ejemplo, en las traducciones. Padre Longobardo espera en Pekín la de las tablas de trigonometría de Pitiscus y ¡no tenemos tiempo para terminarla como consecuencia de la *prælectio*!

La cuestión fue oficialmente presentada al día siguiente, durante una de las visitas periódicas de Días al colegio. Schall von Bell entró inmediatamente en argumento y, aprovechando la pausa para el almuerzo que recogía a los jesuitas alrededor de una misma mesa, expresó sus dudas de la misma forma que las había confesado a Rho. El superior meditó entre un bocado y el otro, esperó a que el sirviente le pusiera una segunda porción de arroz blanco cocido al vapor, al que añadió una abundante porción de *qingdou xiaren*, las gambitas con guisantes que adoraba, y, solo después de haber llevado varias veces a la boca los palillos con la comida, habló.

—¿A vosotros os parece que este género de poesía podría corromper el nivel de moralidad y de religiosidad, alcanzado por los jovencitos, tan simples como los nuestros? En efecto... en efecto... Propongámonos entonces unos objetivos menos ambiciosos y menos peligrosos. ¿Qué pensáis Terrentius?

Schreck apoyó con cuidado sus palillos y contestó maravillado.

—No hago otra cosa que aplicar cuanto se lee en las constituciones de los colegios, queridas por el propio san Ignacio desde 1541, es decir, que los alumnos estén «bien, fundados en gramática, en arte oratoria y en versos». Y ¿qué es lo que quieren decir estas dos palabras, que él mismo añadió en 1544, después de una larga meditación? Nuestro santo fundador quería que se diera vida a la enseñanza de los poetas y de la poesía, ¿y por qué? La finalidad la conocemos todos: *ad perfectam eloquentiam pervenire*. Os recuerdo que fue el mismo san Ignacio quien invitó al colegio de Messina a Hannibal du Condray, profesor de la universidad de París, que pretendía que sus alumnos estudiaran el *Ars poetica* de Horacio, las *Geórgicas* y la *Eneida* de Virgilio, y luego a Terencio, Cicerón, Ovidio, Séneca, Marcial, Ausonio, incluso la *Copia verborum* de Erasmo de Rotterdam, por no hablar de los autores profanos griegos. Los estudiantes de Mesina tenían que conocer las diferencias entre los diferentes tipos de metros eólicos, como el sáfico y el endecasílabo. ¿Qué es un hexámetro? Preguntaba Du Condray de repente cuando veía a un joven distraído. Y si este no contestaba, gritaba. ¡Un espondeo dactilico cataléctico! ¿Y el trímetro yámbico cataléctico? ¿Y el alcaico eneasílabo? Los asinartetos, por otro lado, eran su fijación. Malo era no saber la diferencia entre el verso arquiloqueo, el ferecracio, el aristofanio, el gliconio, el alcaico decasílabo y el endecasílabo, el asclepiadeo primero, segundo, tercero, cuarto y quinto. Quería que los colegiales, antes de las oraciones que tenían que preparar para el sueño, recitaran de memoria y en voz alta los versos de una oda de Horacio. Todos de rodillas con el camisón, los jóvenes tenían que cantar las glorias y las miserias terrenales. Yo qué sé, la bella Lidia que encantó al joven Sibari. *Lydia, dic, per omnes te deos oro, Sybarin cur properas amando perder...* —los misioneros y los jóvenes habían dejado de comer y le escuchaban hipnotizados. Impasible, Schreck declamó la oda por completo. Al terminar, miró al superior y concluyó—. En los programas que establecí para nuestros

jóvenes no hay exceso de ambición, me he limitado a recorrer las sugerencias de los grandes que nos han precedido. Por otro lado, nuestros jóvenes, aunque no he visto a nadie aprender tan rápidamente como a ellos, están a fin de cuentas, al inicio. Los textos han sido simplificados de forma elemental y el grado de profundización es todavía muy modesto... no están por lo tanto en juego ni los principios morales ni los religiosos, y me he atenido fielmente a las exhortaciones del *Ordo studiorum*, de padre Ledesma. «El maestro se abstendrá lo más posible de narrar cosas vergonzosas. Cuando se trate de contar cosas sobre los dioses y las diosas de la religión pagana, él se burlará siempre de la ignorancia de los humildes que creen en cosas parecidas». En cuanto al tiempo dedicado a la educación de los jóvenes, este es en verdad mucho, como afirma padre Adam. Pero es la única posibilidad que tenemos de formar no solo a cristianos sino a cristianos eruditos. Estamos en China y la cultura se considera en el nivel más alto. No quiero ofrecer el costado a aquellos que podrían inculparnos de tener como colaboradores a ignorantes.

La cuestión se cerró así y los cursos continuaron como habían sido programados desde el principio. No volvió a haber más discusiones.

El decimoquinto colegial llegó de una forma del todo imprevisible.

Un día cualquiera, Pequeño Zhang irrumpió como un huracán en el pabellón que Schreck había preparado para su propia habitación. Se veía visiblemente agitado y le costaba hablar.

—Padre mío, os lo ruego, es necesario que vengáis.

Schreck se había sentado un momento antes con un abanico negro entre las manos para disfrutar de un segundo de pausa, después de una mañana fatigosa que había pasado intentando explicar a los colegiales la diferencia entre la metafísica y la ética. Un deber difícil, incluso inútil, que presumía una precocidad excesiva, también en estudiantes curiosos, capaces y sedientos de aprender lo que eran cada una.

—Cada vez que vienes corriendo hacia mí, ha ocurrido algo. ¿Qué pasa? ¿Se ha caído Donato?

El joven negó moviendo la cabeza y le contó que había presenciado una escena horrible mientras volvía del mercado de Xiaozhalan. De un carro que recorría deprisa la calle de los anticuarios, en un momento dado, se había caído un joven atado como si fuera un matojo de hierbas y había empezado a pedir ayuda con gritos que helaban la sangre. De forma brutal los que conducían el carro se habían detenido, le habían arrojado de nuevo dentro y se habían colado por un callejón ciego que terminaba en la puerta de una residencia, y allí habían desaparecido. La gente que llenaba las calles no parecía asombrada por aquello, y un vendedor de melones, entre risas y groserías, le dijo a Pequeño Zhang que aquella era la residencia de Han Zhaogui, el más importante barbero y castrador de la ciudad, el que proporcionaba los eunucos a la

casa imperial.

—Ese pobre jovencito —añadió Pequeño Zhang—, será transformado en una jovencita. Tendría que haber visto cómo luchaba. ¡Tenéis que intervenir!

Schreck no consiguió retener su propia indignación.

—Tienes razón, ¡tenemos que hacer algo enseguida!

En pocos minutos estaba en una litera, camino de la calle de los anticuarios. Fue acogido con todos los honores por el famoso barbero, Han Zhaogui, un tipo alto, escurridizo, con grandes cejas, los dientes caninos largos que sobresalían y vestido con un traje bordado en rojo con una larga fila de botones. Cuando vio a Schreck enfundado en el suntuoso traje de mandarino, se prodigó en mil zalamerías.

El jesuita dijo sin preámbulos.

—Me han dicho que en vuestra casa ha ingresado un joven para la «purificación». ¡Quiero comprarlo!

Han Shaogui mostró un gesto hipócrita que quería ser una sonrisa.

—Lo siento, he prometido el joven a un comerciante que no tardará en venir para controlar la «mercancía», antes de la operación.

—Nos pondremos de acuerdo con este señor. Ahora llevadme ante la presencia del impuro.

Schreck fue conducido a una pequeña sala mal iluminada por lámparas de aceite que difundían más humo que luz. En el centro del cuarto yacía, tumbado encima de una mesa, atado de pies y manos, un joven no más grande que un niño. Cuando en su campo de visión apareció el extranjero vestido de funcionario, cerró los ojos y comenzó a temblar.

—¿Veis qué rasgos regulares? —preguntó Han Zhaogui acercándose al prisionero. Mientras hablaba, con una mano le acariciaba maliciosamente las piernas.

—¿Cuánto os han prometido por él?

Los ojos del chino se transformaron en dos fisuras impenetrables, mientras que sus dedos no dejaban de atormentar al jovencito.

—Cien onzas de oro y cuatro piezas de seda de una libra —luego se dirigió al prisionero haciendo chasquear la lengua antes de hablar—. No te pongas nervioso, estúpido, dentro de poco te verás aliviado de tu insignificante tallo de Jade.

—¡Quítale las manos de encima! —gritó Schreck con un ímpetu que hasta él mismo se sorprendió.

Han Zhaogui dio un salto hacia atrás.

—Señor, os juro que no quiero hacerle daño a este joven. Sería un estúpido si intentara destrozar mi mercancía.

—Esperaré aquí al comerciante.

—Podréis quedaros sin lugar a dudas en mi humilde morada, y si queréis también en mi cuarto. Pero no podéis acercaros al joven. Hay una serie de leyes que hay que

respetar. Que seguramente vos, señor, conocéis muy bien.

—Esperaré.

Schreck se sentó bajo los ojos vigilantes de un siervo. Le hubiera gustado acercarse al jovencito y animarle, pero sabía que no podía violar la regla de la propiedad. Lo único que podía hacer era hablarle, desde lejos, sin contacto.

—¡Eh! ¡Eh!

El joven giró el rostro hacia el misionero, mostrando los ojos lúcidos, con una mirada llena de miedo.

—*¿Nijiao shenme mingzi? ¿Cómo te llamas?*

Se escuchó un hilo de voz.

—*Qiu Zhaotong.*

—*¿Ni ji sui? ¿Cuántos años tienes?*

—*Shier. Doce.*

El interrogatorio continuó de forma afable y, después de unos minutos, vino a la luz la típica historia de miseria y desesperación. Hijo de un campesino muy pobre, tras la muerte del padre, el pequeño había sido vendido por la madre al barbero del pueblo donde vivía y, luego este lo había vendido a Han Zhaogui que lo había ofrecido a su vez a un comerciante. En todos esos pasos, las pocas monedas que la familia había obtenido se habían multiplicado por mil en los bolsillos de los demás.

En aquella espera, se sintió un gran estruendo de pasos y, precedido por cuatro siervos, entró un chino flácido. La cabeza, perfectamente esférica, era calva y brillante, el rostro acicalado de blanco, con gotas pegadas de polvo de color carmín, los dedos llenos de anillos de Jade y las uñas largas y afiladas. Era este el comerciante de grano Gao Lianying. El barbero lo seguía con modales zalameros. Gao se detuvo cerca de la mesa, recorrió con la mirada el cuerpo del joven y aprobó con la cabeza.

—Era precisamente lo que quería, maestro Han, un ejemplar mucho mejor que el precedente que se murió hace apenas dos meses. Y dad gracias a mi amistad si no os he denunciado por haberme vendido mercancía en mal estado.

—Señor Gao, seguramente no ha dependido de mí. El otro no era tan malo. Se recuperó positivamente de la operación. Recuerdo que perdió inmediatamente el conocimiento apenas le metí el huevo en la boca, para impedirle durante unos minutos que respirara. No se movió y el corte fue rápido y limpio. También la sutura de los ligamentos de los testículos se produjo en un tiempo breve, y utilicé hilo de seda de primera calidad. La herida se cicatrizó a la perfección en dos semanas y entonces pude quitarle los tubitos de bambú, que tuve que clavar en el canal urinario, porque había retomado autónomamente sus funciones. No entiendo cómo ha podido morir, ese estúpido.

—Y en cambio después de sesenta días conmigo, voló al infierno. Ahora mi

mujer y mis concubinas se han quedado sin servidor y tienen que contentarse con las siervas. No podéis imaginar la confusión que hay en sus apartamentos, todo patas arriba... discusiones, gritos, continuamente. Es inútil, ¡es necesario un castrado, que gobierne los alojamientos de las féminas! Pero os aseguro que, si también este acaba como el otro, os lo haré pagar todo de una vez.

—¡Qué decís señor Gao! ¿No veis qué bonito ejemplar? Tocad qué músculos tan fuertes y escurridizos, sentid el vientre tenso como el de un tambor. Y mirad qué dientes, parecen de marfil por lo perfectos que son.

Mientras giraba alrededor de la mesa para controlar al infeliz jovencito, el comerciante se dio cuenta del extranjero que llevaba un traje con las distinciones de un funcionario imperial. Se detuvo al instante.

—¡Maestro Han, un poco de educación, demonios! Presentadme a este noble señor, que yo pueda ofrecerle mis respetos.

En cuanto las presentaciones fueron hechas, Schreck fue directamente al grano, pidiendo comprar al precio pactado al joven. Gao Liangying dudó, no quería renunciar a una mercancía tan preciada. Pero como por la cesión de la propiedad el jesuita le ofrecía veinte onzas de oro, más otras veinte al barbero, y como en resumidas cuentas, jóvenes que castrar se encontrarían siempre a montones, el comerciante, hechos los cálculos, aceptó de buena gana la transacción. Cuando se fue, sus últimas palabras a ese importante extranjero fueron.

—Señor Deng Yuhan, consideradme siempre a vuestro servicio.

La vuelta a la residencia de los jesuitas con Qiu Zhaotong creó mucha curiosidad. Días, temiendo un incidente diplomático con algún que otro notable, pretendió inmediatamente una memoria detallada de cómo había ido todo. El recién llegado fue acogido por todos de buena gana, sobre todo por los otros catorce colegiales que, le pusieron el mote de Moisés porque había sido salvado, no de las aguas sino de la castración.

En octubre de 1627 Miguel Yang Tingyun, antes de macharse durante un mes en misión gubernativa a Suzhou para ocuparse de los tráficos fluviales, hizo una visita de despedida al colegio. Fue acogido como se reciben a los benefactores, con los colegiales que le esperaban en el patio en orden, cantando, delante de todos, Schreck y, a ambos lados, Tolentino, Rho y Schall von Bell.

Para la ocasión, los jóvenes se exhibieron con una serie de poesías chinas. Habían sido elegidas algunas famosas de Li Bo, que databan de la época de Tang, casi novecientos años antes, y Tolentino había tenido la delicadeza de eliminar los versos que glorificaban los beneficios del vino, bajo cuyos efectos frecuentemente el poeta había compuesto sus versos. Durante el recital Miguel Yang Tingyun escuchaba orgulloso y, para decirlo con palabras de Li Bo, parecía tener la «cabeza apoyada sobre una almohada de nubes celestes».

Su bienestar se vería comprometido si hubiera sabido que aquella iba a ser la última visita de su vida al colegio.

Un mes después, un ventoso martes de noviembre, Julio Tolentino se presentó ante Schreck. El alemán estaba inmerso en algunas traducciones de textos de matemáticas, se quedó paralizado cuando el otro se plantó delante de él con las manos en los costados y, sin darle el tiempo de respirar, soltó lo que evidentemente le estaba atormentando desde hacía tiempo.

—Padre Terrentius es un desastre. Hacemos tanto por ellos y, en cambio, ellos nos pagan de la forma más ingrata y perversa.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué os referís?

—Estos chicos me harán morir de un disgusto. ¿Vos pensáis que todo este estudio les beneficia? ¿Qué hace que sean menos zafios y deseosos de verdad y pureza? ¡Ni siquiera de lejos! ¡Se están precipitando en el barranco del pecado, como los comunes y vulgares mendigos de calle!

—¿Pecado? ¿Qué pecado?

—¡Padre Terrentius, puedo incluso dejarme la garganta en el catecismo, con los ejemplos de vida y de redención que ofrecen las parábolas y las vidas de los santos, con leer y releer las escrituras! Estos jóvenes no absorben nada, ¡en la confesión he descubierto cosas! ¡Y no solo hoy! Llevo dos años curando las almas enfermas, hasta ayer me ilusionaba en curarlas, pero hoy siento que he fracasado. No sé si conseguiré hablar de ello, me da cierta vergüenza.

—Habládme abiertamente —le dijo Schreck dándole una palmada amigable en el hombro—, y si hay un problema encontraremos la solución.

—Padre, estos jóvenes se dedican de forma exagerada al propio placer solitario. Lo practican con constancia y sin alguna moderación. ¡También los más jóvenes!

—Será debido a la edad, un período de desorientación pasajero de la voluntad. Venga, Julio, no hagamos de esto un drama, esta tempestad de los sentidos pasará.

—La situación es dramática y no creo que consigan nunca ascender la pendiente de la virtud. Hoy he descubierto que hay como una competición entre ellos a ver quién... quién...

—¿Quién...? —le solicitó Schreck comenzando a divertirse.

—¡Oh, venga vamos! Habéis entendido muy bien, su competición tiene que ver con el número de las... ¡prácticas de la perdición! Vence quien consigue realizar un mayor número en un solo día. He sabido en confesión solo hace pocos minutos que al vencedor le espera incluso un premio.

—¿Un premio? —preguntó Schreck en una carcajada estrepitosa.

—¡No hay razón para que reír, creedme!

—¿Y qué se gana en esta... competición?

—Al primero de esta innoble competición, los otros le ceden su sitio para tocar la

campana durante la función.

—¡Muy bien, Pequeñito lleva tres días seguidos tocándola!

—Padre Terrentius, tenéis que intervenir vos con autoridad. La situación está llegando a ser irreversible. Nuestros jóvenes... ¡los hemos perdido!

—No creo, no creo... no es una cosa grave. ¿Recordáis el *Génesis*?

—¡Claro!

—El capítulo treinta y ocho, ¿con la historia de Onán?

—Perfectamente.

—Entonces no habéis olvidado a Er, el hijo mayor de Judá, a su vez hijo de Jacobo. Como Er se volvió odioso al Señor, el Señor le dejó morir, sin herederos. Entonces Judá ordenó a Onán, su hijo menor: «Únete a la mujer de tu hermano, realiza tu deber de cuñado y asegura así una posteridad a tu hermano». Pero Onán, sabiendo que la prole no se consideraría como suya, cuando se acostaba con la mujer de su hermano, dejaba caer en el suelo... Imagino que sabéis cómo los doctores en teología han explicado este paso.

—Onán era tan respetuoso con la memoria de su hermano, que su mismo cuerpo reaccionaba con una contaminación instantánea para impedirle emparejarse con la cuñada.

—Esa es una de las interpretaciones, Julio.

—Si no, ¿cómo se podría leer el texto?

—Es muy fácil, para transformarse en no apto a la unión carnal y, por lo tanto, para evitar realizar un acto del que no estaba convencido, Onán hacía lo que también nuestros jóvenes hacen, se masturbaba.

—¡No y no! Esta interpretación es forzada, innatural, privada de cualquier fundamento.

Schreck mostró un aire despreocupado.

—Muy bien, entonces hagamos frente a la cuestión desde otro punto de vista. ¿Qué pensáis de Galeno?

—Casi no sé nada de él. Como os estimo, me uno a vuestro juicio negativo sobre sus conclusiones médicas.

—Mirad, Julio, yo, más que a Galeno, no soporto sobre todo a quien, todavía hoy, practica la medicina como si fuera aún su época.

—¿Pero qué tiene que ver Galeno con nuestra cuestión?

—¡Tiene que ver y cómo! Galeno sugería no retener demasiado tiempo el esperma porque lo juzgaba dañino y, para corroborar su propia tesis, citaba a Diógenes que, según él, se masturbaba delante de la gente. Por lo tanto, podéis estar tranquilo, nuestros jóvenes no hacen otra cosa que seguir el ejemplo de un célebre filósofo y, por suerte, no se muestran en público.

—¡Os ruego que no bromeéis! El placer solitario es un mal que conduce al

desorden mental y lleva rápidamente a la autodestrucción, y va contra la moral.

Schreck le animó.

—Consideráis que también la contaminación espontánea, esa que generalmente se presenta por las noches, ¿es un acto innoble y pecaminoso?

—Claro que sí, ¡cuando esto ocurre es necesario confesarse!

—¡Sois más severo que Santo Tomás!

—¿Por qué?

—El de Aquino la juzgaba con clemencia porque, si la contaminación nocturna deriva de esos pensamientos que podrían definirse lascivos y que enloquecen los sueños, son estos pensamientos los que constituyen pecado y no la polución misma. Si en cambio la salida del semen durante las horas del sueño es el producto de una larga abstinencia, entonces es un fuerte testimonio de virtud. Nada que ver con el pecado.

—Es imposible discutir con vos, le dais la vuelta a la tortilla tanto que resulta complicado seguiros. Sacáis fuera cualquier argumento para defender a esos sinvergüenzas. El hecho es uno solo. Ellos, a pesar de mis regañinas y las centenares de oraciones que les mando antes de absolverles los pecados, continúan impertérritos en su obra suicida.

Schreck asumió una expresión preocupada.

—¡El Señor no podrá perdonarnos nunca si no evitamos una hecatombe!

—¡Es lo que llevo intentando deciros desde hace media hora!

—¡Bien! ¡Pondremos remedio! Hay dos métodos para impedir el desastre. O el anillo dentado o el agua fría.

—¿Qué?

—Seguiremos las sugerencias de Girolamo Mercuriale, que fue mi profesor de medicina en la universidad de Padua. Esto es lo que tenéis que hacer. Dividid a los chicos en dos grupos. A los del primer grupo metedle un anillo dentado, con los dientes hacia dentro, hasta la base de la verga, cuando esta está en reposo. Por favor, que sea de la medida apropiada, así en cuanto la erección del miembro se manifieste, ¡les dolerá! Para los otros utilizad agua fría cada cuarenta minutos. Ellos tienen que meter el apéndice pecaminoso dentro, ¡incluso por la noche! Luego observadles, después de una semana de observación y de confesiones veréis, sin lugar a dudas, cuál de los dos métodos es más eficaz y lo adoptaréis para el resto.

—¿El anillo, el agua? Padre Terrentius, ¿lo decís en serio? ¡Oh! ¡Me estáis tomando el pelo! Yo busco siempre consejos en vos para resolver un problema grave y vos bromeáis.

Schreck unió las palmas de las manos y las movió.

—Mi buen Julio, creo que tenemos preocupaciones más serias que la exuberancia de esos jóvenes. Si no queréis aceptar su juventud, os exhorto al menos a perdonarla.

Tolentino movió la cabeza. Le hubiera gustado contestarle pero no tuvo tiempo, porque desde el exterior se escuchó un grito enorme que les heló la sangre. Se miraron el uno al otro y salieron corriendo al patio del colegio. A poca distancia, la vieja *ayi* abrazada a Pequeño Crisantemo lloraba desesperadamente. También la joven sollozaba. Junto a ellos Pequeño Zhang estaba pálido e inmóvil. Schreck le hizo un gesto con la cabeza para invitarle a hablar. El joven pronunció cinco frases lapidarias.

—¡Una desgracia! Ha llegado ahora el superintendente de Hangzhou. El señor Miguel Yang Tingyun. Se le ha roto el corazón. Ha muerto al instante.

## Capítulo 29

El geomántico era alto y macizo, tenía los ojos inyectados de sangre y, aunque se decía que era un tipo muy violento y con pasado borrascoso, gozaba de la más alta reputación en su profesión. Nada más llegar, analizó durante un largo tiempo el *luoban*, la brújula con aguja magnética y muchos círculos concéntricos sobre los que estaba grabada una selva de caracteres. Luego se encerró él solo en el pabellón más remoto del jardín, haciendo cálculos durante cuatro horas y, más tarde se marchó, para volver al día siguiente. Tuvo una conversación privada con el nuevo propietario de la casa, el hijo mayor de Yang Tingyun, para desaparecer una vez más dejando su veredicto. Si se quería estar en armonía con las fuerzas de la naturaleza, y en particular con el viento, *feng*, y el agua, *shui*, los funerales del difunto se podrían realizar solo tres meses después de su desaparición. En la espera, la tumba tenía que ser necesariamente construida sobre la colina que dominaba aquel recorrido del río Qian-tang, donde se reflejaba la pagoda de las Seis Armonías, donde por la noche brillaban los fuegos que servían de faro para la navegación nocturna.

Fue solo después de haber firmado el contrato con el geomántico, cuando el primogénito dio disposición para llorar al muerto. De esta forma se pudo exponer públicamente la caja de cedro en una sala de la residencia, completamente decorada con telas blancas, e iniciaron los dolorosos peregrinajes. La gente se arrodillaba teniendo en las manos bastoncitos de incienso, mientras espirales perfumadas comenzaron a abrirse camino con dificultad en el ambiente denso y rancio.

Arrodillado cerca del ataúd y vestido con una larga camisa de cáñamo blanco, el hijo mayor ponía en un brasero hojas de papel decorado que representaban monedas, criados, carrozas, caballos, camellos, búfalos, que luego ardían en las llamas, de la misma forma que quemaba tiras de seda dorada. Se garantizaba al muerto siguiendo este ritual, la ayuda necesaria para superar las dificultades materiales del más allá, el joven hizo un gesto con la cabeza a una decena de mujeres que permanecían de rodillas, también ellas vestidas con tela cándida aunque algo basta. Estas comenzaron a lamentarse en voz alta por la desaparición de un ilustre personaje, que nunca nombraban con el nombre de familia, sino solo como Marqués Bienquerido.

Al coro de las plañideras, cuyo sueldo había costado muchas monedas, se unían las notas prolongadas de finas trompetas de bambú con boquilla y pabellón de cobre. Los instrumentos los tocaban tres jóvenes delgaduchos junto a otros tres músicos que golpeaban platos de cobre. Todos estaban muy ocupados en coronar con la música justa la transformación del señor Miguel Yang Tingyun, de un simple difunto a un antepasado digno de recibir honores.

Para la triste pero solemne ocasión había sido también invitada la concubina repudiada, que por otro lado era la madre de los dos únicos hijos varones del muerto.

Triste, con la cabeza inclinada, estaba arrodillada junto a la consorte oficial y al segundo hijo, dos pasos más atrás que el primogénito. Las mujeres no emitían un sonido y no se movían, salvo cuando se sobresaltaban vistosamente cada vez que el estruendo de los platos rompía el silencio para marcar los distintos pasajes musicales.

En una esquina, un viejo con una finísima barba blanca que le llegaba hasta la cintura, estaba sentado en una mesa, de todo de pincel y pintura dorada. Era el más célebre calígrafo de la provincia de Zhejiang, hecho venir para escribir de la forma más antigua y refinada posible, el nombre del desaparecido sobre una tablilla alargada. Esta se colocaría luego sobre el altar de los antepasados, presidiendo el pabellón situado en la entrada de la residencia.

Bonzos budistas y monjes taoístas se acumulaban a lo largo de las paredes de la sala. Los unos inmóviles con el cráneo afeitado, largas túnicas de color naranja, silbaban rítmicamente el *Sutra del diamante*. Los otros, sin hacer ruido gracias a las botas felpadas de tela negra, alternaban pasos hacia adelante y hacia atrás, moviendo la cabeza con los ojos cerrados y agitando en el aire las largas melenas.

Dos días después del inicio de las lamentaciones públicas, comenzaron las operaciones para sellar, sin demora, el ataúd. En el silencio general, para que el padre escuchara bien sus palabras, el hijo mayor dio una lenta vuelta alrededor del féretro diciendo.

—No tengáis miedo, padre, ahora cerramos la caja. Quitad las manos, poned atención a los clavos —luego puso dentro setenta saquitos, uno por cada año vivido por Miguel Yang Tingyun. En una mano del difunto puso unas hojas de té, en la otra dos bastoncitos y granitos de arroz, bajo la cabeza colocó un escabel hecho de madera de castaño recubierto de tela roja y azul. Por último, metió dos pequeños lingotes de oro y plata.

Fue solo después de estos preparativos cuando dio la orden a los obreros de traer la tapa y sellar el cadáver.

Sentados en un banco, con un rosario en la mano, los jesuitas se habían alternado en la vigilia fúnebre. Durante el primer día celebraron también una misa y dispensaron la comunión, pero ahora no les quedaba otra cosa que hacer acto de presencia, ya que la familia no habría podido nunca renunciar a los ritos tradicionales, para evitar las severas críticas sobre su sentimiento de piedad filial.

Schreck, Rho, Tolentino y Días seguían desde una esquina de la sala todos los preparativos, junto a ellos, estaba sentado un comerciante holandés de porcelanas. El hombre, que había llegado hacía unos días a Hangzhou y regresaría a Batavia en poco tiempo, acababa de volver de una visita al horno Guan, el más grande e importante de la ciudad, que le había servido para obtener dos carros llenos de preciadas cerámicas, hechas del mineral que los chinos llaman *gaolin*. Estuvo observando con interés y

curiosidad todos los movimientos alrededor del féretro y al final no consiguió evitar hacer algunas preguntas.

—¿Pensáis que es de mala educación si pido explicaciones sobre este comportamiento?

—Es una curiosidad lícita, la vuestra, señor Van Der Graaf —contestó Días—. Quien no ha visto nunca un funeral chino se queda asombrado. En aquellos saquitos que el primogénito ha puesto alrededor del cuerpo del padre hay una mezcla de cenizas, tierra y cal. Y lo mismo ha sido colocado en el interior del cojín de madera, junto al té. La mezcla deberá servir al muerto para preparar una infusión que le ayude a tener vivos los recuerdos, así podrá contrarrestar el efecto del caldo que en el más allá le ofrecerá la matrona Mengbo Mangniang, para que consiga olvidar su experiencia terrenal.

—¿Y qué importa si el muerto conserva o no estos recuerdos?

—Para los budistas, que creen en la reencarnación, es fundamental que en el momento de nacer de nuevo los hombres tengan el don de recordar los actos de la existencia precedente.

—¿Pero no era cristiano el señor Miguel Yang Tingyun?

—Claro, ¡el más ferviente de Hangzhou!

—¿Y cómo se concilia todo esto?

—No os planteéis preguntas, ¡estamos en China! Pero os ruego, por favor, que no vayáis también vos diciendo por ahí que nosotros los jesuitas aprobamos estos ritos. Aquí estamos presentes solo por dos buenos motivos. En primer lugar en señal de agradecimiento, visto que la familia Yang se hace cargo desde hace años de nuestro mantenimiento y de la protección necesaria, luego, porque tenemos el deber de encomendar el alma del *pater familias* al Señor.

Después de un momento de silencio, el holandés volvió a preguntar.

—¿Y los bastoncitos? ¿Y los granos de arroz? ¿Para qué sirven?

—El arroz sirve para quitar el hambre a los perros que se encontrará durante el viaje hacia el otro mundo, los bastoncitos de madera para alejarles si no se contentan y empiezan a molestar.

—Imagino que los lingotes sirven para demostrar la riqueza del muerto o su importancia.

—No es tanto esto, como favorecer la mejor suerte a él y a sus descendientes. Algunos meten incluso joyas, pero las personas más distinguidas no lo consideran fino.

—¿Y no tienen miedo de que estos bienes llamen la atención de los ladrones?

—Cierto, las tumbas de los ricos aparecen a menudo saqueadas. Pero esto no ocurrirá a la del señor Miguel Yang Tingyun, porque su sepultura será vigilada, día y noche, por guardias armados.

Fue en este punto cuando desde el biombo dorado que escondía la puerta de la entrada se asomó Pequeño Zhang. Schreck lo detuvo, se santiguó por última vez, se despidió con un gesto seco con la cabeza y salió de la sala. Los otros lo vieron marchar con cierta contrariedad. Al pasar del ambiente cerrado y rancio a la luz del jardín, el alemán sintió un gran alivio. Se cruzó con los colegiales, que esperaban ser admitidos para rendir homenaje al difunto. Todos le sonrieron y le hicieron silenciosos y contenidos gestos en señal de saludo. El intercambié, pasó rápidamente la mano por encima de las cabezas de los más cercanos despeinándoles, luego se alejó con Pequeño Zhang.

El joven estaba muy nervioso.

—Padre mío, hay un siervo del doctor Li Jianfang que ha traído corriendo la respuesta que esperabais —y le entregó una nota cerrada con un sello lacado rojo. El jesuita abrió la misiva, la leyó velozmente y luego miró fijamente por unos instantes el vacío, pensativo. Pequeño Zhang estaba a la espera.

—¿Malas noticia padre?

—Manda a los sirvientes que se preparen con la litera, me marchó rápidamente a la farmacia —ordenó secamente el misionero, sin dar explicaciones.

Después de tan solo cinco minutos, una litera salió de la residencia y se dirigió hacia el centro de la ciudad, para detenerse en la Dajing Xiang. La parada en la farmacia de la familia Li duró solo hasta la tarde. En el camino de vuelta, Schreck se veía presa de una grandísima emoción. Para superarla se impuso respetar los hechos y solo estos. Diversamente no tendría la lucidez para reflexionar. Tenía que aplicar a sí mismo el método que utilizaba en su trabajo científico. Observar los datos concretos, realizar hipótesis, verificar los supuestos. Era este el único camino a seguir para llegar a las conclusiones más sensatas. La herencia más importante de los amigos de la Academia de los Lincei.

El punto de partida era trágico y clarísimo. El señor Miguel Yang Tingyun había sido envenenado con la piel del *stroont-boom*. Las palabras de Li Jianfang habían sido inequívocas.

—Es una sustancia mortal, nunca vista antes, actúa en menos de una respiración —le dijo durante su encuentro en la farmacia—. Han sido suficientes unas gotas del líquido que me trajisteis, para matar en pocos instantes dos de los ratones que tengo para probar las nuevas medicinas.

Se refería a la sustancia que Schreck le había llevado del cuenco que encontró en la cabecera de Yang Tingyun. De hecho, cuando estaba en presencia del cadáver, el jesuita, estando con los demás, no había tenido forma de reconocerlo ni mucho menos de hacerle una autopsia, pero había conseguido esconder la taza para posteriormente recoger los restos del líquido en una ampolla. Los había entregado a Pequeño Zhang para que los llevara a Li Jianfang.

La conclusión de Schreck era terrible y confirmaba las sospechas del pasado. ¡Entre los misioneros se escondía alguien que se atribuía el poder de otorgar la muerte! Seguramente el mismo que había envenenado a Sabatino De Ursis. Un inquisidor maléfico y sin escrúpulos, un exaltado dominicano que desde casi diez años trabajaba con ellos. Tenía que investigar minuciosamente las últimas horas de Miguel Yang Tingyun, descubrir quién había estado cerca de él, quién le había visto por última vez. Una cadena de hipótesis le pasaban por la mente, pero ninguna conseguía satisfacerlo. Se prometió comenzar las investigaciones inmediatamente, aquella misma noche.

Volvió al colegio a la hora de cenar, se dirigió al refectorio y, cuando entró, encontró a todos de pie, al final de la oración que abría la hora de comer. Una selva de ojos seguía cada movimiento suyo. Casi todos le vieron atravesar el umbral, hacer un gesto para saludar y, tras dar dos pasos, desplomarse inmediatamente llevándose una mano al costado. Los primeros que se acercaron a socorrerlo creyeron que estaba muerto.

Alguien tuvo que llevarle a su apartamento y colocarle en la cama. Se dio cuenta con dificultad, al despertarse de un torpor hipnótico. Luego llegó la angustia, sorda, implacable, que se le instaló en las vísceras, quitándole la respiración. Lo primero que le vino en mente, mientras estaba todavía con los ojos cerrados, fue la trágica muerte de Miguel Yang Tingyun. El francotirador de la Inquisición había tenido una vez más el coraje de actuar. Se preguntó el porqué, cuál sería su próxima actuación y cuándo se produciría.

Con dificultad movió los párpados. Vio junto a él a Pequeño Crisantemo, sentada, que le miraba con los ojos húmedos. Le sujetaba una mano apretada entre las suyas y, de vez en cuando, le acariciaba la palma. La joven estaba pálida, como una pared blanca, y se sobresaltó cuando le vio despertarse.

—Manda que calienten algo de agua, jovencita —le pidió débilmente Schreck, apretándole a su vez la mano—. Encontrarás en mi farmacia semillas de *wuyi*, ponías a hervir.

Con la cabeza apoyada en el cojín observó a la joven abrir con movimientos seguros el armario y coger las hierbas de los cajones. Schreck pensó que había crecido y era cada vez más guapa, con aquella larga trenza que le llegaba hasta la cintura y se movía en cada movimiento. Fuerte, a sus diecinueve años, era una buena mujer, una perfecta madre y una hija impagable. Cuanto más la observaba, más la apreciaba. Mientras ella le ofrecía la taza y le levantaba la cabeza para ayudarle a beber, se dio cuenta de que sus hermanos estaban discretamente junto a la pared.

—Nos has hecho morir del susto —soltó Jaime Rho.

Tolentino, pasando entre sus dedos un rosario de cuerdas y nudos, estaba con los

ojos cerrados. Sus labios apretados estaban murmurando:

—Dulce, lleno de equilibrio, justo, glorioso con quien está en la gloria, listo para llorar con los infelices, paciente, bueno, lleno de bondad para consolar... Los hermanos y los extranjeros no tuvieron nunca en la tentación mayor y tan grande consuelo...

Manuel Días estaba con ellos, sobre el pecho, el crucifijo de oro brillaba en la penumbra. Absorto en sus pensamientos, callaba.

Tambaleándose sobre sus piecitos entró la *ayi* seguida por Pequeño Zhang. La vieja se acercó a Pequeño Crisantemo y cogió la taza una vez que esta estuvo vacía.

—¿Qué es este olor fétido? —preguntó Rho en voz baja.

Schreck murmuró.

—Son semillas de *Ulmus macrocarpa*, he preparado una infusión.

—No sabía que eran curativas.

—Es la primera vez que las pruebo.

—¡No deberías hacerlo, padre mío! —intervino Pequeño Zhang. Luego dirigiéndose a los demás, añadió—. Tiene siempre la costumbre de probar primero en él las hierbas de las que no conoce sus efectos.

—¿No ves que estoy ya mejor? —le tranquilizó Schreck, haciendo un vago intento por sentarse en mitad de la cama.

Pequeño Crisantemo le sujetó los hombros y con dulzura le empujó hacia la posición supina.

—¿Qué hacéis, padre mío?

—Tranquilízate, he tenido solo un malestar pasajero. Ahora estoy bien.

—Bien o no, ¡ahora permaneceréis tumbado y sin protestar! —ordenó la *ayi* con determinación—. ¡Cerrad los ojos y dormid! Y vosotros —añadió dirigiéndose a los presentes—, en vez de estar allí como cuervos unos encima de otros, marchaos. Me quedaré yo a velar a este bendito hombre. Tú —añadió dirigiéndose a la joven—, ve a ocuparte de tu hijo. Le he visto salir corriendo hacia las cocinas, seguramente estará haciendo alguna travesura.

Cuando todos se marcharon, arrastró con dificultad un taburete cerca de la cama y permaneció inmóvil, como una piedra.

Schreck necesitó dos días enteros para superar el malestar. Durante todo el reposo, la *ayi* no se movió de su cabecera y le trajo platos de verduras y carne que, junto a las medicinas que le preparaban Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo, favorecieron una cierta mejoría. Vinieron a verle también Días y el ingeniero Wang Zheng, con la primera copia impresa de su libro sobre las máquinas *Qi qi tu shuo*, pero la vieja no les dejó entrar hasta el tercer día, sin que nadie se atreviera a contradecirla.

Los dos se acercaron junto a la cama de puntillas. Aprovechando que la *ayi*

mientras tanto había ido a buscar sábanas limpias, Schreck se sentó junto a una mesa con la ayuda de los dos amigos. Apenas habían comenzado a hojear el primero de los tres tomos que componían el *Manual ilustrado de las máquinas extraordinarias*, cuando la *ayi* entró con la cesta de la ropa limpia entre las manos.

—¿Habéis decidido matarlo? —gritó como una furia dirigiéndose hacia los visitantes—. ¡Entonces, seguid! ¡Si en cambio pensáis que es mejor tenerlo todavía entre los vivos, callad y salid inmediatamente! —se dirigió hacia Schreck y añadió—. ¡Y vos a la cama! Hasta que no os hayáis curado completamente, el doctor aquí ¡soy yo!

Días y Wang Zheng se marcharon corriendo y Schreck se metió bajo las sábanas. Un momento antes de cruzar el umbral, Días tuvo el tiempo de decirle una última frase al alemán.

—Descansad bien, Terrentius, porque ¡necesitaréis todas las energías para viajar!

—¿Un viaje?

Pero ninguna explicación le fue dada ya que el superior y el ingeniero habían sido prácticamente echados por la vieja gobernanta.

## Capítulo 30

»¿Un viaje? —No dejaba de pensar Shreck—, ¡no lo haré nunca!».

Con la cabeza apoyada sobre un cojín con las hojas de té verde para calmar la hemicránea, meditaba sobre lo que le había dicho Días. Habían pasado una decena de días desde que le había visitado junto al ingeniero Wang Zheng, y luego no se había dejado ver. La guardia de la *ayi* había desanimado a cualquiera que se quisiera acercar a su cuarto. Solamente Pequeño Zhang y Pequeño Crisantemo estaban admitidos para recoger las indicaciones de las medicinas que había que preparar. Ni siquiera el pequeño Donato había tenido el permiso de visitar al *agong*, el abuelo que tanto amaba.

La vieja tenía razón. Después de una primera mejoría, el estado general de salud de Schreck había ido empeorando poco a poco, y el alemán había identificado en sí las señales de un mal desconocido que lo tenía en jaque. El doctor Li Jianfang no podía ayudarle, porque se había marchado a recoger hierbas y minerales raros en Yunnan. Pero sus enseñanzas permanecían. Le había explicado que los chinos decían *wenzhen* para expresar «escuchar» al cuerpo, y Schreck, por su cuenta, se había interrogado, observado, auscultado, olido y palpado. Y como había aprendido antes del doctor Liu en Macao, y luego del farmacéutico en Hangzhou, había recurrido a los ocho principios para tener una diagnosis. La localización y la profundidad de la enfermedad habían sido valoradas con los parámetros *biao-li*, externo e interno, y estos le habían revelado que el bazo y el intestino habían sido atacados por un agente que provenía de fuera, pero luego el mal se había establecido dentro. El calor y el frío, *han-re*, y la pérdida de equilibrio, *ying-yang*, mostraban una fuerte deficiencia de los fluidos y de las funciones, y la valoración de las carencias y los excesos, *xu-shi*, llevaba a la conclusión de que su *qi* estaba por debajo de niveles patológicos.

Schreck no informó a nadie de su cuadro médico pero el rostro contaba su sufrimiento a la *ayi*, a Pequeño Zhang y a Pequeño Crisantemo, y los intentos de tranquilizarles no convencían mucho. La frente siempre llena de sudor, los ojos verdes rodeados por una línea negra que se diluía en un conjunto de arrugas nunca vistas antes, mejillas pálidas que comenzaban a vaciarse y un pequeño temblor de los miembros, les tenían en alerta.

Fue Pequeño Zhang quien dio un cambio positivo a la difícil situación. En los diez días transcurridos para ayudar al jesuita, había aprendido mucho, y se las apañaba bien con las hierbas. Así un día se acordó de un dicho que había escuchado muchas veces en boca de su abuelo cuando era un niño. «¿Qué remedios encierra la calabaza?». Por lo que sabía, para los occidentales significaba algo parecido a, «¿en qué manga se esconde la carta?». Así, de repente, una intuición le llevó a extraer la parte carnosa de una calabaza grande, la secó con el calor y mezcló encima los

remedios soberanos, los que gobiernan y sostienen la vida, maravillándose de que Schreck no lo hubiera pensado antes. Añadió *renshen*, *ivujiapi* y polvo de perlas, con todo preparó una masa de la que obtuvo unas pastillas esféricas y convenció al jesuita para que las tragara regularmente, bebiendo una cantidad enorme de un preparado que había obtenido hirviendo los mismos ingredientes. El efecto fue casi milagroso. En pocos días Schreck adquirió una parte de las fuerzas perdidas. Consiguió ponerse de pie y comenzar a interesarse de nuevo por las actividades que había abandonado al encontrarse mal. Sentía sin embargo que la mejoría era pasajera, pero aprovechó para volver a concentrarse en dos incógnitas que se había visto obligado a abandonar durante la enfermedad: el envenenamiento de Miguel Yang Tingyun y el viaje que Días le había anunciado.

—¡Qué buen color, por fin! —exclamó Días en cuanto fue admitido de nuevo por la *ayi* ante la presencia de Schreck.

El alemán estaba sentado junto a una mesa y, con un pincel entre las manos, se ejercitaba en la caligrafía de las letras.

—Se lo debo a una historia popular antigua de hace mil trescientos años que ha recordado Pequeño Zhang. Había una vez un viejecito que vendía medicinas en el mercado. Delante de su puesto había colgado una bonita y gran calabaza. Por la noche, cuando el mercado cerró, el viejo dio un salto en la calabaza y desapareció. Desde entonces nació el dicho, ¿qué medicinas escondes en tu calabaza? Yo estaba en un estado de completa confusión, y no pensaba ni en la calabaza ni en nada más, pero por suerte Pequeño Zhang... —dejó la frase sin acabar en el aire.

Días le dio una ligera palmadita en la mano. Estaba vestido con un traje rico en bordados plateados y en el pecho, brillaba el crucifijo de las ceremonias, el que le regaló el padre general en persona cuando marchó hacia China.

—La última vez que nos vimos, quise revelarte una noticia extraordinaria, pero no fue posible, así que lo hago ahora. En aquellos días desgraciados que vieron el final del pobre Miguel Yang Tingyun y el principio de vuestra enfermedad, llegó un despacho de Pekín con la firma de padre Longobardo. Os ha sido concedido un alto honor, el más grande para cualquiera que viva en China. El emperador os ha convocado para daros el encargo de corregir el calendario.

—¿Me quiere a mí?

—La publicación de vuestro *Qi qi tu shuo* ha desencadenado una curiosidad sin precedentes. Los funcionarios del Tribunal de las Matemáticas, que mantienen el Observatorio astronómico imperial, se han interesado sobre todo por los principios de geometría del primer libro y en particular han mostrado curiosidad por los cálculos de los volúmenes de las figuras sólidas. Los del ministerio de la Agricultura, encargados de dar disposiciones sobre el mantenimiento de los inventos agrícolas, quieren

profundizar el discurso sobre la transformación del movimiento circular sobre el rectilíneo que está explicado en el segundo volumen. Todos los estudiosos de la Academia Hanlin, aunque son literatos, han deliberado que ha llegado el momento de construir para el bien de China, las máquinas explicadas e ilustradas en el tercero. También el doctor Li Jianfang ha hecho una enorme publicidad sobre la segunda edición del *Ben cao gang mu*, que habéis preparado juntos y que muy pronto será impresa. Ha difundido por todas partes vuestro nombre y los vientos que soplaban impetuosos desde el desierto hasta Pekín lo han anunciado con fuerza también en la capital. A esto, hay que añadir que nuestros amigos Pablo Xu Guangqi y León Li Zhizao, que volvieron a la corte con la toma de posesión del nuevo emperador, han sido invitados a diferentes memoriales en los que les piden humildemente el permiso para dar a la imprenta los libros de matemáticas y astronomía, que habéis compuesto junto a Jaime Rho y Adam Schall von Bell. Ahora entenderéis por qué el Hijo del Cielo os quiere precisamente a vos en la capital.

Con menos ímpetu, Días añadió otros motivos que habían llevado al joven emperador a decidir servirse de los extranjeros. En primer lugar, se preveían dificultades en el plano militar. Los ataques de los manchús eran cada vez más peligrosos en la frontera de Liaoning, y se había producido también la secesión de los mongoles gobernados por el jefe Bobai. Continuos eran además los ataques costeros de los piratas japoneses que aterrorizaban y asaltaban las ciudades y las aldeas. Además, se estaban verificando carestías a lo largo del río Amarillo a causa de las inundaciones anuales, y las arcas del Estado no podían hacer nada para ayudar a la población que moría de hambre, porque la construcción de la suntuosa tumba del difunto emperador Wanli, en el que había sido utilizado el costosísimo cedro de Sichuan, las había dejado secas. Los gastos de la reciente guerra con Corea habían costado veintiséis millones de *liang*, y las rentas que los cuarenta y cinco príncipes imperiales y veintitrés mil nobles de grado inferior malgastaban alegremente, habían obligado a aumentar los impuestos. El descontento de la población era general. Además, los astrónomos imperiales habían incurrido en numerosos errores en predecir el eclipse. La situación hacía tambalear el sillón real y la gente comenzaba a murmurar que el emperador había dejado de tener el mandato del cielo.

—El momento es favorable para nosotros, tenemos que aprovecharlo —había comentado Días—. El emperador lleva demasiado poco tiempo sobre el Trono del Dragón para dejarse expulsar por una rebelión. Si os apetece, marcharéis dentro de unos días con Tolentino y Rho. Schall von Bell se reunirá con vosotros más tarde, he enviado un despacho a Shaanxi para que le llamen. Padre Longobardo os espera con ansia y juntos haréis un trabajo excelente, estoy seguro.

La conversación se concluyó con un abrazo fraternal entre el superior y Schreck, todavía trastornado por la precaria convalecencia y por la noticia de la marcha.

Tengo Siempre Hambre era un joven respetuoso, tranquilo y reposado. Leía si había que leer, rezaba con sincero recogimiento, decía siempre que sí a cualquier petición, ayudaba a los compañeros en dificultad, era el primero en dormirse cuando las velas se apagaban en el cuarto grande. Pero tenía un defecto y Schreck no conseguía pasarlo por alto. No se trataba del hecho de que comía mucho y engordaba, también por culpa de la *ayi* que le alimentaba como si fuera un pato de crianza, sino por su intratable recelo hacia todo aquello que era calcular y medir. Ya se tratara de un simple ejercicio de cuentas, del análisis de una tabla o de valorar cualquier figura geométrica. Tengo Siempre Hambre permanecía mudo al igual que una carpa del lago Xi Hu: movía obtusamente los labios en busca de una sugerencia, igual que hace el pez que espera un gusano o un estúpido insecto que se ha caído al agua.

—Repite conmigo, joven —le decía Schreck con paciencia—. Los escoceses suelen medir los tejidos con el *ell*, que para los ingleses vale cuarenta y cinco pulgares, mientras el *pied du roi* de los franceses, vale doce con setenta y ocho pulgares. Los italianos en cambio usan el brazo, que mide medio *ell*. Por lo tanto, ¿cuántos *pieds du roi* son necesarios para tener un brazo? —el joven, casi sobrecogido por una hipnosis, miró el vacío y no contestó.

Schreck comenzó a insistir.

—¡Eres un mulo! Si no sabes hacer estos cálculos, ¿qué ocurrirá cuando pasemos a los volúmenes de los líquidos? ¿Qué silencios me esperan cuando te explique que el *pottle* vale cuatro pintas y el *bushel* ocho galones?

Tengo Siempre Hambre sonrió atontado.

—¿El *pottle*, el *bushel*?

Schreck lo miró desesperado y decidió abandonar el argumento.

—Escuchadme todos —se dirigió a la platea de estudiantes—, veo que a algunos de vosotros os cuesta trabajo seguir el programa. Es necesario que os empeñéis todavía más y os acostumbréis a trabajar sin mí, ya que dentro de poco yo no estaré por aquí.

Pequeñito, que, a decir verdad, había crecido mucho y era uno de los más altos, frunció el entrecejo para preguntarle.

—Padre Terrentius, ¿nos vamos a quedar solos? ¿Os marcháis?

—¿No queréis seguir siendo nuestro maestro? —preguntó Cervatillo.

Y Moisés preguntó.

—¿Estáis enfermando de nuevo?

Schreck levantó la mano para calmarlos a todos.

—Dentro de poco tendré que marcharme. Me han llamado para que vaya a la capital a realizar un importante trabajo.

Pequeñito, que era el más espabilado de todos, se le acercó y cogió su mano entre

las tuyas, apretando.

—¿Podemos ir con vos, padre?

—Tenéis dos misiones que llevar a cabo, llegar a ser buenos cristianos y terminar los estudios. Dentro de unos años, cuando hayáis completado vuestra preparación, vendréis a verme a la capital, y entonces nos divertiremos...

No consiguió terminar la frase, porque un repentino, pero cada vez más frecuente, dolor de cabeza se apoderó de él. Sintió de pronto que perdía el equilibrio y empezó a sufrir fuertes náuseas. Dejó a los alumnos pensativos.

Al día siguiente, mientras Pequeño Zhang se dedicaba duramente a limpiar las cajas de madera de alcanforero que servirían para el transporte de libros, su hijo Donato hizo un descubrimiento sensacional. Corriendo y saltando por los campos que rodeaban el colegio, se tropezó de mala manera con una raíz que salía del terreno y cayó arañándose la rodilla. Llorando y asustado, permaneció tenso mirando el cielo y fue así que por primera vez notó que las nubes se movían y tenían su propia vida. Se descubrió a sí mismo observando una que tenía forma de árbol. Mientras el tiempo pasaba lentamente, esta se transformó primero en un hongo y luego en un corazón, y cuando el niño escuchó a Pequeño Crisantemo que le llamaba en voz alta y entendió que tenía que levantarse, aquel lazo que cambiaba de forma se había dividido en dos partes formando un par de puños gorditos. Con la nariz hacia arriba, Donato no habló de otra cosa hasta que llegó la noche.

—¡El perro! —se le escuchaba gritar—, oh ¡qué cola más larga tiene el cerdito! ¡Un ojo! —y cuando la oscuridad avanzó tragándose aquel mundo tan poblado y variado, él se encerró en una silenciosa desilusión.

Solo Schreck, que había ido a darle las buenas noches, consiguió sacarle una sonrisa.

—Si me prometes que te duermes enseguida te digo una cosa bonita.

El niño levantó los hombros.

—Ya no hay más nubes.

—Volverán mañana, no te preocupes. Verás incluso algunas más bonitas, es más, dentro de unos días te llevaré a un sitio donde podrás ver las nubes más bonitas del mundo.

—¿De verdad, abuelo?

—Bueno, donde te llevaré hay muchos camellos que vuelan disfrazados de nubes. Y también tigres, osos y pájaros. En el cielo de Pekín se encuentran todos los tipos de animales.

—Todos, ¿todos? ¿Cómo en el arca de Noé?

—Seguro. Pero ahora tienes que dormirte, si no, mañana estarás tan cansado que no podrás ver las nubes.

—Una última cosa, abuelo, y luego te prometo que cerraré los ojos.

—Sí, dime.

—A donde vamos, ¿habrá dragones?

El jesuita se río de corazón.

—¡Claro! Estarán todos allá arriba como las nubes, menos uno. El más importante se encuentra en la ciudad donde iremos, Pekín. En el centro de la ciudad, hay otra, la Ciudad Prohibida. Y es allí donde el dragón del que te hablo vive en un maravilloso palacio de oro, sentado en su trono. Es nuestro emperador.

Una sonrisa apareció en los labios de Donato, sus párpados se cerraron y se durmió inmediatamente.

El primogénito de Miguel Yang Tingyun era un joven delgado y elegante, educado y correcto, al igual que su difunto padre. Estaba completando los estudios para presentarse al primero de los difíciles exámenes, que daban acceso a la carrera de funcionario imperial y tenía en máxima consideración a las personas sabias e inteligentes. Había crecido durante buena parte de su adolescencia con los jesuitas en casa, y los respetaba con naturalidad y admiraba su actividad. También él había sido bautizado y, como el padre, se había impuesto como misión la protección de la religión extranjera y de los misioneros que predicaban la igualdad, la hermandad y el amor. Pero estos hablaban también de cosas asombrosas como las matemáticas y la astronomía y, padre Terrentius, incluso, era un médico estimado, no solo por la jerarquía de los extranjeros sino en toda la ciudad de Hangzhou. Por lo tanto hacia él sentía una estima particular.

Cuando el jesuita enfermó, el joven Yang estaba ocupado en los largos y complicados ritos fúnebres y en la difícil sucesión. Había esperado la mejoría del misionero para ir a verle, sobre todo cuando el superior Días le comunicó la marcha inmediata del alemán hacia Pekín. Llegó por lo tanto al colegio y mandó al *ayi* que le anunciara. Le llevó como regalo una antigua edición del *Hou Han Shu*, la historia dinástica de los Han Posteriori que había encontrado en un anticuario.

—Gracias por tu amabilidad —le agradeció Schreck—, necesitaré inspirarme en el pasado para hacer frente al presente.

—¡Os habéis transformado en un verdadero chino, padre! Me conforta saber que os habéis curado. Estoy seguro de que vuestra presencia en la corte irradiará hasta iluminar también mi modesta casa.

Después de informarse sobre la madre natural y la adoptiva de Yang, Schreck formuló una pregunta que desde hacía mucho tiempo deseaba hacerle.

—Vi a vuestro venerable padre por última vez aquí en el colegio... vino a despedirse de mí antes de marchar. Su salud era perfecta. ¿Cómo ocurrió su muerte? No estaré en paz hasta que no comprenda lo ocurrido.

Sobre el rostro del joven las mejillas se endurecieron y sus ojos se turbaron.

—Ocurrió todo de repente. Había vuelto la noche antes de Suzhou donde había estado un mes completo. Al levantarse por la mañana, tomó como siempre la poción que le habíais mandado para mantener el justo nivel de *qi*. La había tomado también regularmente durante el viaje y, con satisfacción, había visto que sus efectos eran beneficiosos. Dio los buenos días al camarero personal encargado de vestirlo y cayó al suelo sin ni siquiera tener el tiempo de darse cuenta. El médico declaró que el corazón le cedió de repente y que su vida se había roto como una encina cuando viene atravesada por un rayo.

—¿Una poción? —se puso de pie Schreck—. ¡Yo nunca le he mandado ninguna poción! ¡Jamás!

—Habéis tenido una horrible enfermedad, padre. Me han contado que os ha tenido tanto tiempo en la cama que han temido por vuestra vida. Me permito decir con respeto, como un hijo a su padre, que quizás no lo recordáis. La noche antes de que se marchara hacia Suzhou, un correo proveniente del colegio llevó a mi padre un vaso con las hierbas para preparar una infusión, de vuestra parte. Y mi padre tuvo tanto beneficio, que le hubiera gustado expresaros personalmente su reconocimiento. Como sabéis, no consiguió llevar a cabo lo que quería porque murió. Ahora yo estoy aquí para agradeceros en su nombre aquel acto de amistad con el cual queríais asegurarle una vejez larga y llena de salud. Toda mi familia os lo agradecerá siempre —se levantó y se arrodilló hasta poner la frente en el suelo.

Schreck se puso de pie a su vez, hizo levantar al joven y le apretó el brazo. Se despidieron así. Pero mientras Yang conservó de aquella conversación un recuerdo que le tranquilizaba, porque había podido manifestar sus sentimientos a una persona a quien debía tenerle respeto y veneración, el alemán se fue obsesionado.

—¡Un vaso con una poción! —repitió muchas veces en voz alta, recorriendo la estancia nervioso.

La noticia le había hecho olvidar incluso su propia enfermedad.

—Una poción medicinal. ¡Vaya poción! Unas hierbas en medio de las que había mezclado el *stroont-boom* —el asesino tenía que haber puesto en el recipiente una capa de vegetales reconstituyentes y luego, más abajo, trozos de la corteza mortal en gran concentración—. Una poción medicinal. ¡Vaya medicina! —seguía repitiendo Schreck, mientras un pensamiento sutil comenzaba a insinuársele en el cerebro, una polilla, un minúsculo indicio que no conseguía sin embargo concretar, apenas la visión de una intuición que se tambaleaba, vaga, todavía inalcanzable.

## Capítulo 31

Con un simple movimiento de las espesas pestañas, aquel joven de dieciocho años con mejillas de niño podía arrancarle la cabeza a quien quisiera. Para aplacar los recientes levantamientos en Shaanxi, en Anhui y en Sichuan, miles de veces había cerrado los ojos imperceptiblemente y numerosas cabezas habían sido cortadas de un solo golpe. Soldados u oficiales, campesinos o literatos, funcionarios o príncipes, nadie había escapado a la ira del Hijo del Cielo.

El emperador estaba envuelto en una nube perfumada que tenía origen en los numerosos quemadores de perfumes que estaban a sus pies. Dos grullas de bronce dorado auguraban su inmortalidad. El trono de palisandro sobre el alto pedestal del Pabellón de la Suprema Armonía, punto central de la Ciudad Prohibida, era demasiado grande para aquel cuerpo real, diminuto y desgarrado. El oro que cubría la madera se confundía con el de su traje, un largo y pesado batín bordado con hilos dorados, sobre el que los dragones se perseguían en dibujos rutilantes, bordeados por perlas de río perfectamente ovales. Las grandes perlas esféricas del largo collar habían sido pescadas en cambio en el mar, al sur de la isla de Hainan. Mientras que la piel gris de las botas era la que algo más de un siglo antes, el eunuco Zhang Heng, almirante de la flota imperial, había obtenido descuartizando un extraño animal grande y robusto, con las patas cortas y con un cuerno en el rostro, contra el que había luchado cuando desembarcó en una tierra muy lejana, hacia occidente, habitada por hombres con la piel negra.

Mientras Pablo Xu Guangqi y León Li Zhizao con la cabeza agachada lo sujetaban para que se acercara hacia el trono, Schreck pensaba consternado en el cansancio que se manifestó por primera vez hacía un año y medio, el día de la muerte de Miguel, que le estaba devorando. La enfermedad incubada era indomable, sorda a cualquier remedio. Aparecía de repente dejándolo descompuesto por el tormento, luego se escondía en las vísceras cuando aparecía una hierba nueva, un experimento para curarse, para luego volver todavía más cruel.

Aquella mañana Schreck mandó que Pequeño Zhang le preparara una infusión con las flores blancas de *Vatrinia* y las raíces negras de *Scrophularia*.

—Bebedla cuando esté bien caliente —le había aconsejado el joven que se ocupaba de forma estable de la farmacia.

¡Tenía una preocupación enorme pintada en la cara! No se entendía si por la ansiedad de ver al misionero en tan malas condiciones o porque se sentían los *gong* de la guardia imperial, que se acercaban a recoger al alemán y escoltarlo hasta la Ciudad Prohibida.

Cuando el cortejo de veinticinco caballeros, seis abanderados, doce armígeros, diez músicos y ocho encargados de llevar la litera con las cortinas amarillas bordadas

con el símbolo del dragón, se detuvo fuera de la residencia de los jesuitas, Pequeño Zhang ayudó a Schreck a levantarse. Le puso la capa sobre el traje de literato de tercer grado y, con la voz rota por la emoción, le dijo.

—Padre mío, han llegado, tenéis que marchar para la audiencia. ¡Rápido! No hay que hacer esperar al emperador.

Antes de marcharse, Schreck había querido detenerse en la iglesia, una gran construcción de piedra que los chinos llamaban Bei Tang, la Iglesia del Norte. Estaba decorada de forma sencilla, con bancos y paneles de madera que representaban en relieve el vía crucis. Después de rezar, dirigió una mirada implorante hacia la Virgen en el altar de al lado. Era esta una estatua casi de dimensiones naturales, esculpida con fatiga en un mármol durísimo por un artesano chino, que padre Longobardo había convertido. Estaba situada sobre una columna alta que hacía las veces de pedestal, y miraba hacia abajo con la cabeza ligeramente inclinada, como para escuchar. Los ojos de la Virgen eran almendrados, la sonrisa buena y maternal, como la de aquella jovencita que en las Sagradas Escrituras cuentan que dio a luz milagrosamente al Hijo de Dios. Este, el Niño Jesús, estaba beatamente entre sus brazos y sonreía contento, saludando con la manita hacia el cielo. Aquel gesto alegre le trajo a la mente con emoción la mímica de Donato, el amado nietecito chino. Sobre la cabeza de María estaba apoyada una corona de hierro dorada.

A la salida de la iglesia los otros jesuitas estaban a un lado para despedirse de Schreck y, cuando el cortejo empezó a moverse, lo último que el alemán vio fue el pañuelo que el viejo Nicolás Longobardo metía en el bolsillo de su amplia túnica, después de secarse las lágrimas por la emoción.

Y finalmente ahí estaba el Dragón omnipotente hecho hombre, la estrella polar en la Tierra, el Augusto, el Inmenso, el Oceánico. Detrás del trono, arrodillados, los miembros de la familia imperial. A los lados, también de rodillas, con la mirada hacia abajo, los dignatarios y funcionarios importantes del Estado. El gran secretario, los seis ministros, los censores, el presidente del Consejo de los Ritos y los cinco jefes de las comisiones militares, el presidente de la Academia Hanlin, el director de la Academia Imperial de Medicina, los servidores de palacio, los tesoreros imperiales, el jefe de los eunucos. Poco a poco, siempre más lejanos, los mandarines de grado inferior. Todos estaban inclinados en el suelo, sin atreverse a mirar el rostro del joven emperador Si Zeng de la gran dinastía de los Ming, que desde hacía poco había inaugurado el período del reino Chong Zhen, Edad de Oro Feliz y Propicia, con el nombre dinástico Zhuang Lie Di.

Pablo y León habían aconsejado en varias ocasiones a Schreck que no mirara fijamente las pupilas reales, nunca, por ningún motivo. Era difícil resistirse, y mientras le ayudaban a arrodillarse para realizar el *kotou*, las nueve postraciones con la frente sobre el suelo, Schreck lanzó una mirada fugaz a aquel jovencito,

cruzándose por un instante con su mirada aburrida y trágica. Después del *kotou*, permaneció en la segunda posición por un tiempo inmemorial, en el más profundo silencio, como todos, pero a través del hueco que el brazo le dejaba, seguía mirando de reojo hacia arriba. El emperador había comenzado a picotear fruta de una mesa algo más baja a su lado, luego sorbió algo de té, comió bocadillos dulces con carne y, cuando le entregaron el barreño de jade para lavarse las manos, se escucharon los golpes del *gong* que anunciaba que se podía levantar la frente del suelo. El aperitivo del soberano había terminado y la audiencia podía comenzar.

Al levantar la cabeza, Schreck tuvo la impresión de que el cuello y la espalda se le estaban rompiendo, pero le entraron ganas de sonreír, pensando que era mejor estar destrozado y malherido tumbado en el suelo de aquella magnífica sala, que encontrarse en perfectas condiciones y sano, en el salón de la Santa Casa, de rodillas delante del Gran Inquisidor de Goa.

—¡Un caballero de vuestro rango, aunque sea bárbaro, debería saber que no se ríe delante del emperador! —la voz, quejumbrosa y al límite de ser escuchada, era precisamente la del Hijo del Cielo. El silencio sobrecogió a todo ser vivo de la sala, las espaldas de los hombres de rodillas se pusieron más rígidas—. Pero como es evidente que tenéis motivos para estar alegre —continuó Si Zong, dirigiéndose a Schreck—, no nos eclipsamos por vuestro inconveniente, es más nos alegramos también con vos —un murmullo atenuado recorrió la asamblea—. Las memorias que nos habéis enviado con la exacta previsión del eclipse de luna del reciente 21 de junio confirman vuestras dotes. ¡Muy bien! Mis astrónomos en cambio me habían advertido que se habría iniciado tres minutos más tarde de la quinta doble hora y terminado después de media hora. Mezquinos, ¡se han equivocado una vez más! —miró fijamente entonces a todo el auditorio y su tono fue duro y cortante—. Comenzando por la hora del tigre, solo durante dos minutos el dragón ha comido la luna, precisamente como este extranjero había previsto. Hemos dado por lo tanto orden de que en el próximo otoño, mientras el año en curso llamado por los sabios que vienen de occidente 1629 termina, el director del Observatorio astronómico imperial muera, y no él solo. Que sean decapitados junto a los vicedirectores y a los funcionarios del Tribunal de las Matemáticas, ¡responsables de los cálculos! Que sus primogénitos varones sean expuestos delante del mercado de Qianmen durante dos semanas con las pantorrillas, los dedos y el cuello fijados con maderas, y sus familias queden en perpetuidad exiliadas en las fronteras occidentales, después de haber pagado ochenta lingotes grandes de oro y cuarenta pequeños de plata. Que los prefectos del Departamento de las Clepsidras y el Agua y de la Medida del Tiempo sean castigados con sesenta golpes de bastón grueso y privados de dos años de salario. Que los escribas que han copiado el memorial con la previsión errónea del eclipse sean bastoneados con cien golpes de bastón pequeño. Decretamos además que

este hombre —indicó lentamente con el dedo a Schreck, mirando fijamente a la multitud de rodillas—, goce de público respeto y le concedemos la facultad de reír en toda la muralla de la Ciudad Prohibida.

Hizo un gesto con la barbilla y desde detrás del biombo se materializó un funcionario vestido de forma exuberante, con un sombrero negro coronado con una pluma negra de faisán. Llevaba entre las manos un cojín y, caminando curvo hacia atrás para no darle la espalda al soberano, fue a ponerlo bajo las rodillas de Schreck y desapareció.

—Los relojes de oro que nos habéis enviado han sido de nuestro agrado —continuó Si Zong encogido sobre el gran trono dorado—. También nos han gustado los astrolabios, la esfera armilar y el sextante —Schreck dejó escapar un suspiro de alivio, la benevolencia del emperador llenaba de optimismo las esperanzas para el futuro.

Aquellas buenas noticias le tonificaban y parecía incluso sentirse mejor. Afinó el oído para no perderse ni siquiera una palabra de la augusta vocecita.

—Nuestros consejeros nos han indicado el trabajo que habéis realizado en Hangzhou para glorificar la dinastía, con los nuevos libros de ciencia, y otros informadores nos han declarado que respetáis nuestras tradiciones. Y por eso hemos tomado la decisión de entregaros la dirección de la comisión para la reforma del calendario. Dentro de dos meses, publicaremos el edicto en el que serán especificados todos los deberes conexos con tal encargo.

El emperador chasqueó los dedos para que le acercaran la mesa de la comida. Esta vez había al menos veinte platos diferentes y diez tazas con diferentes tipos de caldo, con unos palillos de madera de plátano chapados en plata, saboreó cuatro platos dejando los otros. De todas las sopas eligió una, y metió solo dos veces la cuchara para abandonar también esta. Por motivos de seguridad, no volvería a comer aquellos manjares antes de un mes, así nadie podría descubrir sus gustos alimentarios y conseguir envenenarlo. Para una mayor precaución, además de la persona oficial encargada de probar antes la comida, cada plato tenía dos responsables en la cocina, y el nombre de los cocineros estaba anotado por un funcionario del ministerio del Interior. El final de la comida señaló que la audiencia había terminado.

Mientras se alejaba hacia atrás con la mirada baja, sujeto por Pablo Xu Guangqi y León Li Zhizao, Schreck sentía todavía la voz del Hijo del Cielo.

—Que los embajadores de los países tributarios entren en el Pabellón de la Armonía Protectora y esperen. Nos encontraremos con ellos en el momento propicio.

Empujado por una fuerza incontrolable, el jesuita levantó por última vez la mirada hacia el emperador, y al cruzarse con sus ojos, quedó sobrecogido por la tristeza. Las pupilas del joven se habían como apagado de repente y un aire de desesperación le atravesaba haciendo todavía más evanescente su color blanquecino.

Schreck no podía saber que precisamente aquel día, poco antes del alba, el director de la Oficina Imperial de las Adivinaciones y de los Sacrificios había predicho al Hijo del Cielo que los manchús invadirían China, eliminarían a los Ming y fundarían una nueva dinastía, y él, el soberano con las mejillas de niño, se ahorcaría en la Colina del Carbón, desde la que se dominaba toda la Ciudad Prohibida. En el momento en el que la litera de Schreck salía por la Puerta de la Paz Celestial, Tian An Men, por orden del emperador, las vísceras del incauto adivino, eran ofrecidas todavía ardientes a los antepasados imperiales en el Templo de la Transformación de la Sabiduría, vaciado para aquella ocasión de cualquier estatua o pintura de Buda, siendo la religión budista contraria a los sacrificios humanos.

El trayecto de vuelta en litera dio al misionero la ocasión de retomar aliento, pero Schreck sentía que conseguía recuperar solo pocas fuerzas. Una vez que llegaron a la residencia, le habría gustado descansar, pero los otros le esperaban, curiosos por conocer el resultado de la extraordinaria audiencia. El encuentro tuvo lugar en el refectorio. El viejo Nicolás Longobardo era el más nervioso y pidió silencio. Jaime Rho, inmerso en sus pensamientos, y con los ojos cerrados, estaba murmurando.

—*In cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas...*

Longobardo le apostrofó.

—¿Qué es lo que estás rumiando? —el otro interrumpió inmediatamente la letanía y pidió perdón con un tímido gesto.

—Es el *Adoro te devote* de santo Tomás de Aquino —dijo Schall von Bell y sonriendo con énfasis, continuó con los versos—. *Ambo tamen credens atque confitens Peto quod petivit latro paenitens...*

—¿Pero os parece este el momento de reírse? —le preguntó el superior.

—*Homo sum, humani hihil a me alienum puto* —comentó el interrogado.

Tolentino intervino, asintiendo vigorosamente.

—Lutero, Calvino, Michel de Bay, Giansenio han leído a Agustín con los ojos del diablo y lo han utilizado para refutar la incuestionable verdad. ¡El hombre es imagen de Dios! —lanzó una mirada circular para estar seguro de que le escuchaban—. *Homo sum...* como decía el poeta Terencio y como recuerda el padre Adam, los comportamientos humanos nos pertenecen, pero el único camino de perfección es practicar el amor con el prójimo, la misericordia y la caridad.

Longobardo detuvo cualquier otra posible contestación dirigiéndose a Schreck.

—Entonces, padre Terrentius, ¿cómo es este emperador? ¿Qué impresión os ha dado? ¿Podemos tener esperanza?

Schall von Bell estaba en su alojamiento, un cuarto grande y vacío, sentado en la

mesa de trabajo. Estaba inclinado sobre unas hojas, un candil iluminaba de forma irreal su rostro y los papeles, proyectando la sombra inquietante en la pared. Schreck lo vio por la puerta medio cerrada y por un instante le pasó por la cabeza una escena análoga vivida en pasado. Johannes Van Heeck en la biblioteca del príncipe Cesi, en aquella extraña noche en la que había decidido el inicio de la aventura. ¡Pero cuánto tiempo había pasado desde entonces!

Schall von Bell levantó de repente la cabeza sin girarse.

—¿Sois vos, Terrentius? Deberíais estar en la cama a estas horas, después de un día así, y en vuestras condiciones de salud.

—¿Traspasáis las paredes con la vista?

—Os esperaba. Hace mucho tiempo que os espero.

Un silencio innatural siguió a estas palabras, no se escuchaban ni siquiera los grillos que en esta temporada habían invadido Pekín y que ritmaban incesantemente los días y las noches.

Schreck se acercó hacia la mesa.

—¿Siempre trabajando?

—No menos que vos.

Schall von Bell mojó el pincel en un cuenco con agua y frotó las cerdas sobre la piedra de la tinta, para luego seguir garabateando los caracteres en un papel, delante tenía una serie de libros abiertos, entre los que Schreck reconoció *Trigonometriæ sive de dimensione triangulorum libri quinque*, de Bartolomeus Pitiscus y las *Mémoires mathématiques*, de Simon Stevin.

—Estoy revisando las tablas trigonométricas que hemos hecho para los chinos —dijo—. Alguno de nuestros ayudantes ha copiado mal ciertos números. ¡Como siempre! Es necesario que me dé prisa, queda poco tiempo.

—Veréis que dentro de unos años, cuando nuestros colegas en Hangzhou hayan completado la instrucción, no tendremos otra vez este tipo de problemas.

—Sois demasiado optimista en relación con esos jovencitos. Hemos llenado sus cabezas, pero el cerebro es siempre el de un chino.

—¿Pensáis que también ellos son preadamitas? —le preguntó Schreck con un tono polémico.

—¿Qué?... Cielos, vuestros salvajes de la isla Mauricio. Un viaje inolvidable el nuestro, ¿no lo pensáis? ¡Pero cómo vuela el tiempo, han pasado ya diez años!

—No olvidaré nada de aquella travesía a bordo de la *San Carlos* —contestó Schreck—. Ni siquiera la destrucción de mi farmacia, ni la desaparición de los instrumentos.

Schall posó lentamente el pincel, se limpió las manos con un paño, levantó la cabeza y lo miró con franqueza.

—Estoy seguro de que sabéis quién fue el que realizó aquellas pésimas bromas.

—Lo sé, como también sé quién redujo en mil pedazos mi herbolario de Goa. Y robó la corteza de *stroont-boom* para dársela a...

—No se os escapa nada... Sois un hombre excepcional, Terrentius, si vos supierais cómo os admiro... *Stroont-boom*. No entiendo de qué habláis.

—Un vegetal que cogí en Mauricio.

—Nunca me mostrasteis lo que cogisteis en la isla, no tengo ninguna idea de las especies que almacenasteis.

Schreck se quedó sin argumentos.

—Estabais diciendo que me admiráis. No os creo, siempre me habéis obstaculizado y reprimido de forma tan virulenta...

—¡Vais muy por delante de todos nosotros, demasiado! Esto daña nuestros propios ojos y los de los demás. Habéis olvidado quiénes somos y cuál es nuestro deber. Nosotros tenemos que estimular la fe y no la desconfianza, distribuir certezas y no dudas. Hay que saber dar un paso hacia atrás cuando es necesario, sin perseguir esa verdad que por ahora solo la sabiduría divina está capacitada para descifrar. ¿Pensáis que defender a Aristóteles no es para mí un deber arduo? ¿Que yo no sufro porque los modelos que hemos construido para explicar la naturaleza, son cada vez menos adecuados, a medida que nuestros conocimientos aumentan? ¿Creéis que yo no comprendo que el estudio minucioso del cuerpo humano podría un día hacer que seamos más longevos, y quién sabe, inmortales? ¿Pero podemos confesar continuamente a todos nuestra insuficiencia? ¿Desvelar nosotros mismos los errores de los doctores de la Iglesia, esos que son el pedestal de nuestro orgullo? La prosopopeya es necesaria solo para deslumbrar a los simples y convencerles de que busquen refugio entre los brazos de la ley divina —hizo una pausa para suspirar profunda y ruidosamente, y añadió—. Somos pequeños e insignificantes y, en cambio en cada oscilación nuestra, legiones de incrédulos tiemblan porque confunden la investigación con la inseguridad. Nosotros provocamos fisuras insanables en su fe.

Schreck miró fijamente a Schall von Bell con la convicción de que no tenía nada que ver con aquellos hechos inquietantes, ni con el envenenamiento de Sabatino De Ursis y Miguel Yang Tingyun. Dijo.

—No hay progreso sin investigación, Adam, lo sabéis muy bien.

—No es la investigación en sí misma quien me da miedo. Temo las prisas. Vos queréis alcanzar y divulgar resultados estimables, pero no os preocupáis de si el mundo está listo para recibirlos sin poner en discusión a Dios. Sé bien que el sistema de Copérnico, contradiciendo el universo de Aristóteles y Tolomeo, lo explica mejor. Y estoy convencido de que son precisamente las matemáticas lo que tenemos que utilizar para entender los mecanismos que regulan los fenómenos que ocurren ante nuestros ojos. Y sé también que no se puede encontrar certeza mayor que la de nuestras proposiciones matemáticas. Y que la diferencia fundamental entre el hombre

y Dios consiste en el hecho de que el intelecto divino sabe, y sabrá siempre más que nosotros de estas proposiciones. Y, como estoy seguro de cuánto te estoy diciendo, será necesario arrojar a las ortigas la distinción de Aristóteles entre la inteligencia y la razón, porque todo el saber se reduce a esta última —se interrumpió un instante. Los ojos centelleaban—. Todo eso lo sé muy bien, como lo sabéis vos, como lo saben ese fanático de Galilei y todos vuestros presuntos amigos de la secta romana pero... no podemos decirlo todavía. Si el mundo no está listo para escuchar es necesario callar, si no, será el desastre. ¿Qué pensáis que son las herejías, sino los intentos de comprender y explicar el mundo? Baptistas, conformantes, evangelistas, antitactos, agnósticos, gnosímacos, bañoleses, petrobrusianos, mándeos, jacobitos, ermesianos, ofitos, sabelianos, incorruptibles, encratitas, quietistas... y todos los demás... no son otra cosa que investigadores... He intentado hacéroslo entender de todas las formas, pero no habéis querido escuchar nunca mis palabras. Así que os lo repito por última vez y con claridad. Hereje no es quien está en contra de Dios, sino quien quiere revelar el proyecto a sordos y mostrárselo a ciegos, corriendo el riesgo de hacerles daño hasta la eternidad. ¡Y es por eso que os considero un hereje, precisamente vos, que sois el más cercano a entender su proyecto! —Schall dio un golpe en la mesa y se puso de pie.

El ruido seco decretó la vuelta inmediata al silencio. Con hacer mecánico, Schall von Bell se dio la vuelta hacia la ventana y se puso a mirar un punto lejano. Luego, inesperadamente se arrodilló y se puso a rezar.

—Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame —las palabras de la oración de san Ignacio de Loyola parecían piedras que caían en un estanque, mientras las iba pronunciando se expandían alrededor, amplificándose—. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame...

Schreck lentamente, se dirigió hacia la puerta y salió al patio. El aire de la noche le emborrachó y, sintió un atontamiento fuerte, pero no entendió si se trataba del efecto del mal misterioso que le devoraba o el encuentro con Schall von Bell. Una vez que llegó al cuarto, apenas tuvo fuerzas para tumbarse en la cama, sin ni siquiera desvestirse. Pequeño Zhang lo encontró inmóvil, respirando con dificultad.

—¿No os encontráis bien, padre mío?

—Hacedme un favor, joven, en mi bolsa hay un libro negro, cogedlo.

—Ah, san Agustín —dijo Pequeño Zhang colmando la petición—. Aquí está —añadió, con el volumen negro en la mano—. ¿Qué queréis que haga?

—Abridlo por donde está la cinta y leed la página de la derecha, desde el principio.

Con voz firme el joven empezó la lectura.

—«No tenemos que permanecer marcados por nuestra ignorancia sobre el

movimiento, sobre el orden de los cuerpos celestes, sobre la estructura de los cielos, de nuestra ignorancia sobre la especie y la naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras, de los manantiales, de los ríos y de las montañas, de la ignorancia última sobre las distancias, los tiempos y mil otras cosas, que los filósofos naturales han, o más bien piensan, haber explicado o entendido. No tenemos que preocuparnos por esto y tampoco maravillarnos porque también estos hombres, aunque privilegiados porque dotados de genialidad, aunque encendidos de amor por la naturaleza, aunque ricos de medios y de tiempo, estos hombres que han conseguido percibir algo con la ayuda de la razón y de la experiencia humana, estos hombres han entendido, en cambio, solo una pequeña parte de los fenómenos naturales y sus decantados descubrimientos son a menudo suposiciones más que conocimiento de la realidad objetiva».

Fue al terminar esta última frase cuando Schreck sintió nacerle la certeza de que estaba alcanzando la solución del misterio, pero todavía le faltaba la chispa reveladora, la que provoca la luz, poderosa e inalcanzable, esa que puede desencadenar el incendio de la pradera. Sintió mil preguntas golpearle el cerebro. ¿Quién era el sabueso, el sicario de la Inquisición que se celaba hábilmente entre ellos? ¿Quién, después de haberse puesto la sotana de los dominicos, ahora vestía indignamente el traje de la Compañía de Jesús? ¿Era posible que no se hubiera traicionado a sí mismo nunca? ¿Ningún indicio? ¿Nada de nada? Sentía que tenía que llegar a la solución del atroz misterio rápidamente, o se volvería loco. O la enfermedad le mataría antes de que supiera, dejando que los gusanos de la manzana podrida se arraigaran, destruyendo todo lo que los misioneros habían construido. Por una fracción de tiempo infinitesimal, le volvieron a la mente, secuencia tras secuencia, los acontecimientos de su vida y los vivió por un instante. Luego se durmió teniendo pesadillas.

Pequeño Zhang, inquieto, veló toda la noche.

—¡La manzana podrida!... ¡Los gusanos!... —le escuchó repetidas veces gritar mientras dormía. Hasta el alba—. ¡La manzana podrida!... ¡Los gusanos!...

## Capítulo 32

Pequeño Zhang sudaba abundantemente. La idea de aquel examen no le había dejado cerrar un ojo durante dos noches seguidas. Cuando luego había sabido que asistiría también Longobardo, le entró el pánico. Se tuvo que concentrar para responder a la última pregunta de Schreck.

—Para buscar la virtud de la planta es necesario transformarlas en licor simple. La extracción de los jugos y de la tintura tiene que ocurrir lentamente y con la llama baja.

Schreck se acomodó mejor encima de la cama, colocó la manta sobre los pies, aprobó con la cabeza y siguió preguntándole con inflexibilidad.

—¿Cuáles son los tipos de líquidos que conoces?

—Las aguas, es decir, los licores destilados que son insípidos y sin olor, luego los licores acuosos que se pueden mezclar con el agua y los alcoholes que son también acuosos pero tienen un sabor manifiesto. Entre estos últimos, están los acres que calientan la lengua, los acres que corrompen y los sulfurosos u orinosos que saben a orina, los mixtos en los que domina el sabor ácido, los ardientes que se inflaman y los salinos.

Se sentía satisfecho y esperaba haber terminado el examen. Pero llegó otra pregunta.

—¿Y de las sales, qué sabes?

—Están las amoniacales que saben a lejía y las salinas, que en la lengua tienen el efecto de la sal común.

—¿Cómo puedes darte cuenta si en algún licor hay ácido?

—El ácido se convierte en rojo si lo mezclo con la sal de Saturno, o con el vitriolo alemán, o con el girasol, o con el sublimado.

Fue en ese momento cuando intervino el viejo Longobardo. Desde el principio estaba sentado junto a Schreck y asistía a las preguntas aprobando dócilmente con la cabeza, cualquier respuesta.

—Creo que puede bastar. No soy un especialista, pero me parece que Pequeño Zhang está demostrando que conoce la materia. ¿Qué opináis?

—Tiene mi plena aprobación —confirmó Schreck.

Por una parte Pequeño Zhang estaba feliz por haberlo hecho bien, por el otro, no entendía por qué tenía que ser nombrado el farmacéutico de la misión, ya que estaba padre Terrentius. El joven salió a buscar a Pequeño Crisantemo para darle la noticia, mientras que los dos jesuitas permanecieron sin abrir la boca por un buen rato. Luego Schreck dijo.

—He reflexionado sobre lo que se tendrá que hacer. Me gustaría que todas nuestras traducciones fueran publicadas juntas, como quiere el emperador, en una

enciclopedia con un único título, *Chong Zhen li shu*, *Libro calendarista de la época Chong Zhen*, así el Hijo del Cielo estará satisfecho. Incluiréis los libros de matemáticas, los de astronomía, un atlante celeste y todos los mapas del Sol y la Luna... ¡Qué rabia que nunca hayamos tenido los del señor Galilei! Es necesario luego construir unos telescopios en cobre y nuevos sextantes y esferas armilares en bronce, con la división del círculo siguiendo la línea europea, para presentarlos en la corte y que se conviertan en instrumentos de uso común, también en el observatorio imperial.

—Y además será natural para ellos aceptar también nuestra religión —añadió Longobardo.

—Quizás... Pero yo ya no estaré. Me lo han confirmado los doctores del Colegio Imperial de Medicina. Mi *qi* ha bajado a un nivel tan bajo que no es posible potenciarlo. No llegaré al mes de junio. No sé lo que me está matando, es todo mi cuerpo que se degrada, todo junto, lentamente. He experimentado con raíces, hierbas, minerales, restos animales, pero no encuentro nada que me cure. No hay nada más que hacer.

—¿Estáis seguro?

—Sí.

—Desde que hace once meses el emperador os encargó la corrección del calendario, rezo todavía más al Señor por vuestra salud.

—Se ve que en este momento tiene problemas más importantes de los que ocuparse.

—No bromeéis.

—Efectivamente, hay poco de lo que bromear.

Esta vez el silencio duró demasiados minutos. A Longobardo no le cabía en la cabeza el fin inminente de Schreck, marcado por la lucidez y la serenidad con la que hacía frente a la dura prueba. Le apretó una mano y la sintió fría como el mármol. Intentó animarle.

—Sois el presuntuoso de siempre, pensáis que lo habéis entendido todo. Quizás dentro de poco os encontraréis mejor y volveréis al trabajo más en forma que antes. Veréis, el *Chong Zhen li shu* lo terminaréis vos.

—Sabéis que no será así. Para conseguir concluir tal encargo, sugerid que me suceda Adam Schall von Bell. Es un hombre decidido, rápido, el único capaz de dirigir y llevar adelante esta empresa. Tiene los nervios de acero, ideas claras, y para las matemáticas no hay nadie entre nosotros que sepa más. Estoy seguro de que Pablo Xu Guanqi y León Zhizao aprobarán esta elección y la sugerirán al emperador.

—Adam es una persona preparada, pero no aprueba vuestras ideas ni vuestros métodos experimentales. Os ha obstaculizado siempre.

Se escucharon cercanos los toques de la campana que anunciaban la hora. «Esas

campanadas me llaman», pensó Schreck. No sentía ya ningún deseo por nada, el olor de su cuarto le molestaba, advertía un conjunto de recuerdos, y una vez más la imagen de su vida que se descomponía en el pecho para luego deshacerse en mil pedazos. A través de la cortina que oscurecía la ventana se filtró, por un golpe de brisa, un rayo luminoso que se convirtió en chispas en sus ojos. Tenía que responder al superior.

—Adam es solo un hombre en gran dificultad, como lo son nuestros tiempos —quién sabe por qué le había salido aquella frase. Mientras la decía tuvo una visión dolorosa. Quizás también los recuerdos le estaban devorando, junto al mal. Se acordó de los ojos cansados de Galileo y el rostro de Federico Cesi con el catalejo astronómico entre las manos, mientras decía las mismas palabras hablando de Cremonini.

Longobardo dejó que Schreck bebiera una taza que le había traído Pequeño Zhang. El alemán pareció adquirir un poco de energía, ya que le dirigió una sonrisa de agradecimiento al joven antes de que este se marchara. El viejo superior tenía los ojos velados, la voz rota por la emoción.

—Es verdad, Adam es un hombre enérgico y tiene sus méritos. Os escucho y pediré a León y a Pablo que lo presenten en la corte. Seguramente me ayudará también a hacer frente a las dificultades que vendrán de Europa, y de las que os hablaré en otra ocasión. Ahora descansad.

—¡No me dejéis con la curiosidad! No me canso escuchando.

—Ahora que se han tranquilizado los problemas con las autoridades chinas, es de Europa desde donde llegan las complicaciones —dijo el anciano.

—¿En qué sentido?

—Me ha llegado un amplio despacho de Roma, que salió hace un año, en el que el general me expone los interrogantes que algunos doctores de la Sorbona han presentado para desacreditar nuestra misión.

—¿Por ejemplo?

—Os los enumero. El primero tiene que ver con los que nosotros bautizamos en China. Bien, se preguntan en París, ¿se confiesan y comulgan al menos una vez al año?

—¡Y quién lo sabe! Son pocos y encima dispersos en un territorio inmenso. Ah, se ve que no tienen otra cosa mejor que hacer esos listillos.

—Otra cuestión tiene que ver con el hecho de que al bautizar a las mujeres eliminamos de la ceremonia la saliva, la sal y el aceite, y luego no administramos el sacramento de la extremaunción.

—¡Que intenten ellos tocar con la saliva y la sal a una mujer china o marcar con aceite a un moribundo! ¡Los harían mil pedazos! Aquí la tradición y la superstición van más allá de la teología, de la filosofía y de nuestros ritos que, si se dice la verdad,

no me maravillo si parecen misteriosos y quizás ofensivos.

—Nuestros detractores preguntan también si es justo que los cristianos chinos presten el dinero con el treinta por ciento de usura, como es la ley del Estado, en vez de hacerlo gratis como los cristianos. Todavía más, ¿pueden los cristianos chinos, por miedo de actos hostiles o de perder prestigio social, seguir subvencionando fiestas en honor a Confucio o a Buda o a otros dioses falsos? ¿Por qué los cristianos falsos no tienen un crucifijo entre las manos, cuando se arrodillan delante de las autoridades o en los templos? ¿Por qué nosotros, misioneros, nos arrodillamos delante del emperador? Y, ¿por qué exponemos en el altar una tablita con la frase, «Diez mil años al emperador de China», en vez del crucifijo?

Schreck rió de corazón.

—¡Qué idiotas! Escribid al general que los doctores son solo unos estúpidos. La verdad es que no digieren la idea de que a los jesuitas nos aceptan en la corte, que nuestras misiones en Oriente son ahora estables y fuertes, y que Portugal nos protege.

—Nos crearán muchos problemas.

—Sabréis hacer frente también a estos.

—Con la ayuda de Dios.

—Con su ayuda, claro, pero también con la de Adam y naturalmente, con un poco de suerte. ¿Me haríais un favor?

—Claro.

—Pequeño Zhang conserva una serie de dibujos que he hecho en tantos años de estudio. Tenía la vanidad terrena de publicarlos en un libro que me hubiera gustado llamar *Plinius Indicus*. Ahora todo esto no me interesa ya. Coged vos esos dibujos, y haced lo que mejor creáis, espero que sirvan a algo o a alguien.

—De acuerdo, quedaos tranquilo.

El alemán se subió la manta hasta el cuerpo.

—Hace frío hoy, más de lo previsto.

—Es preocupante este frío repentino, me deja pensativo.

—¿Estáis inquieto porque hace frío?

—No es solo eso. Es que el agua del pozo es fangosa y emite un olor nauseabundo. No hace viento y, en cambio, la superficie del lago del jardín parece encrespada. El cielo es límpido de una forma insólita, menos esa nube que se extiende a lo largo —indicó hacia arriba—, y luego los cerdos están inquietos. Todos son señales precursoras de un terremoto...

Schreck miró fuera de la ventana y vio una única nube azulona, fina como una vena. Al bajar la mirada, se le apareció en el vano de la ventana Pablo Xu Guangqi. En una pausa del trabajo de traducción, estaba sentado en el patio en una silla, con el rosario entre las manos. Lo había visto tantas veces con su *mala*, que en un principio no hizo ni siquiera caso. Pero observando bien, le llamaron la atención los ojos

abiertos de par en par perdidos en el vacío. De los labios apenas cerrados se escuchaba la cantilena budista de los Versos de la Ley, el *Dhammapada*.

—De los senderos, el óctuple es el mejor, de las verdades las cuatro palabras. La ausencia de las pasiones es la mejor doctrina y, entre los bípedos, el mejor es aquel que tiene ojos para ver... —nunca Pablo Xu Quangqi se había mostrado en una meditación tan profunda.

Continuó observando con atención el rostro rígido, petrificado, ausente, el cuerpo inmóvil, sin ni siquiera una muestra de respiración. Parecía una estatua. Si no hubiese sido por el lento y metódico moverse de los granos del rosario y el sumergido susurro que emitía, se podría pensar que estaba muerto.

Cuanto más lo miraba en aquella posición hierática, más le comunicaba algo el chino. Algo inquietante. ¡Eso es! ¿Pero el qué?

—Este es el sendero, no hay otro para purificar la visión. Esta es la liberación... —en cada frase, las bolitas de madera de higo resbalaban entre las yemas de los dedos, una detrás de otra, con un movimiento lento, preciso, como el de un reloj. Una detrás de otra. Schreck quedó fascinado por el mágico avanzar inexorable de las bolitas y comenzó, sin ni siquiera darse cuenta a contarlas. Y en contarlas quedó embelesado por aquel ejercicio de habilidad. ¡Se movían por sí solas! Una detrás de otra. Una. Dos. Tres... Una detrás de otra... Cuatro. Cinco. Seis...—. Todos los elementos de la existencia no son permanentes. Cuando con la inteligencia así se intuye, nos extinguimos respecto al sufrimiento... —Siete. Ocho... Una detrás de otra... Nueve. Diez. Once.

Habría contado todas, las ciento ocho bolitas, si el escalofrío helado en la espalda no hubiese llegado de repente. El dolor lo dejó sin respiración, una puñalada atroz en la espalda. Por un instante se quedó con la boca abierta, buscando aire.

Longobardo, que había seguido la mirada de Schreck y que también había descubierto al amigo chino rezando, tuvo la impresión de estar ante la presencia de dos estatuas, una en el patio... la otra junto a él. Pero mientras Pablo Xu Guangqi estaba inmerso en su profunda meditación, Johann Schreck estaba como fulminado, fulminado violentamente por una repentina y terrible revelación.

—¡El rosario! —le salió de la boca, pero al superior le pareció un suspiro.

Tan rápido como había llegado, el momento helado pasó y Schreck mejoró. El aire comenzó a ventilar sus pulmones y la sangre a circular. En la mente de Terrentius todo comenzó a situarse en su lugar. Como los pájaros marítimos encuentran refugio sobre la inaccesible pared arrastrada por la furia de los elementos, así los hechos, los comportamientos y las palabras del pasado, se convirtieron en puntos claros y legibles, y los vacíos de memoria se llenaron con naturalidad. Ahora sabía quién era el sabueso de la Inquisición que le había seguido hasta China.

Hizo un gesto para tranquilizar a Longobardo que le miraba con ansia y le dijo.

—Todo bien, la cabeza me daba vueltas, algo leve, ya ha pasado. Permittedme, salgo un momento por necesidades del cuerpo —y, liberándose de la manta, se apoyó en el bastón de paseo, se levantó, dio lentamente los pasos necesarios, para llegar hasta la puerta, y salió bajo los ojos cada vez más preocupados del viejo jesuita.

Lo encontró en la iglesia. Estaba desplomado sobre el suelo, sumido en la penumbra. Tumbado boca abajo, con los brazos alargados en cruz, el traje negro de la túnica que sobresaltaba. Los sollozos, sofocados, llegaban suavizados. Alguien había cerrado las contraventanas y todo se encontraba inmerso en una atmosfera irreal. Los paneles de madera esculpidos, que contaban el Vía Crucis se desanudaban sobre las paredes tomando la apariencia de manchas inquietantes, con los personajes en relieve de los que se divisaban solamente pequeños detalles. Una mano implorante, el dorso de un caballo, la corona de espinas, la lanza de un legionario. Un único rayo penetraba por una fisura y golpeaba la estatua de la Virgen, con los ojos almendrados y con el Niño Jesús en Brazos, rígida sobre su alto pedestal. La corona dorada apoyada sobre la cabeza reflejaba la luz, brillando.

Schreck cerró despacio la puerta tras él y avanzó a lo largo de la nave central. Un paso detrás del otro, sin titubeos, pero con lentitud. Precisamente como los granos del rosario.

En su desesperación, el otro no le escuchó llegar, había comenzado a implorar, alternando sollozos y suspiros entre las palabras.

—Oh, santísimo sacerdote de Dios, glorioso confesor, eminente predicador...

—¡Estoy aquí! —exclamó Schreck.

El otro interrumpió de golpe la letanía y se paralizó. Pero permaneció con la cabeza aplastada contra el suelo.

—¡Estoy aquí! —repitió implacable, y continuó la frase que el otro había dejado a medias—. Beatísimo Domingo, hombre elegido por el Señor, objeto de su alegría y de su predilección... Es una bonita oración, la de Jordano de Sajonia.

El otro se había levantado mientras tanto apoyándose en un codo, con los ojos húmedos por el llanto que miraban el suelo.

—¿Dónde me he equivocado? —le preguntó, levantando finalmente la mirada. Las mejillas estaban surcadas por lágrimas que brotaban durante el ejercicio de arrepentimiento.

El alemán se sentó en la extremidad del banco más cercana al altar.

—El rosario —contestó.

—¿El rosario?

—No es costumbre de nosotros los jesuitas, rezar con un instrumento inventado por santo Domingo.

—¡Cura las plagas de la sociedad! Gregorio XIII, que no debería disgustaros ya que protegía a los jesuitas y promovió el calendario que estáis intentando introducir

en China, explicó que el rosario fue instituido por santo Domingo, para aplacar la ira de Dios y obtener la intercesión de la Santísima Virgen.

—¡Oh! Si es por esto, Urbano IV, proclamó que a través del rosario llegan nuevas gracias al pueblo de los cristianos. León X afirmó que la oración con el rosario fue inventada contra el avance de las herejías y contra los heresiarcas. Julio III lo definió, una decoración de la Iglesia de Roma. Pío V estaba convencido de que recitar el rosario ahuyentaba las tinieblas de la herejía, y que encendía y animaba a los fieles hasta el punto de transformarlos en hombres mejores... Me estaba olvidando, Sixto IV dijo que recitar el rosario promueve el honor de Dios y de la Virgen y aleja los peligros del mundo.

—¿Solo el rosario os ha traído hasta mí?

—Es el indicio principal, Julio, pero si examino bien el pasado, no es sino una de las muchas señales que habéis dejado de vuestras barbaridades, y que solo hoy, después de tantos años, he descifrado.

Tolentino se levantó lentamente y se sacudió la túnica. Luego, cautelosamente, se sentó en el mismo banco en el que estaba Schreck, pero en la extremidad opuesta, cerca de la Virgen de mármol que desde encima del pedestal parecía mirarle solo a él.

—¿Señales? He sido un incauto refugiándome en el rosario, os lo acepto, pero no recuerdo haber cometido otras imprudencias.

—Os las enumero, juzgaréis vosotros mismos si habéis sido poco hábil, o más bien, demasiado seguro de vos mismo. Son cosas que ocurren a quien cree ser el depositario de la justicia divina. En primer lugar, todavía Jordano de Sajonia. «Venid en ayuda, o Buenísimo Padre, venid en ayuda, Clementísimo, os lo ruego, de mi alma pecadora, privada de gracia y de virtud, cargada de miserias, envuelta en el vicio y el pecado, socorredla...». ¿Os acordáis? Estábamos enfermos, había muchos muertos y moribundos en la *San Carlos*, mientras navegábamos hacia el sur y rezábamos al Señor. Vos, en cambio, invocabais a santo Domingo, con la excelente oración compuesta para su canonización por Jordano de Sajonia, primer sucesor a la cabeza de los frailes predicadores. En aquel momento me llamó la atención que la recitarais, pero luego se pasó, hasta hoy... Y si bien recuerdo, me pasa por la mente que usasteis las palabras de Jordano de Sajonia también cuando el pobre Cavallina expiró. «Venid por lo tanto en mi ayuda, os lo ruego, venid en ayuda de todas aquellas personas que quiero». Yo le acababa de cerrar los ojos... Y en mi cabecera en Hangzhou, después de mi primer malestar, rezasteis, «... dulce, lleno de equilibrio, justo, glorioso...». Siempre santo Domingo.

—El cardenal Ugolino de Ostia, Conrad d'Urach, cardenal de Porto, Gregorio de Crescenti, cardenal de San Teodoro, Raniero Capocci, cardenal de Santa María en Cosmedina, Esteban de Fossanova, cardenal de los Doce Apóstoles, Robert de Courson, cardenal de San Esteban en Celio Monte... Todos los potentes y santos

hombres de la Iglesia admiraban y protegían a Domingo de Guzmán. ¡Vos lo despreciáis!

—No desprecio a santo Domingo, pero qué horror esos dominicos que como vos están convencidos de que actúan según sus enseñanzas y tienen las garras que chorrean de la sangre de sus víctimas.

—*¡On no val sehangols, val bagols!* —gritó Tolentino con la frente que le palpitaba—. Adonde no va la bendición llega el bastón, decía Domingo, y nosotros somos el bastón de Dios.

—¡Callad y escuchadme! Después de vuestra descuidada oración, llegaron la destrucción de la farmacia y la desaparición de mis instrumentos quirúrgicos.

—Si vos rechazáis volver a la Verdad que salva, llamaremos contra vos a los comandantes y prelados que, a mi pesar, reunirán contra este país la potencia de las naciones y harán morir a mucha gente con la espada, harán caer las torres, abatirán las murallas y los esclavizarán. ¡Oh, dolor! ¡Así prevalecerá el bastón, su fuerza, donde la dulzura y la bendición no han podido hacer nada! —protestó Tolentino.

Schreck continuó como si no le hubieran interrumpido. No le asustaba la maldición de santo Domingo, sentía una energía inesperada nacer dentro de él.

—Fuiste hábil no dejando rastros, en aquellas ocasiones. Ni sembraste en cambio en Goa. Recuerdo vuestra apología a Inocencio VIII, el cazador de las brujas, y de Francisco I, el destructor de los valdeses, y la agudeza que se basaba en el Salmo número 73 «Amanece, Dios y tu causa defiende», decíais para hacernos sonreír. Lo conocéis bien ese salmo, es el mismo del que se extrajo *Exsurge Domine et indica causam tuam*. El lema de la Inquisición que se observa en el estandarte delante de la Santa Casa de Goa... ¡Ah! ¡Aquel invento de convocación que me hicieron para curar a un enfermo inexistente! —sintió otra inyección de energía—. ¡La conocíais tan bien que sabíais que los prisioneros blancos son tratados mejor que los indígenas! Al menos en las comidas, precisasteis. Y el Gran Inquisidor de Goa, Francisco Delgado De Matos, estaba incluso informado de que no tenía ya conmigo mis hierbas. Fui un estúpido entonces, al no darme cuenta de que habíais sido vos el que había tocado entre mis cosas y destruido los vegetales. Sabíais dónde los guardaba, os lo había enseñado yo. Pero la corteza venenosa del *stroont-boom* se os escapó. Se salvó de la rápida furia que teníais contra mi farmacia, y vos lo notasteis porque fuisteis precisamente vos, junto a Jaime Rho, quien me ayudasteis a recuperar cuanto se había salvado de la devastación...

—Monseñor Delgado De Matos conoce de vos mucho más de lo que imagináis, y os espera con la paciencia que el padre debe tener con un hijo bien querido que se tuerce, y el rigor que no puede faltar si se quiere que la obra de correcciones de errores tenga efectos duraderos... eternos, si queréis.

—Y cuando llegamos a Macao aprovechasteis la caída de mi equipaje, fuisteis el

primero en correr para recuperarlo. Seguramente fue en aquellos momentos de confusión cuando conseguisteis apoderaros de la raíz... Vuestra caja ahora está atada con una doble cuerda, y no se puede caer... me asegurasteis —se interrumpió para sopesar un recuerdo doloroso que se añadía a tantos otros—. Y fuisteis vos quien denunciasteis al pobre padre Gaspar, que me regaló unos instrumentos quirúrgicos nuevos, estabais en el laboratorio conmigo cuando me los mostró... ¡También a él lo tenéis sobre vuestra conciencia!

—Un hombre peligroso. ¿Os interesa saber cómo ha terminado? He sabido que lloró como un ternero ensangrentado, cuando le rompían los dedos de las manos y de los pies... uno a uno... pero dijo que no tenía nada que confesar. Ahora es solo una nube de humo que vaga inquieta, desesperándose, quién sabe dónde.

—¡*Domini canes!* ¡Esos como vos son los perros del Señor! ¡Bestias inmundas!

El otro le desafió con una sonrisa irónica.

—No os enfadéis siempre contra los dominicos. Recordad a Girolamo de Savonarola. Era también él un dominico y murió quemado en la hoguera. La Inquisición es un instrumento objetivo, equilibrado y justo. El Santo Pontífice lo utiliza para arrancar las malas hierbas que dañan la viña del Señor. Es verdad, nosotros los dominicanos somos la columna fundamental de la Inquisición, pero junto a ella están otras órdenes religiosas y, sabéis muy bien, que no somos nosotros quienes torturamos o colgamos o quemamos a los herejes. Nosotros solo les juzgamos, es el brazo secular quien se ocupa de aplicar las penas.

—¿Os apetece sonreír? No me asombro. Conseguisteis incluso bromear sobre la circuncisión de Cristo, para afirmar que los jesuitas no tienen que temer ser unos cirujanos, y nos reímos todos en aquella ocasión, olvidando que un momento antes habíais citado de memoria la bula de Sixto V sobre la Congregación del índice, demostrando conocerla palabra a palabra. Y cuando vimos desde el junco a Gaspar arrestado, citasteis con gran cognición también un canon del Concilio de Trento... Tenéis una buena memoria...

—También vos, me parece.

—Es así, pero no conozco todos los documentos que usáis vos sobre la Inquisición para encastrar a los inocentes.

—Inocentes no, gente nociva que tiene el aliento de azufre, ¡herejes!

—¡Callaos, no he terminado! En casa de Miguel Yang Tingyun repetisteis incluso las palabras del precepto, con las que la Congregación del índice suspendía los libros que exponían la teoría de Copérnico... *suspendendos esse, donee corrigantur...* ¡Tenía que haberme preguntado entonces por qué conocíais tan bien aquel texto!

—Porque fui uno de los que ayudaron al notario del Santo Oficio a copiarlo, para enviarlo a los Inquisidores y a las universidades de toda la península y fuera de las fronteras.

—Fue solo el miedo a China y a los chinos el que tuvo temporáneamente alejada vuestra locura. Durante el traslado hacia Hangzhou, sin embargo, se os escapó *Honeste vivere, discere et docere*, el lema de los dominicos. Lo dedicasteis a los bonzos del monasterio de Nanhua. Fue la única frase que el terror por ser arrestado no os hizo tragar... ¿Recordáis? Permanecisteis mudo durante todo el viaje...

Tolentino comenzó a ponerse nervioso sobre el banco. Hizo un movimiento como para levantarse, pero pareció pensarlo dos veces. Schreck se percató de aquel furtivo movimiento y le intimidó.

—No podéis irros, ¡tenéis que escucharme todavía! —le dijo indicándole con el dedo que le temblaba—. Y por último realizasteis el asesinato, primero, de Sabatino, y luego, de Miguel Yang Tingyun. Fuisteis vos quien convenció a De Ursis a beber el *stroont-boom*, aprovechasteis que Pequeño Zhang se había alejado del cuarto en el que descansaba para dárselo. A lo mejor incluso le dijisteis que se lo enviaba yo... Igual que habéis utilizado mi nombre para entregarle al señor Miguel Yang Tingyun, aquellas hierbas con la corteza maléfica que le han matado. Acababa de venir al colegio para despedirse, y sabíais como todos nosotros que estaría fuera durante un mes... Tenía todo el tiempo para que terminara el recipiente de las hierbas, incluida la corteza. ¿Por qué habéis hecho todo esto?

El rostro de Tolentino se transformó en una máscara trágica. Los ojos alucinados, la boca abierta como una herida escandalosa.

—Para que salierais al descubierto, Terrentius. Tenía una misión que llevar a cabo, la de recoger pruebas sobre vuestras actividades ilícitas.

—Y no habéis dudado en asesinar, para realizar vuestro fin.

—Usáis palabras graves. Abraham esperó noventa y nueve años antes de que Dios consintiera a su mujer Sara, que tenía noventa, que generase a Isaac, su hijo tan deseado. Pero no dudó a la hora de obedecer al Señor que le pidió que sacrificara al niño. Y lo habría hecho si el Altísimo no le hubiese detenido la mano... Dios da y Dios toma —comenzó a avanzar, arrastrándose imperceptiblemente sobre el banco, con un movimiento invisible y luego se detuvo—. Yo he inmolado a dos ángeles sacrificables sobre el altar del Señor para glorificarlo y... para que salieseis al descubierto. Estaba seguro de que un médico de vuestras características no habría resistido a la llamada del alma racional. Conseguir saber cómo habían muerto ambos. Pero no tuve la fuerza de denunciaros después de la autopsia de Sabatino, porque en aquel período estábamos todos en fuerte peligro, y habría arriesgado mi vida si los chinos hubieran sabido que, en aquella casa de los extranjeros, se profanaban los muertos. Con Miguel, en cambio, os reísteis de mí. Ni siquiera tocasteis su cadáver.

—No fue necesario, fue suficiente un simple experimento para permitirme entender las causas de su muerte.

Tolentino hizo otro pequeño, lentísimo, movimiento hacia el alemán.

—Las investigaciones científicas... Los experimentos... La angustia de la soledad me han hecho compañía en todo este tiempo transcurrido junto a vos, mientras os vigilaba, os espiaba... Me empapaba de todas vuestras doctrinas y las repetía, como si fuese uno de esos pájaros colorados que imitan la voz humana. ¡Vuestras doctrinas! Habría cedido a sus encantos si no me hubieran defendido el rosario y las oraciones. Y cómo habría sido irónica la suerte si quien sucumbía a vuestros encantos hubiera sido yo, uno que os da la caza precisamente para impedirlos que los profeséis —otro imperceptible movimiento y comenzó a murmurar—. Dulce, lleno de equilibrio, justo, glorioso, con quien está en la gloria, listo a llorar con los infelices, paciente, bueno, lleno de bondad para consolar...

Schreck aguzó los oídos, el otro siguió arrastrándose por el banco, avanzando lentamente.

—¿No recordáis estas palabras? —Schreck estaba inmóvil, como hipnotizado. Tolentino metió una mano en el bolsillo y se acercó todavía más al alemán—. Forman parte de los testimonios recogidos durante el proceso de canonización de Domingo, las recité junto al cadáver de Miguel Yang Tingyun para agradecer al santo haberme dado fuerzas para seguir realizando mi misión.

—¡Creía haberos conquistado para la causa del pensamiento libre, en cambio alimentaba el veneno en la serpiente del demonio!

—He podido hacer bonitos discursos gracias a lo que me habéis enseñado, os lo agradezco. Pero cada vez que magnificaba vuestra maldita ciencia que dibujaba la Verdad, pasaba horas pidiéndole perdón a Aquél que mueve el universo alrededor de la Tierra. Pero ahora todo ha terminado —se puso de pie repentinamente susurrando con devoción—. Yo digo, pronuncio y discierno que tú, Johann Schreck, alias Terrentius, convertido en un gran sospechoso de herejía por el Santo Oficio, por las mentirosas doctrinas que profesas y por las prácticas prohibidas que operas, contrarias a las santas y divinas Escrituras, seas condenado a restituir la vida a quien te la ha donado. *¡Misericordia et Iustitia!* —y dando un salto cayó sobre Schreck paralizado en el banco.

En la mano apareció el rosario de cuerda. Schreck se maravilló de tener tiempo para darse cuenta de lo simple y pobre que era, con nudos en lugar de granos. Con un movimiento fulminante, Tolentino lo pasó alrededor del cuello del alemán y dio un fuerte tirón arrastrándolo hasta el suelo. No hubo una verdadera lucha, los dos dieron vueltas uno sobre el otro, componiendo una masa oscura, todavía más por la penumbra de la iglesia.

Schreck se dio cuenta de que no tenía fuerzas para resistir. Sintió que la cuerda le apretaba alrededor de la garganta, entendió que estaba desplomándose y que el aire no le entraba en los pulmones. «¡Que se haga tu voluntad!». Vio en un rayo de luz al pequeño Donato que le llamaba sonriendo.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Agong! ¡Agong! —fue su último pensamiento, antes de que una fortísima sensación de náuseas le estrangulara el estómago.

La cabeza le dio vueltas violentamente y de repente sintió un movimiento diferente. Ahora había una fuerza sobrehumana que lo zarandeaba y le agitaba atacado, acompañada primero por un fragor y luego por un ruido sordo y continuo, que le penetró violentamente en los oídos. Y todo se movía a su alrededor. También Tolentino temblaba sobre él, sin dejar la presa. Todavía más fuerte, llegó un ruido seco, como si una rama se rompiera, y luego llegó un golpe sordo y terrible. En aquel preciso instante el aire entró de nuevo en los pulmones procurándole un dolor raspante, como si, en vez de aire, estuviera inhalando polvo de cristal. Había comenzado a respirar.

Schreck permaneció durante algunos segundos alrededor de la vida que volvía. El dolor que sentía en el cuello era la prueba de que todavía seguía vivo. Pero no advertía ya el apretón mortal, ni el enorme peso gravaba ya sobre él. Con dificultad se levantó sobre un codo. El ruido de un objeto metálico que rodaba le hizo abrir los ojos, se los frotó y fue focalizando. La corona dorada de la Virgen María giró una última vez sobre sí misma, antes de depositarse en el suelo. El horizonte de visión de Schreck se amplió, y antes de perder los sentidos vio junto a él una masa oscura, inerte. Tolentino yacía en medio de un charco de sangre, y junto a él la estatua de la Virgen. La pesada escultura de mármol se había caído del pedestal y le había roto la cabeza.

—Ha sido un terremoto terrible, pero lo esperaba —decía en voz baja Nicolás Longobardo a Jaime Rho que le escuchaba con respeto—. El gas de debajo de la tierra se ha movido como un viento vigoroso, se ha unido, concentrado, adquirido fuerza y luego ha sido expulsado. Según la clasificación de Abeldó, es un terremoto del quinto tipo, ya que en el suelo han aparecido fisuras.

Entre tanto, Longobardo se percató de que Schreck había abierto los ojos, y calló.

Este estaba tumbado sobre un largo y ancho sillón de piedra, fuera de la iglesia, en esa parte del patio a la que asomaban los alojamientos. Bajo la nuca le habían puesto un cojín hecho de la mejor forma con trozos de tela. Al otro lado de la muralla se escuchaba el clamor de una multitud en movimiento.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué es esta confusión? —preguntó el alemán con un murmullo.

—Hemos tenido un temblor muy fuerte y muchos edificios están dañados —dijo el superior cogiéndole la mano entre las suyas, fría como siempre—. La gente escapa hacia las colinas perfumadas, para pasar la noche. Tienen miedo de que se repita. Aquí, no hay daños importantes. Os hemos encontrado en la iglesia... Estabais junto al pobre Julio Tolentino... Un hombre generoso y pío. Rezaba antes de que la muerte

le sorprendiera. Tenía el rosario todavía entre las manos.

Una luz rojiza había comenzado a invadir el cielo. La larga y fina nube azul que lo recorría antes del sisma se había roto en una serie de pequeños trozos de algodón, rojizos como las mejillas de un niño.

—Como las mejillas del emperador —pensó en alto Schreck—. Me gustaría ver este bonito atardecer que nos ha regalado el primer día de mayo. ¿Me ayudáis a ir al jardín? —susurró a Longobardo.

El viejo jesuita quedó paralizado por la petición, pero veía a Schreck en tan mal estado que no le entraron ganas de discutir. Le ayudó con dulzura a incorporarse, y luego a levantarse, y se dirigieron con pequeños pasos, el uno apoyado en el otro.

El jardín no era grande, pero ofrecía una variedad de plantas que hacían que fuera un lugar fresco y perfumado. Estaba adosado a la pared meridional de la muralla exterior de la residencia de los jesuitas, y dentro parecía estar fuera del mundo.

Schreck se sentó con dificultad en el banco.

—Menos mal, que está siempre disponible para dejarse admirar y observar... Y dejarse medir... —susurró mirando hacia arriba.

—¿De quién habláis? —preguntó Longobardo.

—Del cielo —respondió el alemán con los ojos siempre fijos hacia arriba.

Pero al contemplar todo aquel rojo que coloreaba quedó atrapado por la melancolía.

# Conclusión

El 13 de mayo de 1630 Johann Shreck, conocido como Terrentius, murió en Pekín, después de haber ingerido un vegetal que consideraba curativo, pero del que no conocía la propiedad. La crónica de su desaparición está en las páginas dedicadas a China en *Historia de la Compañía de Jesús en China* de Daniello Bartoli, de 1663. Su muerte fue un gran luto para todos ya que él «era reverenciado hasta idolatrado, lloraron su pérdida, y sus limosnas espontáneas formaron parte en el honor de las exequias, las cuales fueron las primeras solemnes, que en aquella Corte, después del exilio se celebraron».

Schreck fue enterrado en el cementerio de Shala en Pekín, donde está también la tumba de Mateo Ricci.

El sucesor de Schreck en la labor de corrección del calendario chino fue Johann Adam Schall von Bell. Este, con la colaboración de Jaime Rho, Pablo Xu Guangqi, León Li Zhizao y otros convertidos chinos, en el quinquenio 1631-1635 presentaron al trono la enciclopedia científica *Chong Zhen li shu*, en ciento treinta y siete capítulos, incluidos dos atlantes celestiales y algunos instrumentos astronómicos, entre los que estaba un telescopio. El *Chong Zhen li shu* fue publicado de nuevo con un título diferente en los años 1645, 1669 y 1674 y todavía en el siglo XVIII.

Con la llegada de la nueva dinastía Qing, fundada por los manchús, en 1644 Schall von Bell fue nombrado director del Observatorio astronómico imperial, cargo que mantuvo hasta el 1664, año en el que cayó en desgracia. Fue encarcelado y condenado a muerte. Rehabilitado poco después, fue liberado. Murió en el 1666 y también él fue enterrado con todos los honores en Shala. Después de Schall von Bell, hasta 1779, otros diez misioneros jesuitas tuvieron el cargo de director del Observatorio astronómico imperial.

En 1900, durante la revuelta de los Boxer, el cementerio de Shala fue asaltado y los restos de los misioneros quedaron dispersos. En el lugar del cementerio, hay hoy una escuela del Partido Comunista chino, y en un patio vallado en el jardín, se pueden ver las estrellas de piedra que marcaban las tumbas de los europeos.

En su *Historica relatio*, escrita para recordar los acontecimientos durante la misión, Adam Schall von Bell habla ampliamente de Johann Schreck, manifestando su estima científica y humana. Aparte de en esta obra y en la de *Historia* de Bartoli, no hay más rastros del nombre de Schreck en ningún otro escrito o documento oficial de los jesuitas entre los siglos XVII y XVIII, como si jamás hubiera existido en China un misionero científico llamado Terrentius, amigo de Galileo Galilei y miembro, al igual que el científico pisano, de la Academia de los Lincei.

Recordemos que la Academia de los Lincei, fundada en 1603 es la más antigua entre las academias de ciencias. Después de una vida difícil a lo largo de los siglos, es

actualmente la más prestigiosa academia que tiene Italia. En ella están inscritos estudiosos de fama internacional y numerosos premios Nobel.

La segunda edición del *Ben cao gang mu* fue publicada en Hangzhou en 1640, con nuevas ilustraciones, estilísticamente mejor que las realizadas en la primera edición. En el momento en el que se encuentran mis investigaciones, la participación de Schreck en el renovar el proyecto iconográfico del *Tratado de terapia vegetal* es solo una hipótesis.

El *Plinius Indicus* que Schreck realizó durante su aventura asiática, y del que habla en su correspondencia desde China, no se ha encontrado todavía. Las últimas noticias que se tienen de él son de 1748 y 1751, en dos cartas desde China que el misionero jesuita y naturalista Pierre Noël Le Chéron de Incarville escribió a su maestro Bernard de Jussieu. En la primera de estas se lee que el herbolario del padre Terrentius... *está escrito enteramente en chino, con las plantas dibujadas con sus colores naturales*. En la segunda, *en relación con el herbolario de padre Terrentius, he mandado que realicen dos copias. Os enviaré una y reservaré la otra para mí*.

Como bien se sabe, el sobrino de Bernard, Antoine-Laurent de Jussieu, fue el principal organizador del Museo de Historia Natural de París, y precisamente en la biblioteca de este museo y en el de la Sociedad Asiática, están conservadas dos copias manuscritas de un herbolario muy parecido a la segunda edición del *Ben cao gang mu*, con espléndidas ilustraciones en color. ¿Hay un punto de conexión entre estos dos manuscritos y el *Plinius Indicus*?

# Nota del autor

## *Nemo propheta in patria*

En 1996 tuve una subvención del ministerio de educación de la República de China (Taiwán) y pude pasar algunos meses estudiando antiguos documentos conservados en las bibliotecas de la bella isla tropical, relacionados con la epopeya de los jesuitas en China entre finales del siglo XVI y el XVIII. Me interesaban en particular los escritos científicos publicados en chino por algunos misioneros científicos, Johann Schreck, conocido como Terrentius, era el primero, junto a colaboradores chinos de gran envergadura. El trabajo conjunto de estos eminentes personajes dio vida a uno de las más interesantes y significativas citas con la Historia. El encuentro consciente y no violento entre la ciencia europea y la del Celeste Imperio.

En Taiwán estaba invitado en la Guest House de la Academia Sínica. Allí encontré a otro europeo que hacía sus investigaciones. Se trataba de un físico francés, Georges Waysand, profesor en la universidad de París VII y escritor. Pasamos muchas tardes discutiendo sobre nuestros proyectos. Entre otras cosas, le revelé que había intentado en el pasado novelar la vida de mi héroe Johann Schreck. Nuestras conversaciones me permitieron focalizar algunas ideas y obtener otras nuevas respecto a una eventual novela. Pero fueron solo ideas.

Unos años más tarde, encontré a Georges en París, ciudad a la que iba a menudo, no solo porque había comenzado una colaboración con el C.N.R.S. y el Observatorio astronómico en calidad de sinólogo. Georges que se acordaba muy bien de mi idea de la novela, me propuso conocer a una amiga suya que trabajaba en el mundo editorial.

Fue así como entró en mi mundo la editora Françoise Roth, experta en novelas históricas. Nos vimos tres (¿o cuatro?) veces en el conocido Deux Magots entre 1999 y 2000. Françoise se apasionó por mi proyecto y me transmitió algunos trucos. Luego me invitó a escribir un capítulo en francés, empezando desde cero.

El proyecto no fue fácil. El francés es un idioma que utilizo frecuentemente para trabajar, pero no es mi idioma materno. Entonces pedí ayuda a Wu-Pi Chung, taiwanesa trasladada en Europa, música y directora de teatro y ópera, que tiene, entre otros, el mérito de conocer y practicar diferentes idiomas. Ella me ayudó, en primer lugar, a realizar un trabajo de impostación general, sugiriéndome concebir la novela como una partitura musical o una puesta en escena. Me aconsejó por lo tanto idear un esquema general, en el que incluir y calibrar los *andanti*, los *veloci*, los *adagio ma non troppo*, las *fughe*, y montar todo con equilibrio, igual que hace un compositor o

un director.

Estimulado por Pi-Chung, a finales de la primavera de 2000, escribí en italiano un capítulo de la novela. Ella lo tradujo al francés junto al esquema, y luego nos vimos con Michel-Pierre Lerner, director de investigaciones del Observatorio astronómico y afirmado histórico de ciencia que conoce muy bien la tradición lingüística italiana, para que lo revisara. Se ofreció encantado. Cuando todo estuvo terminado, presenté mi trabajo a Françoise Roth. Ella se quedó entusiasmada y me animó para que continuara.

Inmediatamente después fui trasladado a Bruselas. Y tuve que esperar a septiembre de 2004 para ponerme a escribir la novela en italiano. La terminé en marzo de 2005. Envié una copia a un agente literario, a dos editores italianos y una a Françoise Roth, como homenaje por los consejos que me había pasado.

De Italia no tuve respuestas (negativas) hasta después de unos meses. Françoise en cambio me escribió después de tres días de recibir el manuscrito.

Esta es la historia del nacimiento de *El amigo de Galileo*. Conviene recordar que se trata de una novela histórica, es decir, basada en hechos y personas que realmente han existido, pero en el que —empujado por la omnipotencia que siente un narrador— me he permitido la libertad de inventar algunos personajes, por ejemplo: Gerardo, Teresina, Julio Tolentino, Pequeño Zhang, Pequeño Crisantemo, el juez Zhao Cao, Donato, la *ayi*, los colegiales chinos..., y de crear ciertas situaciones, como la inquietante presencia de la Inquisición en la vida de Schreck, para sacar adelante mi idea narrativa y para desenrollar, como en una pintura china, algunas páginas de la historia que la mayor parte de los estudiosos occidentales han sepultado en el olvido, y que los chinos, por el contrario, han tomado como pilares de su tradición cultural.

Todas las personas que he citado en la presente nota han sido indispensables para llevar adelante y completar la novela. Doy las gracias a todas ellas de corazón.

Agradezco igualmente a las escritoras Simonetta Greggio, que ha examinado el texto en detalle, y a Nathalie Bauer, que lo ha traducido al francés de forma excelente, a Maurizio Recano por las dilucidaciones que me ha dado sobre la historia de la arquitectura lusitana, a Jean-Claude Dortu y a Robert Vonesch por sus ánimos y a Jocelyne y Jacques Paderi por su apoyo.

Un agradecimiento especial lo hago al pequeño Francesco Iannaccone, que me ha hecho a menudo compañía durante las correcciones diurnas.

Isaia Iannaccone